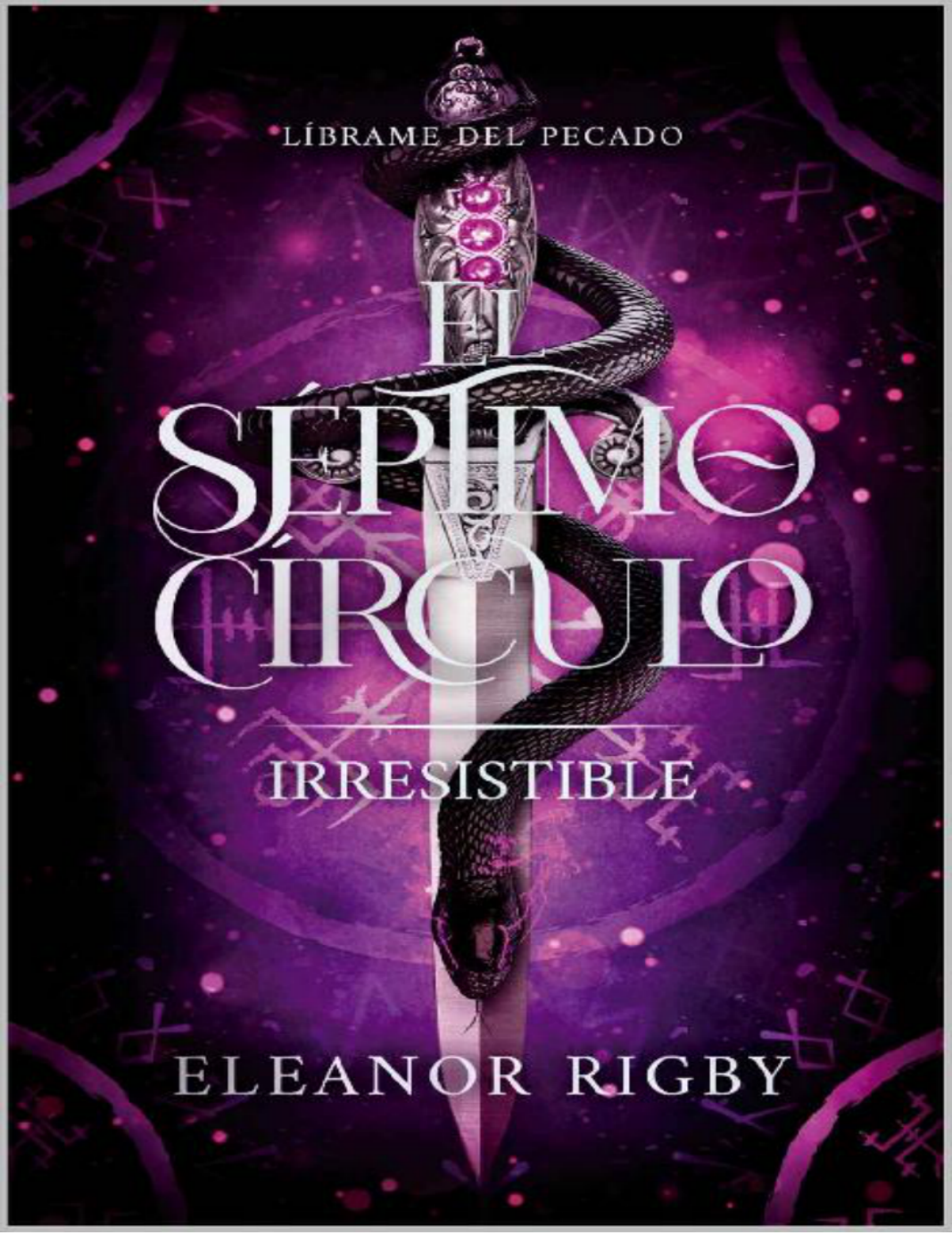

LÍBRAME DEL PECADO
EL SÉPTIMO CÍRCULO
IRRESISTIBLE
ELEANOR RIGBY

EL
SÉPTIMO
CÍRCULO
IRRESISTIBLE

© 2021, Eleanor Rigby
Título: *IRRESISTIBLE: El Séptimo Círculo II*
Primera edición: septiembre de 2021
Sello: Independently published
Diseño de portada: Mireya Murillo Menéndez
ISBN: 9798546175559

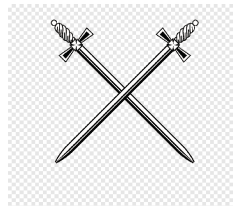
Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

«Soy como un pintor que un dios burlón condena a pintar».
Las flores del mal, Charles Baudelaire

«Cuanto más perfecto es algo, más dolor y placer se siente».
La divina comedia, Dante Alighieri

«Tres cosas no pueden ser ocultadas por mucho tiempo: el sol, la luna, y la verdad».
Buda

Prefacio



No había poder superior al de La Magna.

Diosa del mundo. Señora de la naturaleza. Protectora de los hombres. Se hizo a sí misma y desarrolló su poder a través de la creación de una Idea de lo Perfecto que ya anidaba en su cabeza, que ya representaba con su mero existir. La Magna quería descartar los misterios del universo y construir sobre él un reflejo de lo que Ella misma era. Una sustancia eterna, omnisciente y que todo lo podía. Una materia sin taras que satisficiera su gran deseo: el de acabar con la soledad, lo único capaz de hacerle sombra.

Pero este poder se volvió contra ella. Quiso que la creación heredara cada una de sus cualidades esenciales, y estas se desvirtuaron al transmitirse. Él demostró su ambición desde la tiranía; su confianza, desde un fuerte sentimiento de superioridad; hacía gala de su poder sometiendo a sus congéneres. Y el amor que La Magna había intentado inculcar en su compañero cruzó el límite de la moderación para convertirse en odio. No poseía la virtud de la mesura. No vivía el amor como debía ser. Ahora era poderoso, pero también terrorífico, y pronto se cansó de la magnífica vida contemplativa en el Autem, hogar de la diosa, y la traicionó para convertirse en una amenaza para la Subrealidad.

Hubiera sido imposible corregir su desviación. Ese Bien de su primera criatura, tomado como un propósito de justicia individual, comenzó a infectar a los humanos a lo largo y ancho de La Tierra. La Magna no podía eliminarlo: su creación era tan fuerte como ella, pero escurridiza y perversa, y ahora, además de organizarse en torno a un clan de engendros conocido como El Enclave, repudió su nombre y se hizo llamar de un modo diferente.

El Gran Grimorio.

Para poner solución al caos que sembraba en La Tierra y proteger a sus vulnerables habitantes, La Magna tuvo que crear dos razas

superiores a la humana, pero inferiores a ella misma; dos razas a caballo entre la divinidad y el libre albedrío de fácil corrupción de los mortales. Esta vez, La Magna procuró agregarles debilidades para evitar su rebelión. Se dividirían en seráficos y empíreos.

Los primeros arrojarían luz sobre la faz terrestre y evitarían que la decadente condición humana empeorase por acción del Gran Grimorio. Los segundos, terrícolas elegidos por su lealtad y renacidos en el Autem como inmortales, se encargarían de protegerla a Ella, de acompañarla en forma de séquito que nunca, mientras la primera criatura y sus engendros estuvieran controlados, pondría los pies en tierra firme.

Los seráficos demostraron su obediencia cumpliendo con el cometido providencial, pero hubo un grupo de empíreos que, durante sus misiones terrestres, la defraudaron. Hubo un grupo de criaturas que sucumbió a alguno de los pecados de los hombres. Y contra estos, herida en el alma, La Magna tuvo que aplicar un castigo.

Los arrojó lejos de su seno, a las inmediaciones de los peores rincones del mundo, donde para ganarse el perdón y restaurar la confianza de la diosa tendrían que cosechar una serie de hazañas con las que demostrar su lealtad. Pero el daño ya estaba hecho: los seráficos odiarían a los pecadores, entendiéndolos como enemigos de su creadora, y los pecadores, conocidos como penitentes, se alimentarían de ese desprecio para crear el suyo propio.

Aunque los penitentes estaban en La Tierra para hacer el Bien y así regresar junto a su diosa, ya habían sido condenados. Su destino era fracasar en el camino hacia la redención.

Necesitarían la oportunidad de un alma pura y desinteresada para que la diosa decidiera si merecían el perdón definitivo. Necesitarían la llegada de un alma pura que pasara desapercibida y recordase al penitente la belleza del virtuosismo. Y solo una cosa podría lograr eso: solo alguien podía limpiar la negrura de sus almas y elevarlos al Autem, y esa era La Magna en sí misma, incomparable, inigualable.

La diosa fragmentó su alma y repartió los pedazos por el mundo. Dejó que vagaran a lo largo de los siglos y encontrasen cobijo en cuerpos mortales que los penitentes habrían de hallar por obra del destino en el momento adecuado. Mientras tanto, vivirían a la sombra de un dolor inimaginable, de una triple maldición que les mantendría vivos en contra de su voluntad.

Ellas, las almas puras, los extractos de La Magna, las *anandhas*, estaban en algún punto del planeta, esperando y reencarnándose sin saber que lo hacían. Eran quienes debían descubrir la forma de llegar a su pecador particular. Y lo harían, eventualmente. Pero mientras tanto los penitentes deberían honrar a La Magna protegiendo La Tierra junto a sus enemigos ancestrales, los seráficos,

desde una serie de organizaciones que se encargarían de la protección del mundo conocido. Una de ellas se llamaría El Séptimo Círculo, y estaría compuesta al comienzo de esta historia por siete corazones malditos que aguardan el momento de su iluminación.

Valthessar. Abraxas. Samael. Luvart. Renyi. Xaphan. Dagon.

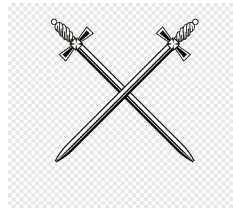
Guerreros históricos preparados para matar. Guerreros invencibles y listos para afrontar cualquier cosa.

Puede que haya llegado la hora de la verdad. Todos quieren el alivio y la redención, pero un penitente es dueño de una voluntad férrea y no alberga ni una chispa de luz en su alma. Solo rencor. Dolor.

¿Sería capaz de dejarlo atrás y rendirse?

Estando acostumbrado a vivir en la oscuridad, ¿te atreverías a abrir los ojos?

Prólogo



—Hoy moriré en tus brazos.

La vibración de su voz femenina al pronunciar la sentencia hizo que el cuerpo del hombre se estremeciera de angustia.

Estaba arrodillado frente a las aguas cristalinas de su refugio. *El de los dos*. Se retiró las manos de la cara, con las que había estado refrescándose antes de un encuentro que había previsto tempestuoso y examinó su reflejo distorsionado en la superficie del lago.

Cinco palabras antes era un hombre en la flor de la vida, o, mejor dicho, un hombre que vivía gracias al amor que florecía en sus entrañas. Cinco palabras después, su rostro estaba envejecido.

Fue a incorporarse para mirarla a los ojos, pero ella se adelantó acuclillándose a su lado.

En el espejo del agua apareció la hermosa cara de su amante. Presionó su mejilla morena contra la de él para absorber el calor de su piel y disfrutar de un momento de silencio.

Él trató de mesurar su reacción, reduciéndola a un quedo:

—Tan pronto.

—Al contrario. Nunca pensé que nos brindaría tantos años de felicidad.

La calmada resignación con la que afrontaba su destino le ponía el vello de punta. Tuvo que presionar los párpados para soportarlo, sabiendo que, si la miraba, se quebraría.

—Amor… —Lo abrazó por la espalda. Él se aferró a sus manos seguras con desesperación—. No podemos jugar con Ella. Nadie puede hacerlo. Te dije que esto acabaría sucediendo.

—Ni aunque hubiera estado escrito en las runas podría encajarlo con gracia. Tú lo mencionas con tranquilidad porque solo desaparecerás y en el vacío no hay dolor, pero yo deambularé sin alma hasta olvidarme de tu rostro.

Olvidar su rostro.

La mera posibilidad de perder la luna de sus noches le obligó a

darse la vuelta y mirarla a los ojos, ansiando memorizarlos.

—Harás bien en olvidarlo, porque este no es mi rostro —le recordó ella—. Yo no tengo rostro.

Él recorrió sus mejillas afiladas con las yemas de los dedos; mejillas que cortarían las lágrimas que nunca derramaría, porque solo una cosa en ella podía igualarse a su sólido carácter, y esa era su mirada anclada a la vida.

Ni la muerte podría doblegarla.

Pero eso no era un consuelo.

—¿Y cómo te reconoceré si vuelves a mí, entonces?

—Me reconocerás. Tienes que confiar en mi palabra.

—Confío en tu palabra, pero no así en mis instintos. Necesito algo a lo que aferrarme para saber que te encontraré, tarde o temprano. Dame algo que te pertenezca. Hechízame o vincula mi alma a la tuya.

Ella le retiró un mechón rubio de la cara y curvó los labios en una sonrisa arrebatada de ternura.

—No necesitas trampas. La Magna eligió cuidarte porque jamás se permitiría temerte, pero no dudes que eres la criatura más poderosa de este lugar. Solo por eso me mirarás... —Tuvo que abarcar su rostro con las manos y obligarlo a concentrarse en ella—. Me mirarás y me verás. Sabrás dónde he estado, lo que he hecho. Incluso sabrás si todavía te quiero o si te recuerdo.

—¿Y si no me recuerdas tú a mí? Maldita sea. —La soltó con impotencia y se puso de pie, frotándose la cara con la mano. Ella no intentó acercarse. Respetó su dolor y su temperamento de pie junto a la orilla—. A veces parece mentira que seas tan ingenua. La diosa no permitirá que vuelvas a mí.

—Es cierto. No lo permitirá.

Alzó la mirada hacia ella.

Se debatía entre la más honda desesperación y un instinto violento que pedía justicia antes incluso de que se perpetrara el crimen. La vio acercarse a él abrazada por la brisa, envuelta amorosamente en ese manto de sedas bailarinas que constituía su atuendo de sacerdotisa superior. Los lazos blancos se enredaban con las gruesas hebras de su melena oscura, uno de tantos síntomas del poder que la casualidad, en un golpe de mala suerte, había depositado en ella.

Si no fuera ella...

Y si él no fuera él...

Todo sería tan distinto.

Se cansó de mantener la pose y, con los puños apretados, salvó la distancia entre ellos para tomarla entre sus brazos.

Omnipotente y soberana, sí, pero se deshacía como la miel cuando la besaba. El halo de luz sobrenatural que lustraba su cuerpo, seña distintiva de su condición divina, parpadeaba hasta desaparecer cada

vez que la rozaba. Y desaparecía porque el deseo representaba esa humanidad frágil por la que se podía perder la vida. La vida que ella iba a perder por él.

Rompió el beso para mirarlo a los ojos.

—Volveré en cuerpo —le juró—, pero en tus manos estará devolverme el corazón. Y si no lo consigues porque pasan siglos, incluso milenios... un hechizo te salvará.

—¿Qué hechizo?

—El único que podría hacer que te olvidara para siempre. Un hechizo oscuro y peligroso cuyas runas no dudo que alguien se atreverá a pronunciar para mantenernos alejados.

—Dímelo y no lo olvidaré.

—No, no puedes saberlo o La Magna lo leerá en ti. Yo, una vez regrese, tampoco conoceré dichas palabras. Solo así permanecerá seguro. Si Ella me borrara la memoria o trastocara mis recuerdos, ese hechizo que solo puedo pronunciar yo iluminará el camino de la verdad y podré seguirlo para llegar a ti.

—Pero si no sabes cuál es y yo tampoco...

—Lo sabré cuando lo pronuncie. Confía en mí. Pero antes hazme una promesa.

»Si no vuelvo en mil años y tu existencia resulta insoportable... Si en todo ese tiempo lo único que te ancla a la vida es la expectativa de mi regreso, prométeme que le pondrás fin a tu sufrimiento.

—Mil años y un día.

Ella arqueó las cejas.

—¿Crees que un día marcará la diferencia?

—Creo que un solo segundo marcaría la diferencia. Es lo que tardaría en reconocerte, ¿me equivoco?

—Tienes que tener la última palabra siempre, ¿verdad?

—Siempre, pero especialmente esta vez. Seré yo el que se despida hoy para que el día de mañana no te quede otro remedio que volver y replicarme.

Ella sonrió. La última sonrisa.

Dio un paso atrás y colocó las manos sobre su pecho. Unas chispas que parecían joyas amatistas saltaron en todas direcciones desde las puntas de sus dedos. Cerró los ojos y murmuró de forma ininteligible la creación del hechizo, una runa secreta y no escrita que escaparía a la tradición oral y solo sobreviviría si lo hiciera ella.

El último hechizo que la vería conjurar.

Abrió los ojos y alargó la mano para recoger la única lágrima que él había permitido fluir libremente por su mejilla. Pronunció el nombre que le vino dado, ese nombre que encerraba complicidades y secretos, el tórrido romance prohibido de lo que pronto sería una leyenda olvidada... y el fuego violeta se extinguió como si la lágrima lo

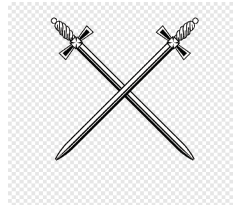
hubiera apagado.

La última lágrima que ella le vería derramar.

La última lágrima que derramaría en siglos de desarraigo.

La última lágrima del guerrero Luvart.

Capítulo I



El brillo de la enorme fogata se reflejaba en los ojos de Reyyan, que asistía al espectáculo privado con los nervios desquiciados. Hasta el momento clave de la pira ardiente, su vida había sido una sucesión de días idénticos, de horas que parecían repetirse. Una tortura de soledad que no solo había asumido porque fuera su deber honrar su condición de sacerdotisa. También porque solo allí, en el último nivel de la Torre de Coriander, una edificación vertical y almenada de piedra blanca que parecía haber sido arrancada de una fortificación del medievo europeo, estaba a salvo del peligro.

Pero La Magna había llevado ese peligro a la Torre, y eso significaba que su monotonía de silencios y sus rezos rutinarios llegaría pronto a su fin. En lugar de esperarlo ansiosa como cualquier otra criatura magnánima anhelaría la promesa de una misión terrestre o el sonido de la corneta, se apretaba el puño cerrado contra el esternón. Ahí dentro, en esas intimidades del cuerpo que a veces le eran desconocidas incluso a ella misma, sentía que la quemaba el calor de la hoguera.

Observaba con aprensión cómo el sensual ondular de las lenguas de fuego iba consumiendo los pergaminos antiguos. Desaparecían en forma de humo negro en la inmensidad de un insólito atardecer rojo. El brillo lejano del cielo camuflaba las siluetas de Reyyan y el sacerdote a cargo, recortadas por túnicas granate y sobrecogidas por la blasfemia que estaba teniendo lugar.

—¿No había otro modo de salvaguardar las runas? —preguntó Reyyan con un hilo de voz.

Al igual que ella, el sacerdote lucía una línea azul pintada sobre los párpados, caídos, quizá, por el peso de las visiones a las que había tenido que asistir durante eternos eones de servicio. Recibía el nombre de Primero porque había sido el precursor del estudio de la magia de la hechicera Sehara y era el único junto a Reyyan que podía deshacerse de su tradición escrita. Aparte del maquillaje, la cabeza rapada era el único símbolo identificativo y dignificador de la Orden que Reyyan tenía en común con él. Desacostumbrada como estaba al

trato con desconocidos, incluso si honraban a la misma fuerza suprema, no podía sino lamentarse por el resto de sus abismales diferencias.

Primero dejó de alimentar las llamas para atenderla con solemnidad.

—Te recuerdo, Reyyan, que alguien entró en el Templo de la Orden y arrancó una página para hacer maldades.

Su condescendencia no la sorprendió. Era habitual que los miembros de la Orden, que operaban muy lejos de la Torre y, por ende, de donde ella residía, justificaran su desdén en su aparente fragilidad, en su juventud e inocencia. Al menos, todos con los que Reyyan había tratado a lo largo de veintidós años —tan solo Primero y Tercero, y de forma espaciada—, habían lamentado no poder despreciarla a gusto. Sabían que La Magna tomaría represalias si su sacerdotisa o hechicera mayor, un rango muy superior al del alabado Primero y que Reyyan ostentaba, era en lo más mínimo desairada.

—¿Y no habría bastado con doblar la protección o quemar las páginas de los hechizos más problemáticos?

—Todos los hechizos son problemáticos si caen en las manos inadecuadas. Y si no desaparecen, siempre cabrá la posibilidad de que los utilicen con fines perversos, pues ningún lugar de las dos realidades es inexpugnable. Esta era la única manera y esta es, asimismo, la orden de La Magna, así que démonos prisa.

Reyyan obedeció con un nudo en la garganta. Arrancó una página más del grueso *Libro de la Sehara*, una de las obras más antiguas del mundo. Compilaba las runas de las que los sacerdotes de magia *albis* se servían para proteger a las razas mortales e inmortales, cuidar de la naturaleza y, sobre todo, servir a La Magna, el Bien Mayor.

El corazón se le encogió al ofrecer el pergamino a las llamas de fuego, que emitieron un estallido químico de color violeta antes de devorarlo.

Aquella había sido la última página. Restaba el lomo de cuero con el símbolo tribal de la primigenia hechicera.

Sehara.

¿Qué sentiría ella si estuviera allí, admirando la destrucción de siglos de ardua investigación? Si la Sehara no hubiera sido sacrificada tras su pérdida de autocontrol e identidad, si hubiera vivido hasta llegar a ese momento, ¿siquiera hubiera sido necesario herir de muerte a la Orden deshaciéndose de sus runas, de su sustento? Estaba segura de que a la dueña de las letras se le habría ocurrido otra manera de ponerlos a salvo.

Una lágrima de luto resbaló por el rostro de Reyyan, más pálido de lo habitual.

Habían quemado un texto sagrado. Un texto que había sobrevivido

a guerras y tratados, al egoísmo de los hombres y a las argucias del Gran Grimorio. Y, sin embargo, a Reyyan le dolía porque lo sentía como un ataque hacia su persona.

—¿Qué es lo que tanto lloras, niña? —le reprochó Primero, censurándola con sus ojos maliciosos—. A partir de hoy serás la única criatura viva sobre la que descansen los conocimientos de la Sehara. Eres heredera de un poder ancestral como pocos.

Y era obvio que Primero no soportaba que le hubieran concedido *a ella* ese gran honor. A ella, la sacerdotisa solitaria de la Torre. La que tenía prohibido abandonar las cuatro paredes incluso para preparar un altar en el templo, rezar con sus hermanos —estos nunca tratados como tal— o llevar a cabo cualquier actividad en común por la que se caracterizaba el culto. Por supuesto, Reyyan prendía varillas de incienso en honor a La Magna y recitaba las bases rúnicas al anochecer tal y como era costumbre de la Sehara. Lo hacía como todos los demás. Pero nunca lo hizo *con todos los demás*.

«Justo por ese motivo no deberías ni soñar con castigarla con tu miserable condescendencia», se pronunció la Todopoderosa. Su voz no se escuchaba, sino que debía descifrarse en la brisa que les agitaba las ropas, en el fresco que acariciaba la piel. Solo aquellos que atendían los reclamos de la naturaleza podían no oírla, sino *entenderla*.

Reyyan y Primero alzaron la cabeza hacia Ella.

«Reyyan no es una niña y sus lágrimas nunca más serán mencionadas como asunto menor. A partir de ahora, Reyyan *es El Libro*, y sus lágrimas son la esencia más poderosa».

Tanto Reyyan como Primero se arrodillaron ante la diosa, manchando sus túnicas de la ceniza sagrada. Hizo acto de presencia dejando a su espalda una fiesta de chispas escarlata, como si de pólvora se tratase. Vestía una túnica roja en deferencia a la Orden de Hechicería y sus sacerdotes y sacerdotisas, el mismo rojo vibrante que su cabello, que caía en ondas hasta sus caderas innombrables como espirales de fuego.

—Por supuesto, Su Santidad. Me disculpo por mi atrevimiento.

La Magna le obligó a retirarse con un airado gesto de mano. Primero desapareció por el tramo de escaleras oculto bajo la trampilla, dejando a la diosa en única presencia de la que a veces parecía su ahijada. El afecto que le profesaba se sintió en cómo su firme mirada ámbar se dulcificó al mirarla, en cómo reposó la mano del mundo sobre su hombro.

«Confío en que has memorizado hasta la última de las letras del Libro».

Reyyan asintió sin mirarla a la cara, aun sabiendo que a ella en particular le estaba permitido el honor. Mientras sus ojos recorrían con tristeza las esquirlas de papel quemado, La Magna le ordenó que

le recitase el listado de hechizos de las memorias seharianas desde el principio hasta el final y desde el final hasta el principio, comprobando así que toda una vida confinada había dado sus frutos.

En las últimas veinticuatro horas, Reyyan había abrazado y acariciado las páginas del Libro en una silenciosa e íntima despedida que estaba segura de que nadie hubiera comprendido. Nadie que no aceptara como se aceptaba la puesta de sol que, como protectora del Libro, era lógico que dicho Libro le hubiera hablado desde su encierro cautelar. Que se agitara, palpitante, entre sus manos, y que el papel crujiera estremecido al pasar una página.

Su trabajo de memorización y repetición de las runas había comenzado a los ocho años, cuando la separaron de la Orden de Hechicería para proteger su mente privilegiada de quien pudiera corromperla.

Demostró su aplicación y entera dedicación al culto describiendo en voz alta, despacio y como un autómata, las fórmulas rúnicas.

«Excelente», concluyó la diosa, de pie frente a ella. No la miraba con orgullo. Nunca la miró así. La observaba siempre con cautela, como si la supiera capaz de sorprenderla. «Estás preparada para tu misión».

Reyyan por fin retiró la mirada de los residuos que bailaban a sus pies. El cielo seguía sangrando con su escarlata cegador cuando clavó la vista en el bello rostro de la diosa. El viento que llegaba a las almenas de la Torre hacía crepitar las puntas de su melena.

—¿Mi misión?

«Has visto las medidas drásticas que se han tenido que tomar para frenar los vertiginosos avances del enemigo». Señaló el montón de cenizas y, con un elegante movimiento de dedos, elevó los vestigios del Libro y los fundió en el aire hasta que nada quedó. Ni siquiera un triste rastro. «El ladrón de las runas ha causado daños irreversibles entre las razas que habitan la Subrealidad. Consiguió poner a los seráficos contra los penitentes y arrebatarle la *anandha* a uno de los guerreros de El Séptimo Círculo. La guerra entre ellos ha concluido, sí, pero ese usurpador enemigo ha encontrado la manera de meterse en la mente de los seráficos. Tienes que detenerlos».

—¿Yo? Pero si yo soy... ¿Tengo que... abandonar la Torre? —Una nota de horror se filtró en su voz. La Magna asintió con gravedad—. ¡Pero no puedo hacer eso! ¿Qué hay de mi protección? ¿Del peligro que me aguarda al otro lado de la puerta?

«Has estado preparándote toda la vida para llevar a cabo una obra determinante para las razas. Es tu deber».

—Si me matan no podré salvar a nadie. —Se empecinó, balbuceando—. Si mis pesadillas se hacen realidad..., no podré ni salvarme a mí misma.

La Magna se tuvo que agachar para mirarla a los ojos. Al instante, Reyyan se sintió reconfortada como solo la fuerza más vital del mundo, la esperanza, podía recomponer los ánimos revueltos. Esta se hallaba discretamente apoyada en la mirada hipnotizadora de La Magna.

«Tú no lo sabes, pero estás blindada contra lo único que podría herirte. Y si el mal que te espera resultara más poderoso que yo... intervendré. Te estaré cuidando, Reyyan. Es lo que he hecho desde que naciste».

Reyyan tragó saliva y se obligó a creer en Ella.

¿En quién, si no?

Para los sacerdotes, La Magna era mucho más que una diosa a la que obedecer por un bien superior. Para los sacerdotes, La Magna *era ese bien superior* porque, aparte de dar vida, había convivido con la Sehara y había sido benefactora de sus investigaciones. Para Reyyan en concreto, por inapropiado que pudiera resultar en un ambiente solemne y regido por normas tan estrictas, era también una madre.

La Magna la había acunado cuando era una niña. La había arropado amorosamente en una cuna junto a su templo honorífico. Le había enseñado tiro con arco y se había presentado en sus primeras lecciones de sacerdotisa para comprobar y aplaudir su progreso.

Reyyan sabía que era una alumna aventajada porque La Magna había depositado en ella mucho más que la distante aceptación reservada al resto de los sacerdotes seharianos. Y por eso, el amor de Reyyan hacia su diosa comprendía mucho más que la veneración ciega de la Orden. Su amor era tan puro y abisal que La Magna se había convertido en los ojos con los que oteaba el mundo y que ahora la miraban para acatar sus directrices.

Estaba dispuesta a matar y a morir por Ella. Lo demostró cuadrando los hombros y aguardando su respuesta a:

—¿Qué me espera?

«Te reunirás con las dos razas en La Sociedad. El regente Aladiah ya ha sido informado de que la solución se presentará en cuerpo de mujer. Ellos te pondrán al tanto de lo ocurrido. En tu mano quedará la decisión más acorde a las circunstancias. Tienes a tu disposición todo el conocimiento de la Sehara, mi mano amiga y mi protección».

—¿Y si no fuera suficiente? ¿Y si no pudiera ayudarlos?

La Magna la miró sin expresión.

«Entonces fracasarías y nunca podría perdonarte».

Reyyan se estremeció, pero no permitió que una posibilidad mínima la amilanase. La Magna la necesitaba fuerte y cabal, muy por encima de los miedos que la habían tenido recluida.

La Magna la tomó de las manos.

«Pero no contemplo que puedas decepcionarme». Le regaló una

sonrisa confianzuda que la llenó de valentía. «No lo harás mientras recuerdes que no puedes apoyarte en el enemigo. No puedes creer en las palabras de tu verdugo o este te destruirá».

Reyyan se estremeció al evocar el rostro del verdugo, esa malignidad encarnada que la había condenado a una vida solitaria. Él era el peligro del que debía ponerse a salvo y, como todos los males del mundo, habitaba en la Subrealidad.

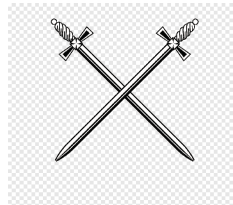
Aquello no era solo una misión, comprendió enseguida. Era la prueba de fuego con la que habría de demostrarle a la diosa que era digna de su confianza y de su afecto.

Podría fracasar al tratar de colaborar con las razas, pero nunca confraternizaría con el verdugo porque *sabía cuál era su rostro*.

Un rostro inolvidable y tan bello como letal.

Solo que jamás tan letal como la determinación de Reyyan.

Capítulo II



El salón de audiencias de La Sociedad era conocido como uno de los lugares más silenciosos del planeta, pero eso era cuando los miembros de El Séptimo Círculo no se desplegaban como un ejército para destruir la calma. El encargado de que la reunión solemne no se convirtiera en una jungla, nada menos que el regente Aladiah, cabecilla de La Sociedad, había ampliado una mesa de comedor frente al pedestal del salón para que pudieran departir con comodidad sobre los peligros que se avecinaban. Y era en esa mesa de cristal en torno a la que se habían distribuido los siete guerreros que conformaban El Séptimo Círculo, de los cuales solo uno permanecía en hermético silencio.

Luvart era ajeno al mundanal ruido. Había tomado asiento en la silla transparente que su superior le había indicado —siempre a su izquierda— y, desde ese momento, no había apartado la vista del reloj de pared que pendía sobre el trono de La Regencia. Más allá de las características preciosas del artilugio —cristal veneciano y madera caoba—, Luvart estaba sumido en el tictac de las manecillas.

En la casa donde cohabitaba con sus hermanos de El Séptimo Círculo, todos los relojes estaban silenciados, y, cuando no, parados. Él mismo se encargó durante una noche de insomnio de silenciar los mecanismos, pues hasta el más sibilino quejido de esos dichosos aparatos conseguía sacarle de quicio.

O *solía hacerlo*, porque ahora no podía dejar de mirarlo.

Luvart acompañaba el rítmico repiqueteo del segundero con un golpecito de uña a la superficie frágil de la mesa. *Tic-tac. Tic-tac.* Probablemente ni él fuese consciente de que acababa de declararle la guerra al reloj. De que estaba retándolo a adelantarse a los segundos que el propio mecanismo había establecido.

Lo que sí sabía era que la suya era ya una batalla perdida.

No se dio cuenta de que el regente Aladiah hacía acto de presencia con los miembros del Consejo de los Doce Prefectos. En dos filas de seis y seis y con Aladiah a la cabeza, se ramificaron para rodear la

mesa y tomar asiento en sus respectivos sitios.

Presidiendo se encontraría en un extremo el seráfico del Linaje de los Áureos que había sido elegido para comandar La Sociedad y manifestar el poder de La Magna en tierra, siempre como humilde delegado a su servicio. Aladiah era una criatura nacida de la luz. El brillo dorado de los maquillajes de los áureos agudizaba sus facciones armónicas, y la túnica blanca se cerraba a medio cuello, resaltando la palidez característica de su raza y la esbeltez de su garganta, delicada como el resto de sus miembros.

Frente a él se encontraba el *rex* de El Séptimo Círculo, el que antaño fuera su enemigo ancestral y ahora, ante la amenaza común, se consideraba aliado temporal. Valthessar vestía de riguroso negro, desde las botas chapadas de doble suela hasta el flequillo oscuro que le caía sobre los ojos, de un insólito azul índigo.

Uno aguardaba a que se hiciera el silencio con calma y seguridad. El otro controlaba a duras penas su carácter impaciente, cruzando y descruzando las piernas.

El de negro y el de blanco. El tablero de ajedrez. Un tópico ceremonial al que Luvart, después de más o menos setecientos años de servicio en La Tierra, estaba harto de asistir.

—El regente Aladiah convoca la reunión entre los miembros de La Sociedad y los miembros de El Séptimo Círculo —comenzó el propio Aladiah. Se refería al poder de La Magna con el respeto obligado, distanciándose de su individualidad. Para ello debía hablar en tercera persona—. Saluda con fervor al *rex* Valthessar y celebra la inclusión de sus guerreros en esta importante sesión, donde habremos de conocer la solución que Su Santidad la diosa Magna ha decidido brindarnos.

Valthessar aceptó la solemnidad del regente con un asentimiento de cabeza que copiaron el resto de los penitentes. Solo su mujer Mara, vestida de blanco por el placer de desentonar con él, levantó una mano y saludó al regente moviendo los dedos, siempre informal.

—Para aquellos que aún hoy no estén al corriente de lo acaecido en las últimas jornadas, el regente Aladiah hace una breve exposición que sirve también para refrescar memorias. —Inspiró hondo y entrelazó los dedos sobre la mesa, dedos finos de dos manos que solo hacían el bien—. Que sirva también esta reunión para honrar las vidas que se sacrificaron por la verdad. Cambiel, miembro querido y respetado de La Sociedad, y Astaroth, *anandha* del penitente Abraxas.

Todos guardaron el minuto de silencio de rigor.

A pesar de lo dados a la sorna que eran los guerreros de El Séptimo Círculo, ninguno de ellos restó importancia a las vidas mencionadas. Ni mucho menos Luvart, que, tras echar un solo vistazo al viudo, revivió el duelo por el que aún estaba pasando.

Abraxas jamás se recuperaría de la muerte de su mujer Astaroth, pues así estaba hecha la composición de la *anandha*. Había un ingrediente misterioso e irresistible en la esencia de la compañera eterna que hacía imposible la vida no ya sin su presencia, sino sin su afecto correspondido.

Luvart mejor que nadie sabía lo que era estar muerto pero en funcionamiento, ser un caparazón vacío con ninguna función distinta a batallar. Una rutina de autómata era lo último que habría deseado a un miembro de la hermandad. Lo último que habría deseado a su enemigo.

A su enemiga, por otro lado... Quizá sí.

Y sufrimientos aún peores.

—Contamos quince días desde que el *rex* Valthessar se presentara en este mismo salón de audiencias para condenar al seráfico Cambiel por el asesinato de Astaroth. En su poder traía una daga de acero azul con el nombre del mencionado, una daga que tan solo él o uno de sus descendientes podría haber empuñado. Este mismo tribunal y el regente que tiene ahora la palabra estuvieron conformes con la decisión de pagar la sangre con sangre.

—Ah, hubo sangre, eso te lo puedo asegurar —bufó Mara por lo bajini.

—Es porque en la *Sagrada Crónica* se contempla la Ley del Talión como forma de hacer justicia cuando una raza comete un delito de sangre contra otra —le recordó Aladiah.

—¿Y no contemplan también una ligera modificación de las escrituras? Porque sigo insistiendo en que estas medidas quedaron obsoletas ya en la tardoantigüedad —volvió a rezongar Mara, cruzada de brazos.

Valthessar la miró por el rabillo del ojo.

—No es el momento de sacar ese debate a colación.

—A mí me parece que es el momento ideal. En cuanto le contemos el cuento de sangre y traición a los seráficos que no se han enterado todavía, este asunto quedará zanjado y dentro de unos cuantos años, o incluso en unos días, volverá a haber otro malentendido por el que alguien perderá la vida. ¿Qué mejor momento que este para modificar la legislación de las razas? Ahora que estamos todos reunidos...

Aquellos que no convivían con la *anandha* del *rex* se quedaron perplejos por su audacia, mirándose entre ellos sin poder procesar que hubiera interrumpido el relato de Aladiah con toda naturalidad. Por supuesto, ser la *anandha* del *rex* ya le concedía algunos derechos, como el de ser maleducada sin que nadie la contradijera. Sus privilegios solo se veían reforzados por su condición de ocultista. Sus talentos sobrenaturales la habían convertido en una de las presencias más respetadas.

—Dejad que os ponga yo en situación, porque si contamos con que a Aladiah le dan fobia los diminutivos y va a estar con la perorata de «Abraxas, hijo de Abracax», «Mara, hija de Cher» y «Valthessar, Hijo del Diablo» todo el rato, nos van a dar las uvas.

Mara se encaramó sobre la mesa y los miró a todos de uno en uno, hallando rostros conmocionados y otros enrojecidos por la rabia. Decidió explicárselo a Luvart, que era el único que tenía enfrente que la miraba con simpatía, nada menos que lo que se merecía por ponerle una pizca de humor al momento que estaban viviendo.

—Astaroth desaparece una mañana en pleno *footing* y lo único que se encuentra de ella es un rastro de sangre y el puñal de Cambiel untado en ella. Como no es tan raro que un seráfico arremeta contra un penitente porque antes de sellar el Pacto de Paz tuvieron sus diferencias (y con diferencias me refiero a torturas, guerras civiles y otras obscenidades típicas del Medievo), el *rex* Valthessar aquí presente —hizo un gesto hacia el susodicho, que se pasaba una mano por la cara con exasperación— tuvo a bien presentarse en La Sociedad para exigir cuentas. Lo que pasa es que como en La Sociedad hay gente que hace magia y se mete en cuerpos y mentes ajenos, no les costó descubrir que Cambiel no guardaba secretos, y eso quiere decir que era inocente, porque si hubiera asesinado a Astaroth, yo creo que se acordaría. Pero no se acordaba, así que no se le podía condenar por un delito que no estábamos seguros de que hubiera cometido. Esto en La Tierra se suele llamar «presunción de inocencia».

»¿A alguien aquí se le ocurre cuál habría sido el siguiente paso, dadas las circunstancias? —Nadie abrió la boca—. ¿No? Bueno, yo creo que habría bastado con ponerse a buscar por si acaso Astaroth estuviera viva, pero el *rex* Valthessar es un poco ansias, un poco vengativo y además está un poco anticuado (no se lo tengamos en cuenta, el tipo sobrevivió a la batalla de Qadesh), así que antes de emprender partidas de búsqueda, exigió una compensación sanguinaria acogiéndose a la Ley del Talión.

—Quién me iba a decir que la «compensación» para apaciguar nuestra rabia sería un auténtico incordio —rezongó Valthessar.

—La compensación consistía en tomar cautiva a una hembra de peso y edad similar a Astaroth hasta que esta apareciese —prosiguió Mara, ignorando sus pullas—, a no ser que no apareciese, en cuyo caso dicha hembra cautiva desaparecería también, y no por arte de magia, se entiende. Entonces, y aquí viene la mejor parte de la historia, esta humilde servidora se presentó voluntaria para cumplir el castigo.

—Y, al final, el castigado fui yo —seguía murmurando Valthessar.

—La cosa es que mientras Valthessar se divertía amenazándome en una mansión seudovictoriana y paseándome con un collarcito de sumisa, Abraxas perdió la paciencia y decidió ajustar cuentas por su

lado. De esto os acordaréis todos. Entró en este mismo edificio y masacró a media Sociedad, primero a solas y luego con el resto de su tropa, desatando así una guerra civil entre razas que solo sirvió para distraernos del problema real: el Enclave.

»En caso de que estéis muy perdidos, el Enclave es el enemigo de las dos razas, un grupo de *kinkis* comandados por una fuerza negativa equivalente a la de La Magna que quiere sembrar el caos y...

—Todo el mundo aquí sabe qué es el Enclave, Mara. —Suspiró Valthessar.

—Bueno, pues eso. —Con una mano abarcó el resto de la explicación, que Luvart lamentó no poder escuchar. Habría dado pie a mayor diversión—. Resulta que el puñal de Cambiel no lo había empuñado Cambiel (eso era de cajón, porque, insisto, no tenía recuerdos asociados a Astaroth), sino un hijo bastardo que había engendrado en sueños con un súcubo... cosa que, en defensa de todos vosotros, debo decir que ya no era tan de cajón.

»Antes de que os perdáis con lo de los bastardos y los súcubos, os recuerdo que los seráficos no pueden tener hijos, va contra la ley...

—Ya saben que no pueden engendrar —volvió a suspirar Valthessar —. Estás hablando con seráficos, conocen muy bien sus limitaciones.

—Y es un tanto maleducado recordárselas cuando involucran el contacto físico. No es cualquier renuncia la que hacen —especificó Luvart, todavía tamborileando los dedos sobre la mesa.

—...como iba diciendo, va contra la ley tener hijos si eres un seráfico (una ley absurda, si queréis mi opinión...)

—No nos hacía falta —apostilló Valthessar—, pero gracias, encanto.

—Y los súcubos —prosiguió, alzando la voz— son bichos malignos que se meten en los sueños de la gente, se quedan preñados y luego dan a luz a una bestia horrenda que parece que puede matar a seráficos y penitentes.

—Puede hacernos mucho daño porque empuñan dagas de acero azul, pero no matarnos.

—Puedes contradecirme lo que quieras si tanto hiere tu orgullo admitir que tienes debilidades, cariño, pero yo sé lo que vi, y vi penitentes hechos polvo después de una emboscada de esas... *cosas*. —Mara hizo una mueca y exageró un escalofrío al proseguir—. El caso es que os estaréis preguntando cómo es que los súcubos se infiltran en los sueños de los seráficos, porque está claro el porqué, ¿no? Quieren tener acceso a las dagas de acero azul, que son la única arma mortal contra las dos razas. Supone una gran ventaja en el combate cuerpo a cuerpo.

»Pues bien. Los súcubos existen y se han empezado a infiltrar en las fantasías seráficas gracias a un hechizo de *El Libro de la Sehara*. Por lo visto, la poderosísima hechicera Sehara, esa que La Magna tuvo que

sacrificar porque se le fue la chaveta de pronto y se convirtió en una amenaza, dejó por escrito unas runas que pueden crear a estos engendros.

»A grandes rasgos, esa es la situación. Tenemos que averiguar cómo salvar a los seráficos del influjo de los súcubos para que no armen un ejército de bastardos poderosos ni se adueñen de las únicas armas con un efecto fatal para las razas.

Y desde la tragedia expuesta tan solo habían transcurrido quince días con sus quince noches, recordó Luvart. Quince días que se habían sentido como una cadena perpetua. Quince días que, descontados de su penitencia milenaria, setecientos años en La Tierra y trescientos en el Autem, le dejaban con tan solo cinco jornadas para salvarse.

Luvart levantó de nuevo la mirada al reloj.

Por tanto tiempo había sido su amigo, el único que comprendía su espera... Después se transformó en el calendario de los peores días de su vida, que se sucedían uno tras otro en un eslabón del que no atisbaba final. Ahora solo sentía indiferencia. No era ni un aliado ni su enemigo, solo un artilugio ajeno a él como *todo* le era ajeno, incluso su propio cuerpo. Habitaba esa piel inmortal como huésped y manejaba la carcasa con cuidado distante para devolvérsela a quienquiera que fuese su dueño en el mejor estado, porque no sentía el menor aprecio hacia ella.

Cinco días para salvarse y solo dos modos de hacerlo. A través de la muerte o través de otra vida. Ya con toda la esperanza perdida, solo contemplaba uno para poner fin a su tortura y honrar su promesa: entregarse al Gran Grimorio, el único que querría quitarle la vida a un penitente.

El sacrificio le resultaría sencillo. Una insignificante brizna de vida era todo cuanto conectaba a Luvart al mundo. Bastaría con que el Gran Grimorio soplara para arrancarla de cuajo.

—¿Alguna pregunta? —inquirió Mara, solícita.

Luvart abandonó sus pensamientos y prestó atención al penitente que alzó la mano. Se trataba de la incorporación más reciente, un guerrero de rasgos aniñados y presencia poderosa que había hecho muy buenas migas con la *anandha* del *rex*.

Mara le dio la palabra con una sonrisa que fue enseguida correspondida.

—¿Por qué los súcubos no se meten en los sueños de los penitentes? Yo también quiero que me visiten mujeres ansiosas por acostarse conmigo.

Luvart y Valthessar reaccionaron del mismo modo: lanzando una mirada de auxilio al techo. Pero tal y como Aladiah aclaró interviniendo por fin, la solución no entraría por el techo, sino por la puerta.

—El regente deduce que se debe a que los penitentes no disponen de dagas de acero azul, cuya obtención es el único objetivo de penetrar en los sueños de los miembros de La Sociedad.

»A la par que resolver la duda del penitente Dagon, se agradece la amena explicación de la ocultista Mara y se anuncia que Su Santidad la diosa Magna ha decidido brindarnos una ayuda externa. Nos mandará a una sacerdotisa.

—Antes de hablar de sacerdotisas y otras soluciones, yo sí tengo una pregunta. Una *seria* —intervino uno de los prefectos, mirando a Dagon con condescendencia.

—Que el prefecto Noveno hable.

Debido a su condición de sacerdote de la Orden de Hechicería, Noveno vestía la túnica escarlata de rigor, una línea turquesa y curva ampliaba su párpado justo bajo el arco de la ceja y la ausencia de cabello dejaba a la vista su cráneo perfecto.

—Ya nos imaginábamos que «estos engendros» serían obra de la magia oscura del Gran Grimorio —expresó Noveno, mirando a Mara con fijeza—. El tema que nos ocupa debería ser más bien *quién* consiguió arrancar la página en la que estaban escritas las runas.

—Eso es verdad. Pero tiempo al tiempo. Esa solo es una pieza de tantas que falta por encajar. —Mara engoló la voz—: Se verá en el próximo episodio.

Valthessar no pudo aguantar más una carcajada. Se inclinó hacia Mara.

—No se te puede llevar a ninguna reunión oficial —le susurró—. Ni a ningún lugar público.

—Anda ya. No te has divertido tanto en una sesión del Consejo en tu vida. —Le sacó la lengua.

Luvart se percató de que Noveno enrojecía. Por lo visto era de los que consideraban que debía existir cierto orden en las citaciones. No podía estar más en desacuerdo con él, como tampoco podría disgustarle más que un miembro de esa soberbia formara parte del Consejo. Para tratarse de un sacerdote —es decir, de una criatura conocida por su entrega total y absoluta a la Sehara y La Magna—, solía dejar en evidencia su increíble arrogancia y aprovechaba cualquier ocasión que se le presentaba para despreciar a El Séptimo Círculo.

Y no era el único.

—¡Esta es una cuestión importantísima!

—Eso es cierto —apoyó Quinto, el segundo sacerdote del Consejo. Su apariencia era idéntica a la de Noveno, pero su actitud humilde casaba mucho más con los preceptos de la Orden—. Podríamos estar hablando de una traición entre uno de los nuestros.

—¡Eso mismo! Y sé por dónde podríamos empezar, pues son muy

pocos sacerdotes nigrománticos los que tienen acceso al Libro original...

Una voz dulce e implacable voló por encima de sus cabezas.

—Nadie tiene acceso al libro, Noveno. El Libro ya no existe.

Todos se giraron hacia el portón de acceso a la sala.

Dos sacerdotes uniformados con las túnicas de la Orden mantenían oculta en una nube de intriga a la propietaria de la voz. El corazón de Luvart latió una vez al mismo compás que el segundero del reloj, cuyo desalentador tictac dejó de retumbar en su pecho en el momento en que sus protectores se retiraron, ya frente a la mesa, y la solución se mostró ante todos tal y como era.

Terriblemente preciosa.

Ni siquiera había asimilado los nuevos contornos de su rostro cuando Luvart se levantó de forma brusca. La silla salió disparada hacia atrás, armando un estruendo que por supuesto captó la atención de la joven.

Ni aun recordándose que tenía público consiguió reprimir su instinto de supervivencia, que le instó a dar el primer paso acelerado hacia ella en busca de la vida arrebatada.

Pero no dio ni uno más, porque entonces sí se detuvo a apreciar sus rasgos y los halló desfigurados en una mueca que, por mucho que le hubiera gustado, no podría haber malinterpretado.

Aterrada. Estaba *aterrada*.

La seguridad con la que había entrado se convirtió en un titubeo y, perdido el eje, retrocedió temblando. Sus ojos se anegaron en lágrimas de pavor que, por desgracia, no sorprendieron a Luvart. De hecho, su reacción tenía todo el sentido del mundo.

Había vuelto tal y como le dijo que volvería: sin volver del todo. Presentando un reto.

Apretó los puños y la mandíbula. Apretó los dientes y apretó contra sí los despojos del alma recién recuperada, recién arañada. Se apretó entero para que la ira y la decepción no lo quebrasen y se obligó a tomar asiento otra vez, acompañado del silencio que se había formado en el salón.

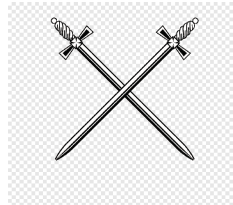
Pero no dejó de mirarla. Más bien la miró con determinación.

Si tenía miedo de él, no le extrañaba. Pero ese miedo era *suyo*.

Si ese miedo se transformaba en odio, no le sorprendería. Pero ese odio le pertenecía.

Y por Dios —porque a la diosa no le rogaba ni le prometía— que no pensaba renunciar a ellos.

Capítulo III



Reyyan tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no desfallecer.

Sabía que un peligro oscuro acechaba lejos de la Torre. La Magna la protegía por un motivo. Pero no habría imaginado que no disfrutaría ni un segundo de una mínima tranquilidad antes de enfrentar sus miedos.

Él sabía quién era ella, y eso solo podía significar una cosa. La había estado esperando para consumar su destino, que no era otro que acabar con su vida.

Lo había visto en sus sueños. Lo había sufrido en sus carnes al despertar entre sudores fríos. Las pesadillas eran tan vívidas que abrían heridas en su piel, y tal era el daño infligido por el verdugo que, en ese momento, Reyyan lucía una colección de cardenales bajo la túnica, todas ellas fruto de la última vez que se habían visto en la otra dimensión.

Él era el único responsable. Era la criatura que esperaba a que cerrara los ojos para matarla.

Esa noche apenas había podido conciliar el sueño. La carcomía el nerviosismo por la misión que la aguardaba a la par que una extraña excitación, pues por fin vería con sus propios ojos el ajeno mundo de los humanos. Sin embargo, el verdugo había encontrado la manera de meterse en su mente los escasos quince minutos que había logrado dormir.

Reyyan intentó no traer a su cabeza un recuerdo tan nefasto. Debía transmitir la imagen digna de la diosa y presentarse como una hechicera resolutiva, justo lo que necesitaban. Pero todo el cuerpo la traicionaba.

Al tomar asiento en la silla que habían reservado para ella junto al regente Aladiah, se percató de que todos tenían clavados los ojos en sus lágrimas. Reyyan lloraba de miedo sin poder controlarlo, pero había algo que sí podía dominar, y era su expresión. Así que asistieron al milagro impensable: Reyyan hizo que pareciese que eran las lágrimas de otra mujer las que manchaban su rostro pétreo. Hizo que

sus lágrimas pareciesen un mero *attrezzo* simbólico, una puesta en escena relacionada con el poder que hacía vibrar su aura y no una debilidad secreta.

—La Regencia da la bienvenida a la sacerdotisa Reyyan, enviada por Su Santidad la diosa Magna en calidad de auxilio externo. Es un honor para el regente Aladiah, el Consejo de los Prefectos y los miembros de El Séptimo Círculo dar cabida a una reputada sacerdotisa nigromántica de la gran Orden de Hechicería.

Reyyan asintió con la cabeza sin moverse. Las lágrimas se derramaban silentes y misteriosas por sus mejillas, más pálidas debido al encuentro. Las manos temblorosas se escondían de las miradas escrutadoras entre sus muslos, bajo la mesa.

Al asimilar la bienvenida del regente, se hizo crucial adivinar a cuál de las organizaciones pertenecía el verdugo. A simple vista lo asociaría antes a El Séptimo Círculo, una comunidad residual de pecadores que esperaban la llegada de su redención en forma de amante. Había leído tanto sobre sus puntos débiles —el sol, que, como símbolo de la diosa, tenían prohibido mirar directamente; el destierro, una maldición acorde al error cometido y la exposición al acero azul— como sobre los seráficos de La Sociedad. Una criatura como el verdugo no podía pertenecer a la misma entidad que Aladiah y su hermandad, caracterizados por algunas de las virtudes que eran admiradas en La Magna.

Templanza, paciencia, austeridad.

El verdugo no era templado. Su aura ardía, era una fiesta de fuegos de artificio, y la quemaba ya a distancia.

El verdugo no era paciente. Aunque hubiera sabido detenerse antes de abalanzarse sobre ella, la apremiaba a bajar la guardia con una mirada candente, solo la diosa sabía con qué propósito.

El verdugo no era austero. Si bien vestía de forma sobria y con sus escuetas maneras delataba una elegancia reposada, era un derroche desmesurado de belleza capaz de abrumar incluso sin mirarlo a la cara, cosa que no hizo para no delatar su miedo.

Pero estaba segura de que él podía olerlo y hasta leer sus pensamientos.

Estaba a su merced, y eso la llenaba de impotencia.

—Me sería muy útil una presentación de cada uno de los presentes —consiguió articular con firmeza—. Dado que vamos a pasar una temporada trabajando codo con codo en una solución, es menester que sepa de dónde procede cada uno.

Una de las presentes soltó una carcajada incrédula.

Reyyan se fijó en la susodicha, una joven pecosa que se alborotaba el rubio flequillo de cortinilla.

—Me parece estupendo que nos presentemos. Soy muy fan de las

regias cortesías que se dan en este sitio. Pero ¿es que nadie más se ha dado cuenta de lo raro que ha sido eso? —Señaló a su espalda con el pulgar en un gesto informal.

Reyyan dedujo que se trataba de una mujer nacida humana.

—Mara... —empezó la criatura de su izquierda, en tono de advertencia.

—Ni Mara ni Maro. ¿Qué coño ha sido lo de la silla propulsada y las lágrimas?

En lugar de mortificarse como hicieron los demás, Reyyan cuadró los hombros y sacó sus conclusiones.

La joven Mara estaba sentada junto al que supuso que sería el *rex* Valthessar, por apostura y por su distribución en la mesa de reuniones, lo que la convertía, también por dónde estaba sentada, en la *anandha*. La pareja inmortal, la redención encarnada del que ya no podía ser llamado penitente, pues había hallado el perdón de sus pecados en el amor que se profesaban.

Reyyan luchó por no ruborizarse al captar en sus auras escarlata la presencia de una pasión arrebatadora.

—La ocultista Mara —la presentó el *rex* antes de que dijera otra inconveniencia—, y también mi *anandha*. La *anandha* del *rex* Valthessar.

—Hombre, primera vez en tu vida que pones lo del ocultismo antes. —Se mofó Mara—. Hasta ayer te obsesionaba dejar claro lo que soy para ti antes de lo que soy a secas.

—Me ocuparé de decir «grano en el culo» antes que ningún otro título de cortesía —masculló. Pero todos allí pudieron escucharlo gracias a sus oídos hiperdesarrollados—. Dejad que como *rex* os presente a mis guerreros, sacerdotisa.

»Abraxas.

Le hizo un gesto para que se levantara.

Reyyan tragó saliva ante el mastodóntico corpachón del moreno de piel aceitunada. El impresionante físico no le caló tanto como su mirada perdida. Sus ojos oteaban el pasado y le envolvía una oscuridad escalofriante, la clase de sombra hambrienta por la que un hombre podría acabar devorado.

—Dagon.

El siguiente en ponerse de pie fue un alegre metro ochenta de rizos alocados. Hasta su aura sonreía, de un vibrante naranja a juego con sus ojos rebosantes de simpatía. Se retiró la melena cobriza con un gesto impaciente y una sonrisilla de niño maravillado por el mundo a su alrededor.

Reyyan estuvo a punto de tocarse la propia cabeza pelada en un gesto de luto por lo que ella no tenía.

—Samael.

El vikingo rubio no ocultó su curiosidad al incorporarse y la escudriñó con un par de ojos burlones. Era una de esas bestias tan seguras de sí mismas que su aura alcanzaba varios metros a la redonda. Hasta su alma debía acaparar el entorno para hacer eco de su grandeza, lo que sin duda sería uno de sus pecados. La soberbia.

—Renyi.

Se levantó a desgana y no le permitió apreciar su rostro en su totalidad. El flequillo liso y negro ocultaba uno de los ojos, tan transparente como la capa que le envolvía. Su aura era casi invisible incluso para ella, que se estremeció al comprender lo que eso significaba: que quizá no hubiera alma que salvar.

—Xaphan.

Su luz estuvo cerca de cegarla al ponerse en pie con una media sonrisa humilde. Se ajustaba las gafas sobre el puente de la nariz y con la otra mano ahuecaba la sudadera que vestía, distante a la vanidad humana, distraído de los caprichos superficiales de los hombres.

Reyyan lo vio con total claridad. Era un ser especial.

—Y...

La calma que pudiera haberla invadido con la sonrisa de Xaphan se desvaneció al sentir que *él* se levantaba. El otro. Ese monstruo. Y aunque no quiso mirar, una debilidad recién descubierta, quizá un impulso autodestructivo y por ello imperdonable, la obligó a elevar la mirada y toparse con...

—Luvart —dijo él mismo, con una voz líquida que consiguió filtrarse por cada uno de sus vacíos. Reyyan estuvo a punto de abrazarse, exprimirse para sacárselo de dentro, pero su mirada fija la tenía cercada por todas partes.

Era la criatura más bella que hubiera visto jamás. Poseía la esbeltez de un combatiente de esgrima y la elegancia de un príncipe de corte francesa. El sol se le había pegado a la media melena lisa y le había robado los ojos a un edén de maravillas. Iris de piedra amatista, uno de los intensos y numerosos colores que iban iluminando su silueta.

Reyyan nunca había presenciado un espectáculo semejante. Su aura era imprecisa. Parpadeaba, se encendía y se apagaba. Significaba que su alma estaba en conflicto, que había sido arrasada. Pero la tenía. El verdugo *tenía alma*. Y aunque eso no debería haber sido un consuelo, Reyyan se relajó un instante.

Y al instante siguiente volvió a tensarse.

Un recuerdo la asaltó a traición y las lágrimas le quemaron en los ojos.

Antes que allí de pie, Luvart había estado *sobre ella*. Podía sentir sus manos en torno al cuello. Su sonrisa macabra era lo último que veía antes de morir y volver a la vida de un sobresalto en la cama. Podía notar cómo le hundía la espada bastarda en el vientre, en la garganta.

Cómo la torturaba abriendo agujeros en su cuerpo.

Pero los sueños más vívidos eran aquellos en los que la desnudaba contra su voluntad. Aunque rogaba cada una de las veces, él le arrancaba la túnica en un gesto blasfemo por lo que conllevaba: vulnerar la virginidad de las elegidas de la Orden. Deslizaba sus sucias manos por su cuerpo y la profanaba con embestidas que seguía sintiendo al día siguiente, que la enfermaban de vergüenza y horror.

En otra de sus vidas él había sido su torturador, y si algo sabía Reyyan con toda certeza era que la historia individual era cíclica. Lo vivido volvería a repetirse si no se protegía, y parecía muy cerca de repetirse porque la estaba mirando como en sus sueños, con esa lujuria maldita que Reyyan no podía tolerar sin flaquear.

—El regente Aladiah se siente orgulloso de presentar a los Doce Prefectos del Consejo, elegidos por sus logros personales para guiar a la Regencia y deliberar sobre cuestiones que atañen a La Sociedad.

»La tríada seráfica del Linaje de los Albos: Jehoel, Eremiel y Raziel; la tríada seráfica del Linaje de los Áureos: Asaliah, Vasiariah y el regente, Aladiah. Los dos empíreos del séquito de La Magna, Tronos e Ishim, los dos sacerdotes nigrománticos, Noveno y Quinto, y nuestros dos ocultistas aún humanos: la augur Levanah, y la prometida de la Regencia, la que algún día habrá de ocupar tan honorífico lugar, Darda'il.

»Hechas las presentaciones, la Regencia insta a la sacerdotisa Reyyan a dilucidar lo que quiere decir sobre que el *Libro de la Sehara* ya no existe.

Notó la garganta árida al tratar de tragar saliva.

—Para evitar tentativas de robo, La Magna y la Orden tomaron la decisión de quemar el Libro. Solo yo conozco todos los hechizos plasmados. Es por eso que me han enviado. Lo único que podría contrarrestar el hechizo que tiene en pie a los súcubos es la propia magia.

Dagon alzó la mano pidiendo la palabra.

—¿En serio te sabes el Libro de memoria? —preguntó, pasmado. Se cruzó de brazos metiendo las manos bajo las axilas—. A ver, dime cuál era el hechizo de la página quince.

—El *Libro de la Sehara* no estaba numerado según el esquema cardinal humano —le respondió Reyyan, en absoluto molesta como sí se mostraron los sacerdotes.

—Pero ojalá el hechizo de la página decimoquinta sirviera para cerrarle el pico a alguno que otro —masculló Noveno. Cambió el tono y la expresión al dirigirse a Reyyan—. ¿Y ya sabéis cuál será el hechizo empleado, Eminencia?

—Tengo una ligera sospecha sobre qué podría debilitar a los súcubos, pero considero menester confirmarlo antes de diseñar un

plan. Para ello habré de verlos cara a cara.

Valthessar arrugó el ceño.

—¿Cómo conseguiríais algo así?

—Si no he oído mal, tenemos entre nosotros a una augur. —Se dirigió a Levanah enarcando las cejas—. Durante el sueño de alguno de los seráficos (alguno torturado por las pesadillas que se ofreciera voluntario), Levanah se encargaría de introducirse en la fase de sueño donde se encontraría el súcubo. Así serviría de segunda opinión a la hora de determinar qué podría debilitarlo.

Le costó tomar aire para continuar. Se forzaba a eliminar las insinuaciones de su vista periférica para borrar a Luvart de escena, pero no servía de nada. *Lo sentía*, y lo sentía mirándola con tanta fijeza que era como si ya le hubiera hundido el puñal en el corazón.

—Históricamente se ha ahuyentado a las bestias con azufre, cobre o plata. Es decir, con toda suerte de materiales presentes en la naturaleza o bien en el cuerpo de los humanos. Los engendros poseen una composición distinta y vulnerable a su contrario.

»El seráfico en cuestión habrá de dormirse con talismanes recubiertos de cada uno de los elementos. Levanah y yo discerniremos en la sombra cuál es el que le hace retroceder y a posteriori se elaborarán unos amuletos protectores de los que los seráficos no podrán desprenderse ni un solo momento del día.

Noveno se inclinó hacia delante, atento.

—¿No sentirá el súcubo una presencia externa en el propio sueño?

—De ninguna manera —intervino Luvart. Reyyan se tensó como si hubiera oído caer una bomba justo a su lado—. Los súcubos son entes diseñados con un único propósito. No son más que carne y un puñado de excusas seductoras que repetir si el sujeto opusiera resistencia, por lo que no pueden percibir alteraciones oníricas.

—Te lo tienes bien estudiado —comentó Noveno, mirándolo con sospecha—. ¿Llegaste a leer esas runas alguna vez?

Luvart desvió la mirada a las puntas de sus dedos, pero de algún modo Reyyan sintió que la estaba observando a ella. Su presencia la asfixiaba como si en realidad sus brazos la envolvieran.

—Me las recitaron.

—No sería La Magna —murmuró Noveno, mirándolo con desagrado —. Tengo entendido que no le caes muy bien.

—Ella tampoco me cae bien a mí.

Como no podría haber sido de otra manera, los asistentes reaccionaron de un modo desmesurado. Reyyan la que más, que solo pudo superar el miedo a su cercanía porque fue sustituido por la rabia.

—¿Cómo te atreves a blasfemar de esa manera? —Su voz restalló como un latigazo.

Luvart alzó la mirada hacia ella.

—Soy un penitente. Me han castigado por blasfemar. Si no lo hiciera ahora, mi penitencia no tendría mucho sentido.

—Justo por tu condición de pecador ya deberías haber tenido suficiente.

—A lo mejor soy muy ambicioso y quiero romper un récord. —Reyyan se quedó sin habla. ¿Estaba burlándose de ella?—. O quizá es justo por estar condenado por lo que ya no le temo a nada.

Reyyan se envaró.

—Una criatura que no teme a nada es una criatura sin respeto ni valores.

—Es una criatura que no tiene nada, sí —le confirmó, atravesándola con la mirada—. Y me parece muy sabio no acumular. Cuanto menos tenga, menos se me podrá quitar... y menos tendría que concederle a La Magna.

—A La Magna no «se le concede» —replicó, furiosa—. A La Magna *se le entrega* abnegadamente.

—Tú lo has dicho. Se le entrega abnegadamente porque La Magna tiene vasallos, siervos y esclavos, no los hijos que os creéis que sois. —Se horrorizó al verlo sonreír burlón—. ¿Qué otra cosa explicaría que disfrute del sufrimiento de cada uno de nosotros?

Reyyan se puso de pie, conmocionada. Los sacerdotes, ruborizados hasta las puntas de las orejas como el resto de los prefectos, asistían a la escena sin contener su indignación. Los penitentes de El Séptimo Círculo debían estar acostumbrados a oír barbaridades semejantes, porque solo observaron resignados a su hermano.

—Ya he oído bastante —declaró Reyyan, agarrándose a los puños apretados para que nadie se percatara de que temblaba. Por lo menos podía fingir que su cuerpo reaccionaba de ese modo por la ira y no por el pánico.

Luvart le sostuvo la mirada.

—Yo diría que no has oído suficiente. Solo he mencionado aspectos generales de la religión. Ni siquiera he empezado a contar mi vida y, por supuesto, aún me queda relatar los horrores de la tuya.

«¿Relatarlos... o cumplirlos?», estuvo a punto de preguntar.

—¿Qué podrías decir tú de mi vida, a excepción de que vale más que la tuya porque yo respeto a quien me la dio?

Reyyan aguardó con el cuerpo en tensión a que Luvart contestara. No lo hizo de inmediato, y pensó que se debía a que lo había dejado sin argumentos.

Nada más lejos de la realidad.

—Me has quitado las palabras de la boca —admitió con humildad —. En efecto, tu vida vale más que la mía, y quizá deba respetar a tu querida diosa solo porque te la dio.

—¿«Mi querida diosa»? Es *nuestra* diosa. A ti también te concedió lo que eres.

—¿Y qué soy, según tú? O, mejor dicho... —Sus ojos amatista despidieron un brillo acerado—. ¿Qué soy para ti?

Reyyan no mordió el anzuelo.

—Eso es indiferente. Más te vale recordar que se lo debes todo a La Magna y ser consecuente con ello en mi presencia, aunque cuento con no tener que lidiar con blasfemos durante mi estancia en La Sociedad. —Ladeó la cabeza hacia el regente, que asistía a la escena con una prudencia que en cualquier otro caso le habría parecido admirable. En ese momento la confundió, pues esperaba que pusiera orden y castigara al insensato—. Supongo que dispondréis una habitación para mí en el complejo mientras llevamos a cabo la inserción y la creación de los amuletos.

Aladiah cabeceó.

—La sacerdotisa Reyyan ha de darse por invitada a residir en cualquiera que sea su lugar de preferencia. Si es La Sociedad...

—Por encima de mi cadáver —replicó Luvart, dejándolos a todos anonadados. No así a Reyyan, que había imaginado una intervención de ese tipo.

Ni siquiera tuvo que alzar la voz. Se hizo oír por encima de los murmullos, del silencio y de la verdad con el tono relajado del que se sabía en posesión de todos los derechos.

Reyyan lo miró a la cara por primera vez desde que había aparecido, logrando una mirada fulminante que hizo que se reclinaran aquellos que se encontraban en la trayectoria de su visión.

—Si crees que tendré reparo en pisotear tus cenizas para ir a donde se me requiera, es que no me conoces en absoluto.

—Se te requiere en El Séptimo Círculo y es allí donde irás —atajó con agresividad—. Ya puede levantarse la sesión.

Pero la sesión no se levantó. El que se levantó fue Luvart mientras el resto aún asimilaba el modo en que se había dirigido a la mano derecha de La Magna.

Reyyan no cabía en su propia indignación, pero no tentó a la suerte teniendo la última palabra. En su lugar se quedó donde estaba, abrazándose a la calma de verlo desaparecer del salón.

Antes de cruzar el precioso portón de acceso, dos monumentales hojas labradas en madera oscura y con motivos arabescos, lo vio mirar por encima de su hombro a un punto de la pared. Reyyan frunció el ceño, preguntándose qué interés podría tener para él un reloj. Sobre todo un reloj parado y resquebrajado, cuyo cristal protector descansaba hecho añicos a sus pies.

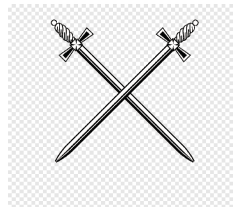
—¡Caramba! —exclamó Dagon de pronto, mirando en la misma dirección—. ¿Qué le ha pasado al reloj?

Luvart empujó la pesada madera del portón con una media sonrisa cómplice. Pero ¿cómplice hacia quién?

Reyyan no pudo evitar temerse lo peor cuando le oyó decir:

—Que ya no espera a nadie.

Capítulo IV



—¿Quién se ha creído que es? —bramó Noveno con la vista clavada en la puerta, la que todo apuntaba que no volvería a ver a Luvart en lo que quedaba de sesión.

Valthessar clavó en el sacerdote una mirada severa.

—Es uno de los penitentes más antiguos de El Séptimo Círculo, un guerrero valiente y leal a sus hermanos y una de las mentes más brillantes de nuestra secta, y también de la vuestra, si me apuras. Un penitente que ha leído más veces el Libro de tu Orden que tú mismo, y, por lo visto, la única criatura que puede permitirse prescindir del trato solemne al referirse a la diosa.

Noveno descolgó la mandíbula, exteriorizando la misma ofensa que había sacudido a Reyyan al escucharlo. Le puso también palabras a lo que ella estaba pensando.

—¿Y eso te parece meritorio, algo de lo que estar orgulloso?

—No, pero es una concesión que se le ha otorgado a Luvart y no al noveno sacerdote de la Orden. Aunque, ya que lo menciono, es comprensible. Hay ocho sacerdotes antes que tú que están mucho mejor valorados, y teniendo en cuenta que sois solo diez... —Chasqueó la lengua fingiéndose apenado—. Parece que tú serías el último en recibir sus privilegios.

»Una lástima que eso de «los últimos serán los primeros» sea una metáfora bíblica no aplicable a nuestra religión, o de lo contrario saldrías ganando. Mientras tanto, ¿podrías recordarme hasta qué número cardinal estaba permitido ojear el Libro original? ¿Hasta el quinto, era?

Noveno apretó la mandíbula.

—Es obvio que estáis todos cortados por el mismo patrón —escupió.

Valthessar se mantuvo imperturbable.

—¿Y qué patrón sería ese, Noveno?

—Yo lo veo claro —intervino Mara para bajar los humos, sonriendo —. Sois todos guapísimos.

La tensión del cuerpo de Valthessar se relajó un tanto, pero no dejó

de mirar a Noveno con antipatía correspondida.

—La Regencia pide un poco de orden y más respeto en la comunicación. Se está en presencia de la sacerdotisa elegida.

Reyyan meneó la cabeza para aclarar su posición. Las pullas no la incomodaban. Las comprendía y había imaginado que se toparía con las organizaciones enfrentadas. Los conflictos pasados habían tenido su base en un antagonismo ancestral que no podía borrarse de la noche a la mañana. Ni siquiera tras siglos de convivencia distante. La Sociedad y El Séptimo Círculo eran incompatibles se mirara por donde se mirase. Que pudieran respirar el mismo aire era un milagro a la altura de la entereza de Reyyan en presencia de Luvart.

Suerte que ya no se encontraba allí y podía concentrarse en su tarea sin distracciones.

—El regente Aladiah pide que El Séptimo Círculo abandone la estancia. Se debatirán con la sacerdotisa Reyyan las particularidades de la inmersión, un asunto que atañe en exclusiva a los miembros de esta comunidad.

El Séptimo Círculo se retiró de forma desordenada, charlando en voz baja. Mara se despidió de Valthessar aceptando el beso que él le dio en la coronilla y a continuación entrelazó los dedos sobre la mesa, indicando que estaría presente en la reunión.

—¿Formas parte de La Sociedad? —le preguntó Reyyan, sorprendida.

—Por parte de madre —respondió Mara en tono guasón—. La hermana de Aladiah, mi madre, perteneció al Linaje de los Áureos y mi talento de ocultista me permite disfrutar de lo mejor de ambas organizaciones. Aunque, si soy sincera, lo mejor de La Sociedad no son las soporíferas reuniones, sino la comida.

Reyyan no se atrevió a sonreírle. Se sentía abrumada por el desahogo con el que Mara se dirigía a todo el mundo. No debía tener muchos más años que ella y se movía entre ambientes solemnes como pez en el agua.

Aladiah tomó asiento en el lugar que el *rex* había dejado vacío.

—Este problema ha alcanzado estas cotas porque entre los seráficos siempre ha existido un tema tabú. El sexo. —Todos los prefectos cambiaron de postura en el asiento al oír la palabra, que sonaba incluso más impura en los labios de Aladiah—. La Regencia ha realizado una encuesta entre la comunidad seráfica para aproximarse a una media de víctimas y los resultados son desoladores. Al menos dos de cada tres han sufrido una violación de intimidad a manos de los súcubos. Ninguno de ellos ha alzado la voz por la vergüenza de confesar la naturaleza de sus sueños.

»Es el deseo del regente Aladiah poner fin a este veto que tanto dolor ha causado y tan terribles consecuencias para las razas ha

acarreado. Pero así como se plantea modificar algunos aspectos de la ley seráfica, la Regencia no está dispuesta a humillar a las víctimas pidiendo que den un paso al frente en una sesión pública.

—¿Y cómo se supone que vamos a elegir al candidato para la inmersión si no es conociendo todas las posibilidades? Es decir... a las víctimas —especificó la áurea Vasiariah.

Aladiah entrelazó los dedos.

—El propio regente se ofrece como chivo expiatorio para el episodio de inmersión.

Todos los prefectos se quedaron de una pieza. Reyyan se fijó en que algunos intercambiaban miradas cargadas de prejuicios.

—El regente no debería prestarse a esta clase de experimentos —rechazó el albo Raziel, sus ojos ciegos perdidos en el infinito—. Por su seguridad y por la de La Sociedad ha de permanecer al margen.

—Como en el ajedrez, con el rey en jaque caen el resto de las piezas —acordó Tronos, cruzando los brazos sobre la armadura de empíreo marcial.

—Este no es un juego de ajedrez. La Regencia tiene el deber institucional de sacrificarse por los seráficos si considera que es lo mejor para la comunidad, y no duda que lo sea.

—Un momento —intervino Reyyan, alzando una mano—. ¿Os ofrecéis porque habéis sido tentado? Se supone que los regentes, por su rango, tienen un blindaje mental avanzado que impide esta clase de violaciones de intimidad.

—Dicho blindaje ha protegido a la Regencia de los súcubos, pero también le ha permitido percibir la presencia que acecha durante la duermevela. Se sospecha que si la augur Levanah o la propia sacerdotisa Reyyan revierten este privilegio, se podrá experimentar con el súcubo que persigue al regente.

—Me sigue pareciendo arriesgado —repuso Raziel—. Deberíamos buscar otra cabeza de turco.

Reyyan se tensó con la mirada que Aladiah le dirigió al prefecto. No era abiertamente censuradora, de hecho, mantenía su carácter afable, pero supo que le había disgustado por la alteración que sufrió su aura.

—«Cabeza de turco» no es una expresión que la Regencia o el Consejo deba emplear para referirse a un seráfico aturdido por las pesadillas. En La Sociedad existe un marcado sistema jerárquico, pero no porque la élite sea superior en sentido alguno, sino porque alguien ha de tomar las riendas y asegurarse de que se cumpla la palabra de Su Santidad.

»El regente Aladiah no es mejor ni más importante para La Sociedad que cualquier otro seráfico, con la diferencia de que posee una responsabilidad mayor. Se hace cargo de ella y espera que la augur Levanah y la sacerdotisa Reyyan se muestren conformes y se

pueda resolver esta cuestión lo antes posible.

Reyyan se percató de que la opinión de los prefectos estaba dividida.

Como en toda organización, existía un grupo más conservador y otro más amplio de miras a la hora de adoptar nuevas medidas. Era difícil averiguar quién estaba a favor de la flexibilidad al contemplar la jerarquía de La Sociedad a simple vista, pero Reyyan absorbía las energías de los prefectos y no le costó asumir una realidad que antes le había pasado desapercibida.

Había bastado con que Luvart abandonara la sala para que Reyyan se diera cuenta de que el Consejo no era ni de lejos un grupo homogéneo de ideas y colaboradores con espíritu transigente. Por el contrario, percibía en el ambiente todo género de recelos hacia el regente.

En la soledad de la Torre de Coriander, Reyyan había estado estudiando para conocer al dedillo las particularidades de La Sociedad. Por eso sabía que, en el pasado, la Regencia había sido un cargo ostentado por el linaje de sangre pura, el de los seráficos albos, y, por ende, un símbolo de poder casi absoluto que no podía ser burlado o puesto en tela de juicio.

Desde que La Sociedad diera un pequeño paso hacia la liberación de prejuicios contra el linaje mestizo —los áureos—, se habían sucedido indistintamente regentes de sangre híbrida y seráfica, pero todos ellos habían resultado incluso más conservadores y convencidos de la tradición que los propios albos.

A excepción del regente Aladiah.

No solo se atrevía a jugarse el pescuezo y a hacer alianzas con El Séptimo Círculo —hasta el punto de sentarlos a su mesa, algo impensable tan solo unos años atrás por los residuos de su antagonismo—, sino que para colmo tenía el atrevimiento de expresar sin tapujos que todos eran iguales a ojos de La Magna. Esto levantaba los resquemores de algunos prefectos, como pudo percibir en el rostro pálido de Noveno, el aura turbia de Raziel y los gestos torcidos de Tronos e Ishim, los dos empíreos que seguían a la diosa como perros guardianes.

Solo su prometida Darda'il y la augur Levanah parecían orgullosas de la visión progresista de su regente.

—Si esa es la decisión de la Regencia, no veo por qué no actuar conforme a ella. —Reyyan intercambió una mirada con la augur, que asintió dando su beneplácito—. Podemos disponerlo todo ahora y dedicar los próximos días a la creación de los talismanes protectores. Un segundo perdido es un segundo que estaremos pagando por mucho tiempo.

»La augur y yo necesitaremos un espacio cerrado y oscuro y que por

supuesto no estén presentes los prefectos ni ningún otro seráfico. Los súcubos no tienen la sensibilidad lo bastante desarrollada para percibir otras presencias, pero interferiría en la efectividad de los hechizos y podría desconcentrarnos.

—Se puede llevar a cabo en las dependencias del regente —propuso Aladiah.

—Sería lo más inteligente —acordó Reyyan—. Es en los dormitorios y durante la noche donde y cuando se concentra la energía onírica.

Aladiah disolvió la sesión poco después. Uno a uno, los prefectos se fueron levantando con cuidado de no expresar lo que en realidad pensaban.

Entre los infinitos poderes de Reyyan no figuraba el de leer el pensamiento ajeno. Podía conjurar hechizos que se lo permitieran, sí, pero no le hacía falta recurrir a la magia para deducir lo que opinaba Noveno. Entre los miembros de la Orden existía cierta conexión y Reyyan supo a la perfección lo que pretendía comentar con Raziel y con Tronos una vez estuvieran fuera del salón de audiencias.

«Es un bonito sacrificio el que hace, y resulta conmovedor que crea que un peón y un prefecto poseen el mismo valor, pero a mí no me engaña. Lo que pretende es hacerse el héroe, y llega muy tarde para eso».

Permanecieron allí Levanah y Darda'il, esta segunda debido a su condición de pupila. Aladiah la había elegido no hacía demasiado tiempo para formarla y así ocupar en el futuro un lugar en el Consejo. Por lo que Reyyan sabía, todavía no se había oficiado el acto ceremonial que la consagraría como la prometida del regente. La Promesa, como se denominaba el rito institucional, se celebraría una vez resolvieran el problema más acuciante. Entonces habría de deshacerse de las características que la señalaban como humana, entre otras su apariencia.

Los seráficos presentaban el mismo aspecto —ojos, piel y cabello claro— para dar impresión de grupo homogéneo, y Darda'il aún conservaba la melena pelirroja, una nube de rizos electrizados que le daba un aire desaliñado.

—Necesitaré que hagas una recopilación de objetos que puedan contener azufre, cobre, plata, aluminio, hierro... —empezó Reyyan, mirando a Darda'il. La muchacha se estiró apenas oyó su voz y asintió repetidas veces antes de pedir permiso a Aladiah para retirarse. Este le hizo un gesto hacia la puerta, por la que se perdió seguida de Levanah cuando Reyyan agregó—: Me gustaría hablar un instante a solas con el regente.

Una vez en la única compañía del otro, Aladiah encajó su asiento junto a la mesa y esperó con paciencia a que Reyyan hablase.

Le costó encontrar la forma de plantear sus pesquisas al mirar los

ojos cristalinos del regente.

No solo eran claros o azules. Estaban limpios, libres del pecado en el que nacían todas las criaturas de La Magna por el simple hecho de no ser como Ella.

—Quizá esté opinando sobre lo que no me incumbe, pero me ha parecido entrever ciertas suspicacias en algunos prefectos. No sé si sois conscientes de esta contrariedad. Sé que los rencores de algunos miembros descontentos no conseguirían quebrar una organización milenaria tan bien construida, pero en este momento es conveniente que La Sociedad se mantenga más unida que nunca.

Aladiah cabeceó respetuosamente.

—La Regencia es consciente de las dudas que albergan en su corazón, pero celebra que cada uno de los prefectos saque sus propias conclusiones. La comunidad se enriquece gracias a la pluralidad de opiniones.

—Pero no son opiniones que se expongan en voz alta. Son recelos que, al acallarse, se pudren y pueden dar lugar a situaciones incómodas... cuando no violentas o de carácter sedicioso.

Aladiah se frotó la barbilla, no tan pensativo como distraído.

—Temer los resquemores de los aliados es una decisión de sabios y una obligación para los altos cargos. Sin embargo, es también el deber de la Regencia confiar en que, sean cuales sean las incertidumbres de la prefectura, esta no llevará a cabo acciones que perjudiquen a La Sociedad mientras el debate sea inasumible.

—¿Cuáles son las cuestiones a debatir que tienen desconfiando a algunos prefectos?

—Los tabúes, el orden jerárquico... aspectos de la ley que, en opinión de la Regencia, han de ser adaptados a los tiempos que corren. Es menester abrir el debate de las relaciones carnales por la urgente situación de los súcubos, pero, como se ha mencionado, discutir ahora sobre normativas anticuadas es inasumible. Llegado el momento, la Regencia se compromete a escuchar cada uno de los puntos de vista y a tomar una decisión conforme a la unanimidad.

—¿Y si esa unanimidad no se da? No quiero preocuparos con problemas no tan apremiantes como el de los súcubos —se apresuró a explicar—, pero me da la impresión de que hallaréis una fuerte oposición a vuestras decisiones. Me gustaría conocer el motivo.

Aladiah entrelazó los dedos sobre el regazo y le dedicó una sonrisa amable.

—Habréis de preguntar a los inconformistas el porqué de sus recelos. La Regencia tiene la conciencia tranquila.

Reyyan le devolvió el gesto con simpatía.

—No es para menos. Creo que vuestra humildad os honra y, de hecho, es lo que os convierte en un regente fuera de lo común. Estáis

dispuesto a cambiar la tradición, pero respetándola en todo momento.

—Vuestra percepción de la Regencia es halagadora. Se agradece de corazón.

—Os halagaría mucho más si me hicierais un favor —reconoció al fin Reyyan. Le había costado reunir el valor para plantear su petición, desacostumbrada como estaba a mantener conversaciones que no tuvieran que ver con el futuro de las razas—. Permitid que me asiente en La Sociedad mientras dure mi cometido. No es mi deseo compartir techo con El Séptimo Círculo.

Aladiah la sondeó con su extraña mirada abisal.

Cualquiera diría que los regentes debían de tener una mirada distraída, más consciente del mundo que esperaba sobre sus cabezas, del sagrado Autem, que de lo que estaba ocurriendo en La Tierra. No obstante, Aladiah parecía conocer la raíz de todos los problemas que sacudían cada una de las realidades, estar presente en cada dimensión.

Reyyan se preguntó si su omnisciencia sería real o tan solo una percepción suya.

—El regente Aladiah desearía complaceros, pero eso pondría trabas al destino redentor de un penitente y la Regencia jamás podría perdonarse haber puesto en jaque uno de los planes terrenales de Su Santidad la diosa.

—¿«El destino redentor de un penitente»? ¿Por qué mi presencia bajo el techo de El Séptimo Círculo daría lugar al perdón de los pecados de un miembro?

—Tal vez hayáis oído hablar de la figura de la *anandha*.

Se le descompuso el estómago al comprender lo que estaba sugiriendo.

—¿Creéis que soy la *anandha* de un...? —balbuceó, horrorizada—. Eso no es posible. Las *anandhas* son fragmentos del alma de La Magna que habitan cuerpos mortales y tienen el poder de reencarnarse en La Tierra. Yo no nací aquí.

—Pero poseéis un cuerpo mortal. La Regencia carece de los detalles relativos al perdón de los penitentes, pero una cosa sabe sobre seguro y es que el penitente Luvart tiene algo que decir al respecto.

—¡Pero es algo que no deseo escuchar y a lo que vos tampoco tendríais que atender! —exclamó, furiosa—. No lo entendéis. Estaré en peligro si comparto el mismo espacio que ese monstruo.

Aladiah limitó su asombro a un modesto levantamiento de cejas.

—Durante siglos, La Sociedad y El Séptimo Círculo han sido asociaciones contrarias y enemigas pese a tener un propósito común. Ya de niño, el regente Aladiah se preguntaba el porqué de estos odios y solo en un pasado cercano ha podido confirmar lo que sospechaba, y es que no tenían verdadera razón de ser. Los penitentes son seres brillantes y amados por la diosa cuya luz, por desgracia, ha sido

abatida..., pero solo temporalmente. No hay que temerlos.

—No les temo a todos —musitó, sin voz—. Solo a él.

Hubo un pequeño silencio.

—A diferencia de como ocurre con el resto de los miembros, se desconoce el pasado del penitente Luvart —confesó con tiento, mirando a Reyyan—, pero el regente rompe una lanza en su favor atribuyéndole gestos de gran bondad que solo son indicativos de su naturaleza generosa. Su obediencia y lealtad hacia el *rex*, su eterna disposición a colaborar, el respeto con el que se dirige al prójimo...

—Puro teatro —espetó Reyyan. Aladiah no respondió ni hizo ningún gesto al que pudiera aferrarse para seguir insistiendo. Se la quedó mirando a la espera de que cediera—. No conseguiré convenceros, ¿verdad?

Aladiah no contestó. Solo hizo una mueca compungida que en cualquier otro rostro habría parecido hipócrita. No así en él, motivo por el que Reyyan se resignó a no persistir.

—¿Me permitiréis al menos realizar la ofrenda en el claustro reservado para la oración? Dudo que El Séptimo Círculo cuente con una sala de rezos —masculló por lo bajo.

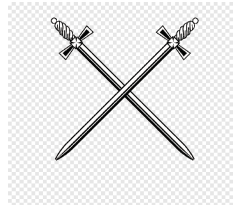
—Naturalmente.

Reyyan suspiró.

Si Aladiah así disponía su estadía en La Tierra, no le quedaba otro remedio que acceder. A fin de cuentas, era el representante de La Magna en La Tierra y ella estaba allí para honrar a su diosa...

Aunque por el camino debiera degradarse a sí misma.

Capítulo V



Aladiah se tendió donde la sacerdotisa le indicó: el lecho en el que pasaba noches enteras preguntándose si estaba haciendo lo correcto.

Si bien a los regentes se les tenía permitido aposentarse en dormitorios más amplios y luminosos, como también conservar varillas de incienso entre otra simbología magnánima, Aladiah había rechazado ese privilegio en el momento en que le fue ofrecido para ocupar una habitación sencilla, idéntica a la del resto de la comunidad. Constaba de una cama individual, un ventanal que daba al patio interior del complejo y una cómoda sin ornamentos. Todo blanco quirúrgico. Un cuarto de hospital con el mismo aspecto abandonado que cuando un cadáver aún caliente era trasladado a la morgue.

Nada de espejos en los que admirarse para fomentar la vanidad. Nada de decoraciones que distinguieran a un seráfico de otro o sirvieran para adjudicarle una personalidad. Nada de obras artísticas pertenecientes a autores de La Tierra, pues las banalidades de la Subrealidad, y el arte era considerada una, no debía ser motivo de adoración. Venerar símbolos distintos a los religiosos era una vergüenza imperdonable, y Aladiah se ajustaba a todas esas pequeñas órdenes implícitas con sumo gusto.

Después de la explicación de rigor, que había corrido a cuenta de Reyyan, el dormitorio se había sumido en un silencio que le permitía oír con mayor claridad las que eran sus preocupaciones.

Aladiah se obligaba a acallar las voces que le susurraban que una desgracia se cernía sobre él. Una desgracia en forma de destitución e incluso exilio debido al poco entusiasmo con el que el Consejo recibía sus propuestas.

Estaba muy convencido de las que eran sus ideas. Nunca tanto como para cerrarse a barajar otras opciones o adoptar distintas líneas de pensamiento, pero sí que se negaba a permanecer de por vida en ese punto muerto en el que se había estancado La Sociedad. Y pensaba que estaba recorriendo el camino adecuado, pero Reyyan había

confirmado que hacía bien al tomar precauciones.

No eran imaginaciones suyas. Había miembros descontentos, y Aladiah mejor que nadie sabía a dónde llevaba ese descontento. A su hermana, por ejemplo, la había llevado a desertar. A abandonar La Sociedad, nada menos que por un humano... y a la muerte prematura.

No podía permitir que se diera otra tragedia similar, pero tampoco se convertiría en un tirano con látigo en mano ni obligaría a los rebeldes a reincorporarse al redil si este no era su deseo. La única posibilidad factible para él era el diálogo. Y, sin embargo, ¿había alguien dispuesto a escuchar, a dejar de mirar al pasado y prestar atención en su lugar al seráfico que intentaba modernizar un sistema arcaico?

—Estáis muy tenso. —Oyó a Levanah—. Tratad de relajaros. Llegará antes el sueño.

Aladiah asintió para hacerle saber que la había escuchado. Fue distendiendo los músculos y dejándose llevar por el sueño que sin duda tenía y que se había multiplicado en cuanto Reyyan le había revocado la protección inherente a su cargo.

Durante la ceremonia de coronación, a los regentes se les hacía entrega de un manto invisible y perenne que habría de acompañarlos mientras durase su Regencia. No los protegía de ataques cuerpo a cuerpo, pues los seráficos consideraban la presencia corpórea un bien perecedero e irrelevante que solo servía de escudo del alma. A veces, de cárcel, y de ahí que los placeres obtenidos a través de él estuviesen prohibidos. El manto, más bien, los salvaban de intrusiones mentales, hechizos, profanaciones de alma y de todos los sortilegios viles que podían formular los sacerdotes nigromantes —solo nigromantes una vez les era revocada la condición sacerdotal— del Gran Grimorio.

Los poderes del manto solo podían ser activados o desactivados por La Magna en persona o uno de los cinco sacerdotes que encabezaban la lista de la Orden, aquellos con acceso al Libro original para su lectura y, por lo visto, también por Reyyan.

El manto era responsable de gran parte de la serenidad que exudaba. Por supuesto, esa era una cualidad con la que Aladiah había nacido y que pudo desarrollar gracias a su disciplinada educación como seráfico. No obstante, la calma magna, la cuasi perfecta armonía con la que afrontaba situaciones de máxima tensión, era obra del manto. Era también el que le permitía dormir poco, meditar en demasía y no vacilar frente al Consejo. Sin él, Aladiah había comenzado a temer, tentado por la parte de sangre humana que corría por sus venas, y también a notar el cansancio acumulado.

Se durmió con el ceño fruncido, las manos sobre el vientre y blindado con los materiales que habrían de ahuyentar al súcubo. La mayoría de ellos se encontraban en el cinturón que mantenía la túnica

ceñida a su cuerpo.

Aladiah no supo que ya estaba dormido hasta que se vio dentro del sueño en la misma posición: tendido sobre la cama. Maravillado porque hubiera surtido efecto, hizo por incorporar a ese Aladiah de la dimensión onírica y miró alrededor.

El dormitorio estaba vacío salvo por una presencia vibrante en una de las esquinas.

Entrecerró los ojos hasta que distinguió la silueta de una mujer. Solo que no era una mujer. No tal y como se conocía a las hembras, ni tal y como Aladiah solía percibirlas. Debía ser el súcubo. Lo supo porque si le hubieran preguntado a ese Aladiah que era ahora despojado de su magnificencia de regente, habría dicho que la que tenía ante sí era una criatura creada para el deleite y la pasión. Un ser capaz de sacar a la luz los instintos de los que los seráficos se privaban por lealtad.

En cuanto captó que la estaba mirando, el súcubo se mostró tal cual era ante sus ojos. Aunque el dormitorio estaba sumido en la penumbra, ella refulgía como si su piel estuviera hecha de diamantes. Estos despidieron brillos hipnotizadores cuando inició su insinuante paseo hasta Aladiah, gloriosamente desnuda pero con una expresión inocente del todo cautivadora.

—¿Cuál es tu nombre? —quiso saber Aladiah, a punto de alargar la mano hacia ella.

El sonido de su voz se perdió en el eco dimensional del sueño, pero ella lo escuchó y se estremeció. La vio cubrirse de golpe y arrugar la expresión, como si la hubiese avergonzado.

—No te asustes —le susurró Aladiah, avanzando un paso—. No voy a hacerte daño.

Su voz volvió a perderse. No podía escucharse. Y mejor que no lo hiciera, porque aunque en sus sueños podía hablar como quisiera, Aladiah intentaba no perder la solemnidad ni inconsciente.

Ese día se lo perdonaría. Sentía que podría perdonarse cualquier cosa.

El súcubo lo miró con sus dos ojos, negros desde el lagrimal hasta la comisura opuesta. Ojos como escarabajos azabaches.

—¿Seguro? Ya me has hecho daño antes.

Aladiah no lo comprendió.

—¿Cómo es eso posible?

—Me alejas cuando sueñas conmigo. Me mantienes aislada para que no me acerque a ti. En tus sueños me asfixio, me presionas contra las paredes y tengo que hacerme un ovillo.

El súcubo miró alrededor, desorientada. Seguía cubriéndose con un pudor que a cualquier otro le habría resultado cómico, hasta ridículo, pero a Aladiah le pareció encantador.

—No volveré a hacerte daño. No soy esa clase de criatura —le juró —. Pero tienes que entender que no se lo pongo fácil a quienes entran en mis sueños sin permiso.

—Yo no estoy aquí sin tu permiso. Puede que tú aún no te hayas dado cuenta, pero soy todo lo que deseas. Por eso me materializo ante ti.

El súcubo extendió los brazos y le acarició el pecho con los dedos. Aladiah entreabrió los labios para suspirar.

Sin duda la deseaba. Notaba la sangre ardiendo y la entrepierna tensa, dos sensaciones que no recordaba haber experimentado nunca, ni siquiera durante la pubertad.

—Bel.

Tardó en reaccionar a su murmullo.

—¿Es así como te llamas?

Ella asintió. El movimiento hizo bailar la melena roja que caía hasta el suelo como un velo de novia.

—Bel.

Su voz sí la escuchaba. Era una sugerencia sexual, susurrante e irresistible al igual que su cuerpo lozano.

—¿Qué puedo hacer por ti, Bel?

Ella aleteó las pestañas hacia él.

—Puedes salvarme.

—¿Salvarte?

—Solo seré libre de mi condena cuando te haya descubierto el placer. —Ronroneaba al hablar, pero Aladiah percibió en su expresión severa que no era mentira—. Si me evitas y me aíslas permaneceré encerrada en tu mente toda mi vida... y mi vida es corta y dolorosa.

Aladiah no podía dejar de mirarla.

—¿Por qué?

—Porque fui creada con un único propósito. Hacerte feliz. Cuando lo seas, podré marcharme, y si no lo eres nunca... —Se mordió el labio —. Sufriré en esta cárcel. Déjame cumplir mi cometido.

A esas alturas, Aladiah estaba convencido de que le permitiría hacer cualquier cosa con él. No la apartó cuando le rodeó la erección con la palma de la mano y se la frotó verticalmente sobre la ropa.

—¿Crees que el sexo me hará feliz? —Se oyó preguntar, aturdido—. Porque yo creo que solo me trasladará culpabilidad.

Ella lo sondeó con su extraña mirada de demonio.

—Te trasladará un placer culpable. A veces eso es lo único que da sentido a nuestras vidas. Porque dime... ¿había tenido sentido tu vida hasta este momento?

Aladiah no pudo contestar. Jamás había experimentado una emoción tan desbordante. Notaba que todo su cuerpo reaccionaba al contacto, que enviaba pequeñas descargas eléctricas a las que

enseguida se hizo adicto. Se acercó a ella para que lo siguiera tocando, seducido por el estimulante roce. Se olvidó por completo de que era un experimento y Bel era un engendro, una creación maligna.

En realidad, nada le parecía más perverso que la idea de retirarse. Porque... ¿acaso había tenido sentido su vida hasta ese momento? ¿Tenía sentido su vida, a secas?

¿Tenía una vida *propia*?

Bel le dedicó una sonrisa de colmillos afilados, como si se alegrara de sus preocupantes cavilaciones. Le incitó a abrir la boca colando la punta de la lengua entre sus labios, y cuando Aladiah lo hizo, obediente, sus lenguas se entrelazaron en un beso explorador y caliente que endureció aún más su miembro. La mano de Bel subió de donde masturbaba con lentitud y agarró el cinturón.

No por mucho tiempo.

Apenas un instante después, Bel aulló y dio un paso atrás con la palma de la mano achicharrada.

Aladiah observó, aturdido, que su mano estallaba en llamas.

No se pudo mover. Tendría que haber agarrado el cinturón para acabar con ella como fuera. Se disponía a ello, pero Bel lo miró al borde de las lágrimas por la traición y a Aladiah le paralizó la culpabilidad.

—No sabes cuánto lo lamento —murmuró.

Una lágrima negra se deslizó por la mejilla de Bel.

—Tanto como lo lamento yo.

Bel desapareció del sueño como lo hicieron el dormitorio y el propio Aladiah, instigados por el toque de atención que Reyyan había estipulado para despertarlo.

Aladiah se incorporó de golpe, sudando y ruborizado. Si no hubiera estado confundido y el corazón no le galopara en el pecho, habría lamentado que una sacerdotisa virgen y una seráfica también obligada a mantenerse lejos de esas visiones hubieran asistido al espectáculo de su excitación. Pero lo lamentó en especial por su pupila Darda'il, una jovencita impresionable a la que era su deber instruir y enseñar a partir de la imagen digna que tenía de él.

Pero Levanah y Reyyan no lo miraban. Se miraban entre ellas, pálidas.

Fue la sacerdotisa la que inquirió:

—¿Por qué no se me informó de que los súcubos eran creados específicamente para cada seráfico?

—Porque desconocíamos esa información —reconoció Levanah, avergonzada—. Sospecho que no solo cada seráfico tiene su propio súcubo, sino que este es una representación de sus deseos y una trampa para sus debilidades. Todo el mundo sabe que el regente Aladiah es susceptible a los pedidos de auxilio y los ruegos de los más

vulnerables.

—Explicaría que los súcubos hayan engendrado tan rápido... y que no se hablara en público de esto. Un seráfico no habría dudado en comentarle a un prefecto o un hermano que estaba siendo víctima de repetidas pesadillas. El problema está en que no eran pesadillas —meditó Reyyan, con los ojos redondos—. Los seráficos estaban viviendo sus fantasías particulares. Los súcubos representan esos anhelos que jamás admitirían porque podrían conllevar el escarnio.

—Es por eso que se debe romper el tabú —intervino Aladiah por fin, saliendo de la cama con dificultad. Notaba el cuerpo resentido, pegajoso, como si le hubieran arrebatado una liberación física necesaria para oxigenarse—. Es culpa de la norma que los seráficos hayan mantenido al enemigo en sus dormitorios y no se haya sabido de esto hasta ser demasiado tarde.

—No lo es. No es demasiado tarde —replicó Reyyan—. Ahora sabemos qué es lo que los hace desaparecer: el acero.

—Habría que evaluar los daños en profundidad —propuso Levanah —. Hemos visto que se queman, pero quizá en el próximo sueño reaparecen curados.

—Habría que ver también si funciona como un juego de ordenador —intervino Darda'il. Todos la miraron sin entender—. Quiero decir... Asegurarnos de que, si el regente Aladiah la hubiese matado en esta fantasía, no aparecería viva en la siguiente. A lo mejor muere en esa dimensión, pero no lo hace en la que construya en el próximo sueño. ¿No habéis visto *Interstellar*? Creo que pasaba algo parecido, pero no estoy segura porque tampoco lo entendí del todo. Es una película un poco extraña. Aun así, os la recomiendo, porque se considera una obra culmen de los últimos tiempos, una especie de clásico del siglo actual, y además sale Matthew McConaughey, que es un actor increíble. Ganó un premio Óscar por *Dallas Buyers Club*, donde también aparece Jared Leto...

Aladiah dejó de escucharlo tras la palabra «matado».

La posibilidad de matarla le había revuelto el estómago. De pronto se sentía enfermo.

Notó la mirada preocupada de Reyyan sobre él.

—Sea cual sea la respuesta a esa pregunta, no podemos buscarla de nuevo en los sueños del regente. Ahora que sabemos esto es muchísimo más arriesgado. Creo que hemos cometido un error al experimentar con la pieza clave de La Sociedad.

—No hay de lo que arrepentirse. El regente se ofrece a cuantas pruebas sean necesarias para dar con la solución.

Reyyan torció la boca.

—No estoy segura.

—Conviene que se continúe con el mismo experimento del que se

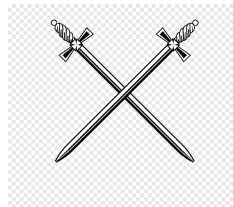
partió. Será más favorable cuantos menos involucrados haya. —Le puso las manos sobre los hombros. Levanah le hizo saber su extrañeza por el gesto informal y Aladiah las retiró de inmediato, confuso por su propio comportamiento—. Podéis estar tranquilas.

La mirada escrutadora de Reyyan lo incomodó como pocas cosas lo habían logrado desde que asumió el cargo. Temió que en su insistencia hallara una motivación distinta a resolver el delirio fantasioso en el que se había sumido La Sociedad. Aun así, tuvo que parecer convincente, o eso o toda una vida enclaustrada y sin contacto con otros seres le habían pasado factura a la hora de leer al resto, porque al final Reyyan cedió.

—La veréis una vez para concluir el misterio de la quemadura en la mano. Ni una más.

Aladiah asintió con la cabeza, orgulloso de haber sido útil... e impaciente por serlo de nuevo.

Capítulo VI



Luvart se refrescó la cara con el agua helada una última vez. Apoyó las manos en el borde del lavabo, hiperventilando, y censuró su reflejo distorsionado en las baldosas blancas de la pared.

Los baños públicos de La Sociedad habían sido recientemente modernizados acorde a los tiempos que corrían. Contaban con instalaciones mecánicas de última generación en su mayoría táctiles. Nunca se agotaba el papel o el jabón de los dispensadores y el agua manaba fresca debido a su origen —la extraían de forma natural de un manantial cercano—, a diferencia de cómo se las apañaban en el complejo de El Séptimo Círculo —más mal que bien—, pero había algo que nunca colgarían en su pared y eso era espejos en los que admirarse.

Para ellos no había nada que admirar.

Una lástima, porque a Luvart le habría gustado ver toda la vergüenza que sentía por no haber estado a la altura de las circunstancias.

—Muy bien, Luvart. Has manejado la situación de un modo excelente —se dijo sin entonación—. ¿Qué chica aterrada no se muere por que el hombre al que le tiene miedo le diga lo que debe hacer?

Se pasó el pulgar por la línea tensa de la mandíbula. Su reflejo en la baldosa lo desfiguraba como la casa de los espejos del circo de los horrores, pero se recordaba bastante más atractivo de como mostraba la distorsión.

Lo que la había asustado no debía ser su rostro, desde luego. Era cierto que los penitentes solían tener un aspecto aterrador. Bastaba con echar un vistazo a la impresionante planta de Abraxas, que Samael recordara que portaba un hacha con su sonrisa macabra y Valthessar dirigiera una de sus miradas fulminantes al que se hubiera atrevido a importunarle. Pero ¿él? Era bastante más alto que el macho humano promedio y reconocía que, cuando se enfadaba, podía resultar letal, pero podía contar con los dedos de una mano las veces que eso había sucedido.

Luvart no se tenía por nada del otro mundo, y, sin embargo,

Reyyan se había estremecido de pavor apenas lo había visto *a él* en el salón de audiencias.

Estaba acostumbrado a reacciones extremas viniendo de las hembras humanas. Solían debatirse entre el asombro y el embeleso. Algunas le rehuían por timidez y otras se ceñían a su cuerpo como una capa de sudor con ningún otro objetivo que ponerle a sudar a él, siempre sin resultados. Pero en los setecientos años que llevaba en La Tierra jamás había hecho retroceder por el miedo a ninguna mujer. Ni tampoco a las empíreas o seráficas que abundaban en el Autem durante los otros casi tres siglos que disfrutó allí de una agradable estancia.

Quizá no tan agradable, si se paraba a pensarlo.

Una de las puertas de vidrio que daban a los sanitarios se abrió. Bajo el umbral apareció Dagon, que le obligó a hacerse a un lado con toda naturalidad para arreglarse el pelo.

—¿Has visto eso, tío? —Meneó la cabeza, incrédulo—. Tienen hasta lociones para echarte en el culo después de usar el váter. Habría sido mucho pedir que fueran lociones aromáticas, y muy raro viniendo de gente que no quiere resaltar respecto al resto ni por méritos propios, ni por pintas, ni por perfume... pero ¡joder! Si en la casa nos olvidamos hasta de reponer el papel higiénico.

Se lavó las manos bajo la mirada indiferente de Luvart. Estaba a punto de alegrarse de que no hubiera escuchado su vehemente soliloquio cuando empezó en tono cantarín:

—Si quieres mi opinión, es verdad que has sido un poco agresivo para tratarse de un primer encuentro. Pero tengo entendido que es en la violencia donde reside el encanto de los penitentes de El Séptimo Círculo, así que más le valdría acostumbrarse.

Luvart no dijo nada. No tenía por qué compartir sus sentimientos con nadie, ni mucho menos con un penitente al que le costaba horrores tomarse en serio incluso el futuro de la raza. O quizá solo fuera su personalidad. Apenas llevaba unas décadas acompañándolos, era lógico que Luvart no terminara todavía de descifrar sus motivaciones. Porque debía tener motivaciones debajo de esa fachada simplona constituida por gustos caros y frivolidad, eso seguro. Ningún penitente podía ser simplemente feliz con la vida que le había venido dada, y Dagon repartía sus simpatías sin criterio alguno.

—¿Te ha gustado? —Dagon le dio un codazo, juguetón—. La verdad es que es la última mujer a la que habría imaginado poniéndote de rodillas.

—No me ha puesto de rodillas. —Lo miró de reojo.

—Es verdad. Te ha puesto de pie. —Se rio y volvió a tomarse la libertad de tocarlo, esta vez con unas cuantas palmaditas en el hombro —. No voy a decir que no tenga su encanto, porque todas las mujeres

son unas princesas. Altas, bajas, delgadas, gordas, con pelo, sin pelo... Aunque creo que, con una buena melena, tu chica sería mucho más impresionante. ¡Y no lo digo porque a mí me guste el pelo largo, que conste!

Luvart se dio la vuelta con los puños apretados, ignorando que acababa de alzar las manos para defenderse de una acusación que no se molestaría en hacerle llegar.

—No voy a tener esta conversación contigo —refunfuñó.

Dagon mantuvo los brazos elevados en son de paz.

—¡Oye, que no me estoy riendo de ti! Solo quiero ayudarte. O sea, sé que el chiste se cuenta solo. Si hay un penitente que no necesita ayuda para ligar, ese eres tú, con tu cuerpo de anuncio de Calvin Klein y tu cara de bardo medieval que se roba a la princesa...

—¿Bardo medieval?

—...pero vamos, me ha dado la impresión de que yo le he caído de lujo mientras tú... La verdad es que te has merecido que te grite. Mira que meterte con La Magna...

—La Magna no es nada para mí.

Dagon dejó correr el silencio un segundo.

El segundo más afortunado del mundo.

—Pero para ella sí. O sea, ¿tú te crees que a mí me gustaban las películas de Humphrey Bogart? Bogart no estaba mal, era un galán melancólico, pero el cine en blanco y negro me ha parecido infumable desde que se estrenó por primera vez...

—¿Vas a llegar a algún lado con ese punto?

—Sí. El caso es que Bogart me es indiferente, pero cuando mi novia quería ver sus pelis, yo le sonreía, la llevaba al cine de barrio y le compraba palomitas. Las relaciones van de ceder, ¿sabes?

—No me digas que tenías novia cuando eras humano.

—También he tenido novia siendo penitente, pero me dijisteis que era muy peligroso para ella, muy arriesgado para nosotros y sería muy doloroso para mí, así que la tuve que dejar. ¿Y sabes de qué modo podría haber conseguido que me dejara ella para ahorrarme el mal trago de inventarme yo una excusa?

—¿Cómo?

—Diciéndole que su religión es una puta mierda y la diosa a la que alaba es poco más que una furcia sin escrúpulos. Esa, amigo mío, es la mejor manera de ganarte el asco de una sacerdotisa.

Muy a su pesar, Luvart tuvo que darle la razón. No lo expresó en voz alta, como también se reservó un agradecimiento. El reencuentro le había dejado tan exhausto que no sabía ni cómo diablos se tenía en pie. Era como si de pronto se le hubieran desplomado los siglos de soledad sobre los hombros, y parecía que Dagon pudiera redistribuir ese peso con sus palmaditas amistosas.

—Anda, ve por ella, tigre. La he visto en el claustro entretenida con la oración. Si te ve rezando a lo mejor se le pasa un poco la irritación. Anda que... Si me dicen que una misa es el mejor sitio para ligar, no me lo creo —agregó en voz alta, pensativo. Se lo dijo a su propio reflejo en las baldosas, donde seguía mirándose para arreglar los rizos que le caían hasta la cintura.

Luvart meneó la cabeza, la que era la reacción más habitual cuando tenía un *tête à tête* con Dagon. Pero su recomendación le dejó un nudo en el estómago y los nervios de excitación a flor de piel. Antes de siquiera preguntarse si sería inteligente asediarla en pleno rezo, sus pies pusieron rumbo al pequeño claustro privado donde Aladiah realizaba sus oraciones privadas.

Se accedía a través de una puerta corredera labrada en la misma madera oscura que el portón de la sala de audiencias, con motivos arabescos elegantes pero nunca recargados. El interior seguía la misma línea decorativa que todos los altares religiosos por los que Luvart se hubiera dejado caer a desgana los últimos tiempos: coloridas vidrieras que representaban símbolos de la religión magnánima se repartían en las paredes que rodeaban el puesto de ofrendas, siempre a rebosar de jazmines y varillas prendidas. Además de levantar una capa de calima que hacía que uno se preguntara si no estaba en el desierto, las flores lo impregnaban todo con su aroma dulce, neutralizado al instante por el intenso olor a incienso.

Frente al altar se distribuían escasas banquetas de piedra caliza, el mismo material de las columnas del patio porticado, para albergar, como mucho, al Consejo de los Prefectos. La luz grisácea del día nublado iluminaba la escena lo suficiente para que la sacerdotisa supiera lo que estaba haciendo, pero aun así había encendido una serie de velas que dotaban el ambiente de una calidez íntima.

Ella estaba allí, arrodillada frente a la exposición de las ofrendas con esa actitud devota que le había hecho arder de furia en el salón de audiencias. No sabía aún cómo lo había hecho ni hasta dónde llegaba la profundidad del hechizo, pero estaba seguro de que La Magna estaba detrás del perturbador comportamiento de la muchacha.

No había una sola célula en su cuerpo que no vibrara desesperada por un acercamiento. Un Luvart más joven y menos curtido por la espera se habría abalanzado sobre ella sin miramientos, pero la disciplina le ayudaba a pensar con la cabeza fría y actuar acorde a lo que Reyyan le pedía.

Distancia, respeto y tiento. *Mucho* tiento.

Reyyan.

Paladeó su nombre todavía de pie junto a las puertas y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Había dedicado los primeros años de enamoramiento platónico tras su pérdida a tratar de adivinar

bajo qué identidad volvería. Había barajado numerosos nombres, pero Reyyan no estuvo entre ellos. Se preguntó si sabría el origen de su nombre; que la bautizaron inspirados en la princesa cautiva Reyyan, protagonista de una de las leyendas narradas en *Los Secretos de Coriander*.

Dio un paso hacia delante para mirarla más de cerca. Su respiración agitada reverberaba entre las cuatro paredes como lo habría hecho una piedrecilla arrojada a un pozo. Fue el susceptible eco del claustro lo que delató su presencia.

Reyyan respingó y se giró con los ojos muy abiertos. A una velocidad que no podría haber captado el ojo humano, se puso de pie con una mano alzada en posición de ataque.

Luvart levantó las suyas.

—No he venido a pelear.

—Tampoco creo que hayas venido a rezar, dado tu historial.

—¿Nos hemos visto una vez y ya te jactas de conocer mi historial? Baja esa mano. No queremos que me hagas daño.

—¿Estás seguro de eso?

Luvart se contuvo para no sonreír, sabiendo que podría interpretarlo de cualquier manera excepto de la correcta.

Era terriblemente adorable. El corazón se le partía, incapaz de contener sus afectos, al mirarla a la cara, una cara de rasgos afilados y a la vez aniñados rematada por unos grandes y redondos ojos castaños, tan inocentes como letales. En su espíritu siempre habían confluido la feminidad más irresistible y los achaques de los guerreros más mortíferos. Pese a presentarse en un cuerpo distinto, seguía manteniendo la esencia que lo había postrado a sus pies.

Por eso no estaba postrado ahora. Porque *ya lo estuvo*.

Luvart tomó asiento en el último banco de piedra, concediéndole el necesario espacio. Ella fue relajándose, pero no dejó de estar a la defensiva. El nublado del día, que entraba a raudales por el descapotado techo del claustro, tintaba su piel de un tono grisáceo muy parecido a la melancolía.

—¿Qué es lo que quieres? —le ladró. Luvart sintió que podría sacudirse de la chaqueta todas las chispas que escapaban de sus ojos. Salían propulsadas como cohetes.

Nunca había visto nada igual.

—No todos los días me encuentro con una sacerdotisa de La Magna. Quiero ver cómo realiza sus oraciones.

—No me digas que estás desesperado por un consejo para guiar tu culto. No me extrañaría. Desde la última vez que rezaste deben haber transcurrido décadas, y a cualquiera se le olvidarían las palabras.

—Siglos —corrigió, cruzando las piernas y entrelazando los dedos sobre la rodilla—. Han transcurrido siglos. Nueve, para ser exactos.

Muy pronto hará diez.

Reyyan torció la boca en una mueca despectiva.

—Ya veo que estás orgulloso de tu conducta sacrílega.

—Es uno de los privilegios de ser un penitente. Cuando has caído puedes permitirte todos los defectos. El orgullo entre ellos. La avaricia también. El egoísmo, la blasfemia... —empezó a contar, meneando la cabeza de lado a lado. La miró de soslayo, notando el pecho ardiendo —. La lujuria.

Si hubiera sido un gato, Reyyan habría curvado el lomo hasta imitar un arco perfecto.

—Si eso era una introducción sobre las batallas que te mueres por contar sobre tus pecados, resérvatelas. Este es un lugar sagrado.

—Ahora sí lo es —murmuró sin quitarle la vista de encima. Veía que su mera presencia la alteraba hasta límites sobrehumanos, y si no hubiera padecido el egoísmo mencionado no solo le habría dado espacio, sino que se habría retirado. Pero no podía—. El resto del tiempo me parece una broma.

Reyyan apretó los labios.

Dios, sus graciosos labios en forma de corazón. Tenía unos morritos rosados que destacaban en su rostro de una forma tan voluptuosa que, si fuera consciente de su atractivo, se avergonzaría. Le resultaría incluso cruel que le hubieran regalado una herramienta creada para el libertinaje.

Una boca como la suya no podía repetir oraciones. Estaba hecha para otra clase de menesteres, todos ellos impronunciables.

—¿Vas a seguir con esa perorata sobre la opinión que te merece La Magna? Porque no voy a consentirlo. Si la insultas a Ella, me estás insultando a mí.

—Si la insulto a Ella, princesa Reyyan, *créeme*... te estoy defendiendo.

Percibió una leve confusión en ella al oírlo pronunciar su nombre. Se aferró a ese desequilibrio en su semblante para no abandonar el claustro, fantaseando con que la había acercado a la verdad.

—¿De qué estás hablando? La Magna es más que una diosa para mí. No solo representa todas las cosas bellas, sino que Ella *es* todas esas cosas bellas. No representa la maternidad o la amistad, no representa la vida ni la protección de lo amado, sino que es mi madre y mi amiga. Es perfecta —continuó, envalentonada. La pasión con la que hablaba estuvo a punto de convencer a Luvart de que tenía la razón, además de conmoverlo inexplicablemente—. Y si tú tienes algo de valor es porque estás aquí por Ella.

—Con todo eso que me cuentas deduzco que como mínimo te hacía regalos por Navidad. —Ella demostró su confusión pestañeando tres veces seguidas—. ¿No? ¿Te dejaba dormir con ella las noches de

tormenta?

—En su templo habría corrido peligro. Su Santidad me mantenía protegida en la Torre de Coriander, un lugar inexpugnable que nadie excepto Ella podía penetrar.

Lo dijo alzando la barbilla con orgullo, cosa que solo horrorizó más aún a Luvart.

Fue levantándose del asiento, temiéndose lo peor, a lo que ella retrocedió de inmediato.

Comprendió entonces el porqué de su nombre.

—¿Protegida? ¿Estás segura de que no quieres decir... *encerrada*?

—No usaría esa palabra ante un hombre que puede tergiversarla para despreciar a mi diosa.

—Puedes estar tranquila, porque no necesito palabras para despreciar a tu diosa... y porque no estás ante un hombre ni nada que se le parezca. —Dio otro paso hacia delante.

—¡No te muevas! —le gritó de repente—. ¡No avances un solo paso más!

Luvart se tuvo que morder la lengua. Reyyan no respondería a la pregunta que se moría por hacer, porque era sobre seguro que ni ella conocería la verdad. Lo podía ver en sus ojos aterrados, en la inseguridad con la que cambiaba el peso de pierna, en su temblor.

Había sido manipulada. La Magna había inventado el miedo usándola a ella como rata de laboratorio. Debería haber imaginado que arruinaría lo que para él era más precioso.

—¿Cuántos años has pasado encerrada? —inquirió con tiento, esperando no dejarse llevar por la ira.

—Esa es información que no tengo por qué darte.

—Es información que *no quieres darme*, y está bien. No necesito saberlo para decirte que estás muy equivocada si crees que enrejar a una criatura es un gesto de amor impagable.

—¿Y vas a venir tú a iluminarme el buen camino? ¿*Tú*, que tomaste el contrario?

Luvart acalló su reproche caminando hacia ella. El eco de sus pasos sobre el empedrado recordaba al rítmico tictac de un reloj.

—¿Siquiera sabes por qué estabas en una torre mientras todos los sacerdotes hacían vida a sus anchas en el templo?

—Sí que lo sé —respondió de corrido, las palabras tropezándose unas con otras. Siguió retrocediendo hasta que su espalda chocó con la pared—. Es porque una maldición mortal me persigue. Y si no quieres... si no quieres que te salpique, más te vale mantenerte... mantenerte alejado.

—¿Una maldición te persigue? No me digas. A lo mejor es la misma que no me da tregua a mí. —Era consciente de que su rostro, al igual que su ánimo, se iba ensombreciendo—. Dime, princesa Reyyan. Por

casualidad esa maldición no estará relacionada conmigo.

—No voy a contestar a eso.

—No contestar también es una respuesta, y una incluso más elocuente que todas las palabras que puedas usar para mentirme.

Ella optó por otro método de protección extendiendo los brazos.

—Por favor..., no sigas acercándote.

—¿Qué es lo que te ha dicho La Magna? —la interrogó, ignorando sus súplicas. Pronto estaba acorralándola—. ¿Que, si te toco, echarás a arder? ¿Que si respiras el mismo aire que yo acabarás muriendo asfixiada? ¿Que, si te beso, te pudrirás como si fuera un veneno?

Reyyan se encogió sobre sí misma, abrazada a los hombros, y cerró los ojos.

—Por favor...

—Por favor —repitió Luvart, tan consumido por la ira que no se daba cuenta del desdén que emanaban sus réplicas—. Por favor ¿qué? Si tan segura estás de que voy a hacerte daño, ¿por qué no me dices el motivo que me llevaría a hacerlo? Ella te daría uno, ¿no? Porque no creo que fueras tan estúpida como para tragártelo si no tuviera sentido. Además..., a La Magna le sobra imaginación. A lo mejor tomó prestado el cuento del Bute o del Coco, monstruos infantiles a los que les gusta comerse a las niñas bonitas.

Apoyó la mano sobre su cabeza, notando la superficie fría de la vidriera.

Al sentirlo cerca de su cuerpo, Reyyan se estremeció y Luvart tuvo que hacer un gran ejercicio de autocontrol para no aplastarla. Para no besarla.

—Si ese fuera el caso... —Bajó la vista y la voz a la vez y la tomó del mentón, esperando que los espasmos remitieran—. No estaría muy lejos de la verdad. Me gustan las niñas bonitas.

Ella agachó la mirada. Le temblaba la barbilla.

—Cállate.

—Me callaré en cuanto tú empieces a hablar. ¿Por qué no me sacas de dudas? ¿Por qué no me dices el motivo por el que yo querría hacer de tu vida un horror?

Lo miró con los ojos vidriosos.

—¡Los sádicos no necesitan un motivo para llevar a cabo sus despreciables actos! ¡Y tú eres uno de esos seres perversos!

—¿Soy perverso? —Agachó la cabeza para quedar más cerca de ella. Recorrió su rostro pálido y sudoroso con la mirada, por un lado incapaz de creer que estuviera allí y por otro devastado por el precio a pagar: hacerla vivir una pesadilla—. ¿Por qué soy perverso?

—¡No lo sé! ¡Déjame!

—Te voy a decir por qué soy perverso. Soy perverso porque no le rezo. Porque no la amo. Porque no me importa.

Reyyan tragó saliva.

—¿Y por qué luchas por Ella, si tanto la odias?

—Jamás he luchado por Ella. Dejaría que la tierra me abdujera, me dejaría torturar y quemar por su séquito de fanáticos si así pudiera hacerle daño, pero no es así como la hiero. La hiero luchando por otros. *Por otra*.

Ella abrió los ojos anegados en lágrimas.

—¿Y esa otra te ha pedido que me hagas daño?

—¿Daño?

—¿No es eso lo que quieres? ¿Hacerme daño? Si no lo es, demuéstralo y... y... Por favor, aléjate de mí —rogó con un hilo de voz.

Luvart apretó la mandíbula. No sabía con quién estaba más furioso, si con Reyyan, con La Magna o consigo mismo. Había permitido que se lo llevaran los demonios, y los demonios lo habían arrastrado a acorralarla muy cerca del altar.

¿Para qué se hacía la promesa de darle espacio si no podía cumplirla?

Retrocedió unos cuantos pasos, mareado.

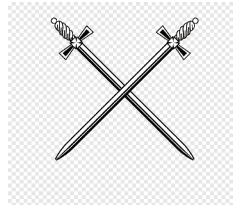
—No podría hacerte daño ni aunque quisiera, Reyyan —le juró, esperando que la verdad de su corazón trascendiera hasta el suyo—. Incluso si herirte hiciera hervir de ira a La Magna, creo que por una vez tendría que soltar las armas.

Y eso hizo. Dio el último paso atrás y soltó la carga en una exhalación con la que vació casi un milenio de tortura. La miró con esperanza, por si haberla acorralado hubiese servido para hacerle ver que se equivocaba y no era un peligro para ella, pero Reyyan solo estaba más asustada. Diríase incluso que había confirmado sus peores temores.

Luvart se obligó a salir de allí disparado, con los hombros rígidos y un gélido deseo de venganza que por una vez no esperaría que el tiempo apaciguara.

Esa vez lo iba a apaciguar él mismo.

Capítulo VII



Debería haber imaginado que La Magna lo estaría esperando.

Un empíreo de su séquito personal le indicó que no se encontraba en el templo, sino en sus dependencias personales, ahí donde acostumbraba a recibirlo cuando Luvart aún era su empíreo preferido. O, mejor dicho, su juguete predilecto.

Mientras se dirigía al dormitorio que tan bien conocía, trataba de limitar su reacción a una media sonrisa burlona. Los dioses eran conocidos en cielo y tierra por su carácter impredecible, pero él había descifrado los impulsos de La Magna, en su mayoría sexuales. Ahora le aburría su proceder y meneaba la cabeza con condescendencia cada vez que acertaba en sus sospechas, y es que Luvart sabía cómo lo recibiría. Lo que nunca sabía era cómo iba a reaccionar él.

En cuanto retiró la fina cortina de seda que daba a sus dependencias, supo que estaba tan furioso que no se le complicaría mantener la discusión. Pero si vacilaba en su presencia, no sería la primera vez.

En La Tierra era sencillo difamar a La Magna, pues solo podría frenarle un recuerdo borroso de lo que una vez significó para él. Y cuando la tenía delante, su discurso era el mismo: hiriente y catastrófico. Lamentablemente, el cuerpo no acompañaba sus palabras. Le traicionaba. No era inmune ni a su fuerza ni a sus encantos, y acostumbraba a ejercer ambos contra él.

La Magna apareció sorteando las gruesas tiras de seda que flotaban, sinuosas, desde el techo hasta sus pies. La brisa fresca de las vistas marítimas a las que daba su balcón mecía también las ropas que acariciaban sus caderas. Se conocían demasiado bien para perder el tiempo con ridículos números de seducción, sobre todo porque no los necesitaba ni para exhibirse ni para recordarle a Luvart cuán hermosa era.

Esa vez llevaba el cabello trenzado, cuya punta chisporroteaba como al prender un mechero, y un camisón semitransparente que dejaba más bien poco a la imaginación. Enmarcada por la claridad que

entraba por el único ventanal, la figura femenina de La Magna destacaba más si cabía. Las luces blancas del alba en el Autem la elevaban a la categoría de ilusión *post mortem*, la clase de visión que tendría un guerrero moribundo cuando las valquirias bajaran a su rescate.

Lo miró sin modificar la expresión. Su voz, que para algunos llegaba como el rumor del agua y para otros como un quejido de la tierra o el crepitar del fuego, envolvió a Luvart como una soga.

«Has tardado más de lo que tenía previsto».

Luvart avanzó a grandes zancadas hasta Ella. Sobrevivió a las baldosas enceradas del dormitorio, limpias como espejos, y, de hecho, le dio tiempo a admirar su gesto furioso en el reflejo distorsionado que ofrecía de él.

Luego le sonrió, venenoso.

—Si hubiera venido antes, no habrías vivido para contarlo.

Sin perder el tiempo con vanas reverencias u otros gestos que en él resultaban burlones, Luvart la agarró del cuello y la trajo hacia sí.

Aunque se estaba quemando la palma de la mano por acción de uno de sus muchos hechizos, con los que siempre pretendía recordarle que era un vil insecto a su lado, no apartó los dedos. Los cerró con más energía contra su garganta.

—¿Qué le has hecho? —bramó—. No ibas a devolvérmela en condiciones, ¿verdad que no? ¿Quieres poner a prueba mi paciencia? ¿No te parece que precisamente en ese ámbito destaco con honores, o te has perdido los mil años que respaldan mi sincera penitencia?

La Magna lo cogió de la muñeca. En cuestión de segundos, Luvart lanzaba un alarido y tenía que retirarla de un tirón. Se la cubrió con la mano contraria y engurruñó y estiró los dedos para comprobar que no le había causado daños irreparables.

Le había dejado la articulación negra, chamuscada.

«Tranquilo», le dijo con fingido candor y los párpados entornados. «Cuando castigo a los magos, a los artistas y a los buenos amantes procuro dejar las manos tal y como llegaron a mí. Sobre todo las de los hombres que practican los tres oficios».

—Tres oficios que no me verás practicar para ti.

«Desde luego, querido mío. No volverás a ponerme la mano encima», pronunció, siempre armada con su imperativo amenazante.

Luvart ladeó la cabeza, salaz.

—Creía que eso era justo lo que querías.

«No sería la primera vez que tú lo deseas también».

Luvart se rio sin humor.

—Eres patética. Ahora que ella ha vuelto no te tocaría ni aunque uno de tus hechizos me obligara a hacerlo por mi supervivencia. Prefiero matarme a aguantar en tu presencia solo cinco minutos más,

así que habla. ¿Qué demonios le has hecho a Sehara?

La Magna pasó por su lado con una media sonrisa que hizo que se temiera lo peor. Se giró, impaciente, y observó que acariciaba con los dedos la cómoda en la que guardaba sus prendas provocativas, un aspecto de la divinidad que nadie salvo él había tenido el gusto de conocer... a excepción de aquel al que nunca nombraba.

Si el Gran Grimorio presentaba una amenaza para Ella y para las razas, era porque conocía a la diosa demasiado bien. Y en todas sus facetas.

«Yo no te recomendaría limitar tu desahogo sexual al placer que puedas obtener a través de Reyyan», dejó caer, recorriendo la superficie de madera con los dedos. El movimiento sugerente de esos dedos familiares le erizó el vello a Luvart, que se detestó por no ser aún inmune a sus malas artes. «Es leal a mí, una sacerdotisa ejemplar... y tú le repugnas».

—¿Por cuánto tiempo será eso?

«El tiempo suficiente para que no te quede otro remedio que honrar tu promesa de los mil y un años. El reloj sigue corriendo, solo quedan cinco días... y en cinco días ni siquiera habrás conseguido sacarle el miedo del cuerpo».

—Es Sehara. Superará el miedo como cualquier obstáculo que le impongas, y antes de que puedas pestañear dos veces.

«Su nombre es Reyyan», corrigió. «Y no voy a permitir que la enloquezcas como hiciste la última vez».

—La única criatura que se volvió loca por mí está justo delante de mis narices.

Y sería justo decir que él la correspondió. Todavía entonces le trastocaba por completo hacerle la visita de rigor, celebrada cada año para tratar de doblegarlo. La mayoría de las veces pronunciaba las tres preguntas: «¿Te arrepientes de tus pecados? ¿Amas a tu diosa? ¿Sigues amando a la mujer que te hace blasfemo?». Otras, en cambio, dejaba que fuera su cuerpo el que hablase y lo convenciera de caer otra vez en la tentación. Luvart la complacía solo para rematarla inmediatamente después con una verdad universal: no se arrepentía, no la amaba y un solo minuto de la vida de Reyyan siempre valdría más que la eternidad de La Magna y toda su obra racial.

A esas alturas, Luvart tenía muy presentes sus caprichos y salía intacto cada una de las veces que se le insinuaba. O, por lo menos, no tan perjudicado como consiguió perjudicarlo antaño con su lujuria.

Uno de los motivos por los que más la odiaba, y la lista era eterna, era por cómo había jugado con su mente. Se las había arreglado para que sus encuentros tórridos permanecieran nítidos en su memoria, como si hubieran ocurrido tan solo unas horas atrás, mientras todo lo que había compartido con Sehara estaba borroso.

Ni siquiera recordaba su rostro. Pero recordaba que lo amaba lo suficiente para blasfemar contra uno de los únicos dos seres que podrían acabar con él.

—Cree que le haré daño. Se comporta como si fuera a matarla.

«¿Y acaso va desencaminada?». Lo fulminó de una mirada fría. «¿Acaso no le arruinaste la vida una vez?».

—No —bramó, apuntándola con el dedo—. *Tú* nos arruinaste con tus ridículos celos.

Los ojos de la diosa, una pupila de oro, brillaron como el topacio.

«Eres muy obtuso y estás demasiado ciego para contemplar la verdad, Luvart, *príncipe de los ángeles*. Nadie desobedece a La Magna y vive para contarlo, y nadie se burla o trapichea a sus espaldas, pero incluso si no hubieras faltado el respeto a tu diosa, ese habría sido tu destino».

—Porque tarde o temprano me habría cansado de ti, y tú habrías tomado medidas.

«Porque la habrías matado». Su voz abisal abrió una grieta entre las baldosas, y hasta Luvart, que ya no temía a nada, tuvo que retroceder, impresionado. «No la amabas de veras si eras tan egoísta como para permitir semejante sacrilegio».

—¿Quién va a hablar de egoísmo? ¿La misma mujer que, por capricho, se cobró la vida de un humano para disfrutar de sus atenciones en su palacio de cristal? —Abarcó el dormitorio con un gesto asqueado—. No me avergüenzo de no ser perfecto. Me avergüenzo de haber creído una vez que tú lo eras.

El rostro de La Magna se descompuso.

Ya había percibido la alteración de la ira cuando se había referido a ella como «una mujer». A pesar de amar a los humanos por tratarse de una creación suya, su amor estaba infectado como el que profesaba al resto de las criaturas y no soportaba que la insultaran con un término que refería a la humanidad. Cuestionar su perfección era imperdonable.

«Avergüénzate entonces de creerte más sabio que tu diosa. Incluso sabio a secas. Tu torpe mente está a millas de comprender el alcance y la importancia tanto de los proyectos divinos como de las confabulaciones del destino. Pensarás que todo gira en torno a ti, pero no eres más que una pieza insignificante».

—Me doy la importancia que tú me has dado. —Avanzó hacia ella de forma amenazadora, y aunque no la tocó, La Magna perdió la seguridad en sí misma al ser el foco de su mirada feroz—. Si no consigo deshacer lo que has hecho y esos cinco días se cumplen, no pienses que no habré intentado con todas mis fuerzas ponerla a salvo de ti. Y si no, al menos habré sembrado la duda en su corazón.

«Lo que haría un caballero, ¿no?», se burló. «Abandonar este

mundo con cobardía, dejando a una digna sacerdotisa herida en su fe, que es lo mismo que herirla en el alma... y todo por resentimiento hacia mí».

Luvart sonrió con incredulidad.

—Has llegado a creerte que es una «digna sacerdotisa» cuando podría destruirte. Si no consigo que recuerde cuánto me amaba, al menos me marcharé habiéndole hecho ver que podría cobrarse cualquier venganza. Luego ella descubrirá que la primera víctima de sus poderes habrás de ser tú.

«Te deseo buena suerte con la enmienda, Luvart, príncipe de los ángeles».

—Deséatela a ti misma. Incluso si perdiera a Sehara, en este juego con el que nos torturamos mutuamente habré ganado yo. O recupero su afecto en cinco días, o me entrego al Gran Grimorio.

El rostro horrorizado de La Magna hizo que perdiera toda la belleza por la que era venerada en silencio.

No era asunto menor. Se le hacía insoportable concebir a una de sus criaturas siendo aplastada por el que era su antítesis.

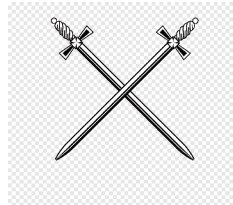
«Iría a buscarte solo para ajusticiarte yo misma».

—No has tenido el valor de matarme en setecientos años. No lo tendrías entonces. Y ten muy presente que, si no me he entregado aún, es porque soy fiel a mis hermanos, los mismos a los que has torturado con maldiciones peores que la mía. Quizá, y después de todo, no me vaya solo. Quizá en mi viaje al bando oscuro arrastre conmigo a unos cuantos penitentes.

La Magna fue a cernirse sobre él, pero Luvart se retiró a tiempo para prevenir el ataque confuso. Abandonó la estancia dejando a la diosa gritando maldiciones que rebotarían contra su cuerpo y ni siquiera llegarían a rozar la escarcha que aún recubría su corazón, pero que estaba en proceso de derretirse. Todo dependía de si las manos adecuadas lo aceptaban o por el contrario decidían condenarlo.

A él y al futuro de la raza.

Capítulo VIII



—¿Se puede saber dónde demonios estabas? —quiso saber Valthessar apenas lo vio entrar por la puerta de la casa.

El Séptimo Círculo vivía en una suerte de mansión victoriana a las afueras de Praga, edificio que Dagon, como comprador compulsivo, había adquirido presa de un arrebato en una subasta. Entonces la mansión parecía a punto de desplomarse encima de ellos, pero con tiempo y una buena inversión habían conseguido mejorar la fachada y decorar el interior de modo que fuera una sorpresa cruzar el umbral.

La mezcla de mobiliario moderno y piezas de coleccionista, de pinturas flamencas y también impresionistas hacían chirriar los dientes todas y cada una de las veces a un apasionado del arte como Luvart, pero Dagon no pensaba cederle a nadie la noble tarea de decorador, un título que había acaparado como tantos otros.

Como lo acaparaba *todo*, a decir verdad.

En ese momento se encontraba justo delante de la televisión de plasma, como si las doscientas sesenta pulgadas no permitieran disfrutar de la película ya desde Berlín. En el *chaise longue* de piel *beige*, desde donde había llegado el reproche, Valthessar y Mara comían palomitas. Sentado en un sillón al margen, con el hacha sobre el regazo y mirando su móvil con el ceño fruncido, estaba Samael. Xaphan había extendido una alfombra de cáñamo para realizar sus ejercicios de meditación.

La estampa era tan familiar y al mismo tiempo estridente que a Luvart se le pasó un tanto el enfado. Incluso se atrevió a sonreír y quedarse allí de pie un momento, admirando la escena.

—Os veo muy cómodos. Cualquiera diría que El Enclave nos saca ventaja.

—Nos sacará ventaja bélica, porque la ventaja cinéfila se la sacamos nosotros por mucho —dijo Xaphan, apuntando al televisor con un gesto de cabeza.

—En serio, ¿dónde has estado? —insistió Valthessar—. Puedo oler tu cabreo desde aquí.

—No es su cabreo, son las palomitas quemadas —replicó Mara,

señalando el bol de cristal que tenía atrapado entre las piernas cruzadas.

Valthessar no le hizo caso. Prestaba atención a Luvart con la esperanza de que contestara. Le extrañó su interés hasta que, tras un suspiro resignado, resolvió el misterio.

—Dagon ha dicho que te vio hablando solo en el baño de La Sociedad y Samael ha comentado que saliste furioso del claustro, dejando a Reyyan llorando.

Reyyan llorando.

Tuvo que contenerse para no gemir, frustrado.

—¿Está Reyyan aquí?

—Tal y como ordenaste. —Valthessar hizo un gesto con las cejas con el que dejaba clara su opinión sobre el elegante método empleado para convencerla: ninguno—. ¿Y bien? La última vez que un penitente abandonó la casa, me enteré de que se había infiltrado en La Sociedad y se había cepillado a diez seráficos.

—Y a ti te encantó escucharlo —apostilló Mara.

—Hice lo que pude para ocultar mi emoción —se defendió—. ¿Luvart?

—He ido a ver a La Magna.

Todos dejaron lo que estaban haciendo para prestarle atención. Dagon se giró hacia él, todavía en posición de loto; Samael bloqueó la pantalla del móvil y Xaphan se incorporó con el pecho y el cuello sudorosos.

—Espero que no fuera para recitarle esas cosas tan bonitas que te ha parecido conveniente decirle a Reyyan —dijo Xaphan.

—Le he recitado cosas más bonitas aún.

Samael se cubrió las orejas.

—Por favor, no hieras mis sensibles oídos.

Valthessar, sin moverse de donde estaba ni retirar el brazo de donde lo tenía —echado sobre los hombros de Mara—, entornó los ojos buscando la trampa.

—Imagino que estará relacionado con la sacerdotisa nigromántica. ¿Podrías ayudarme a comprender la situación? Porque ahora mismo solo dispongo de unas cuantas piezas sueltas. —Empezó a enumerar sacando los dedos—. Reyyan acojonada, Luvart nervioso, visita a La Magna... ¿Es tu *anandha*, Luvart? ¿Por fin ha llegado?

Dagon abrió mucho los ojos, como si quisiera empapar todos sus sentidos de la respuesta.

—Podría decirse —resolvió secamente.

Mara alzó los brazos con los puños cerrados.

—¡¡Sí!! ¡Ya no seré la única mujer en esta casa!

—Creía que Dagon contaba como mujer. —Se mofó Samael.

—No cantes victoria tan pronto —replicó Luvart en tono lúgubre.

Sabiendo que no escaparía de un tedioso interrogatorio y también consciente de que no podía ocultarle información relevante al *rex*, tomó asiento en el amplio brazo del sofá y explicó—: La Magna ha intervenido para que sea imposible convencer a Reyyan de lo que significa para mí.

—¿Tiene que ver con tu tercera maldición de penitente? Esa personalizada para cada uno, me refiero. —Samael ladeó la cabeza—. Nunca has dicho cuál era la tuya.

—Mil y un años de espera. —No le quedó otro remedio que especificar ante la expectación del resto—. Reyyan y yo ya nos conocíamos. Coincidimos en el Autem cuando yo era un empíreo, y ella... Ella habitaba otro cuerpo.

—Entonces no es tu *anandha*. No me escucháis cuando hablo, ¿verdad? Se lo expliqué a este de aquí y tardó lo suyo en asumirlo. Las *anandhas* son mujeres humanas —deletreó Mara, como si estuviera hablándole a un extranjero—, y no se encuentran siendo un adorable empíreo, sino un penitente.

—Entonces me temo que no la voy a encontrar jamás.

Mara y Valthessar arrugaron el ceño a la vez.

—¿Por qué?

—Porque no es un penitente —resolvió Xaphan con tranquilidad.

Todos allí se quedaron de una pieza.

—¿Cómo? —masculló Samael—. ¿Es verdad?

—¿Y tú lo sabías, X? —se quejó Dagon—. ¿Tenemos a un infiltrado y no te pareció que fuese buena idea comentárnoslo?

—No es un infiltrado peligroso. Ha matado más bichos que tú y Samael juntos.

—Solo porque lleva más tiempo ejerciendo que yo —se defendió Dagon—. La verdad, y ahora que lo pienso, nunca te he visto el tatuaje representativo.

Luvart se llevó las manos al botón del pantalón con la consecuente reacción de Mara, que se cubrió la cara.

—¡Quiere verte el tatuaje, Luvart, el tatuaje, no el *menaje*!

Valthessar soltó una carcajada.

—Tranquila, no voy a dejar en ridículo al *rex* en presencia de su novia. —Se mofó Luvart.

—En ridículo no creo que lo dejaras, la verdad. Todo lo contrario. A lo mejor vas a demostrarnos que no eres un penitente mostrando tu mal dotado badajo.

Luvart tuvo que sonreír por el desparpajo de la muchacha. Se bajó el pantalón —no la ropa interior— y enseñó un dibujo a tinta negra desgastado por el tiempo. Todos se inclinaron hacia delante para entrecerrar los ojos sobre su muslo.

—Es un tatuaje de verdad —valoró Samael—. ¿Dónde te lo hiciste?

—En uno de esos estudios famosos a los que acuden los jugadores de fútbol europeo. No quería desentonar y soy penitente por convicción, así que... —Encogió un hombro y volvió a abrocharse el cinturón.

Valthessar se había quedado de una pieza. No así Mara, a la que poco le importaban las nomenclaturas, ni tampoco Xaphan, que lo había sabido desde el principio gracias a su don de mentalista.

—No eres un penitente —murmuró Valthessar—. ¿Qué haces aquí, entonces? ¿Por qué abandonaste el Autem? ¿Eres un magnánimo enviado por la diosa a vigilar?

—Cuando perdí a Reyyan, nada me retenía ya en el Autem. Me desterré —resumió llanamente.

—Que te desterraste —repitió Samael con sorna. Se palmeó los muslos y se levantó con una sonrisa—. Bueno, yo estoy hasta los huevos de ser un puto penitente, así que me voy a pillar un billete a las Maldivas y voy a dedicar el resto de mi vida a beber mojitos a la bartola.

—¿Bebes mojitos y se supone que *yo* soy la presencia femenina de la casa? —se metió Dagon.

—A ti te retiene una mínima lealtad y el deseo de vivir —replicó Luvart, mirando a Samael—. Yo habría hecho cualquier cosa para dejar de estar al servicio de La Magna.

—Lamento informarte de que *estás* al servicio de La Magna —anunció Valthessar.

—Estoy a *tu* servicio y al de la humanidad. Si mis obras la benefician será un efecto colateral, nunca mi primera motivación.

Nadie pudo rechazar su argumento.

—Creo que este sería un buen momento para preguntar por qué odias tanto a La Magna —tanteó Valthessar, aguardando con la respiración contenida.

No era nada nuevo que Luvart expresara en voz alta la opinión que le merecía la diosa. Nadie imaginaba que un penitente pudiera guardar resquemores hacia La Magna, pues casi todos consideraban su castigo más que merecido. Sin embargo, desde su inclusión en El Séptimo Círculo había sido muy claro —y cuando no, muy elocuente — al mencionar a La Magna. Siempre de forma subrepticia, a base de sutilezas, pero para ninguno que se jactara de ser un poco avispado pasaría desapercibido el desprecio que latía en sus comentarios. La mayoría de sus hermanos, prudentes en todo lo relativo a la diosa, nunca se habían atrevido a preguntar. Los que lo hicieron, jamás fueron directos, y Luvart no respondía las insinuaciones cobardes.

Había llegado el momento de decir la verdad. Una verdad simple y llana, una verdad tan dolorosa que aún sangraba al siquiera recordarlo.

—Porque me arrebató a Reyyan.

Un nuevo silencio se asentó en el salón salvo por el rumor del televisor.

—Como castigo por algo —dedujo Samael enseguida.

—Por haberla engañado.

—¿Cómo la engañaste?

—Con Reyyan.

Samael pestañeó sin comprender.

—¿Me estás diciendo que...?

Mara se incorporó casi de golpe.

—¿Me estás diciendo que te la fo...? —Se aclaró la garganta y suavizó el tono—. ¿Disfrutaste de horas de placer con Su Santidad la diosa Magna?

—Siglos de placer —atajó.

Samael se echó a reír.

—Una gran historia, sin duda.

—¿No te lo crees? —le replicó Mara, arqueando las cejas—. ¿En serio te sorprendería que La Magna se hubiera enamorado de Luvart?

Luvart tuvo que aclarar:

—Nadie ha dicho nada de amor. La Magna no ama a nadie.

—Si no hubiera habido amor tampoco creas que la noticia sería más digerible. Es decir... Siendo tu creadora, ¿no cuenta como una especie de incesto, en cierto sentido?

—Cierto es —acordó Dagon—. ¿No estaría La Magna acostándose con su hijo?

Mara hizo una mueca y se metió un puñado de palomitas en la boca.

—Bueno, sí, ya, pero ¿quién no se acostaría con Luvart?

Valthessar le lanzó una mirada peligrosa.

—Espero que tú. ¿Vosotros dos es que no os tomáis nada en serio?

Dagon y Mara se miraron con una sonrisa. Él sacudió la cabeza con energía y ella soltó:

—Pues no. —Hizo una pausa para masticar—. Bueno, si yo fuera La Magna, desde luego no me enamoraría de Samael.

El aludido puso los ojos en blanco.

—Te enamorarías de mí —se metió Valthessar.

—Lo que tú digas. —Le dio una palmada en el hombro—. Madre mía, ¡es que es muy fuerte! O sea, me estáis diciendo que La Magna se ha estado pasando por la piedra a Luvart y, como le puso los tochos, fue y lo condenó. Es básicamente tal y como yo habría actuado en su lugar, lo que me haría... una diosa. —Hizo una pausa para mirar al techo con un ojo cerrado—. No va a caerme un rayo furibundo por dar mi blasfema opinión, ¿no?

—No creo —dijo Valthessar—. Pero por si acaso...

Le quitó el brazo de encima y se separó de ella de forma cómica, distendiendo un tanto la tensión del ambiente.

—Si no han caído ya todas las reservas de rayos del dios Zeus sobre ti, dudo que lo hagan ahora —meditó Luvart—. Me parece que os voy a dejar para que asimiléis la noticia.

—Pero si no eres un penitente, entonces la sacerdotisa no es tu *anandha*, con lo cual... —Dagon arrugó el ceño, como si dos más dos le hubiera dado cinco—. ¿Cómo es que has reaccionado de esa forma tan visceral? Es decir, no es un amor divino. No la amas porque sea un fragmento de La Magna. De hecho, si lo fuera, te caería mal.

—Existe el amor más allá de las *anandhas*, Dagon.

—Pero no merece la pena. No es tan intenso. No es eterno. No es *perfecto*. —Suspiró—. ¿Cuánto queda para que llegue la mía? Me estoy cansando de esperar.

Samael compuso una mueca despectiva.

—Yo si fuera Luvart o Valthessar seguiría esperando. Para tener una *anandha* que se pasa el día burlándose de mí u otra calva y más fea que una blasfemia, prefiero estar solo.

Valthessar y Luvart intercambiaron una mirada incrédula.

—Eres consciente de que estás hablando delante de nosotros, ¿verdad? —preguntó Luvart con fingida dulzura.

—Podría haber sido más políticamente correcto, pero no se me puede quitar la razón. Parece de broma que el penitente más guapo de por aquí tenga una novieta de metro cincuenta y cabeza rapada.

—Oye, espero que sea a mí a la que estás llamando fea, porque Reyyan es adorable —acotó Mara, enarcando las cejas.

—Si crees que esa es la peor parte de lo que he dicho... —Samael compuso una media sonrisa maliciosa—. Créeme, si fueras mía, te habría dado tantos azotes que a lo mejor ni estarías viva.

—¿Y quién te ha dicho a ti que no me han azotado?

—Lo deduzco de tu comportamiento. Sigues tan fresca como el primer día.

—Y tú sigues siendo un payaso.

—Nos estamos alejando de la cuestión —se quejó Dagon, cruzado de brazos—. ¿Dónde está mi *anandha*? ¡Quiero a mi *anandha*!

—No llevas ni cincuenta años de penitencia —le recordó Valthessar con sarcasmo—. Yo he tenido que pasar por unos cuantos siglos.

—Y así te has quedado —rezongó, enfadado como un niño—. Aunque en tu defensa diré que desde que tienes a tu *anandha* estás más simpático.

Valthessar puso los ojos en blanco y señaló a Mara con un gesto de cabeza.

—¿Has visto la *anandha* que tengo? Como no seas simpático con ella, te parte las piernas.

—Si eso fuera verdad, te habría partido todas las piernas que tienes y quince pares más. Pero conmigo no te has partido ni el culo, y mira que lo he intentado.

Valthessar la estrechó contra su pecho, un gesto íntimo y cariñoso que Luvart envidió.

—Me gusta hacerme el difícil. No es nada personal.

—¿Veis? Si la *anandha* puede hacer amable al *rex*, ¿qué no hará conmigo? —exclamó Dagon.

—Pues esperemos que logre el efecto opuesto, porque como te haga más amable te veo regalando tu inmensa fortuna en plena calle. —Se mofó Xaphan.

—Con un poco de suerte te enseña a cerrar la boca solo de vez en cuando —aportó Samael.

—Qué fácil es que te roben el protagonismo en este sitio —intervino Luvart, fingiendo indignación.

Pero hacía rato que miraba alrededor en busca de un metro cincuenta de huesos finos y algodón escarlata... sin éxito. De pensar en que pudiera estar con el alma en pena de Abraxas o con el gélido Renyi se estremecía.

Ese par sí le daría motivos para estar asustada.

—¿Dónde está? —preguntó sin miramientos.

A esas alturas no había nadie con dudas sobre a quién se refería.

—Ha ido a la biblioteca —le respondió Mara, hundiendo la mano en el bol de palomitas—. Es el sitio que más le ha gustado de todos los que le he enseñado en el tour por la casa.

Las facciones de Luvart se relajaron.

—Cómo se nota que es la mía. —Su expresión se suavizó del todo al mirar a la atenta Mara—. Gracias por hacerle compañía y enseñarle todo esto. Debe sentirse muy incómoda entre tanto mastodonte.

—Estaba inquieta —confirmó Mara—, y no parece que le caiga del todo bien. No sé por qué, he sido más simpática con ella de lo que fueron conmigo cuando yo hice la primera visita a la guarida de los lobos.

—Tampoco era difícil, teniendo en cuenta tu punto de partida —masculló Valthessar, con la vista clavada en la pantalla.

—¡Vaya, pero si ahora lo reconoce!

—Estoy seguro de que le caes de maravilla. Es solo que no ha disfrutado del contacto humano suficiente para saber cómo desenvolverse.

—Ya me he dado cuenta de que tiene algunos problemillas de comunicación. Parecía que no supiera hablar. —Suspiró Mara.

—Yo le tiraré de la lengua, pero necesito que vengas conmigo.

Mara levantó las cejas.

—¿Yo?

—Sí. Y alguien más. Si no estamos solos en la biblioteca hay menos posibilidades de que huya espantada. Necesito acercarme a ella.

A nadie le pasó inadvertida la nota desesperada al remarcar su necesidad. Se estaba cortando para no dar un espectáculo y mantener el bajo perfil del que siempre había gozado cuando se trataba de expresar emociones, pero estaba perdiendo los nervios.

Y solo era el primer día.

—Claro que sí. —Se apartó el brazo de Valthessar como si fuera un insecto molesto y agarró a Dagon de la mano pese a sus quejas.

—¡Pero quiero saber cómo acaba la película!

—Apuesto a que prefieres asegurarte de que la de tu amigo Luvart tiene un final feliz, y es improbable que lo consiga sin nuestra ayuda. A partir de hoy somos un equipo.

Mara le guiñó un ojo a Luvart y este le sonrió, de nuevo más agradecido de lo que lo había estado jamás. Mientras se dirigían a la biblioteca, él nervioso y con las palmas sudorosas, se encargó de dejar clara una cuestión que le pareció vital:

—Siento haber amenazado con matarte alguna que otra vez.

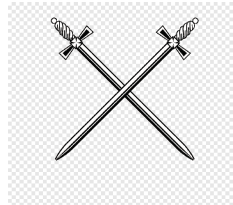
Mara bufó.

—A buenas horas.

—No te lo he dicho antes porque no me llevé la impresión de que hubiera herido tus sentimientos.

—Eres muy guapo, Luvart, pero no eres el guapo que puede herir mis sentimientos. —Le palmeó la espalda y sonrió de oreja a oreja—. De todos modos, las disculpas las acepto sin importar del guapo que vengan.

Capítulo IX



Reyyan estaba maravillada con lo que veía. Nunca habría imaginado que el mundo de los humanos, la coloquialmente conocida como la Subrealidad, pudiera ser tan fascinante.

Mara había servido de guía en el momento en que entró en la mansión de El Séptimo Círculo y le había mostrado un salón específico para todas las historias de ficción en las que se le ocurriera pensar. Allí estaba, incapaz de decidirse entre unos tomos u otros. Como los niños, se dejaba llevar por los colores y las texturas en lugar de por títulos o sinopsis.

El descubrimiento de lo conocido como «biblioteca» la tenía maravillada. Los techos parecían inalcanzables por las falsas bóvedas artesonadas, tanto las paredes como el suelo estaban revestidas de madera oscura y la mayoría de los volúmenes, de gruesa encuadernación y páginas amarillentas, debían tener siglos de antigüedad. No podía sino pensar que se encontraba ante una colección única y que la habían protegido en un lugar a su medida, tan espectacular en su decoración victoriana como debía serlo el contenido de los tomos: sillones mullidos y tapizados en terciopelo, sendas alfombras de aspecto oriental con motivos geométricos y colores apagados y toda suerte de elementos que no casaban con el estilo de la actualidad, como cortinas de chintz, candelabros rematados en oro y delicados manteles con encaje sobre los que reposaban cajas de música lacadas o jarrones pintados a mano.

Daba vueltas como una peonza, fascinada, y no se percató de que algunos penitentes hacían acto de presencia.

Uno de ellos incluso se atrevía a acercarse.

—¿Ves algo que te guste?

Reyyan dio un respingo y soltó el libro que hasta el momento había estado ojeando. Este cayó al suelo con estrépito. Al toparse con el gesto sereno de Luvart, no se atrevió a agacharse. Esperó, alerta, a que él lo recogiera y se lo tendiese con la precaución de no aproximarse en demasía.

A excepción del último momento en el claustro, cuando la rabia había estallado en él, se había mostrado sorprendentemente respetuoso y comprensivo con su deseo de mantener las distancias. En eso no se parecía a la criatura perversa de sus sueños, como tampoco en la facilidad con la que cedía si ella le ponía un alto.

Desde que había abandonado la oración decepcionado, Reyyan no había dejado de darle vueltas a su defensa.

«No podría hacerte daño ni aunque quisiera».

Reyyan carraspeó y se abrazó al libro sin darle las gracias. Él la observaba de ese modo tan turbador, aunque no era lo único de Luvart que la trastocaba. En carne y hueso cobraba matices que en el sueño se le escapaban, como su olor corporal, sus variadas expresiones; el modo gentil en que se refería a ella. En sus sueños no la miraba tratando de disimular por todos los medios la esperanza de que voluntariamente se acercara a él.

—*La Odisea* —leyó Luvart, con la vista clavada en la cubierta—. Un clásico maravilloso. Supongo que lo habrás leído.

Reyyan miró alrededor en busca de una vía de escape. Mara y Dagon deambulaban por la biblioteca hablando en susurros, y Xaphan se había sentado en el butacón de terciopelo escarlata con un grueso tomo sobre el regazo. Parte de sus reticencias desaparecieron al saberse protegida, un pensamiento que en realidad tenía poco fundamento.

Todos allí estaban de parte de Luvart. Si quería hacerle daño, todos le apoyarían.

—No he leído nada de lo que tenéis aquí —reconoció con un hilo de voz—. Solo los manuales que hacen referencia a la tradición de las razas, a la magia y a las gestas legendarias de Dantalion. No sabía... No sabía que existía la ficción. Historias sobre seres que no son reales...

—¿No sabías que existía el género de la novela? —Enarcó las cejas —. ¿Y cómo matabas las horas en tu torre?

Reyyan se tensó con la mención a la Torre.

«Estás muy equivocada si crees que enrejar a una criatura es un gesto de amor impagable», le había dicho. Y ella había empezado a sopesarlo en contra de su voluntad.

Eso era lo que le hacía peligroso, que fuese capaz de manipular sus pensamientos.

—Leía —respondió a la defensiva—, pero otro tipo de libros.

—El Libro de Sehara, por supuesto.

Reyyan pestañeó, aturdida. Abrió la boca para hacer una acotación, pero en el último momento la cerró.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Luvart, ladeando la cabeza—. Te has callado de repente.

—Nada. Solo que... me he fijado en que... —Se aclaró la garganta —. Nunca te refieres a ella como la hechicera Sehara o como *la* Sehara. Ni siquiera dices *El Libro de la Sehara*. Para ti es como un nombre propio en lugar de una leyenda. Es solo... *Sehara*.

—No es solo Sehara para mí. —No estaba en sus planes imprimir el misterio a su contestación, pero Reyyan mordió el anzuelo—. Si te has pasado toda la vida leyendo en tu habitación, quizá la biblioteca sea el último lugar donde deberías estar. Tal vez deberías salir, explorar Praga. Es una ciudad preciosa.

Reyyan se aferró más al libro.

—Prefiero leer.

—Es más seguro, pero ese en concreto te dará sed de aventuras. Ulises se marcha a la guerra de Troya durante diez años y para volver a casa da tantos rodeos que acaba fuera otros diez. Mientras, su esposa Penélope espera y espera.

—¿Lo espera veinte años? Eso es muchísimo tiempo —murmuró Reyyan, mirando el libro con otros ojos. Ella solo tenía un año más, o al menos lo cumpliría ese año según el calendario solar de los humanos.

Se perdió el gesto irónico de Luvart.

—Sí, la verdad es que veinte años son un buen pellizco. Al menos un dos por ciento.

—¿Al final se reencuentran?

—Ajá. Es una de las pocas historias de amor griegas con un final feliz.

Hubo un pequeño silencio en el que Reyyan se sintió extraña, diferente. Tenía delante al engendro de sus pesadillas narrándole a grandes rasgos un clásico literario y ella, aunque no podía bajar del todo la guardia, había soltado el salvavidas del pánico hacía rato.

Lo miró con desconfianza. Su pose tranquila, sus manos guardadas en los bolsillos del pantalón, los dos mechones dorados que enmarcaban su rostro de rasgos perfectos... Se estremecía si lo miraba a los ojos más de un solo segundo.

—Si quieres conocer la literatura popular... —empezó Luvart, girando sobre los talones. Se paseó por delante de una de las estanterías que iban del suelo al techo, y, sin necesidad de leer los títulos, fue sacando los libros que fue considerando—, deja que te haga unas recomendaciones. Si no, vas a estar todo el día para elegir un libro. Créeme, sé de lo que hablo.

Reyyan tuvo que pensárselo al menos tres veces antes de hacerle una pregunta de índole personal.

—¿Tú te los has leído todos?

—Algunos incluso los he memorizado. La eternidad da para mucho. —Se giró unos segundos después con una media sonrisa que

anticipaba la vergüenza que embargó a Reyyan—. Puedes preguntarme cuáles.

Reyyan presionó el libro contra su pecho.

—No era eso lo que te quería preguntar —le bufó.

—*La divina comedia*, por ejemplo —le contestó, haciendo caso omiso—. Fue el libro que le dio nombre a nuestra hermandad. Hace referencia a uno de los siete círculos del infierno, el de los violentos. En cuanto salió publicado por Dante Alighieri, el *rex* decidió crear su propia orden con ese título. De todos modos, sería un poco cliché si mis lecturas preferidas versaran sobre castigos y viajes al infierno. Es cierto que siento debilidad por los finales trágicos o, como mínimo, agridulces, pero...

Reyyan escuchaba con el estómago encogido. Él seguía dando vueltas por la biblioteca, aumentando la pila de libros que habría de entregarle. Al pasar por delante de Dagon y Mara, Reyyan se fijó en que estos dos lo miraban boquiabiertos, como si no pudieran creer que Luvart hubiera hilado más de cuatro palabras seguidas o, mejor dicho, las hilara para hablar de sí mismo.

Lejos de sentirse honrada, Reyyan quería sospechar. Pero no podía cuando su aura, de un vibrante tono escarlata, le hacía saber que no había mentiras ni planes ocultos en su pasión al contarle todo lo que sabía. No había siquiera sopesado que su luz pudiera decirle las verdades sobre él que podrían ocultarle los demás.

Luvart no le hizo entrega de los libros. Los dejó sobre la mesilla de madera a una distancia prudencial de metro y medio y apoyó la palma de la mano sobre la cubierta del último.

—La mayoría no son mis predilectos, pero me parece que si los lees ya te habrás hecho una idea de cómo funciona la literatura —aclaró, mirándola a los ojos—. He añadido *Harry Potter*. Creo que te hará gracia cómo una mujer creyó que funcionaría el mundo mágico. Y sospecho que tu favorito será *El Principito*.

Reyyan se resistió a preguntar por qué.

—¿Y cuál es... tu favorito?

Luvart sonrió por primera vez desde que lo había visto. Una sonrisa honesta, de las que ponían el alma entre los dientes; de las que solo se regalaban a aquellos en los que se podía confiar.

Reyyan no pudo apartar la mirada. Se quedó perpleja, inmóvil donde estaba, confirmando una vez más que estaba ante el espécimen más peligroso de entre todos los hombres porque sabía cómo borrar su miedo, convertirlo en curiosidad e incluso fascinación.

—Está entre esos. Léelos y saca tus propias conclusiones. —Le guiñó un ojo.

Aunque todo su cuerpo gritaba cuánto le gustaría quedarse un rato más, Luvart se esforzó por dar un paso atrás hasta que hubo

desaparecido de la biblioteca.

Reyyan siguió sin moverse. Su mirada desenfocada apuntaba a la puerta que había dejado abierta. Cuando consiguió salir de su ensimismamiento, se giró hacia el montoncito de novelas y recordó cómo Luvart había apoyado la mano, casi sin apenas tocarlos. Vacilante, Reyyan estiró la suya y rozó con los dedos la cubierta del primer libro, persiguiendo de forma inconsciente la huella de su contacto.

Tragó saliva, demasiado confusa para siquiera plantearse qué estaba haciendo.

—Menudo tostón de libros —bufó Mara, apareciendo por detrás con la misma sutileza que un elefante en una cristalería. Examinó las novelas con una mueca—. Anda, ven, que te voy a enseñar yo lo que es literatura de verdad. Lo mismo no va a estimular tu intelecto, pero por estimulada te tendrás que dar, eso seguro. Elige: ¿Samantha Young o Jodi Ellen Malpas?

—No... no sé quiénes son.

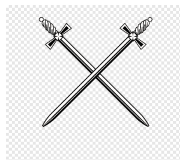
—¡Ya sé! —Chasqueó los dedos—. Mejor J.R. Ward, que sabe mucho de vampiros buenorros.

—¿Vampiros? ¿Qué es eso?

—Vamos, Dagon, ayúdame a encontrar los libros. Tenemos que culturizar a esta chica.

Dagon se mostró más que encantado de ayudar. Mientras tanto, una Reyyan perpleja miraba alrededor en busca de alguien con la bondad de explicarle de qué estaban hablando. Se topó con el gesto comprensivo de Xaphan, que pronto cerró el libro que estaba leyendo y se acercó con una media sonrisa.

—Tranquila. —Con una sola palabra consiguió relajarla—. Te lo vas a pasar muy bien aquí.



Había tantas cosas de las que no tenía conocimiento que las primeras horas fueron un vaivén emocional. Los libros habían captado su atención al principio, pero con Mara descubrió, además, la música y los pendientes.

En ese orden.

En cuanto había visto que Mara lucía unos aretes dorados en los lóbulos de las orejas, no había podido parar de admirarlos con envidia. Se tocaba los suyos, desnudos, preguntándose si dolería

llevarlos, si le quedarían tan bien como a Mara.

Probablemente no.

Mara tenía una personalidad desbordante que le permitía llevar toda clase de excentricidades sin que nadie la juzgara. Ella, en cambio, había comprometido su vida a la sobriedad y la modestia, y eso significaba que ni podía perforarse las orejas ni podía hacerse algún tatuaje como los muchos que adornaban la piel de Dagon —como él mismo confesó, se hacía uno cada dos semanas por mero aburrimiento —, ni tampoco caer en la vanidad de pintarse la cara para estar más guapa.

—Eso son tonterías —le espetó Mara en cuanto Reyyan confesó que le gustaban sus pendientes y le hubo explicado por qué ella no podía llevarlos—. Es decir... Respeto tu cargo de sacerdotisa y entiendo que lleves la normativa a rajatabla, pero no creo que por llevar pendientes vaya a ocurrir una catástrofe.

—No quiero ofender a la diosa cayendo en esa clase de fruslerías.

—Seguro que la diosa tiene cosas mejores en las que pensar que en lo que lleves puesto. No tienes que agujerearte, por cierto. Los hay de «clic». Te dejan luego la oreja hecha polvo, se te concentrara la sangre en esa zona, pero es mejor que quedarse con las ganas. ¿Quieres que te deje algunos?

Reyyan no supo qué decir. Siendo sincera, nunca sabía qué decir cuando la joven se refería a ella. Le pasaba con cualquiera de los miembros de El Séptimo Círculo, y no porque la intimidasen o fuera consciente de que compartía techo con el enemigo y sus posibles secuaces, sino porque no estaba acostumbrada a que le hicieran preguntas. Ni mucho menos a tener que contestarlas.

La facilidad con la que Mara sobrellevaba la comunicación la tenía maravillada. Si hubiera sido lo bastante valiente, le habría pedido que le diera consejos para moverse con brío entre los penitentes y relacionarse con el resto de esa forma tan llamativa, atractiva incluso. Pero a su lado, Reyyan se sentía torpe. Descortés. Y, sobre todo, abrumada con lo que eso conllevaba.

Todavía estaba decidiendo si Mara le gustaba o por el contrario le parecía... *demasiado*. Demasiado extrovertida, demasiado confianzuda. Mara daba por hecho que le caería bien y se convertirían en amigas, y su insistencia por lograrlo la hacía sospechar.

Cuando pensó que no podría soportar ni una canción más, ni una pregunta más sobre su vida en el Autem, avisó que necesitaba un baño. Un rato sola aclararía las ideas que llevaban enredadas desde que Luvart había puesto un pie en su vida.

—¡Claro que sí! —exclamó Dagon—. El baño está al fondo del pasillo. No es tan maravilloso como el de La Sociedad, pero yo creo que te servirá para la que es su utilidad básica.

Reyyan esperaba más indicaciones, como de dónde podía sacar el agua. Supuso que la bañera estaría ya lista y enfiló al fondo del corredor con el paso apretado, deseando huir de la pareja amistosa. Se cobijó de sus atenciones cerrando la puerta tras ella y esperó hasta calmar su respiración.

Segundos después se dio cuenta de que no había bañera, sino una especie de caja de tamaño humano con un cable colgando.

Miró alrededor en busca de otra cosa más parecida a una bañera, pero el resto de las instalaciones parecían incapaces de soportar su peso o de albergarla sin que se hiciera un ovillo.

Pensó en volver a la habitación de Dagon y pedirle que fuese más específico, pero Reyyan tenía su orgullo, y antes que humillarse admitiendo que desconocía el funcionamiento de los aparatos, haría el ridículo por su cuenta.

Mientras se desvestía, suspiraba preguntándose si descubrir la vida humana también formaba parte de su prueba de lealtad. Dejó la túnica doblada sobre el... *aquello debía tener un nombre*, pero a saber cuál. Luego retiró las puertas correderas de la caja de vidrio y aluminio.

Que hubiera tenido botones habría sido mucho pedir, pero contaba con una especie de tirador y dos ruedas distinguidas por color. Una roja y otra azul.

Supuso que la azul era la del agua y la giró con cara de concentración.

Inmediatamente le cayó sobre la cabeza un chorro de agua helada. Reyyan lanzó un alarido y giró la rueda hacia el otro lado, pero se había atascado, y cada vez que conseguía desplazarla un milímetro, el agua solo salía más fría. Probó con la rueda marcada por el rojo y gritó aún más alto. El agua había empezado a arder. Tanto quemaba que pensó que le derretiría la piel.

Reyyan salió a trompicones de la caja, abrazándose los hombros. El cuerpo le palpitaba por culpa de la elevada temperatura y se le habían saltado las lágrimas por el dolor.

Pero el verdadero dolor fue el que conllevó la humillación de que alguien abriera la puerta de golpe. Y no podía ser otro. Tenía que ser *él*, al que reconoció incluso pese a tener la vista empañada.

—¿Qué es lo que pa...? —empezó Luvart.

Las palabras se le atascaron en la garganta.

Reyyan se estremeció de la cabeza a los pies al comprobar que estaba de pie bajo el umbral, mirándola a caballo entre la perplejidad y la conmoción. Por un momento pareció que había visto un fantasma, pero al siguiente ese mismo fantasma debió antojársele irresistible, porque su rostro experimentó un cambio brutal.

Reyyan se clavó las uñas en la piel al abrazarse, temerosa de la sombra de lujuria que de pronto había exterminado la calma de

Luvart. Una calma que servía de contención y sin la que temía que se convirtiera en el temible monstruo.

Reyyan abrió la boca para gritar al verlo avanzar hacia ella, seguro y también desquiciado. Su olor corporal la alcanzó antes que su cuerpo, ejerciendo un efecto anestésico que la comprometió a quedarse allí mientras él hacía con ella lo que quisiera.

Y no solo hizo lo que quiso. Hizo que Reyyan hiciera lo que él quería.

Se vio echando la cabeza hacia atrás para que Luvart la tomara por las mejillas y la besara en los labios entreabiertos, pero no podría haber llamado «beso» a la tortura lasciva e impaciente que llevó a cabo con nada más que su boca. Reyyan estaba horrorizada, paralizada por el pánico, y, sin embargo, el porqué de su miedo no se parecía en nada al de momentos atrás. Todo estaba confuso, y en la confusión, Luvart la rodeaba por la cintura y la apretaba contra su cuerpo.

En sus sueños no había besos ni tampoco esa suerte de pasión que se sentía hasta legítima. Reyyan no comprendía su abandono. ¿Por qué entendía su deseo como algo justo? ¿Porque él había hecho una pausa para suspirar, como si descargara una vida de contención enfermiza? Enfermo era el modo en que la tocaba. Era blasfemo e irrespetuoso, y él, un animal que no debía tener idea de lo que estaba profanando.

Reyyan lo empujó por el pecho para separarlo, sacudida por la rabia hacia sí misma, y reunió toda su energía tras el beso para concentrar en sus dedos un hechizo castigador. A Luvart no le dio tiempo a pedirle que no lo hiciese. El humo púrpura relampagueó como la tormenta en manos de Reyyan antes de salir despedido hacia él.

Pero el resultado no fue el que ella había esperado. Abrió los ojos como platos al ver que las chispas rebotaban contra su pecho y volvían a donde habían sido conjuradas. Reyyan trató de apartarse, pero no fue lo bastante rápida. Acabó encogida de dolor e incapaz de gritar por la parálisis que poco a poco fue apoderándose de sus miembros.

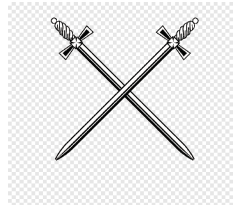
Ladeó la cabeza hacia sus brazos, que iban perdiendo la movilidad hasta quedar extendidos en un ofrecimiento vergonzoso.

Segundos después estaba petrificada de espaldas a la mampara tal y como debería haberlo paralizado a él. Hasta las gotas de agua que corrían por su cuerpo habían detenido su recorrido, y no podía siquiera pestañear, solo mover los ojos inyectados en sangre, que tan pronto como recordaron que estaba a solas y estática frente a Luvart, se posaron en su rostro con el pleno convencimiento de que nada peor podría haberle ocurrido.

Luvart seguía de pie frente a ella. Ahora la tenía completamente a su merced para hacer de lo que quisiera, y en sus sueños tenía muy claro el tratamiento que darle: dolor y vergüenza.

Si quería hacerle daño, *ese* era el momento perfecto.

Capítulo X



Luvart tuvo que cerrar los ojos un instante para encontrar la calma. No estaba acostumbrado a tener que escarbar más allá de la superficie para serenarse, pero parecía que Reyyan la hubiera enterrado bajo capas y capas de frustración, de necesidad, de ansias por cernirse sobre ella. Justo lo que había hecho, y justo por lo que se maldecía internamente.

Una vez creyó estar preparado para buscar soluciones, actuó como sospechó que Reyyan podría agradecerlo: con seguridad y convicción. Primero sacó una toalla del armario y la cubrió, para lo que tuvo que inclinarse sobre ella y rodearla con los brazos. Los segundos que tardó en anudársela a la espalda fueron clave para su autocontrol. Apretó los párpados cerrados con la mejilla muy cerca de la de ella, esa mejilla en la que se habían detenido las lágrimas de espanto, e inhaló hasta que los pulmones se le resintieron. Olía a mazapán y a caramelo, como si no fuera suficiente con su piel expuesta para empezar a salivar como un depredador.

Se obligó a distanciarse, ardiendo por dentro y por fuera.

—No tengas miedo —le susurró—. Creo que puedo deshacerlo.

Ella no podía pestañear, pero aunque le hubiera sido posible, no lo habría hecho. Había seguido, aterrada, cada uno de sus movimientos, y Luvart sabía por qué.

Si dispusiera de más tiempo, pasaría por el luto de haber perdido su cariño, por la etapa de rabia que se sufría en los duelos. Pero no solo le quedaban menos de cinco días, sino que no podía soportar no tocarla.

No podía. Sus manos se movían solas.

—Deja que me... concentre. Me sabía esas dichosas runas —masculló por lo bajo, frotándose la mejilla. Trató de hacer memoria—. Me parece que las tengo.

Ella desplazó la mirada de un lado a otro, como negando con la cabeza.

—No te queda más remedio que confiar en mí. En esta casa nadie sabe hacer magia, y no creo que te hiciera ilusión que los sacerdotes

nigrománticos del Consejo te vieran desnuda.

La mirada de Reyyan adquirió un tinte agresivo y Luvart exhaló en una especie de risa al comprender el mensaje.

«No me hace mucha más ilusión que me hayas visto tú».

—Tranquila, guardaré el secreto de tu mancha de nacimiento —le prometió, sin poder resistirse a pincharla. Pese a estar congelada en el sitio, sus mejillas se tiñeron de rojo—. Lo que no entiendo es... *esto*.

Se arriesgó a rozar uno de los moratones que cubrían su brazo con las yemas de los dedos. Los retiró antes de asustarla y buscó una explicación en sus ojos inyectados en sangre.

—Pensaría que te lo ha hecho La Magna —caviló con un hilo de voz, notando el corazón comprometido al ver su piel arrasada—, pero dudo que un animalillo como tú, con el instinto de supervivencia tan desarrollado, tan susceptible al dolor físico, venerase a ciegas a una diosa que le hace daño... con toda la certeza de que se lo hace, quiero decir.

No hacía falta que hablara para comunicarse con él. En el brillo incendiario de sus ojos halló una respuesta que no le gustó, porque depositaba sobre sus hombros la culpa del delito.

Decidió que no podría hacer frente a la confirmación de sus temores y, en su lugar, se concentró en devolverle la movilidad. Le rodeó la garganta con una mano y le acarició el lateral con el pulgar. No muy convencido, pero esperando que surtiera efecto, recitó uno de los pocos hechizos que había aprendido en su paso por el Autem.

Si el conjuro que había arrojado sobre él había conseguido rebotarle, eso quería decir que la magia de Sehara seguía protegiéndolo y, por tanto, podía utilizarla para sus fines. Comprobó que así era inmediatamente después. Dibujando una línea vertical y curva desde el bajo de su lóbulo hasta el hombro, fue distendiendo la tensión que la había paralizado.

Poco a poco, su cuerpo se reblandecía.

Y para su desgracia, lo primero que Reyyan hizo cuando se hubo recuperado del susto y de la impresión de saberlo tan poderoso, fue rodearlo como si fuese una bomba con la cuenta regresiva accionada.

No pudo precipitarse hacia la puerta. Antes perdió el equilibrio, débiles como estaban sus articulaciones.

—¿Cómo lo has hecho? —balbuceó, con los ojos redondos—. ¿Por qué sabes...? ¿Por qué conoces...?

—Una vez fui un empíreo, ¿recuerdas?

—Los empíreos no saben hacer magia, y menos todavía cuando decepcionan a la diosa. ¿*Qué* es lo que eres?

Luvart se sentó en la taza bajada del inodoro, demasiado cansado para discutir en pie. Le hizo un gesto humilde para invitarla a acercarse.

—Ven aquí. No vas a poder dar un paso más sin caerte. El hechizo te ha agarrotado los músculos, necesitas que te apliquen presión.

—Sé perfectamente lo que ha hecho y lo que necesito. Es lo que llevo estudiando toda mi vida —le recordó con petulancia.

Luvart apoyó los codos sobre los muslos y se la quedó mirando, no tan fatigado como obnubilado.

—Eres como un perrillo de los que tienen más pelaje que cuerpo y nadie puede tomarse en serio porque sus ladridos suenan a maullidos —meditó en voz baja, sonriendo. Como no podía ser de otra manera, Reyyan se enfureció, aunque dudaba que siquiera supiese lo que era un perro.

—Acabarás tomándome en serio si descubro cómo hacer añicos tu inmunidad mágica.

Luvart alzó las manos.

—Estoy deseándolo.

Pero ella no. Ella deseaba otras cosas, como borrarlo de la faz de La Tierra.

¿Cuáles serían las palabras mágicas, esa oración que penetraría directamente su coraza y disolvería el miedo como sal en el agua? Sabía que existía una manera de devolverle sus recuerdos, pero no sabía por dónde empezar a buscarla.

—Reyyan —la llamó con calma—. Si lo que temes es que te haga daño, se me han presentado un par de oportunidades solo hoy. Podría haber hecho contigo lo que hubiera querido en el claustro y en este baño. Y no lo he hecho. Sé que no es suficiente para que creas a ciegas en mí, pero ¿podrías al menos darme el primer voto de confianza?

No, esas no eran las palabras mágicas. Pero hicieron que Reyyan se lo pensara y, tras un buen rato vacilando, decidiera acercarse. Insegura y temerosa, sí, pero pronto la tuvo justo delante con el puño crispado agarrando la toalla.

Luvart habría sonreído de alivio si no hubiera sabido que ella lo malinterpretaría.

La tomó de la mano, confirmando que le costaba arrugar los dedos.

—Unos segundos más presa del hechizo y no habrías podido volver a usarlos —murmuró, doblándoselos por los nudillos. Con sus dedos iba aplicando un masaje a la palma y al dorso. La miró de reojo—. ¿Eso era lo que me deseabas a mí? Solo para que lo sepas, ni La Magna se atrevería a castigar mis manos.

—¿Por qué? ¿Porque eres artista, mago o...? —Se atragantó.

—¿Buen amante? Podría ser las tres cosas —reconoció, tratando de no cruzar la línea de la vanidad. Apartó la vista, sabiendo que ella no soportaba sus ojos por mucho tiempo, y ascendió con el masaje por su frágil muñeca, por su brazo salpicado de golpes. ¿Quién haría daño a una cosa tan bella en su suave delicadeza?—. Cuando era humano me

dedicaba a la creación. Entonces se entendía a los artistas como artesanos que pintaban, construían, esculpían. Hace tanto tiempo desde que practicaba mi oficio que me costaría retomar las labores, pero recuerdo que me apenó ser reclutado para la guerra por si acababa manco.

La pregunta tardó en llegar, no supo si porque se resistía a mostrar interés en él o porque el masaje la estaba adormilando. Le manipuló el codo hasta que pudo doblarlo de forma natural y se lanzó por la otra mano.

—¿Qué guerra?

—La de los Cien Años. Ciento dieciséis años, siendo concreto. A mi lado, Odiseo era un principiante. —Se mofó, concentrado en separarle los dedos. Los iba estirando uno a uno, como si fueran delicadas piezas de un menaje de coleccionista—. A día de hoy me alegro de haber participado en esa. Empezó a curtirme en la paciencia que necesitaría mucho después.

—¿En qué bando estabas?

—*La France*. ¿No lo has deducido de los libros que te he dado? Victor Hugo, Dumas, Flaubert, Balzac, Stendhal, Proust... Podría recitarte *Las flores del mal* de Baudelaire de memoria. «Soy como un pintor que un dios burlón condena a pintar...». —Esperó a que ella negara con la cabeza. Con la mirada seguía el recorrido de sus dedos, alerta por si tuviera que intervenir—. ¿No conoces a los autores?

—Ni siquiera sé qué es *La France*. ¿Es una ciudad?

—¿No localizas Francia en el mapa?

Reyyan volvió a negar, esta vez avergonzada por sus carencias culturales. Enseguida se solidarizó con ella.

Para una joven que había pasado toda la vida estudiando *El Libro de la Sehara* para convertirse en la hechicera más poderosa de la Orden, debía ser duro aceptar que había ámbitos del conocimiento que se le escapaban. Era evidente que, para ella, la sabiduría era la mayor de las virtudes.

En eso no había cambiado. Y en eso no eran distintos.

—Va a haber que enseñarte más cosas de las que había pensado —murmuró Luvart—. Francia es el país más bonito del mundo. Cuna de la historia y el arte, revolucionaria hasta la médula, centro de Europa... Siento que te gustaría.

—¿Sientes que me va a gustar porque te gusta a ti?

Terminó con los brazos y carraspeó, inseguro.

—Supongo que he hablado demasiado sobre mí. —No tardó en esbozar una sonrisa condescendiente hacia sí mismo—. No me considero especialmente interesante, si te soy sincero, pero quiero que me conozcas y creo que te será más fácil presentándote la cultura que me vio nacer, de la que me he alimentado y a la que recurro para

entender el mundo.

Le sorprendió que no le exigiera que cerrase el pico. ¿Qué le podían importar a ella las que eran sus lecturas predilectas o el amor hacia la patria abandonada? Nada, y, aun así, Luvart sentía por primera vez en siglos la necesidad de expresarse, de compartir con alguien todo lo que sabía y le llenaba de orgullo. Quería que le conociera como no se lo había permitido a nadie, acostumbrado como estaba a cerrarse en banda al resto y así reservar para ella sus exclusivas maravillas.

Se quedó mirando sus piernas desnudas, aún húmedas, y decidió arrojarse al vacío.

—Siéntate aquí.

La segunda sorpresa fue que Reyyan no replicase. Tomó asiento en su regazo con cuidado, como si no quisiera que la notara. Y habría sido difícil sentirla porque pesaba menos que una pluma, pero al mismo tiempo no había sido tan consciente de algo en su vida. Era como si Reyyan estuviera respirando por él.

Se le puso la piel de gallina cuando recorrió su muslo con los dedos, pulsando sobre el músculo para reactivarlo.

—Entonces eras artesano, pero parece que también mago —consiguió articular ella—. ¿O eras un empíreo de la facción de los curanderos y por eso has podido... destensarme?

«Bueno, por lo menos me hace preguntas en lugar de dar las cosas por hecho».

—Sehara y yo fuimos amantes. El tiempo que pasamos juntos sirvió para muchas cosas, y supongo que una de estas fue crearme una especie de manto protector contra los hechizos. O a lo mejor es ella misma la que me protege —meditó, deslizando los dedos de su rodilla hasta los empeines. Por el camino secó unas cuantas gotas de agua—. Una parte de ella se quedó dentro de mí.

No perdió detalle de su expresión anonadada.

—¿Cómo iba la Sehara a estar dentro de ti? La Sehara no amaba ni... ni tenía amantes.

—Ya lo creo que sí.

—¿Por qué insistes en blasfemar? —rezongó, molesta—. Todo el mundo sabe que era la hechicera más poderosa del mundo porque no perdía el tiempo con sentimentalismos ni cometiendo pecados de la carne.

—Eso son pamplinas, y me sorprende que lo diga una de sus sacerdotisas. Sehara creía en el poder de las energías que pueden intercambiarse cuando dos cuerpos entran en contacto. Esa intimidad que se forma, la complicidad entre seres destinados, los fluidos combinados y todo lo que el amor sabe sacudir era para ella la verdadera magia. En esta se inspiraba para conjurar y crear... Y conjuraba y creaba a mi lado, por eso recuerdo algunas de las runas.

Lejos de impresionarla con la verdad o invitarla a reflexionar sobre una vida pasada que le pertenecía, solo consiguió que Reyyan lo mirase aún más preocupada.

—Entonces eres invencible. Todos los hechizos que pueda conjurar contra ti para defenderme serán en vano. Estoy... estoy a tu merced.

Luvart ahuecó su mejilla con la palma, notándola helada.

—Pobre criatura... No tienes ni idea. Si quisieras matarme, podrías hacerlo con un par de palabras.

—Pues dime cuáles son.

Luvart se rio muy a su pesar.

—Estoy intentando decirte que posees poderes sobre mí mucho más contundentes y peligrosos que ningún conjuro. Solo tienes que descubrir cuáles, y con un poco de suerte te enterarás también de que no soy el único ser sobrenatural al que podrías destruir si te lo propusieras.

Reyyan lo miró a los ojos, turbada.

—No quiero destruir a nadie. Ni siquiera pretendo destruirte a ti.

Luvart notó un hormigueo en el pecho.

—Ah, ¿no? ¿Por qué? ¿Porque has descubierto que Sehara me respetaba, y tú has de respetar lo que Sehara tanto quería?

—Es uno de los motivos.

—¿Cuáles son los demás? —Luvart desplazó la mirada hasta sus labios carnosos, que acarició con la yema del pulgar. Con tan simple roce le empezó a quemar la sangre—. ¿Sería posible que en realidad no mereciera que me tengas tanto miedo?

Ella se envaró.

—Por supuesto que lo mereces. Te has abalanzado sobre mí como una fiera —recordó con un tartamudeo, censuradora—. ¿No sabes acaso que las sacerdotisas hemos de permanecer puras?

—¿Qué hay más puro que mi adoración hacia ti?

Su verdad la descolocó por completo.

—Cállate —le sorprendió contestando—. ¿Crees que no sé que esta es una de tus ventajas sobre mí? Manipulas mi mente con tus historias de humanidad, con tu falsa modestia. Te metes en mi cabeza para trastocar todo lo que pienso y consigues convencerme de que no eres tan malo. Y cuando te crea, cuando baje mis defensas, entonces tú acabarás conmigo.

—Míranos, Reyyan. Si quisiera acabar contigo, podría hacerlo aquí y ahora. He perdido la vida de más generaciones de las que puedo contar esperando, esperando y esperando. Si sigo esperando *ahora,* si sigo tensando esta paciencia que pende de un hilo para que des tu brazo a torcer, es porque respeto tus sentimientos.

—No estabas respetando nada cuando te has... cuando has...

—Lo siento por eso —murmuró a sus labios entreabiertos—, y al

mismo tiempo no tengo otro remedio que alegrarme de haberlo hecho. Aunque luego me apartaras, me has correspondido, princesa Reyyan. Y eso significa que tu primer impulso visceral es amarme. El segundo, el aprendido e impostado que ahora pesa más, es rechazarme.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de que debajo de todo lo que crees sentir... está lo que sientes de verdad. —Deslizó los dedos por su gracioso mentón y resiguió la línea de la mandíbula. Ella no solo no lo impidió, sino que lo miraba como hipnotizada—. Mírame, Reyyan. ¿Tan malo te parezco?

Percibió en su semblante el dilema con el que había crecido y que Luvart ansiaba destruir con sus propias manos. Pero parecía que se iba diluyendo poco a poco, que la verdad la calaba porque en los cimientos de su raciocinio estaba él y nada más que él. Podía ver que desconocía el motivo y no la intrigaba tanto como la horrorizaba verse atrapada en sus palabras. Pero al final, allí estaba, y allí estaría al final del día, dejando que Luvart se encontrara en sus tiernos ojos castaños.

Afianzó el brazo con el que había rodeado su cintura y la acercó un poco más a él. No se le ocurría nada más convincente que decir que una extensa narración que describiese la odisea por la que había pasado, y cuánto la quería. Pero sospechaba que ella no se daría por conmovida con esa verdad. Por el contrario, desharía el hechizo de hipnosis que había conjurado con su declaración y la volvería más escéptica.

Luvart tiró con suavidad de la barbilla femenina en su dirección. Ella ni siquiera se resistió. Lo miraba en silencio, respirando con dificultad. No sabía qué estaría viendo, pero no era al monstruo que la había hecho llorar. De hecho, había un gran interrogante en su expresión, una especie de condicional intrigante: «¿Y si...?». ¿Y si fuera cierto lo que le decía? O algo incluso mejor: la primera duda.

«¿Por qué, si menciona a Sehara, mi cuerpo reacciona?».

Luvart apoyó los labios entreabiertos en la esquina de su mejilla, en ese pómulo afilado al igual que el resto de sus contornos. Su cuerpo era un arma y Luvart estaba desesperado por aprender a manejarla. Recorrió su rostro con la boca, respirando el dulce perfume adherido a su piel; sumido en ese mundo de sensaciones que su cercanía iba despertando. Le rodeó la nuca con la mano y se la acarició hasta que ella, por voluntad propia, apoyó las palmas en su pecho y se dejó llevar.

El suspiro que escapó de sus labios estuvo a punto de enloquecerlo, de echar por tierra el ejercicio de contención que estaba practicando. Y aunque no hizo lo que ardía en deseos de hacer, sí que rompió una regla y la besó en los labios. Fue apenas una leve presión, un tanteo de reconocimiento. Una muestra de que podía ser más gentil.

Para su inmensa sorpresa, Reyyan lo agradeció entreabriendo la boca y dejando que él lamiera lentamente el borde interno de su labio inferior. Luvart cerró en un puño la mano con la que le rodeaba la cintura y luchó contra sus instintos.

No podía asustarla.

Pero tampoco podía soportarlo.

Sus labios eran el abismo donde iban a morir su paciencia y su control, su caballerosidad y todo por lo que había trabajado desde que se la arrebataron.

La plena conciencia de que ella estaba allí lo sacudió como un huracán. La aferró por la nuca y ahondó el beso a punto de gritar. Fue la garganta de Reyyan la que se tragó ese alarido de rabia y anhelo. Tuvo que estrecharla entre sus brazos para desahogar la inmensa emoción que lo estaba atravesando, y besarla más y más profundo, palpar las zonas que la toalla dejaba visibles. Era piel, carne y huesos. Ya no era una fantasía ni un delirio. Era una verdad universal. Ya no era un amor perdido, sino una vida recuperada.

Cuando Luvart tocó humedad en su rostro pensó que se trataría de sus propias lágrimas, pero al separarse comprobó con espanto que no eran de él. Era ella la que sollozaba en silencio, y Luvart entendió por qué en cuanto sus ojos se encontraron.

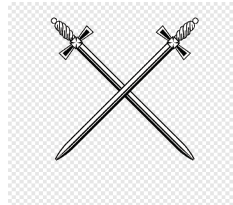
Reyyan seguía asustada, y no temblaba por culpa de la excitación. Lo había besado de vuelta porque temía lo que habría podido suceder si lo rechazaba.

Luvart la soltó como si lo hubiera quemado. Ella se separó rápido, poniendo distancia entre los dos, y no le quitó la vista de encima para anticiparse a cualquier posible ataque.

Luvart se pasó una mano por la cara. Se le ocurrían muchas cosas que decir para tranquilizarla, pero de pronto se sentía tan débil que solo exhaló en una carcajada amarga.

—Soy un auténtico estúpido.

Capítulo XI



Tal y como se había estipulado la jornada anterior, Reyyan se personó en el complejo de La Sociedad a la mañana siguiente. Quizá con un par de horas de antelación, y no porque estuviera ansiosa por evitar que el Enclave siguiera poniéndole la zancadilla a las dos razas. Más bien quería evitar a Luvart.

Mala suerte, porque El Séptimo Círculo casi al completo la había escoltado por si acaso su ayuda fuera requerida.

Y lo sería.

Reyyan se reunió a solas con el regente Aladiah para confirmar que La Sociedad ya se había encargado del cargamento de acero para los amuletos de protección. La consecución de la materia había corrido a cuenta de los seráficos, pero la elaboración de dichos talismanes sería un trabajo repartido entre ambas organizaciones. Según Reyyan había acordado con Levanah, con la que pretendía trabajar conjuntamente en el peliagudo asunto de los súcubos, se volcarían en la creación de tres para cada uno de los seráficos por si acaso el primero se perdiera, fuera destruido por equivocación o no bastara con el original.

Lo más adecuado habría sido que Reyyan, Noveno y Quinto se ocuparan del amuleto. Todos debían pasar por las manos de un sacerdote de la Orden para que, además de proteger, adquiriese la condición mágica que no solo habría de expulsar a los súcubos del sueño, sino evitar que aparecieran en primer lugar. Mara se había ofrecido a darles forma y así se había convertido en una tarea común que asumirían El Consejo y El Séptimo Círculo: elaborar el pendiente del colgante.

El regente había habilitado la misma y amplia mesa de reunión en torno a la que se sentaron durante la audiencia. Cada uno ocupaba un sitio: el de Reyyan se ubicaba entre Mara, que había insistido en colocarse a su lado, y una seráfica llamada Dahlia, que por lo visto había hecho buenas migas con la *anandha* del *rex* cuando esta aún formaba parte de La Sociedad.

—Mira, Dahlia, Reyyan se ha puesto los pendientes que le he regalado. —Mara le dio un codazo, intentando captar su atención—.

Estás guapísima.

Reyyan ladeó la cabeza hacia ella sin saber muy bien qué contestar.

¿Se estaba burlando de ella? Por lo poco que la conocía había llegado a la conclusión de que nadie debía tomarla en serio, porque la mayoría de las veces hablaba con sorna y era muy dada al choteo.

—¿Alguien a quien impresionar? —la siguió pinchando.

—No.

—¿Segura que no?

—No.

—¿De verdad?

—No.

—¿De verdad «no»? ¿Entonces sí?

Reyyan pestañeó.

Definitivamente estaba jugando con ella.

—Tengo que terminar esto. —Levantó el colgante, del que pendía un abalorio dentro del que introducirían el material corrosivo—. Con la vulnerable y peligrosa situación en la que nos encontramos, no me sobra tiempo para dedicarme a otras cosas.

—¿Con «otras cosas» te refieres a Luvart? Tonterías. Yo tengo tiempo para salvar el mundo y para hacerle caso a mi novio. A ti lo que te hace falta es un cambio de mentalidad.

Reyyan fue a hacer una pequeña puntualización, y era que referirse a Valthessar como si fuera su «novio» cuando su vínculo trascendía a la mortalidad del cuerpo resultaba cuanto menos irrisorio. Pero prefirió aclarar lo importante:

—No quiero cambiar de mentalidad, y menos todavía por alguien como Luvart.

—¿«Alguien como Luvart»? ¿Te refieres a alguien guapo, sexy, culto, inteligente, amable, caballeroso, sincero, letal de un modo atractivo e invencible? A mí no es que me llamen la atención los seres sobrenaturales, y tampoco se me impresiona empuñando una espada, pero Luvart hace magia y encima lucha que te mueres.

«Pude darme cuenta de eso en mis pesadillas, gracias».

—La verdad es que a mí no me importaría que Luvart me persiguiera —reconoció Dahlia. Llevaba un buen rato peleándose con el amuleto. Ahora se mordía el labio inferior, concentrada y también al borde de la paciencia. Era una muchacha expresiva, y por lo que percibió gracias a su aura brillante, también especial—. Lo mismo hasta me dejaría cazar.

«Cazar».

Reyyan se estremeció.

En sus pesadillas solía repetirse el escenario y el modo en que Luvart le daba muerte, pero en alguna que otra ocasión había tenido

la mala suerte de pasar la noche huyendo de él. No importaba cuánto corriese, cuál fuese el terreno y si le quedaban o no fuerzas para aguantar. Luvart *siempre* la cazaba.

—Preferiría no seguir participando en esta conversación —atajó con sequedad.

Observó por el rabillo del ojo que Mara dejaba de toquetear el amuleto y la miraba con las cejas enarcadas. Ni siquiera pudo disfrutar del silencio que hubo entre ellas el siguiente minuto porque sabía que la impertinente pregunta de Mara acabaría llegando.

—¿Por qué no te gusto?

Reyyan habría esperado cualquier insolencia... excepto esa.

—No es que no le gustes, Mara. Aunque tú no sepas cómo se siente ni lo que es, existe algo llamado «timidez». —Dahlia se solidarizó con Reyyan dedicándole una mirada cálida—. Es normal que le esté costando adaptarse. Acaba de llegar y tú eres una acaparadora.

Mara exageró un jadeo incrédulo.

—¿Acaparadora? ¿En esos términos te refieres a la salvadora de la raza, a la chica que se ofreció a morir por ti?

—Ya, ya. —Dahlia aireó la mano—. Como si morir por mí no te hubiera servido para encontrar a la pareja eterna, descubrir la verdad sobre lo que tanto te atormentaba de tu árbol genealógico y ganarte el respeto de la diosa. A lo mejor me habría convenido que El Séptimo Círculo me secuestrara, después de todo.

—Así podrías estar más cerquita de Renyi, ¿eh? —Le dio un codazo. Dahlia puso los ojos en blanco. Para poner a Reyyan en situación, Mara susurró—: A mi amiga Dah le encanta Renyi, el penitente. Los he pillado haciéndose ojitos.

Dahlia bufó y aprovechó para mirar de soslayo al susodicho, que, al igual que el resto, se entretenía con los amuletos. Llevaba un ritmo imparable, quizá porque en sus auriculares estaba sonando la clase de música motivadora que llenaba de energía al oyente.

—«Hacer ojitos» no es lo mismo que «fulminarse con la mirada».

—Bueno, uno de cada. Tú le pones ojitos y él te fulmina con la mirada. ¿Quieres que hable con él? Estos últimos días me siento una casamentera muy generosa.

—¡Ni se te ocurra!

Su exclamación captó el interés del resto de atareados de la mesa, entre ellos el propio Renyi. Este apenas alzó la mirada del amuleto para comprobar que se trataba de un trío de taradas y volvió enseguida a su labor.

No tardaría en volver a levantar la vista. El portón se abrió de par en par, y Luvart, acompañado de Xaphan, entró a paso ligero para supervisar la producción.

El corazón de Reyyan empezó a latir descontrolado. Ni siquiera la

había mirado aún. Desplazaba sus ojos del color de las violetas por las manos hacendosas de los prefectos.

Luego alzó la barbilla y se fijó en ella.

—Así que para eso te hemos traído —comentó con languidez—. Para que te pongas a hacer manualidades con los seráficos.

—Y conmigo —agregó Mara.

—Y contigo, cariño, que no olvidemos que eres siempre la protagonista —aceptó Luvart, no tan divertido como hacía ver. Su ánimo rayaba en la crispación—. Me parece que, si lo que estáis haciendo son pulseras, faltan unos cuantos abalorios.

—Eso piensas tú, que por francés y por medieval te va lo recargado.

Luvart no mordió el anzuelo de Mara y rodeó la mesa para tomar asiento en la única silla libre. En lugar de sentarse como Dios mandaba, examinó la superficie acristalada para tomar los materiales que le parecieron oportunos. Se repantigó con el tobillo cruzado sobre la rodilla.

Reyyan no se dio cuenta de que no había dejado de mirarlo desde su aparición hasta que él la cazó en pleno escrutinio. En lugar de avergonzarla por cotilla o sonreír para tranquilizar sus nervios, se quedó observándola hasta que decidió acotar:

—Te sientan bien los pendientes.

Reyyan se llevó la mano a los corales de pinza que Mara le había regalado. Eran incómodos de llevar, pero le gustaban, y, contra todos sus principios, se emocionó por el cumplido.

No dio las gracias, por supuesto. Agachó la barbilla y se concentró en su tarea como si fuera lo más sencillo del mundo. Tampoco era más complicado, o, por lo menos, no como se presentaban los sentimientos de Reyyan, demasiado complejos para comprenderlos.

Saberse ignorada por él la alivió, pero al mismo tiempo la embargó una decepción inmensa. Cada vez que volvía al recuerdo del baño tenía que esforzarse por verlo como una invasión de su intimidad, como una profanación de lo que para la diosa era sagrado. Y, sin embargo, aunque intentara bordear las sensaciones que había despertado con sus labios, acababa cayendo de lleno en la trampa que el propio Luvart había tejido.

Ese debía ser el único motivo por el que no había podido dormir pensando en él y esa noche no había soñado con su caída: Luvart la había hechizado de alguna manera cruel.

Se lo repetía, pero le costaba creerlo. Era reacia a rechazar como argumento el que le había ofrecido esa tarde.

«Si quisiera acabar contigo, podría hacerlo aquí y ahora».

¿Por qué no lo había hecho, entonces?

«¿Qué hay más puro que mi adoración hacia ti?».

Reyyan negó con la cabeza, como si no quisiera que esas nueve

palabras le calasen ni siquiera en un sentido superficial. No tendría sentido que la adorase, pero tampoco parecía lógico que deseara matarla.

Durante todos esos años había creído que la razón por la que ansiaba verla muerta era o bien sus poderes o el hecho de que fuera la indiscutible favorita de La Magna. Pero Luvart no solo no quería impresionar a La Magna, sino que le era total y absolutamente indiferente, y si todos sus hechizos le repelían significaba que era más poderoso que ella.

Entonces ¿por qué ese antagonismo, si no era rival para él?

«Si tan segura estás de que voy a hacerte daño, ¿por qué no me dices el motivo que me llevaría a hacerlo?».

Él mismo se lo había preguntado porque sabía que su miedo no tenía fundamento alguno. Pero no podía rechazarlo sin más. Se ponía enferma de pensar que cuestionando los peligros de los que la había advertido La Magna estaría decepcionándola.

Reyyan lanzó una rápida mirada de reojo a Luvart que se convirtió en un minucioso examen.

Su gesto de concentración transmitía la misma serenidad que atendiendo cualquier otra tarea, pero no era solo tranquilidad. Si Reyyan lo había temido nada más verlo era porque ese *status quo* de sosiego en el que vivía, esa piscina de tedio y desapego emocional en la que estaba sumergido, se había deshecho como si nunca hubiera existido en el momento en que la vio.

Ella era algo para él. Algo tan grande que solo dos cosas podrían hacerla entender su comportamiento: el amor... o el odio.

Pero Luvart ni siquiera era el verdadero germen indescifrable. Ella y sus lágrimas de miedo al verse disfrutando las atenciones del verdugo lo eran. Él había interpretado su llanto como una señal de que le asqueaba, y no lo había sacado de su error porque solo la diosa sabía qué podría haber hecho Luvart al saberse genuinamente deseado. Y lo había deseado tanto que por un instante había contemplado la traición, todo por culpa de ese misterioso sentimiento que había revuelto su estómago al verse abrazada por él. Se sorprendía aguantando la respiración cada vez que volvía a darle una vuelta al tema, confundida y al mismo tiempo excitada.

Lo deseaba. Pero ¿para qué? El deseo siempre tenía una finalidad y todas ellas eran despreciadas por La Magna porque las sacerdotisas no debían experimentar esa clase de emociones.

Lo deseaba, sí. ¿Qué iba a hacer con ese deseo, si parecía que, intentando borrarlo, solo se hacía más grande?

El sonido de un par de sillas captó su atención. Se fijó en que Renyi se estiraba hacia el otro extremo de la mesa para fruncirle el ceño a Dahlia.

—Me estás poniendo nervioso. ¿Es que no sabes hacer un maldito colgante?

Dahlia respingó.

—¿Y tú es que no tienes modales? —le espetó Mara.

—Los modales no les van a servir de mucho a los seráficos como sí lo harán los amuletos... —Miró con una mueca el abalorio deformado de Dahlia—. Al menos, los abalorios que pueden cumplir su función y no se desharán con solo mirarlos.

Dahlia se había quedado muda.

—Haz el favor de sentarte —insistió Mara.

Renyi obedeció sin hacer ninguna otra aportación. Se dejó caer en la silla, cruzó las piernas y se colocó el auricular que se la había escapado de su oído para continuar su labor y el de alguien más.

—Haré los tres que le corresponden a la seráfica. —La señaló con un gesto de barbilla.

—Tiene nombre —lo regañó Mara.

—¿En serio? —Abrió los ojos rasgados, de un insólito gris transparente—. Pensaba que se llamaría Mara. Si te delega la palabra, ¿por qué no también el nombre?

Dahlia se levantó de repente, acallando esa lluvia de pullas y también el resto de las conversaciones.

—Gilipollas. —Dejó el colgante sobre la mesa y se marchó dando zapatazos. Renyi la siguió con la mirada sin inmutarse, encogió un hombro y se incorporó para tomar los despojos de su intentona de amuleto con el fin de arreglarlo.

Mara meneó la cabeza, dándolos a ambos por perdidos. Reyyan asistió a todo el intercambio muda de asombro, incapaz de comprender el porqué de esos modales afectados y la visceralidad con la que se comunicaban unos con otros. Las relaciones se le antojaban en exceso complejas, tanto así que decidió que no se involucraría en ninguna.

Pero eso fue antes de que Luvart se estirase y clavara en ella una mirada enigmática. Lo vio extender los brazos y crujirse el cuello, entre otros estiramientos que Reyyan admiró en secreto. Luego se levantó con el puño cerrado y pasó por su lado con tranquilidad para dejar sobre la mesa el amuleto.

Solo que no era un amuleto, como pudo comprobar enseguida.

Reyyan abrió los ojos al ver un par de pendientes de clip con forma de medialuna. Al ser de metal tenían un brillo plateado hipnotizador. Las medidas del izquierdo y del derecho eran idénticas, habían sido cortadas en la misma proporción.

Eran *perfectas*.

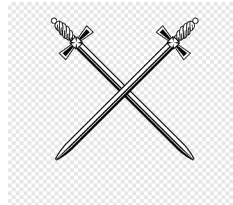
Levantó la barbilla para preguntarle si eran para ella, pero para ese momento Luvart ya empujaba el portón con una mano y abandonaba

el salón.

Sabiendo que todo el mundo la observaba, Reyyan se guardó la reacción para sus adentros. Los dejó a un lado como si no le importaran y retomó el proceso del amuleto. Pero cuando sintió que había dejado de ser el centro de atención, pestañeó más despacio, lanzó al aire un suspiro inaudible y dejó que una media sonrisa traicionara sus labios.

«Siempre y cuando solo sean los labios...».

Capítulo XII



Aladiah apretó el paso por el pasillo de la segunda planta para dar por finalizado cuanto antes el segundo experimento. A esas altas horas de la madrugada se apagaban las luces blancas. En su lugar, falsas lamparillas de aceite que emitían destellos dorados iluminaban el corredor. Al final solo se atisbaba la oscuridad de la boca del lobo, y entre medias esperaba un paseo de silencio absoluto que necesitaba para meditar.

Desde que se viera cara a cara con el súcubo encomendado a él no se había sentido igual. Trataba de achacarlo al hecho de no disponer del manto, que sin duda marcaba una importante diferencia emocional, pero no podía mentirse a sí mismo. Sabía muy bien que la inquietud se debía a la posibilidad de haber herido a otra criatura.

Lo eligieron como regente tres años atrás por su sensibilidad inaudita, por su increíble empatía. Sabía ponerse en el lugar de los seres más despreciables, y su mente racional pero nunca fría le permitía llegar a soluciones que beneficiaban a la inmensa mayoría. Esa misma facilidad para ponerse en el lugar del resto, para considerar iguales en importancia y derechos a todas las criaturas, era lo que le estaba pasando factura. Le quedaba el consuelo de que, esa tarde, Reyyan y Levanah darían por concluido el experimento y podría volver a cubrirse con el manto magnánimo.

Sospechaba que eso le convertía en un regente débil, pues los delegados de La Magna debían demostrar sus capacidades antes de recibir su sagrado regalo. Lamentablemente, se había acostumbrado tanto a él que se sentía desnudo, más frágil que nunca. Y no le convenía mostrar debilidad en esas circunstancias. En primer lugar, porque la situación de La Sociedad pendía de un hilo y debía transmitir toda la calma posible. Y, en segundo lugar, porque sabía que había unos cuantos prefectos descontentos.

Desconocía hasta dónde serían capaces de llegar una vez lo dieran por inútil, y eso sucedería en cuanto descubrieran que era un áureo defectuoso. Que su sangre roja venía con limitaciones. Esperaba de corazón que la situación se restableciera antes de que alguien diera un

paso en falso, y si no, tendría que hacer lo que tanto detestaba.

Emplear mano dura.

—¡Su Sublimidad! —exclamó una voz que conocía muy bien. Su tono chillón retumbó en el pasillo acompañado de una serie de jadeos descontrolados. El repiqueteo de sus zapatos tropezando con torpeza le hacían eco.

Quizá se hubiera vuelto a poner los que le quedaban grandes.

Aladiah esperó a que Darda'il recuperase el aliento apoyando las manos sobre las rodillas y tragando enormes bocanadas de aire.

—No se corre por los pasillos —acotó Aladiah en tono paciente.

—Lo sé, lo siento, es que quería informaros de un asunto muy importante antes de que se llevara a cabo el segundo experimento. Quiero decir que tengo información sustanciosa, pero no que sea más relevante que vuestro sacrificio. Claro que no, eso jamás. Pero tampoco es que sea insignificante, todo lo contrario. De ello depende nuestra querida organización. Aunque eso tendréis que juzgarlo vos, porque yo no soy nadie para decir lo que es más o menos...

—Puedes hablar —cortó con educación.

Solo llevaba dos días pisándole los talones, como era el deber de la prometida, y ya se había dado cuenta de que Darda'il había sido bendecida con el don de la elocuencia... por decirlo de alguna manera elegante.

La joven se mordió el labio antes de mirar a un lado y a otro, agarrarlo de la manga de la túnica y arrastrarlo a una pequeña sala de rezos revestida en maderas preciosas. Corrió la puerta maciza y se apoyó contra ella, aguantando la respiración.

El interior estaba sumido en la oscuridad salvo por un par de velas titilantes ubicadas junto al altar.

Darda'il ofrecía un aspecto de lo más cómico. Tenía el pelo electrizado, más notable cuando le caía en suaves ondas caoba sobre los hombros, y era tan larga y torpona que caminaba como si fuera cargada y le sobraran partes del cuerpo.

—Estaba haciendo una pausa entre la elaboración de un amuleto y otro cuando he oído una charla privada entre dos prefectos —empezó, agitada. Aladiah evitaba dejarse llevar por su dramatismo, casi siempre infundado, pero enseguida comprendió que esta vez se trataba de algo más serio respecto de las preocupaciones que usualmente la aquejaban—. No penséis que pegué el oído, por supuesto que no. Respeto las normas de La Sociedad y no olvido que una de ellas es la discreción y el derecho a la intimidad de los hermanos. Aunque, claro está, si se ponían a comentar semejantes barbaridades no iba yo a marcharme para que pudieran conspirar a gusto. Era mi deber quedarme, descubrir qué se proponían y comunicárselo de inmediato a mi...

—Era la única opción correcta. La Regencia escucha.

Darda'il se ruborizó. Era la primera consciente de que su afán por describir y desenredar posibles malentendidos —que solo se le ocurrían a ella y a su fantasiosa mente— acostumbraba a cansar a la gente.

—He oído a Noveno expresando su profundo descontento hacia vos. No es que lo dijera con esas palabras, obviamente. Nadie dice: «¡Qué descontento estoy!» a no ser que se trate de una obra teatral, en cuyo caso tendría todo el sentido del mundo, pero yo lo sobreentendí porque hizo referencias que, en mi opinión, pueden sonar injustas y un poco *fuertes* sobre la gestión de la Regencia.

—Se agradecería un informe de las mencionadas injusticias.

—Me avergonzaría muchísimo tener que repetir tales barbaridades delante del regente. ¿Y si pensáis que creo lo mismo? ¿Y si en algunas partes os dais cuenta de que tienen razón? ¿Y si os hago daño? ¿Y si...?

Aladiah le puso una mano en el hombro.

—No hay nada que pueda sorprender o escandalizar a la Regencia.

—¡Claro que no! ¡La Regencia ha debido de padecer toda clase de perversas maquinaciones a lo largo de estos años de mandato! Qué tonta soy. —Se dio una palmada en la frente—. No quiero que penséis que no valoro vuestra labor o que os considero un principiante, ni tampoco que os veo capaz de ruborizaros por tan nimias razones. Para mí sois un gran regente, el mejor que se ha visto... aunque yo solo os he visto a vos, claro, pero fijaos si sois bueno que no necesito ver a ninguno más para hablar con pleno convencimiento. Que no desmerezco las labores de los previos regentes, porque seguro que destacaron en bondades y otros dignísimos menesteres, pero creo que una seráfica puede tener sus favoritos... —Abrió los ojos de golpe—. ¡Pero no digo «favorito» en un sentido de predilecto o preferido, porque los seráficos no pueden hacer distinciones tan claras sin ser acusados de priorizar unas vidas sobre otras! Me refiero a que sois maravilloso, como vuestros predecesores y seguro que también quienes os sucedan, y como todos los seráficos en general, y...

—Darda'il.

Ella se frotó la cara, enfurruñada.

—Perdón, lo siento, solo quería aclarar algunos conceptos. Lo que oí es que... —Inspiró hondo—. Parece ser que a Noveno se le atraganta la presencia de El Séptimo Círculo en nuestro complejo. Cree que no deberían ser una presencia bienvenida debido a nuestra historia común, y le cuesta comprender por qué el regente habría hecho las paces con ellos e incluso los hubiera invitado a su mesa tras la masacre. Ya sabéis, la venganza que acometió Abraxas y posteriormente el *rex* en su nombre y el de su *anandha* asesinada. Ha

insinuado que, al igual que él, hay «muchos seráficos» incómodos con este hecho, pero a saber lo que serán «muchos», porque el plural es relativo y a lo mejor para ellos un par ya son muchos, pero para mí «muchos» son los que van a Tomorrowland a escuchar música electrónica y aquí no hay tanta gente, menos después de los que la diñaron con el tema de Abraxas. En fin, que consideran que su regente les ha decepcionado, incluso ha dicho en referencia a vos esa palabra prohibida que empieza por «t», y no hablo de órganos femeninos, que ya sé que eso también es de muy mal gusto por toda la Ley de No Procreación, que, la verdad, me parece un poco ridícula, sino esa otra que engloba destierros y exilios y otras cosas terribles y que no quiero mencionar por si invoco al malvadísimo.

Aladiah apoyó la mano en el borde de una de las banquetas de madera. Ladeó la cabeza hacia el altar dispuesto para las ofrendas a La Magna.

Darda'il interpretó esto como un gesto de debilidad, porque se apresuró a decir:

—¡Pero eso no son más que sandeces! ¡Vos no sois un traidor, sino un seráfico benevolente y de gran corazón que entiende que las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas! Si no dabais un paso al frente y pactabais la paz con El Séptimo Círculo tras el gran malentendido que se cobró las vidas de nuestros compañeros, entonces ¿qué habría sido de nosotros?

—La Regencia coincide con Darda'il en el último punto. Era requerida una alianza al conocer los avances del Enclave. —La miró de hito en hito, sabiendo que se reservaba información—. Gustaría de saber más detalles de la conversación de Noveno.

—Bueno, ha dicho que... que ofreceros para los experimentos con los súcubos solo ha sido un modo de blanquear vuestra imagen frente a La Sociedad. Una inútil, porque los seráficos piensan que obráis a sus espaldas. También ha agregado...

Darda'il frunció los labios y se miró los pies. Su repentino ataque de timidez le generó más curiosidad que lo que estaba narrando.

—¿Darda'il?

Tragó saliva.

—Noveno ha insinuado que no debéis estar en plena posesión de vuestras facultades si habéis tomado como prometida a una seráfica ignorante que aún no ha pasado por la transición y cuyo don se desconoce. Ha agregado que es una total irresponsabilidad formar como sucesor a alguien tan torpe e inútil cuando dicho sucesor ocupará un asiento en la tribuna del Consejo.

Aladiah levantó las cejas.

—La Regencia interpreta las palabras del sacerdote Noveno como un recurso desesperado y sin duda creativo para cuestionar las

facultades de la Regencia. Es posible que el regente Aladiah tomara decisiones apresuradas que impedirían cerrar heridas tan recientes como la emboscada mencionada —prosiguió, meditabundo—, pero la elección de prometida es un asunto del que, en lo personal, el regente se siente orgulloso.

—No tenéis que justificaros ante mí. —Enseguida lamentó haberlo dicho—. Es decir... podéis justificaros tanto cuanto gustéis, yo atenderé con gran placer. Placer intelectual, evidentemente, porque otros placeres ya sé que es imposible, ¡y tampoco es que me interesen! El caso es que no es mi intención regocijarme en que no os parezca torpe o inútil. No sería apropiado.

Aladiah le sonrió con cariño.

—No lo sería, no. Como tampoco lo sería que la seráfica Darda'il expresara opiniones crueles sobre los prefectos sin importar cuán acertadas fueran. Ni mucho menos en el claustro.

»Si Noveno añadió algo más, es el momento de confesarlo.

—Eso es todo. Que no es poco. De hecho, siento que he hablado demasiado. Y Noveno también. Quizá deberíamos poner una norma entre seráficos: no hablar salvo cuando nos hacen preguntas. Y para las cortesías básicas, claro... Bueno, tendríais que poner la norma vos, no yo, y no porque alguien como yo os lo sugiera, porque desconozco el intrincado sistema político de La Sociedad detalle a detalle y no tengo ningún poder sobre Su Sublimidad, pero...

—Se acepta la sugerencia. —Asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y pasó por su lado. Al ver que tenía toda la intención de acompañarlo al experimento, repuso—: No se requiere la presencia de Darda'il para este segundo abordaje.

Su inmensa decepción fue tan visible que Aladiah estuvo a punto de suspirar.

Aún era demasiado humana, demasiado excitable. Demasiado *joven*. Apenas había cumplido dieciocho años. Esperaba que se aplicara en condiciones como prometida y acabara asimilando los valores por los que él era conocido, como la prudencia, la modestia y la sencillez. Solo así podría enfrentar a Noveno y demostrarle que se había equivocado al tildarla de inútil.

—De acuerdo, por supuesto, lo entiendo. Me parece razonable y lógico. Os deseo suerte. O suerte no, porque pareciera que vais a jugar al póquer y esto es mucho más serio. Os deseo entonces buena ventura. ¿O eso es un sinónimo de suerte? —Entrelazó las manos y se obligó a dejarlas quietas en su regazo—. Solo deseo que todo vaya sobre ruedas. Que todo salga maravillosamente.

La Regencia la despidió con otro asentimiento de cabeza y casi corrió por el pasillo —como le había dicho a Darda'il que no debía hacer unos momentos antes—, sabiendo que debían llevar esperándolo

un buen rato. Sin duda él estaba desesperado por darlo por zanjado... ¿O por valorar los daños infligidos? ¿O porque sucediera de nuevo? La confusión empezaba a asfixiarlo, y la otra soga que Darda'il acababa de echarle al cuello no ayudaba.

—Aquí estáis. —Suspiró aliviada Levanah, haciéndole un gesto elegante para que se tendiera sobre la cama—. Una vez evaluemos el resultado del acero sobre el súcubo, volveremos a induciros el sueño para que os reencontréis esta vez con el amuleto protector. ¿Estáis preparado?

Aladiah ocupó su lugar con unas extrañas cosquillas en el estómago. Distinguía la curiosidad y el entusiasmo, y también el temor por lo que podría encontrarse.

—El regente se somete a este segundo experimento con una condición.

Levanah y Reyyan compartieron una mirada intrigada antes de posarla en él. Aladiah se armó de valor tomando aliento.

—Se comprobará que las heridas infligidas en el súcubo permanecen en sueños posteriores —confirmó con voz firme—, pero el regente Aladiah no matará a sangre fría a la criatura.

—Pero Su Sublimidad... —empezó Levanah.

—Su supervivencia no compromete ni el resultado de la experimentación ni el futuro de la Regencia, ya que una vez sea de nuevo cubierto con el manto magno, Aladiah no tendrá la posibilidad de intimar con el súcubo. Además, los súcubos no son los verdaderos enemigos. No son ni siquiera un peligro para la raza humana. Su aniquilación es innecesaria, y el asesinato a sangre fría sin necesidad alguna es un pecado que la Regencia vigente no desea cometer.

—Aun así...

Reyyan silenció a Levanah alzando una mano.

—Se dispondrá como gustéis —le prometió.

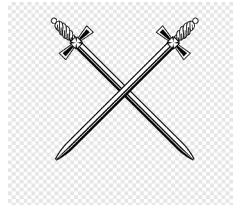
Tranquilo ahora que sabía que no tendría que cometer un acto injusto, Aladiah cerró los ojos y entrelazó los dedos sobre el vientre plano, tratando de regular su respiración.

Iba descartando cada una de las emociones demostrando su base irracional: no debía sentir curiosidad por el misterio ya desvelado, no tenía que emocionarse por el reencuentro y, definitivamente, no debía temer haberle hecho daño a un engendro del Gran Grimorio.

Y, sin embargo, en cuanto se quedó dormido y Bel acudió a su encuentro, se dio cuenta de que no era eso lo que le preocupaba.

Lo que temía era que esa fuese la última vez que volvía a verla.

Capítulo XIII



—Entonces se confirma que se puede borrar del mapa a los súcubos porque el bicho de Aladiah se quedó manco de un día para otro —resumió Samael—. ¿Por qué, entonces, nos hemos tirado media mañana haciendo amuletos protectores cuando sería suficiente con acostarse con una daga sobre la mesita de noche?

Luvart regresaba de una reunión informativa más en el salón de audiencias de La Sociedad. Después de haberse apeado del coche, ya en la mansión, caminaba un par de pasos por detrás de Valthessar, Dagon y Samael, que aún seguían discutiendo las buenas noticias.

El regente Aladiah había confirmado que las lesiones que se infligían a los súcubos durante la primera de las pesadillas se manifestaban durante las siguientes, confirmando a su vez lo que Luvart, con su escaso pero suficiente conocimiento sobre las runas de Sehara, ya había sospechado.

No eran lo bastante poderosos para recuperarse de los daños.

—¿Es que no te enteras? —bufó Valthessar, al que se le notaba cada vez más cansado del asunto—. Los súcubos nacen a partir de las fantasías de cada seráfico. Son fetiches personalizados, creados para que no sea necesario que ejerzan violencia contra la víctima para cumplir su propósito. Los seráficos no querrían matarlos; querrían aceptar todo lo que les dieran. Por eso se necesitan amuletos protectores que garanticen que, incluso si caen en la tentación, no haya efectos colaterales. Por eso no se ha sabido de esto hasta ahora, Samael. Porque en realidad se divertían revolcándose con los súcubos.

—Normal —rezongó Dagon, metiendo las manos en los bolsillos—. Como para no divertirse echando una canita al aire en sueños cuando no pueden hacerlo estando conscientes. ¿No es ridículo que tengan prohibido el sexo?

—Es la clase de castigo que nos impondrían a los penitentes por haber pecado. Ahora veo que los seráficos también pagan por sus imperfecciones —meditó Valthessar con ironía. Sacó las llaves del

bolsillo para abrir la puerta de la mansión—. Quién diría que las razas tendríamos algo en común.

—Creía que teníamos a La Magna en común. —Se burló Samael.

—No todos —replicó el *rex*, lanzando una mirada divertida por encima del hombro. Clavó sus ojos en el silencioso Luvart, que llevaba un buen rato mirándose los pies como si allí se encontrara la solución a todos sus problemas—. En cualquiera de los casos, se acabó la pesadilla de los súcubos y las dagas robadas. Ahora solo queda arrebatar las que ya están en el poder de los engendros.

—Pues yo sigo sin entenderlo —admitió Dagon, haciendo morritos —. ¿Cómo lo hacían los súcubos para quedarse preñados, si no hay contacto directo?

—¿No debería estar Dagon en el colegio? —Samael levantó la muñeca para consultar el reloj—. Me parece que es horario lectivo.

—Oye, me parece una pregunta muy legítima. Los súcubos están en la mente, y hasta yo sé que mentalmente no puedes preñar a nadie. Si no, ya tendría unos cuantos hijos repartidos por Praga. Y por el mundo en general.

—Es magia, idiota —resolvió Samael—. No puedes intentar entenderlo con esa cabeza de buque que tienes.

—En realidad, la magia también tiene su sentido —interrumpió Luvart, participando por vez primera desde que había concluido la reunión. Todos se giraron hacia él mientras Valthessar tiraba de la puerta y esperaba a que pasaran los demás—. Los seres humanos y las razas se reproducen del mismo modo, pero los súcubos funcionan de esta otra manera porque lo que se crea a partir de la conexión con el seráfico de turno no es un cuerpo. Es una absorción de sus poderes. De ahí que puedan empuñar las dagas sin quemarse.

—Claro que se crea un cuerpo —replicó Dagon—. Yo los he visto en una guardia. Son viscosos y repugnantes.

—No todos podían ser tan estilosos como tú —lamentó Samael, revisando con gesto irónico su chaleco de lentejuelas.

—Los cuerpos que se ven no están hechos del mismo material que nosotros. Son una proyección realista a la que el Enclave da vida en sus laboratorios. A la vez que en la mente del seráfico, el súcubo existe en la cabeza del que lo creó a partir de las runas, es decir... de la cabeza de Metraton o bien del Gran Grimorio, quien sea el que las pronunciase. Él es quien los reproduce del modo en que los ves.

—¿Por qué yo no sabía todo esto? —se quejó Dagon.

—Porque nadie lo ha mencionado. Se daba por hecho que la mayoría lo sabía.

—Error nuestro por haber pensado que eres capaz de llegar a estas conclusiones tú solo. —Samael le palmeó el hombro a Dagon y entró en la casa sin mayor dilación. Dagon negó con la cabeza sin saber si

reír o llorar y lo siguió.

Luvart fue el último en entrar. Antes se aseguró de un vistazo rápido hacia el garaje de que el resto de los penitentes habían regresado con Mara y con Reyyan en el otro coche.

Como siempre sucedía, los guerreros se dispersaron y, en cuestión de segundos, el recibidor y el resto de las habitaciones de uso común estuvieron vacíos. Luvart permaneció en el hall junto a Valthessar, que se encargó de bloquear la puerta tras él.

—Por lo menos vamos avanzando —comentó el *rex*, cruzado de brazos frente al pensativo Luvart. Lo miraba como si quisiera adivinar sus pensamientos—. Te noto un poco despistado. Estabas aquí cuando dije que ahora nos toca a nosotros deshacernos de los engendros que queden vivos y devolver las dagas a sus legítimos dueños, ¿no? En el programa de exterminación de tres noches os quiero a Dagon y a ti conmigo. De retomar las guardias nocturnas y guardar la casa se encargarán los demás.

Luvart lo sondeó con una mirada sarcástica.

—Supongo que lo de llevarme contigo cuando por fecha me tocaba guardar la casa esta noche es una medida cautelar.

Valthessar lanzó el manojo de llaves al aire y las atrapó con desenfado al tiempo que encogía los hombros.

—Podría decirse.

Lo dejó a solas en el recibidor, batallando contra los pensamientos autodestructivos que intentaban dominarlo.

Luvart llevaba un día entero negándose a ceder a esa presión negativa que no dejaba de recordarle lo lejos que estaba de iluminar a Reyyan. No se sacaba de la cabeza su cara de espanto y sus lágrimas después del beso que a él casi le había salvado la vida. *Casi*, porque la cuenta regresiva seguía corriendo y eso significaba que aún peligraba su lugar en el mundo. Un lugar que hacía un par de días estaba deseando abandonar para que otro ocupara y al que ahora se aferraba desesperadamente.

Se quitó la chaqueta, la colgó en el perchero y se dirigió a la cocina americana, de donde llegaba una melodía *pop*. Imaginó que la música correría a cuenta de Mara, pero no lo pudo confirmar porque su mirada se quedó clavada en la figura frágil que ocupaba uno de los taburetes junto a la mesa del comedor. Reyyan la presidía con un vestido de tirantes celeste, un libro en una mano y una manzana mordida en la otra. Estaba tan intrigada con la lectura que en su frente había aparecido una arruga de concentración.

Luvart se apoyó en el marco de la puerta. No pudo evitar sonreír al comprobar que los pendientes que colgaban de sus orejas no eran otros que los que le había regalado.

Quizá no estuviera todo perdido. Quizá ya hubiera empezado a

ganar y ella aún no lo supiera.

Reyyan se estremeció de repente y alzó la barbilla, confundida, como si le hubiera sentido antes de emitir el menor ruido. Sus miradas se cruzaron un instante que a Luvart le bastó para comprender que sus sentimientos eran más complejos de lo que había creído. No solo le temía ni solo le odiaba, y aunque eso debería haberle reconfortado, Luvart empezaba a preocuparse por que sus emociones solo derivaran a otras incluso peores.

Reyyan no le dijo nada. Volvió al libro y a la manzana, a la que le dio un mordisco antes de pasar la página.

Luvart levantó las cejas.

«¿Vas a jugar a ignorarme? Estupendo. Pero no creas que vas a vencerme tan fácilmente».

Sin dilación, Luvart se dirigió a la nevera y sacó lo que más le apetecía. *Lo segundo que más le apetecía*, mejor dicho. Aguantó una sonrisa al saberse estudiado por un par de ojos de terciopelo que le acariciaron la nuca mientras estuvo de espaldas. Se giró para cazarla observándolo con una mezcla de curiosidad y cautela. Como ya había imaginado que pasaría, ella apartó la vista enseguida, ruborizada, y volvió a sumergirse en las letras del libro.

Luvart apoyó las manos en la encimera y cruzó los tobillos. Ya acomodado para contemplarla a sus anchas, pensó en mil maneras de interrumpirla.

«Llevas mis pendientes».

No, o pensaría que andaba en busca de un agradecimiento innecesario, que lo había hecho para metérsela en el bolsillo o llevarla a su terreno. Los sacerdotes tenían una idea muy clara de la opinión que los sobornos disfrazados de regalos merecían, y era lo contrario a positiva.

«Veo que Mara te ha prestado un vestido».

Por supuesto que no. Se tensaría porque había hecho referencia indirecta a su cuerpo, porque se habría fijado en lo que no debía.

«Me alegra que te hayas puesto cómoda por fin».

Claro, para que ella respondiera con su lengua venenosa un directo: «Lo estaba hasta que has llegado».

Mientras meditaba cuál sería la mejor manera de abordarla, se percató de que ella empezaba a impacientarse al saberse observada. Redistribuía el peso en la silla una y otra vez, se rascaba el cuello, pasaba las páginas más rápido de lo que las leía y miraba alrededor en busca de una salida.

Al final explotó.

—¿Qué es lo que miras tanto?

Luvart encogió los hombros con inocencia.

—¿Te está gustando la novela?

—Me estaba gustando hasta que me has interrumpido.

«Cómo no iba a responderme eso», pensó.

—No es una de las que te he recomendado.

—No. Mara dice que no puedo hacerte caso porque tienes un gusto muy anticuado y repelente. He elegido uno que ella me ha prestado.

—¿De qué va?

—Todavía no lo sé. No entiendo mucho de lo que cuentan. Un hombre hereda un título aristocrático y una casa en el norte de Inglaterra, sea donde sea que esté eso, y quiere vengarse del que fue su padre vendiendo la casa aunque haya siete huérfanas dentro.

Luvart se fijó en el título del libro.

Intentó no reaccionar al reconocerlo.

—Por supuesto que Mara iba a prestarte algo así —murmuró, sacudiendo la cabeza. Fue consciente de que su mirada se intensificó al volver a posarla sobre ella—. Hazme saber lo que opinas cuando la hayas terminado.

Reyyan no contestó, y él decidió que ya la había torturado suficiente con su presencia. Se dio la vuelta y, por el placer de ocuparse a su alrededor, sacó la canasta donde echaban la ropa sucia y se puso a preparar una lavadora.

Debería estar desolado por los escasos avances y el precipitado correr del reloj, que no beneficiaban en absoluto su situación. Sin embargo, los enamoramientos eran tan irracionales que encontraba consuelo en algo tan aparentemente insignificante como saberse perseguido por su mirada. Notaba que lo observaba desde su asiento mientras separaba las prendas, y solo por disfrutar de su atención se consideraba tan afortunado que podría haberle aullado a la luna.

—Oye —lo llamó cuando ya estaba pulsando los botones de centrifugado. Luvart ladeó la cabeza hacia ella. Se derritió al verla de pie, rascándose el cuello, confusa—. No te he dado las gracias por... Bueno, es que he... El detalle que has tenido ha sido... Lo que quiero decir es que...

—¿Los pendientes? —La ayudó.

Reyyan tragó saliva y entrelazó los dedos sobre el regazo. Se miraba los pies descalzos, sin saber cómo abordarlo hasta que el acopio de valentía dio sus frutos.

Alzó la barbilla y murmuró:

—Son muy bonitos. —Se toqueteó las lunas que pendían de sus pequeñas orejas—. Nadie me había hecho un regalo antes.

Luvart sintió que se le secaba la garganta y tuvo que carraspear para no atragantarse.

—No hay de qué. —Casi lo gruñó, sin voz.

—Supongo que ahora te tengo que regalar algo yo a ti.

—Por supuesto que no. —Devolvió la vista a la lavadora y pulsó el

botón de activación.

Reyyan dio un paso hacia él, humedeciéndose los labios. Luvart sabía que era un acto reflejo, una exteriorización de anhelos íntimos que ni ella misma conocía, pero se tensó de agonía solo de imaginar que podría desearlo.

—En la Orden, los favores se pagan con otros favores. No me gusta deberle nada a nadie.

—No me debes nada. Tómate el regalo como lo que es, un simple gesto sin otra intención que verte feliz. Y si quieres tomártelo de otra manera... interprétalo como unas disculpas por haberme aprovechado de ti.

Reyyan se quedó en silencio. Luvart creyó que se debía a que la había dejado sin palabras, pero cuando la miró se dio cuenta de que el honor de impresionarla se lo llevaba la lavadora. Había puesto a dar vueltas la ropa de color, lo que dedujo que la había apasionado cuando exclamó:

—¡Qué bonito! —Una fila de dientes blancos apareció tímidamente bajo su labio superior. Para su inmenso asombro, Reyyan se sentó con las piernas cruzadas a mirarlo de cerca. Apoyó la mano en el cristal—. Me recuerda al cáliz de colores de La Magna, el que aparece en *Los Secretos de Coriander*. No sé si sabrás a lo que me refiero. Lo tiene en el balcón...

—El balcón de su dormitorio. Lo sé.

Reyyan estaba tan abducida por la visión del centrifugado que ni siquiera le pareció raro que Luvart supiera de los elementos decorativos con los que La Magna daba vida a sus aposentos. Se fijó en su gesto entusiasmado, en la mirada cálida que le ofrecía al supuesto cáliz de la deidad que le había arruinado la vida. A él, por supuesto, y a ella también.

Se le partió el alma cuando dijo:

—La echo de menos. —Dibujó formas indistinguibles en el cristal donde había apoyado la mano—. La he visto cada día de mi vida desde que tengo memoria. En una de sus visitas me trajo un cáliz parecido porque sabía cuánto me gustaba el suyo y me dijo que, si me limpiaba los ojos con el agua de colores nada más despertarme, vería con nitidez las cosas que los demás no podrían ni aspirar a comprender.

Luvart se tuvo que tragar un comentario amargo sobre las muchas mentiras que a La Magna le gustaba contarle. Entendió que era un asunto vital para Reyyan, que La Magna era el pilar que sustentaba sus sólidos principios y también la estrella en torno a la que orbitaba.

Prefirió guardar silencio y sentarse a su lado en posición de loto, ambos con la mirada fija en la lavadora en movimiento.

—En realidad sí hay algo que puedes hacer por mí. Un regalo que

me gustaría que me dieras —admitió unos minutos después. Reyyan ladeó la cabeza hacia él y esperó con paciencia y también temor a que especificara—. Si no puedes recordar lo importante que fui para ti, al menos dame una oportunidad ahora.

—¿Recordarte? ¿Te refieres a... otras vidas? —Le costó pronunciar —. ¿Esas vidas en las que acababas conmigo?

—Antes de esos finales trágicos que tan presentes tienes, hubo cientos de experiencias memorables. Tú no puedes acceder a ellas, lo entiendo. Pero puedes intentar confiar en mí ahora. Dame esa oportunidad, Reyyan.

Ella le sostuvo la mirada, algo que hubiera sido impensable la primera vez que se cruzaron. Ese pequeño avance llenó su corazón de alegría, pero no quiso comprometer sus latidos por si acaso Reyyan decidiera negarle otra vez la gracia de su simpatía. Debería haber imaginado, no obstante, que como sacerdotisa devota poseía un alma que todo lo abarcaba, que todo lo alcanzaba. Incluso a las cosas que por su fealdad fueran juzgadas o desdeñadas por la raza. Reyyan era un cúmulo de luz, pero no como la luz que parpadeaba en los seres imperfectos de La Magna. Era la luz cegadora gracias a la que el mundo jamás se apagaría.

Reyyan apoyó su delicada manita sobre el muslo de él, que enfundado en un pantalón negro y muscularmente desarrollado ya solo en esa postura relajada parecía una amenaza para ella.

Le sonrió con fragilidad.

—Yo también lo siento. Cuando te miro... me invade la sensación de que hay mucho más tras el muro de esos sueños en los que me...

Luvart intentó guardar la calma y no sonar recriminatorio al hacer la pregunta que lo preocupaba.

—En los que te hago eso. —Señaló los moratones, aún visibles—. Porque te lo hago yo, ¿no?

Reyyan se los cubrió en un abrazo.

—Sí, pero es porque los sueños de los sacerdotes y sacerdotisas, al estar conectados con la realidad dimensional de la magia, son tan vívidos que pueden tener consecuencias.

»La cuestión es que... ese muro... Soy demasiado menuda para escalarlo —musitó—, y me iré pronto. Una vez se pruebe que los amuletos de protección son eficaces volveré a la Torre.

—¿Y quieres volver?

Su vacilación le salvó de caer en el pesimismo.

—Por supuesto que no quieres —resolvió él—. Has descubierto los libros, la música, el placer de alimentar la vanidad a través del culto al cuerpo... Has descubierto incluso la lavadora.

Y quería pensar que también lo había encontrado a él.

Reyyan agachó la cabeza, aunque sonreía por la última acotación.

—Es mi diosa. No puedo defraudarla.

—También es mi diosa, me guste o no. Cuando lucho, Ella se beneficia, y no cumpliría penitencia si no fuera por Ella. Tenemos eso en común. Y concediéndome esta oportunidad estarías participando en mi redención. ¿No es la expiación de los pecados una de las cosas que busca la Orden?

—Visto así... —Sonrió con timidez—. Puedes ser muy convincente, Luvart.

—No, yo no. Si cambias de parecer es por los pendientes. Están hechizados para que me quieras. —Soltó una carcajada al verla llevarse las manos a las lunas, agobiada. La cogió de las muñecas para detenerla—. Solo bromeaba. Son unos pendientes normales y corrientes.

—No son normales y corrientes —los defendió, enfadada—. Son... son especiales para mí. Me gustan de verdad.

Su fragilidad lo tenía embelesado. Tan pequeñita y tan sincera, y al mismo tiempo letal si veía su paz amenazada o sentía que estaban cruzando sus límites concienzudamente trazados. Luvart no pudo resistirse y le acarició la cara con los dedos, deleitado con su suavidad, con cada suspiro que se tragaba para no mostrar una debilidad que ya la delataba solo al mirarlo.

Por un instante la deseó tanto que creyó que se partiría en dos y nada podría arreglarlo.

La besó en la frente con todo el cuerpo en tensión. Tantas emociones contenidas, tanta pasión esperando el momento perfecto. Tanto tiempo sin ella. Luego la besó en la mejilla, obsesionado con su contacto, buscándolo desesperado. La besó en la barbilla, entre las cejas, en la sien. Y cuando estaba empezando a sudar por el esfuerzo de no avasallarla, se desprendió de ella de forma brusca y se puso de pie.

Reyyan respiraba también con dificultad y lo miraba sin comprender.

—No hay una sola cosa en este mundo que no fuera capaz de hacer por ti. —Y no sonó a declaración, sino a advertencia—. Sería capaz hasta de dejar de desearte si eso es lo que quieres de mí. Incluso si conllevara mi caída.

Se pasó una mano por la cara, frustrado a todos los niveles en los que podía frustrarse un hombre, y abandonó la cocina antes de arrepentirse de ser un caballero.

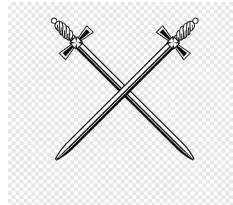
Su caída se avecinaba. Tres días. Menos, si ella se marchaba antes. Cuando se cumplieran esas últimas tres oportunidades de compartir su tiempo con Reyyan, Luvart tendría que decidir. Honrar su promesa de los mil y un años y entregarse al Gran Grimorio... o permanecer vivo aun habiendo sido rechazado por el mismo motivo por el que había

seguido en pie el último milenio: para mantener despierto el recuerdo de una criatura magnífica por mucho más que por lo que significó para la Orden. Para que no se perdiera a esa Sehara humana y femenina, frágil y amada, ese aspecto de Sehara que fue el favorito de la propia Sehara y que Luvart ansiaba conservar de ella por pura lealtad, por entrega personal y amor ciego.

Su vida aún valía solo por eso.

Pero si Reyyan se marchaba sin mirar atrás, entonces quizá dejara de hacerlo.

Capítulo XIV



Reyyan pensaba que le daría tiempo a aburrirse durante su breve estadía en la Subrealidad, pero ahora que había cumplido su tarea para con los amuletos protectores sentía que necesitaba más acción.

No buscaba estimular sus talentos nigrománticos, sino explorar en profundidad la multitud de actividades ociosas que ofertaba un lugar tan curioso como lo era La Tierra.

Había pasado gran parte de la mañana recibiendo consejos de estilismo por parte de Dagon —que tenía un vestidor para él solo del tamaño de una suite de lujo— y Mara, que por lo visto habían sido inseparables desde el día en que se conocieron. Luego la dejaron sola con lo denominado «iPod» para que descubriera el tipo de música capaz de emocionarla. Ahora se entretenía pasando las páginas del libro que le había recomendado Mara, el que dejó a medias a esa mañana para ponerse al día con una de las sugerencias de Luvart. Se había obligado a rescatar uno de sus libros por culpabilidad, pues los había descartado de lleno y por rabia en beneficio del gusto de Mara.

Ahora debía admitir que las propuestas de Luvart eran mucho más interesantes e intensas... como él mismo. Había visto a Luvart en las historias de *Romeo y Julieta* y *El Principito*, y no porque tuviera nada que ver con ninguno de los dos argumentos, aunque el romanticismo agónico de Romeo y la ternura del pequeño príncipe se asemejaran a los suyos.

Luvart estaba en su cabeza. Allí había echado raíces y no había manera de arrancarlo, y desde ahí contaminaba todo lo que hacía.

Esa noche le tocaría seguir leyendo la novela que Mara había insistido en que leyera. Tres penitentes de El Séptimo Círculo se marchaban a cumplir con su guardia nocturna. Para pasar el rato, se había sentado en la cama del dormitorio de invitados, donde había estado encerrada parte del día con el libro entre las piernas. Por lo menos el ambiente era más acogedor que la Torre, a menudo enmohecida por la humedad.

La habitación contaba con una cama con dosel de terciopelo rojo tan alta que debía saltar para encaramarse y los muebles

característicos del estilo victoriano, de maderas preciosas y con detalles tallados a manos. Los estampados florales del damasco y el chintz de alfombras, cortinas y colchas le gustaban especialmente, pues representaban animales alados que se preguntó si algún día podría ver en vivo.

Pasaba las páginas del libro aburrida, preguntándose a qué hora volverían, cuando de pronto se topó con un pasaje incomprensible.

—¿Has venido a que te haga el amor?

Reyyan arrugó el ceño sobre la frase. Un cosquilleo inexplicable apareció en su estómago.

Eran muchas las cosas que no había comprendido al leer. Referencias a la historia, a la cultura o al paisaje geográfico de un mundo sobre el que ella no tenía idea alguna. Sin embargo, aquella fórmula picó su curiosidad como ninguna otra.

Apoyó el dedo sobre la expresión.

—«Haga el amor» —repitió en voz baja—. ¿*Hacer* el amor?

Siguió leyendo mucho más concentrada.

Se quedó sin saliva. Él se estiró para alcanzar el beso que había en el lateral de su cuello. Le puso la piel de gallina, desde esa zona sensible hasta los dedos de los pies, engurruñidos y helados como carámbanos.

—No lo sé —confesó en un jadeo—. Tengo miedo. La otra vez... Me dolió.

Siguió un silencio en el que Stephen respiró pegado a su garganta.

—Ese «no lo sé» no es una afirmación. ¿Quieres que te convenza o que te deje ir?

—Convénceme —suplicó.

Stephen buscó su boca estirando el cuello. Ese gesto tan sumiso le puso la piel de gallina. Lo tomó por las mejillas y se elevó para separar sus labios y besarlo lenta y seductoramente. Un sonido gutural reverberó en la garganta de él al enredar la lengua con la suya, mientras ladeaba la cabeza para explorarla en profundidad.

Reyyan abrió los ojos como platos.

Un beso. Se estaban dando *un beso*.

Había imaginado que sucedería. Mara le había prestado una novela que era muy obvio que desarrollaría los altibajos de una relación de pareja. Le había hecho numerosas preguntas apenas había comenzado la lectura para entenderlo todo a la primera, y lo cierto era que no tenía demasiada ciencia. Sin embargo, su carácter descriptivo hizo que dudase si continuar leyendo.

Aun sabiendo que no había nadie allí, Reyyan miró a un lado y a otro y levantó el libro muy despacio para cubrirse parte de la cara.

—Sientes ahora mismo dónde estoy? —susurró. Ella asintió—. Voy a bajar un poco más y voy a tocarte. Con cuidado. Hasta que te tiemblen las piernas y sientas que la tensión que se apropia de tu estómago se hace líquida. Quiero prenderte y

hacerte sudar. Cuando ardas... Y solo cuando ardas —aclaró—. Me deslizaré dentro de ti. Si no siento que estás preparada, no lo haré. Lo prometo. ¿Confías en mí?

Se le secó la garganta al contemplar su miembro. Era el primero que veía. Aunque sintió pánico por el tamaño, una parte de ella se regocijó en lo más hondo. Le hormigueó el estómago de anticipación.

A Reyyan se le cayó el libro de las manos. No hizo por recogerlo durante un buen rato, con la vista perdida en un punto de la pared.

Se llevó una mano a la boca.

—¿Cómo que «el miembro»? —murmuró, espantada.

Pestañeó en dirección a la novela, que reposaba boca abajo como una tentación demasiado fuerte para ignorarla. Mencionaba tamaños y sensaciones, olores y texturas, características de lo corpóreo y del contacto carnal que ella no tenía por qué conocer. De eso protegían a los sacerdotes y sacerdotisas de la Orden, pues se decía que los placeres carnales eran solo placeres un rato. A largo plazo se convertían en un motivo de mortificación.

—Pues la protagonista no parece mortificada —meditó en voz alta.

Recogió el libro y releyó lo que tanto la había impresionado: «Se le secó la garganta al contemplar su miembro. Era el primero que veía».

Reyyan se humedeció los labios. Antes de poder detener su imaginación desbordada, imaginó a Luvart como había venido al mundo, gloriosamente desnudo.

¿Cómo sería él?

Se preparó para continuar la lectura mordiéndose las uñas.

Sus cuerpos eran impacientes y no podían soportar su prudencia. Tampoco la propia Tatiana, a la que cegó un sofoco criminal. La certeza de estar desnuda en sus brazos, poseyéndolo, rindiéndose a un placer indescriptible, derribó sus últimos recelos. Se dejó llenar por la orgullosa erección. El encaje entre sus piernas desató una serie de hormigueos en la baja espalda; estos ramificaron a escalofríos que se instalaron en lo más hondo de su ser.

Cerró los ojos al notar las manos de Stephen, húmedas por el sudor, contra sus nalgas. La empujó con suavidad y una llama se prendió en la unión de sus cuerpos. Comenzó a cabalgarlo. Al principio, despacio y con dudas; después, y con ayuda de un beso húmedo en la barbilla, en la mejilla y en el cuello, besos imprecisos pero preciosos, se incorporó a un frenético baile en el que solo buscaba ese chasquido mágico. Ese momento de máxima unión en el que lo sentía latiendo en su corazón, acariciando su piel ultrasensible.

Reyyan carraspeó, notando la garganta seca.

No sabía qué clase de blasfemia profana estaba leyendo, pero no podía detenerse. Tampoco serviría de nada cerrarlo y arrojarlo por la ventana, pues las imágenes ya empezaban a inundar su cabeza inocente. Imágenes muy descriptivas y vívidas de un hombre rubio de espectaculares ojos amatista y una mujer no tan alta ni tan atractiva, montándolo con la misma intensidad.

No podía verle la cara a esa mujer, pero el pelo negro caía sobre su espalda desnuda en suaves ondas que él agarraba en su puño mientras la aferraba por la cintura para pegarla más a su cuerpo. La animaba a cabalgarlo más rápido, más desesperado.

Reyyan se tensó.

Luvart estaba también en aquel libro. Se infiltraba en sus pensamientos a traición y ahora se negaba a dejar sus fantasías en paz... porque era una fantasía, ¿verdad? No era ella la que imitaba los movimientos de la protagonista sobre el regazo de Luvart. Aquella mujer tenía una melena maravillosa y sabía hacer gozar al penitente.

Ella, en cambio...

Se obligó a alejar la delirante película para seguir leyendo.

—¿Me sientes... como yo a ti? —balbuceó ella.
—Me siento como si estuviera en el corazón de Dios.

Reyyan lanzó al aire una exclamación.

—¡Blasfemo!

Reprendió al libro con una maldición rúnica que hizo que la palabra «Dios» desapareciera de inmediato de la página. Pensó en alguna manera de sustituirlo, pero al meditarlo se dio cuenta de que no existía una metáfora capaz de igualar esa sensación.

Estar en el corazón de Dios. O, en su caso, de la diosa. Aquello debía ser...

Se abandonó a la suposición mental.

Debía ser un lugar cálido y hermoso. Olía a hogar, a flores silvestres, a madera vieja y a...

Reyyan arrugó el ceño.

¿A Luvart?

—¡Maldita sea! —refunfuñó, clavando de nuevo la vista en el libro.

Clavó las uñas en sus hombros como reacción involuntaria a un instinto primitivo. Stephen decía su nombre y ella gemía el de él. Cada bajada era más cruda que la anterior, más profunda, pero sentía que se quedaba sin fuerzas. Y cuando creyó que no podía más, él se hizo enorme en su interior y la abrazó tan fuerte que ella se abandonó también a un gemido incontrolable. Creyó que una fuerza inexorable la arrastraba al centro de la tierra y que la obligaba a desprenderse de todo lo que tenía.

Reyyan se pasó una mano por las mejillas coloradas. Le ardía todo el cuerpo, sospechaba que por la indignación. Ni siquiera estaba disfrutando ya o satisfaciendo la clase de curiosidad que La Magna no perdonaba.

Llena de impotencia por la cantidad de emociones frustrantes que aquel libro había disparado, lo agarró con ganas y lo arrojó contra la pared. Gritó en un intento por liberar la rabia, una que no sabía de

dónde había salido. Quizá de haber imaginado a Luvart con aquella mujer desconocida, esa morena a la que miraba sumido en el mayor de los placeres.

Placeres que no estaban al alcance de su mano.

La puerta no pudo abrirse en peor momento, y el invitado sorpresa tampoco pudo haber sido peor elegido.

Luvart había captado a tiempo el impulso rabioso.

Vestido de negro de la cabeza a los pies —uniforme de las guardias nocturnas— y con la corta melena recogida en una coleta baja y deshecha, presentaba un aspecto arrebatador que no ayudó a calmar el calor de Reyyan.

Se quedó mirándolo arrebolada, temblando al saberse vulnerable.

Luvart posó la mirada un segundo el libro que había arrojado contra la pared y luego la miró con una ceja enarcada.

—Por la cuenta que te trae, espero que ese libro no sea mío.

—¡No es tuyo! —le espetó.

Perplejo, Luvart entornó la puerta y se dirigió a donde había tirado el libro. Reyyan observó con horror que se inclinaba para cogerlo. Saltó fuera de la cama y prácticamente se encaramó sobre él para arrebatárselo. Luvart fue más rápido y lo colocó fuera de su alcance alzando ese brazo con el que parecía que podría tocar las nubes.

Su ceja enarcada empezó a sacarla de quicio.

—¿Hay algún problema?

—Dame el libro —le ordenó, extendiendo la mano.

—¿Este? —Le echó un vistazo como si acabara de darse cuenta de que lo estaba agarrando. Hojeándolo desinteresado, le dio tiempo a leer el primer párrafo de la sinopsis y el título.

Reyyan estuvo a punto de perder los nervios al verlo abrir el libro por la página en la que se había quedado. Fue instintivo. No se le habría ocurrido dejarla marcada doblando la esquina, como Mara le había enseñado.

Se puso roja hasta las puntas de las orejas y retrocedió.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Luvart. Sus pupilas repasaban los párrafos uno a uno—. Yo no veo nada de...

Reyyan cerró los ojos un segundo después de que él se callara.

—¿Cuál es el problema de que hayas leído esto? —Sacudió el libro con desenfado—. Mara se los traga a pares y no hay nadie juzgándola. De hecho, yo me lo he leído y está bastante bien. Es el favorito de Dagon y el único del género que Valthessar no se ha dejado a medias. A lo mejor porque se identifica con el protagonista, que hace todo lo que puede para renegar de la mujer que ama. Yo creo que me parezco más al hermano pequeño, no solo por los ojos violetas...

—¿Crees que estoy avergonzada o que me siento humillada por leerlo? ¡No tiene nada que ver con eso! —Aunque ya la había

descubierto, le arrebató el libro de las manos y lo abrazó contra su pecho—. ¡Lo que he leído es profano y está prohibido para las sacerdotisas y sacerdotes de la Orden! El contacto físico... el... el... los tocamientos... la desnudez... yo... ¡Es terriblemente inapropiado y peligroso!

—Pues para ser peligroso, pareces capaz de defenderlo con tu propia vida —señaló Luvart, no tan divertido como aparentaba. Reyyan tuvo que tragar saliva al darse cuenta de que él mismo parecía afectado por su lectura elegida—. Descuida, no se lo diré a la diosa. Será un secreto entre nosotros.

—¿Puede saberse a qué has venido?

—Solo a decirte que iniciamos la guardia en media hora y no volveremos hasta las primeras luces del alba. —La miraba de hito en hito, como si la creyera capaz de arrojar otro objeto más delicado contra él—. Si necesitas cualquier cosa, Renyi y Xaphan estarán pululando por aquí. Te recomiendo recurrir antes a X. Es el más resolutivo de la casa. Pero si ocurre algún tipo de desgracia o nadie puede ayudarte... —Sacó del bolsillo un teléfono desechable—. Puedes llamarnos al *rex* o a mí.

Reyyan apretó los labios con impaciencia.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale.

Reyyan esperó de todo corazón que se marchara sin hacer preguntas humillantes. Leer esa clase de contenido licencioso no era tan preocupante como convertirlo en el protagonista de sus delirios, cosa que preferiría no tener que admitir delante de él. Ni delante de nadie. Ni siquiera ante sí misma. Pero en las últimas horas, Luvart había dejado de colarse en sus pesadillas para matarla. Por el contrario, parecía anclado a su cabeza para hacerla anhelar acercamientos más aterradores que la muerte.

Luvart tuvo el detalle de retroceder sin darse la vuelta hasta la mesilla de noche. Se inclinó para dejar el teléfono desechable y sacar un papel doblado del bolsillo donde anotar los números.

Reyyan tenía tan presente el libro que, aprovechando que estaba distraído, ladeó la cabeza y deslizó la mirada por su torso, por su estrecha cintura, por los muslos... Tuvo que hacer un quiebro aún más exagerado para fijarse en el bulto del pantalón.

Le empezaron a hormiguear el estómago y el ombligo, y también un punto aún más sensible y vergonzoso, pero la curiosidad la estaba matando como para controlarse.

Acabó mirando de más, y peor aún: acabó siendo cazada en pleno reportaje por Luvart, que se quedó catatónico en el sitio.

Reyyan no supo dónde meterse cuando él se armó con su expresión

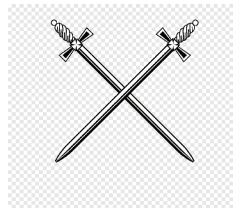
de tedio existencial y dijo, amablemente:

—Parece que el libro ha despertado tu curiosidad por la anatomía masculina.

—¡No! —exclamó enseguida—. Nada de eso. Por supuesto que no. Estoy de maravilla con mis limitados conocimientos sobre anatomía.

—¿De verdad? —Dio un paso hacia delante. Desde que había puesto los ojos en ella no había pestañeado—. Porque si tienes alguna duda, yo puedo resolvértela.

Capítulo XV



Reyyan abrió la boca, pero no consiguió responder. Lo veía acercándose a ella, acechante e irresistible, y no podía ni gritar ni tampoco esconderse.

Los pantalones se ajustaban a sus caderas a la perfección. Enfundaban unas piernas largas y esbeltas rematadas por unas botas militares. Y podría haberse echado a llorar al valorarlo de cintura para arriba. Llevaba un jersey negro de cuello vuelto que se ceñía a su amplio torso y a su cintura de embudo.

Contemplarlo con el aliento contenido le hizo darse cuenta de que le gustaba lo que veía. De que fuera eso un hombre bello según los cánones estéticos o no, no le era indiferente.

Cuando se paró delante de ella, Reyyan estaba al borde de la parada cardíaca. Sus ojos eran un peligro público. Hacinaban tanta belleza en un solo punto que una mirada suya resultaba abrumadora. Y sus labios...

Siempre hubo algo sobre sus labios que la había turbado enormemente. Quizá fuera el movimiento atractivo con el que la hipnotizaba al susurrar con su voz lánguida, o tal vez tuviera que ver con que sabían qué puntos de su piel presionar para hacerle perder los papeles.

Quizá simplemente fuera bello como ningún hombre. Perfecto como ningún dios.

—Tienes que irte a la guardia —consiguió balbucear.

Él ni siquiera pestañeó.

—De aquí no me mueve ni un desastre natural si sigues mirándome así.

—No te estoy mirando. —Pero ni siquiera pudo apartar la vista—. Vas a... vas a llegar tarde y no quiero que sea... p-por mi c-culpa.

Reyyan jadeó cuando él le rodeó la nuca con la mano y la trajo hacia sí.

—Tengo veinticinco minutos para estar montado en el coche, y es verdad que con veinticinco minutos ni siquiera he empezado contigo —murmuró con la boca pegada a su sien. Reyyan notó que se le

endurecían los pezones al choque de su aliento contra la piel, que ya tenía de gallina—, pero no me voy a ir sin haber hecho algo por ti.

—No hace falta que hagas nada, no... Yo...

Un sollozo la interrumpió. No supo muy bien por qué, cuál era el origen de su molestia ni qué le dolía. Podía ser la culpabilidad lo que la estaba asfixiando, o podía tratarse de la cercanía de Luvart, que tampoco la dejaba respirar propiamente. Solo una cosa tenía clara, y era que lo deseaba tanto que sentía que podría desmayarse. Lo haría si esa era la única manera de dejarse envolver por sus brazos sin miedo a traicionarse.

Reyyan apoyó las manos sobre su pecho. Su intención inicial era alejarlo, pero el cuerpo se rebeló contra ella y en su lugar aferró su jersey con los puños apretados.

Luvart parecía haberse propuesto no volver a mirar nada que no fuese ella.

—¿Qué has leído que te ha ofuscado tanto? —susurró, acariciándole la cara—. Reyyan...

—Tú tienes la culpa. Tú y solo tú. —Le dio un débil golpe en el pecho con el puño. De sus nudillos salieron chispas del mismo color que los ojos de Luvart—. Ahora haz que pare. Haz que pare...

Luvart no esperó a que se lo pidiera de nuevo y la cogió en brazos. En el momento en que dejó de sentir el suelo, Reyyan empezó a experimentar todo lo demás.

Estaba acostumbrada a vivir las emociones y a estar en contacto con el mundo a través de un sentido más bien onírico, pero cuando Luvart la dejó sobre la cama y la aplastó con su pecho y con sus labios se dio cuenta de que a través de la piel también podía acercarse a la verdad de las cosas. Y lo que era más: a la verdad sobre sí misma.

Reyyan pensó en cerrar los ojos para dejarse llevar por sus caricias, por ese beso correspondido que la hacía retorcerse en busca de algo más bajo su cuerpo macizo. Al tocarlo, lo notó duro y poderoso. Era una criatura a la que le reconocía talentos subversivos, entre ellos una especial sed de sangre implícita en su condición de miembro de El Séptimo Círculo. Por eso, la ternura y la devoción de sus tocamientos era tan terriblemente conmovedora.

Pero había más allá de la pasión arrolladora, de cuánto la maravillaba su composición atlética. Había un amor inmenso que la atrapaba. Un amor de ella hacia él, incomprensible y silente. Un amor que no se había desarrollado, que no había nacido, sino que había estado allí desde mucho antes de encontrarse. Esa verdad aparecía ante sus ojos cuando lo recorría con los dedos: sus hombros, sus brazos, su pecho, su cuello... su cara, la preciosa cara que le negaba sus besos cada diez segundos, que alzaba de repente como si quisiera comprobar que era ella a quien se los daba. Y aunque era una

sensación aplastante, pudo elegir no hacerse cargo y explorarla más tarde, cuando Luvart no estuviera separándole las piernas y deslizándose con maestría por su pecho y su vientre.

Lo llenó todo de besos como colmaba de flores la primavera. La emoción del deseo florecía en Reyyan con raíces profundas. Se aferraba a Luvart porque sabía que él era la única savia de la que podía y quería alimentarse, de besos deliciosos, desesperados, frenéticos y más elocuentes que un diccionario de confesiones.

Si le decían que así era como se hacía el amor... se lo creía.

Luvart deslizó los tirantes del vestido celeste por sus hombros hasta revelar las curvas de sus senos. La asaltó de inmediato la duda y, en pleno ataque de pudor, se cubrió cruzando los brazos sobre el pecho.

Luvart le tomó una de las muñecas y se la besó con devoción.

—Shh... tranquila. Deja que te vea —murmuró, enfebrecido. Reyyan se dejó cautivar por la nube de rubor que coloreaba el puente de su nariz—. Será mi premio por todo el bien que he podido hacer.

Reyyan cedió a su petición e incluso elevó las caderas para que pudiera sacarle el vestido por las piernas. Guiándose por nada más que su instinto y las zonas masculinas que se moría por conocer, tiró del dobladillo de su jersey oscuro y se lo quitó por la cabeza, alborotándole el pelo de la coleta ya deshecha. Reyyan acarició uno de sus mechones con los dedos y luego con los labios, seducida por el olor de su champú.

—¿Por qué no llevabas nada debajo? —le gruñó, embistiéndola con las caderas para hacerla separar más las piernas. Le temblaban al igual que los dedos, pero ni su vulnerabilidad ni su inexperiencia parecían un problema para él.

Por el contrario, parecía adorar su inocencia.

—Nunca... nunca llevo ropa interior. No iba a pedirle a Mara... que me dejara...

—No quería la respuesta larga.

La acalló con un beso que la dejó mareada, sonriendo luego como atontada.

Esa sonrisa se deshizo al notar que sus caricias iban descendiendo, olvidando al mimado ombligo para adentrarse entre sus muslos. Reyyan los cerró a modo de acto reflejo. Él volvió a susurrarle las palabras que habrían de convencerla no solo de entregarle su cuerpo, sino de caminar a su lado hacia donde quisiera llevarla. La tocó en un punto concreto que desató la tensión sensual que hasta el momento había estado conteniendo, interiormente avergonzada por las peticiones indecentes de su cuerpo. Ese punto la hizo respingar y estremecerse, incluso jadear en voz alta.

Lo vio entrecerrar los ojos, dos finas ranuras del color de las violetas que fracasaban en sus intentos por dominar la excitación.

Excitación... Esa palabra le recordó a Reyyan el pasaje del libro y agachó la mirada, temerosa, para toparse con lo que había creído un mero recurso metafórico.

El bulto del pantalón había aumentado de tamaño.

—Tú también tienes... Es algo de todos los hombres —murmuró, asombrada.

No pudo decir nada más porque el sonido de la risa de él la extasió, y en el momento en que retomó sus caricias insensibles y a la vez extraordinarias perdió la noción de sí misma.

Reyyan se revolvió hasta desordenar las sábanas, sin apartar la vista del movimiento que hacía la muñeca de Luvart al estimular continuadamente el pliegue central. Se aferró a sus brazos y levantó la cabeza para pegar la frente en el centro de su esternón. Reyyan cerró los ojos y se rindió al calmante sonido de sus latidos, a los eléctricos estremecimientos que provocaban sus atenciones. Con las manos buscó, sin saber muy bien lo que hacía, el cierre del cinturón. Tiró de él hasta que aflojó los pantalones, pero una sorprendente oleada de placer desmedido la asoló antes de llegar a su destino.

Reyyan dio una sacudida que podría haberla asustado si su cuerpo, más sabio ahora que su mente, no hubiera sabido que aquello era una gloria y no un castigo. Era el resultado de algo portentoso traído a su vida por algo más portentoso aún, como pudo recordar al abrir los ojos y cazar a Luvart mirándola con fijeza.

Aún notaba los músculos contrayéndose y distendiéndose, oxigenando su entrepierna, cuando él se humedeció los labios y toda ella volvió a despertar. En el silencio desvirtuado solo por los jadeos de ambos, Reyyan peleó con el botón del pantalón hasta que Luvart tuvo la amabilidad de retirarlo. Segundos después volvía a estar encima de ella, esta vez desnudo... y duro.

Reyyan tragó saliva al ver su erección, el tallo venoso que despedía un calor apabullante. La corona carnosa le rozaba el ombligo. Así se erigía ante ella, pura energía masculina que no sabía por dónde empezar a sofocar.

Reyyan se incorporó y gateó para examinarlo de cerca, a cuatro patas. Rozó los testículos con las puntas de los dedos, y al comprobar que se le ponía toda la piel de gallina, lo rodeó con las dos manos y le prodigó una caricia vertical.

Levantó la mirada, dudosa.

—¿Qué tengo que hacer?

Luvart le regaló una caricia que empezaba en la coronilla y terminaba entre sus nalgas. Reyyan jadeó al sentir que su dedo tanteaba de nuevo el orificio húmedo y movió las caderas, no para espantarlo sino para atraerlo más.

Él se inclinó para hablarle con claridad.

—¿Qué es lo que quieres hacer? Porque yo lo que quiero es estar dentro de tu cuerpo.

Reyyan abrió los ojos de golpe.

—¿Meter... eso?

Luvart sonrió y le rodeó el cuello con la mano para incorporarla. De rodillas frente a él, aceptó, aturdida, el beso caliente y húmedo que le dio. Se quedó pegado a sus labios entreabiertos por el asombro.

—Entero —aclaró.

—¿Por dónde?

Luvart recorrió su espalda con los dedos y volvió a ruborizarla al tocarla entre las piernas, por detrás y por delante. Lo miraba sin palabras, excitada y a la vez desanimada al creerse incapaz de cumplir sus deseos.

—Por aquí... —Dio un respingo cuando la penetró con dos dedos. Reyyan suspiró con los ojos cerrados, ruborizada. Cuando los deslizó hacia fuera para seguir tanteando su entrepierna, notó que goteaba muslo abajo y enrojeció más—. Por aquí... —Rozó con la yema del pulgar el orificio del ano—. Incluso en tu boca.

—¿Mi boca? —repitió, hipnotizada por su expresión lujuriosa. Él asintió y ella se creyó a pies juntillas que aquello que sugería podía hacerse—. ¿Y eso... eso es físicamente posible? ¿Es... legal?

Luvart soltó una carcajada y la abrazó para pegarla a su cuerpo.

—¿Y si no fuera legal? ¿Te importaría? —susurró, seductor—. Porque a mí no.

Con el pulgar tiró hacia abajo de su mentón, abriéndole así la boca para aceptar un beso tórrido que borró de un plumazo todas sus reservas hacia lo que estaba a punto de suceder. Lo abrazó por los hombros con timidez y dejó que volviera a tenderla boca arriba, él entre sus piernas separadas, ansiosas por los irresistibles mimos de aquel hombre.

Los besos fueron aumentando en ritmo y en intensidad. Se hacían más y más profundos, más y más salvajes... y lo que tanto miedo le había dado una vez, esa ansia enloquecida con la que la apretaba contra su cuerpo y sorbía sus labios, estuvo a punto de matarla de placer. Sus cuerpos ya no se pegaban gracias al sudor, sino que resbalaban, y notaba que en las sábanas se iba formando la mancha de su silueta.

Sin saber muy bien qué estaba pidiendo, Reyyan balbuceó:

—Haz... *algo*.

Sin duda lo habría hecho. Vio la resolución en sus ojos, al igual que la ilusión de saberse aceptado y la absoluta conciencia de que Reyyan le estaba entregando algo precioso que no le otorgaría a cualquiera. Sin embargo, no pudo ver después qué estrategia amatoria habría llevado a cabo, porque la puerta se abrió de golpe y una voz hizo

estallar la burbuja.

—Luvart, ¿se puede saber por qué tardas tanto? Llevamos esperándote más de... ¡Caramba! —gritó Dagon—. ¡La madre que me parió!

Reyyan ladeó la cabeza hacia él a tiempo para verlo cubrirse la cara primero y luego darse la vuelta para darles intimidad. La reacción de Luvart fue apretar la mandíbula, conteniendo así un impulso homicida, y ella... ella volvió a cubrirse el pecho. Pero no porque de nuevo la hubiera atacado el pudor, sino porque cuando Luvart se incorporó, la mordió un tipo de frío que nunca antes había experimentado.

—Te voy a matar con mis propias manos, Dagon.

El penitente alzó las suyas.

—¡Me lo merezco!

Luvart agarró su ropa y lanzó una mirada anhelante a Reyyan.

—Me voy porque sé que no me verías con los mismos ojos si ignorase mis deberes. Pero si me equivoco y quieres que me quede..., dímelo y pasaré los próximos cien años abrazándote.

Reyyan se cubrió con el vestido y se incorporó, notando la cabeza pesada, los labios hinchados y el corazón pendiendo de un hilo. Luvart no se movería de allí hasta que le diera una respuesta, y eso Dagon lo respetó silbando con las manos entrelazadas a la espalda.

Supo que lo decía de veras. Fue una corazonada, una sensación de certeza que barrió todas las demás seguridades que hubiera acumulado a lo largo de su vida. La abrazaría cien años, y no le importaría pasar hambre o frío, no le importaría que se le apagara la voz o se le entumecieran los brazos.

La abrazaría cien años.

Reyyan esbozó una sonrisa frágil.

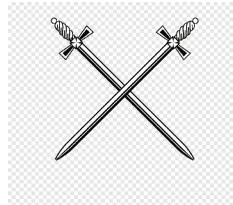
—Ve.

Luvart asintió con la cabeza. Se acercó para robarle un último beso en los labios, este corto y nervioso. Al separarse supo que le había parecido desaprovechado, y hasta intuyó una ligera sombra de temor en su rostro al despedirla.

Salió precipitadamente con solo los pantalones puestos, pero antes le pidió:

—No te vayas antes de que vuelva.

Capítulo XVI



Valthessar lo miró de arriba abajo mientras Luvart se subía la bragueta del pantalón. Prestaba atención a su pelo desordenado, a su rostro enrojecido y, sobre todo, a su cara malhumorada.

—Supongo que no estabais discutiendo.

—Ya puede estar cayéndose el jodido cielo, Valthessar, porque si no tengo que sujetar el destino del mundo con mis dos manos voy a usar una para matarte.

—Para matarme necesitarías las dos. Armadas —especificó—. Quizá hasta una pierna. No esa que parece a punto de salírsete del pantalón, aclaro.

Luvart apretó la mandíbula y abrochó el botón.

Se alegró de que Valthessar se hubiera dado la vuelta para enfilar al coche. Si hubiera visto el gesto agresivo con el que avisaba de un posible desmembramiento, quizá lo habría torturado por desacato a la autoridad.

—Me alegro de que la situación vaya mejorando —agregó el *rex* con alegría—, pero no te pongas a follar en horario de guardia o voy a tener que cortarte el rollo, ¿estamos?

—Me pondré a follar cuando tú me digas.

Valthessar lo miró por encima del hombro. Una sombra de sonrisa apareció en sus labios.

—Así que esto es lo que pone de mal humor al gran Luvart, príncipe de los ángeles: los gatillazos. Llevaba alrededor de setecientos años cargando con la duda.

—¿Y estás de humor para cargar otros setecientos años con un ojo morado?

—Yo no soy el que te ha interrumpido. —Alzó una mano. Antes de abrir la puerta del sedán, esbozó una sonrisa maliciosa—. No te enfades. Cuando vuelvas, va a estar donde la dejaste.

Ese era el problema. Luvart dudaba bastante que Reyyan estuviera donde la había dejado, desnuda en una cama y dispuesta a que la

conquistara, aunque tuviera que empezar por su cuerpo. Estaba más que convencido —y amargado por ello— de que unas horas más tarde, el espíritu apasionado de Reyyan se habría enfriado y lo recibiría con cara de espanto por todos los mandamientos que había profanado. Entonces lo culparía a él de haberle dado la espalda a sus principios y lo vería no ya como una amenaza y un miserable manipulador, sino como un hombre atractivo al que evitar por las consecuencias que acarrearía.

—Ojalá te maten esta noche —declaró, metiéndose en la parte trasera del coche. Dagon, sentado junto a Valthessar, hizo una cómica mueca de preocupación mientras se abrochaba el cinturón.

—Eso te convertiría a ti en el *rex*, y viendo lo mosqueado que estás ahora, no te convendría nada que aumentaran tus responsabilidades. Créeme... —Le lanzó una mirada sardónica a través del espejo retrovisor. Se oyó el clic de su cinturón—, siendo el *rex* follas bastante menos.

—No será porque Mara no quiera. Contentita la tienes —se quejó Dagon, cruzado de brazos.

Valthessar lo miró de soslayo, de pronto turbado.

—¿A qué viene eso? Oye, tengo cosas que hacer, ¿sabes?

—En su opinión tienes más cosas *que hacerle*.

—Coincido, pero el día tiene solo veinticuatro horas y ella necesita dormir ocho. No es mi culpa.

Luvart se relajó al asistir a la conversación entre los dos. Empezó a divertirse, incluso.

—Claro que no —masculló Dagon, alzando la barbilla con soberbia —. Nunca es tu culpa.

Apenas arrancó el coche, Valthessar se giró hacia Dagon con una mueca de exasperación.

—¿Qué es esa pose de dama ofendida? ¿Ahora vas de defensor y aliado de Mara?

—¿*Ahora*? Llevo yendo de eso desde que la conocí.

—¿Por eso ahora eres el intermediario? Déjate de tonterías sentimentales y ve haciéndote el cuerpo para lo que va a pasar esta noche. Si Mara tiene un problema, ten por seguro que me lo va a decir.

Aferró el volante y pisó el acelerador, quizá demasiado brusco. A Luvart no le importó. Notaba el cuerpo tan pesado por el deseo insatisfecho que ni un frenazo violento podría haberlo movido un milímetro.

Mientras miraba por la ventana en busca de esa concentración que falta les hacía a todos, Valthessar subía el volumen de la radio para que una canción de Tyler The Creator reventara los altavoces.

En cuanto aparcaron en la zona del extrarradio donde solían

amontonarse los engendros del Enclave, Valthessar se ladeó sobre el costado para sacar de la guantera unos paquetes de plástico.

Le arrojó un par a Luvart y otro a Dagon.

—¿Qué es este horror? —masculló el segundo.

—Son unos guantes de látex. Poneos los dos pares. Ya sabéis cuál es el plan de esta noche. El objetivo principal no es matar, aunque no me opongo si queréis fulminar también al portador de las dagas. Lo que queremos son las armas en cuestión para devolvérselas a sus dueños. Con los guantes no va a ser más fácil tocar el acero azul, pero por lo menos frenarán un poco el efecto.

Dagon miraba los guantes mientras se los ponía con cara de espanto.

—¿Por qué no los has comprado de cuero? A un lado que fueran más estéticos, que no es difícil teniendo en cuenta lo que llevo en las manos, el grosor del material serviría para cumplir la que es su función. —Torció la boca al vérselos puestos.

—Siento que no te combine con el modelito, Dagon, pero no tenía tiempo para irme de tiendas en busca de unos guantes de piel o cuero que fueran de tu gusto.

—Combinan porque son negros y el negro es fondo de armario, pero es que parece que voy a hacer un examen de tacto rectal.

Valthessar puso los ojos en blanco y salió del coche. Luvart lo hizo segundos después con los dos guantes puestos, la espada bastarda colgada a la espalda y el pelo bien recogido. Siguió a Valthessar en silencio, cerrando los ojos cada tanto para concienciarse de borrar de su mente las imágenes eróticas que lo tenían desquiciado.

No sería plato de buen gusto para nadie mantener a Reyyan desnuda en el pensamiento mientras rebanaba pescuezos.

Se pellizcó el puente de la nariz y sacudió la cabeza. Capturó la mirada curiosa de Valthessar en cuanto abrió los ojos.

—¿Estás bien? Estoy a tiempo de sustituirte por Abraxas.

—Como tengas la caradura de sustituirme ahora, me vas a conocer.

Valthessar sonrió.

—Todos hemos estado ahí.

—Sobre todo tú, con tus dos mil años de lealtad. Pero eres más obtuso de lo que creía si de verdad piensas que mi problema tiene algo que ver con que Dagon me haya interrumpido por orden tuya. —Valthessar se lo quedó mirando a la espera de que especificase, cosa que hizo tras hacer un barrido panorámico de la zona y suspirar—. Estamos en una situación complicada. Es casi impensable para mí imaginarnos volviendo a disfrutar de una mínima complicidad.

—¿Es dura de mollera?

—No. Está manipulada. Y no sé cómo... —Se miró las manos, esas máquinas de matar que eran al mismo tiempo inútiles—. No sé cómo

llegar a ella.

—Mira, no se me dan bien este tipo de consejos, pero estoy seguro de que lo conseguirás. Estas cosas simplemente... —Valthessar se encogió de hombros, pensativo— pasan. Pasan y no te das ni cuenta. O no te quieres dar cuenta. Ella debe estar en ese punto, pero tendrá que aceptar lo que hay.

—No quiero que lo acepte ni me mire con resignación. Eso son migajas. Tiene que quererlo como yo lo quiero. Si no, no me vale. No me conformo con menos de lo que tuve, Valthe —le dijo, mirándolo con gravedad. Incluso con desafío. Desenvainó la espalda y la portó con seguridad—, y lo tuve *todo*.

Valthessar no pudo contestar. El hecho de que se hubiera puesto a la defensiva indicaba que los engendros empezaban a salir.

Por la noche solían pasearse como almas en pena por la zona del polígono de Praga, una parte deshabitada en la que no les costaba encontrar víctimas despistadas que la policía tardaría meses en echar de menos. Víctimas que no merecían una investigación profunda, como prostitutas, drogadictos, huérfanos o minorías en riesgo de exclusión social. El Enclave mataba por diversión y torturaba a los posibles reclutas hasta que daban su brazo a torcer. Se dedicaban a esto para alterar a La Magna, que amaba a los humanos como hijos suyos que eran, y porque necesitaban engordar filas. Solo así podrían hacer frente a las dos razas protectoras.

Siempre habían sido localizables porque, tras siglos de caza y captura, El Séptimo Círculo tenía muy bien estudiadas sus intenciones y sus métodos de actuación. No habían variado porque los engendros, aunque comandados por la privilegiada mente del Gran Grimorio y su general, Metraton, dejaban bastante que desear como estrategas. Sin embargo, desde que contaban con las dagas de acero azul de los seráficos, se habían multiplicado sus emboscadas.

No solo contaban con la ventaja de las dagas. Todas sus aptitudes habían sido mejoradas. Por fortuna para todos aún no habían alcanzado su punto óptimo.

Esa noche los rodeaban seis engendros, de los cuales cuatro portaban dagas azules. De cuatro engendros desarmados podía encargarse el *rex* con los ojos cerrados, pero con los puñales no les habría venido mal un refuerzo. Fue justo eso lo que Dagon expresó al bufar por lo bajini al tiempo que sacaba sus dos pistolas Glock para agujerearle las piernas al que había elegido como suyo. Pero las balas no les hacían daño, porque *nada les hacía daño*. El dolor no les obligaba a retroceder. Eran insensibles a él y ahora eran tan poderosos como un seráfico.

Había que cortar por lo sano.

Luvart fue directo hacia el que seleccionó como contrincante de la

noche. No contó con que probarían una estrategia envolvente y por la espalda se le abalanzaría otro. Los brazos del engendro traicionero no duraron mucho en torno a su cuello. En lugar de la espada, usó un discreto pero sólido puñal que guardaba bajo la manga para rebanarle la mano. La sangre negra empezó a salir a borbotones de la muñeca, manchándole la ropa y formando un charco a sus pies. Luvart no tuvo esto en cuenta cuando el engendro volvió a por él y estuvo cerca de resbalarse por culpa del aturdimiento que llegaba acompañándole toda la noche. La puñalada en el hombro del mismo engendro manco sirvió para espabilarle y también para hacerle rabiar de dolor.

Luvart no perdió tiempo y se sacó la daga de la herida. Tal y como Valthessar había indicado, el material de los guantes sufrió al contacto, pero no le llegó a la piel. Ladeó la cabeza por lo curioso del invento, sonriente, y aprovechó que ya la sujetaba para hundírsela en el corazón al engendro en cuestión.

—La dejo ahí —avisó a Valthessar, ocupado con otro—. No creo que nos la vayan a quitar si los matamos antes.

Se dio la vuelta y aferró la empuñadura de la espada para obligar a retroceder al engendro que se aproximaba a él.

Eran unas criaturas contrahechas, la verdadera cara de la fealdad. Le extrañaba que algo tan repugnante hubiera salido de los bellos y luminosos seráficos.

Otro más que salió de la nada intentó agarrarlo del cuello, pero Luvart lo lanzó por los aires golpeándole la cara con el mango de la espada. Al que estaba ocupando la mayor parte de sus energías tuvo que pincharlo en el vientre con la punta para que soltara la daga, pues mantenía las manos lejos de su alcance. A base de puntillas que le desparramaron las entrañas, acabó doblado y soltando la daga que Luvart había querido recuperar.

No parecía una estrategia muy inteligente soltar a todos los engendros armados con dagas en la misma noche, sobre todo conociendo la racha de victorias de El Séptimo Círculo. O quizá poseían más dagas de las que podían imaginarse.

Meditaba sobre ello cuando giró sobre sus talones y un engendro que había estado esperando su turno se echó sobre él. Luvart cayó hacia atrás con el bicho encima. Antes de sacudírselo, buscó la daga que debía ocultar por algún lado. No había rastro de esta, pero olía el acero mortal del que estaba impregnado. Con la caída había perdido la espada y el cuchillo. Tuvo que estirar el brazo hacia la daga que seguía anclada al pecho del engendro asesinado.

Notando el inicio de la quemadura en la palma, se la clavó en la sien al enemigo antes de que hubiera otras complicaciones.

Lo apartó de mala gana, asqueado, pero al incorporarse se dio cuenta de que no lo había matado. El engendro se puso en pie con la

daga incrustada, y de un movimiento velocísimo infrecuente en las criaturas de su condición, se sacó la daga. El chorro de sangre que manó de la herida hipnotizó un instante decisivo a Luvart. No le dio tiempo a reaccionar y el engendro la empuñó con firmeza para hundírsela en el pecho.

La sensación fue indescriptible. Un pitido se insertó en su oído y dejó de ser consciente de su propio cuerpo salvo por la herida mortal que se iba ramificando.

Agachó la cabeza para confirmar que acababan de derrotarlo.

No se lo pudo creer.

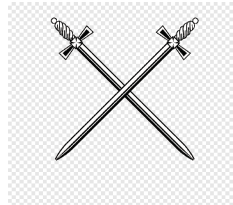
Antes de poder rozar la empuñadura con los dedos, se desplomó hacia atrás, presa de las convulsiones que provocaba el venenoso acero. Sentía como si le estuvieran quemando por dentro.

Clavó la vista en el cielo, respirando dificultosamente. Trató de enfocarse en la luna, de localizar la estrella polar, pero todo empezaba a emborronarse y los espasmos se hacían más y más intensos.

Cerró los ojos antes de poder recordar el protocolo para las laceraciones de acero azul. Se cubrió el vientre con la mano, temblando con violencia, y trajo a su mente un último recuerdo dulce.

«Son muy bonitos... Nadie me había hecho un regalo antes».

Capítulo XVII



Reyyan daba vueltas de un lado a otro en el amplio salón, inquieta. No apartaba la mirada de la puerta del recibidor de la casa, por la que esperaba que Luvart apareciese de un momento a otro.

Apenas hacía un par de horas desde que se había marchado y, por lo que Mara le había confiado, no volvería hasta bien entrada la madrugada. Eso le daba un rato de margen para pensar en las medidas a tomar después de lo ocurrido.

Inmediatamente después de que enfilara a la guardia, Reyyan empezó a experimentar los enfermizos síntomas de la culpabilidad. Había tenido remordimientos antes, pero estos se manifestaron con más intensidad que nunca, obligándola incluso a devolver lo poco que había comido a lo largo del día. Notaba la cabeza pesada y el estómago revuelto, y no estaba acostumbrada a lidiar con esa clase de padecimientos físicos... ni con ningunos.

En la Torre nunca se le presentó la oportunidad de hacerse daño o bien se lo infligieran, por lo que el dolor que no fuera emocional y se saliera de la tortuosa soledad o el miedo se presentaba como una novedad difícil de superar. No había querido que la encontraran retorciéndose, llorando sin aliento, así que se había encerrado en el baño y hecho un ovillo contra la pared hasta apaciguar esos síntomas violentos.

Era como si hubiera comido algo en mal estado... o peor. Y tenía que deberse a Luvart.

Su cuerpo la castigaba por desobedecer a La Magna, por darle la espalda a los principios que regían su vida. ¿Qué valía ella si no cumplía sus órdenes con sumisión? ¿Acaso había sido creada con un fin distinto a ese?

Estaba decidida a pedir que la dejaran marchar, aposentarse en La Sociedad como debió haber hecho desde el principio. Sin embargo, la llegada imprevista de la guardia truncó sus planes en el preciso momento en que vio sus caras desfiguradas por el espanto. Al primero

que interceptó desde la cocina fue el semblante desencajado del *rex*. Le seguía Dagon, compungido. Luego se dio cuenta de que, entre los dos, cargaban a un hombre semiinconsciente.

Reyyan se quedó paralizada. No podía ver el rostro de Luvart. Unos mechones empapados de sangre le cubrían la cara y a duras penas conseguía avanzar sin el apoyo de los hermanos.

Ni siquiera lo pensó. Un impulso de protección superior a cualquier convencimiento, ese impulso de la misma familia que las emociones viscerales que no comprendía, la obligó a correr hacia él. Temblaba como una hoja al retirarle el pelo del rostro y alzarle la barbilla para buscar sus ojos, entornados y vidriosos por el dolor.

Reyyan lanzó una exclamación ahogada. El motivo de su palidez no era otro que la daga que tenía clavada en el pecho.

Dio un paso atrás, impresionada.

—No te... asustes... —consiguió articular Luvart. Extendió un brazo hacia ella como si quisiera invitarla a bailar—. No duele tanto.

—Eso díselo a quien se lo crea —masculló el *rex*, bordeando a la inmóvil Reyyan para guiar a Luvart hasta el salón. Lo recostaron en el amplio *chaise longue* escarlata. Aunque tuvieron cuidado, él gimió de todos modos y se puso una mano protectora sobre el vientre antes de cerrar los ojos. Sus párpados aleteaban sin fuerza, tratando en vano de mantenerse despierto—. No te vayas a dormir, Luvart.

—No lo entiendo... ¿Por qué no se la habéis sacado? —tartamudeó Reyyan. Lágrimas de espanto corrían por sus mejillas—. ¡Está sufriendo!

—Si se la hubiéramos quitado sin un auxiliar cerca, se habría desangrado hasta morir —le explicó el *rex* con voz de ultratumba. Se arrodilló a su lado con el ceño arrugado por la preocupación—. Más vale un corazón quemado que un corazón rajado, Reyyan. Dagon, por favor, corre, ve y trae a X.

Dagon asintió y empezó a gritar el nombre de Xaphan. Desapareció escaleras arriba tras unas cuantas zancadas, seguramente maldiciendo que la casa fuera lo bastante grande para que sus gritos se extinguieran en el eco.

Reyyan se arrodilló también al lado de Valthessar y no dudó en apoyar la palma de la mano sobre el dorso frío de la de Luvart. El tacto satinado de su piel la reconfortó al tiempo que acentuó sus síntomas de su malestar.

—¿C-cómo ha podido pasar? ¿Eran...? ¿Había muchos engendros?

—No más de lo habitual, y aunque los hubiera habido, Luvart no se amedrenta con nada. La verdad es que estaba bastante distraído —admitió a regañadientes—. Debería haberlo dejado aquí y haberme llevado a Abraxas en su lugar.

«Bastante distraído».

Nadie más que ella tenía la culpa de eso.

El sonido de dos pares de zapatos bajando las escaleras la obligaron a dejar a un lado los remordimientos y concentrarse en ser útil. Se hizo a un lado en cuanto Xaphan apareció, pero no apartó la vista del rostro de Luvart, temiendo que dejara de respirar.

—¿Qué ha pasado?

—*Eso* ha pasado. —Valthessar señaló la daga con la cabeza.

El gesto sombrío de Xaphan aterró a Reyyan.

—No quiero ser maleducado, pero ¿cómo es posible que no esté muerto? —Lo preguntó con tanto tacto que ninguno de los presentes pudo ofenderse.

—Eso mismo me pregunto yo. Y voy a tener que esperar a averiguar la respuesta, porque hemos dejado a un importante puñado de engendros en la periferia. Dagon. —Le hizo un gesto hacia la puerta. Este, no muy seguro de que fuera buena idea abandonar a Luvart en ese estado, fue hasta la salida—. Xaphan...

Xaphan se remangó la camiseta del pijama y plantó las manos a cada lado de la daga. Respondió al tono angustioso del *rex* con un «mm».

—Arréglalo —le ordenó.

—Haré lo que pueda, pero sabes que con este tipo de lesiones no se pueden obrar milagros. Tiene el pecho inundado de sangre. —Meneó la cabeza, frustrado—. ¿Ha tosido?

—Sí —respondió Valthessar, volviendo a ponerse la chaqueta que le haría pasar desapercibido—. Tos seca, como de haber salido de una casa en llamas.

—Se le están quemando los pulmones, entonces. Estadio dos.

»Algo que se me ocurre que podríamos hacer a partir de ahora es aprender un poco de primeros auxilios. Si hubiera estado allí desde el principio, lo mismo habría tenido alguna maldita oportunidad de sobrevivir.

Reyyan pestañeó deprisa para contener las lágrimas.

No era capaz de asimilar aquella posibilidad. Días atrás no habría soportado la presencia de Luvart por mucho tiempo. Incluso habría deseado asistir a su caída, pues solo tan extrema medida hubiera puesto su mundo a salvo. Y, sin embargo, ¿cómo concebir la vida sin la extraña luz cambiante del aura de Luvart?

Se arrodilló justo a un lado del sofá y estiró los brazos hacia su rostro, que ahuecó con ambas manos. Como si la hubiera sentido, Luvart gimió débilmente. En ese rato que duraron el shock y la negación, en el que tuvo que reconocer que podría tomarse su pérdida como una tragedia personal, Valthessar y Dagon abandonaron la escena y Xaphan se preparó para arrancarle la daga.

—¡Espera! —Reyyan le cubrió la mano, asustada—. ¿Qué va a pasar

cuando lo hagas? ¿Es cierto que se desangrará hasta morir?

La cálida mirada de Xaphan ejerció un efecto calmante en sus pobres nervios desquiciados.

—Tranquila. La sangre no es lo único que mantiene compacta a una criatura de La Magna. Me aferro al hecho de que no es un penitente para confiar en que dispondré de un rato para manipular y curar la herida antes de que llegue al punto crítico del estadio tres. Pero sigue siendo un servidor de la diosa —lamentó—, y ningún servidor de la diosa es inmune a las puñaladas de acero azul.

Reyyan aguantó la respiración cuando Xaphan le retiró la mano que le impedía trabajar y, con la suya, rodeó el mango de la daga. Luvart notó la leve presión y se revolvió, empalideciendo por momentos. Empezó a balbucear palabras inconexas, entre las cuales Reyyan solo distinguió un fragmento de su nombre... y de otro muy distinto.

—Sehara.

La mención se clavó en su cuerpo como un puñal traicionero, el mismo que estaba quemando al hombre que velaba.

Era Sehara a la que deseaba ver de nuevo.

—No le prestes atención. —La apaciguó Xaphan—. Está delirando.

Reyyan no dijo nada. El acaparador monstruo de los celos no le dejó ni tragar saliva. Se le revolvió más el estómago cuando Xaphan la advirtió con una mirada de ojos ambarinos que iba a proceder. Temiendo que pudiera ser la última vez que lo veía con vida, se inclinó sobre su frente salada y la besó.

Xaphan esperó a que el beso surtiera su efecto mágico —relajar el ceño fruncido de Luvart— y entonces aferró el mango, este envuelto en un pañuelo negro, y lo arrancó de un tirón limpio. Inmediatamente sustituyó la presión del acero por la palma de su mano. Con la otra, le rajó sin dificultad el jersey que llevaba puesto. A la vista quedaron las ramificaciones negras que brotaban de la herida en todas direcciones, como las raíces podridas de un árbol quemado.

Reyyan no pestañeó durante los instantes siguientes, pendiente del casi imperceptible movimiento de las aletas de su nariz. Se perdió la manipulación de Xaphan, que, inclinado sobre el herido, sumía el trabajo de sus manos en el misterio.

En algún que otro momento lo miró fugazmente para intentar adivinar el diagnóstico. Era el curandero perfecto, porque habría sido imposible penetrar en sus pensamientos.

Xaphan se retiró de golpe, como si se hubiera quemado con la carne putrefacta. Reyyan fue a instarle a continuar su labor, a hacer todo cuanto estuviera en su mano para salvarle la vida. Las súplicas y exigencias se quedaron en un intento cuando observó con sus propios ojos el motivo por el que Xaphan se había detenido.

La piel calcinada que rodeaba la herida iba recobrando su color

natural. Finísimas hebras de carne, como hilo de costura, se iban tendiendo igual que puentes las unas sobre las otras para cubrir la profunda lesión. La sangre seca que manchaba su pecho recuperaba, despacio, el tono escarlata de cuando estaba fresca, y se solidificaba de hasta convertirse en lágrimas de rubí. Estas cayeron emulando el tintineo de cristales por sus dos costados.

Xaphan tomó uno entre los dedos y lo admiró, maravillado en su asombro.

—¿Qué está ocurriendo? —murmuró Reyyan, inmóvil.

—Un milagro —le contestó en un susurro—. No puede catalogarse de otra manera. La herida se cierra sola. La carne se está regenerando. La sangre...

Reyyan lo miraba también sin salir de su estupefacción.

—¿Cómo es esto posible? —Recordó la confesión de Luvart sobre su contacto con la hechicera en tiempos pasados e inquirió—: ¿Puede ser porque estuvo en contacto con la Sehara y se impregnó de su poder? ¿Por eso ni siquiera puede matarlo una lesión de estas características?

Xaphan meneó la cabeza en sentido negativo y se apartó los rizos castaños de la frente. Estos inmediatamente volvieron a taparle parte de los ojos.

—La magia no funciona así. —La miró de soslayo con una disculpa que suavizó su expresión—. Es decir... No soy nadie para explicaros a vos los entresijos de la hechicería de la Sehara. Es cierto que la continua exposición a un ser mágico logra empoderar al ser no mágico, pero en cuanto la separación ocurre, esa inmunidad adquirida también se desvanece. Hace casi setecientos años desde que Luvart estuvo en contacto con la Sehara. Es imposible que a día de hoy sea invencible por ella.

—«Imposible» no creo que sea la palabra, porque le lancé un conjuro y rebotó contra él —replicó Reyyan, dudosa. Xaphan dejó de manipular la herida de Luvart para mirarla asombrado. Ella se ruborizó y se apresuró a defenderse—: Creo que mi reacción estaba justificada.

Xaphan cabeceó con simpatía.

—No lo pongo en duda. Seguro que se ha portado como un imbécil. Es una conducta contagiosa en estos lares. Pero me temo que eso que decís solo es otro de sus poderes extraterrenales, uno a considerar a la hora de descubrir qué clase de criatura es esta.

»Aun así, si es inmune a la hechicería y un puñal de acero azul en el corazón no le causa daños mortales..., no es por la Sehara. Es por él mismo. —Devolvió la vista a Luvart. Reyyan se fijó en que se quedaba observándolo con el aliento contenido—. No es algo del todo fuera de serie. Hay unos cuantos seres en el mundo resistentes a la nigromancia y a las armas.

Reyyan notó que se le formaba un nudo en el estómago. El silencio de Xaphan solo lo empeoró.

—Sí que los hay. Había tres cuando la Sehara aún vivía, luego hubo dos, y ahora...

Xaphan asintió, tenso también.

—La Magna y el Gran Grimorio eran el dúo invencible. Y, por lo visto, vuelven a ser una tríada invulnerable —musitó, repasando el borde de la herida del pecho con ojo clínico—. Luvart sería el vértice.

—Pero no puede ser. ¿Por qué tendría él los poderes de recuperación o la inmunidad de La Magna? ¿La Magna se los concedió, como dadora de vida? Me costaría creer que le hubiera regalado esa energía insuperable cuando él nunca ha estado por la labor de usarla para honrarla.

—Algo me dice que ni siquiera el propio Luvart sabría responder a esa pregunta —meditó Xaphan para sí mismo. Luego sonrió de repente y se cubrió la boca con la mano. Por lo visto, era la única criatura a la que la incertidumbre no solo no le molestaba, sino que le parecía divertida—. Siempre he sabido que era algo especial.

Reyyan estuvo de acuerdo con él apenas volvió a posar la mirada sobre Luvart. Su rostro no era común, su conmovedora templanza y la recia seguridad que mostraba, sabiendo que nada malo le sucedería, tampoco. Era obvio que Xaphan compartía esta visión de Luvart. Su expresión entre incrédula y fascinada delataba lo que estaba pensando: habían tenido en casa a una criatura soberbia y misteriosa y no se habían dado cuenta hasta entonces.

O *no habían querido hacerlo.*

—¿Es que nunca le habían herido con una daga azul?

—Nunca le habían procurado una herida mortal. Luvart es un luchador impecable y nunca permitía que le pusiera la mano encima, prefería curarse al natural. Ahora veo por qué. —Meneó la cabeza—. Menudo capullo. Qué callado se lo tenía...

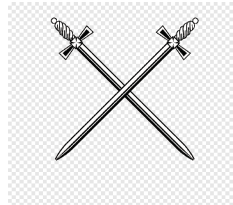
—Quizá no lo sabía. Si lo hubiera hecho, lo habrías descubierto. Lees el pensamiento, ¿no?

—Sí, pero nunca he podido penetrar su mente más que en un par de ocasiones, cuando él me lo ha dejado. A veces le abrumaba su propio hermetismo y se abría tímidamente para compartir conmigo en silencio algunas de sus preocupaciones. Solo sé lo que él me ha permitido saber, lo que ya me advirtió desde el principio que estaba ante alguien... *especial.*

Reyyan no dejó de mirar en ningún momento a Luvart, que aún yacía inconsciente en el sofá. Aprovechando que nadie allí la juzgaría, uno por no poder verla y otro porque no estaba en su carácter, alargó el brazo y le retiró el pelo rubio de la cara. Acarició su mejilla con las yemas de los dedos, hipnotizada por la bella visión de su descanso.

—¿Quién eres, Luvart?

Capítulo XVIII



Lo primero que vio al despertar fue el cielo estrellado.

Pestañeó un par de veces, presionando los párpados para asegurarse de que la visión no era una jugarreta de su subconsciente. Ni en el Autem ni en el Fatem se podían admirar los astros. Ni en el Autem ni en el Fatem, los dos únicos destinos posibles cuando una criatura de la raza perdía la vida en una batalla digna, destacaba la luna menguante en la inmensidad del firmamento. Solo al ladear la cabeza hacia la joven que respiraba a su lado, sumida en la contemplación de lo que podría esperarles allí arriba, supo que había sobrevivido. Porque ni en el Autem ni en el Fatem le aguardaría un destino tan hermoso.

Reyyan estaba sentada sobre la hierba del esplendoroso jardín de la casa, salpicado por las flores de jazmín que simbolizaban la delicadeza de La Magna y aromatizaban el aire con su peculiar olor dulzón. Llevaba aún su vestido celeste, ahora salpicado por manchas verduzcas del contacto con la naturaleza y lamparones escarlata que supuso que sería su sangre seca. Uno de los tirantes se había escurrido por su hombro al utilizar los brazos para rodearse las rodillas. La sombra plateada de la luna parecía más bien haber encontrado perfectos para descansar los contornos de su rostro.

Los contornos de una mujer fascinada por lo que veía.

Le molestó tener que romper el silencio con la voz ronca.

—¿Por qué estoy vivo?

Reyyan ladeó la cabeza hacia él. En sus ojos castaños vio nacer y extinguirse una chispa de alivio que contenía cientos de emociones más.

Se la veía cansada y ojerosa.

—Has resultado ser más fuerte de lo que nadie pensaba —respondió en voz baja, como si no quisiera importunar la belleza sigilosa de la noche.

—¿Entonces tú no has tenido nada que ver con mi recuperación? ¿Estás aquí porque te han obligado?

—Nadie me ha obligado a nada, aunque ha sido Xaphan quien me ha recomendado que te trajera al jardín. Dice que la brisa fresca te va a sentar bien para reactivar los pulmones.

Luvart soltó el aire que había estado reteniendo desde que abandonó el dormitorio de Reyyan.

—Hubiera apostado mi alma a que te las arreglarías para desaparecer antes de que regresara de la guardia.

—Era mi intención —reconoció ella, avergonzada. Se encogió un poco más sobre sí misma—, pero te estabas muriendo.

—Supongo que eso significa que tendré que estar a punto de morirme con más frecuencia.

—¿Cómo puedes decir eso? —se quejó, indignada—. La vida es un regalo divino, una indulgencia que La Magna tuvo contigo. Has de defenderla hasta el último momento.

Sabiendo que se avecinaba una discusión, Luvart trató de incorporarse.

—Mi vida se convirtió hace mucho en una penitencia, y todo por haberme atrevido a buscar mi felicidad lejos de su seno. ¿Qué podría haber perdido, aparte de las ineludibles responsabilidades de guerra que no consiguen estimularme? ¿Aparte de horas interminables de soledad y hastío? Si hubiera muerto, solo me habría molestado porque lo habría hecho como un héroe y no es así como deseo abandonar el mundo.

—Creo que tengo una idea sobre cómo te gustaría abandonarlo. Con la Sehara tomándote de la mano.

Sonó acobardada por la ilegitimidad de los sentimientos que estaba expresando: celos hacia un ser todopoderoso al que debía rendir culto, además de la clase de rencor que una sacerdotisa no podía permitirse sin ver truncadas sus sacrificadas labores, todas ellas pura bondad. Reyyan fruncía el ceño por la contrariedad de saberse envenenada por la envidia, y por respeto a la dureza con la que se juzgaba, Luvart procuró reprimir la sonrisa de alivio.

—Te equivocas. No podría morir en presencia de Sehara. Significaría que la vida aún tiene oportunidades que ofrecerme, y lucharía por ella hasta quedarme sin fuerzas.

Se fijó en que ella devolvía la vista al cielo.

No lo ignoraba por rabia o falta de preocupación. El paisaje la había embelesado como lo embelesó a él la primera vez que miró hacia arriba como hombre.

Aunque consideraba importante resolver el asunto de Sehara, decidió posponerlo para dejarla disfrutar del ambiente.

—Nunca habías visto el cielo, ¿verdad?

—No. En el Autem no hay nada parecido —reconoció, sin poder ocultar una nota de excitación infantil. Apoyó la mejilla en las rodillas

—. ¿Qué es lo que son? Eso que brilla.

—Estrellas. —Luvart levantó el brazo con dificultad, aún entumecido por las ramificaciones de la lesión, y apuntó una de ellas —. La Polar, que históricamente ha servido a los marineros como guía. Indica la posición y los dirige de vuelta a casa. Ese otro es el Lucero del Alba, como se conoce al planeta Venus.

Reyyan lo miró con una sonrisa tímida que le puso el corazón en un puño.

—¿Tienen nombre? ¿Quién se los puso?

—Los griegos, en su inmensa mayoría. Puedes preguntarle a Xaphan por las denominaciones exactas. Él nació en Atenas, en la Antigua Grecia. De todos modos, cada civilización se ha referido a ellas de una manera. Los romanos, por ejemplo, les pusieron a los planetas el nombre de sus dioses. Desde aquí podemos ver Mercurio, Marte, Júpiter y Saturno.

Reyyan pestañeó varias veces, contrariada.

—¿Por qué tenían tantos dioses?

—Cada dios se dedicaba a un menester. Venus representaba el amor y la belleza; Marte era el dios de la guerra fiera, y Júpiter, el padre de la segunda generación de dioses. Siempre se ha tenido esta concepción de que las divinidades habitaban el cielo y por eso brillaban durante las noches.

Hizo una pausa para contemplarla.

Su entusiasmo, aunque disimulado y silente, era tremendamente contagioso. Ni siquiera la barrera de la timidez conseguía ocultar la pasión y la curiosidad que sentía por todas las cosas; esas mismas cosas que Luvart, tras una corta experiencia humana y varios siglos deambulando por La Tierra, había dado ya por sentadas.

Hasta que ella apareció, Luvart se había acostumbrado a mirar alrededor y despreciar la singularidad de los astros, subestimar la naturaleza, ignorar lo excepcional de la humanidad. Le había perdido el respeto a la vida y a todo lo que esta podía ofrecer, pero a través de los ojos de Reyyan, cada insignificante detalle de las creaciones de los hombres y la belleza de La Tierra recuperaba el encanto de antaño.

Luvart casi podía remontarse al origen de los tiempos, cuando era un humano impresionable y se apasionaba estudiando los misterios incomprensibles de un universo que una vez, tan solo una vez, se le había antojado maravilloso.

—Lo que se ve por las mañanas... —empezó ella, dudosa—, ese foco de luz blanca que aparece todos los días y va cambiando de color...

—El sol.

—El sol. —Lo repitió como si fuera una palabra en otro idioma—. ¿Qué es? ¿También un dios?

—El sol siempre ha representado a un dios, sí. Tiene un papel

protagonista en todas las leyendas culturales que puedas imaginar. Suele aparecer vinculado a la luna —la señaló con el dedo—, como una fuerza opuesta pero complementaria.

»Existen numerosas leyendas y cuentos que narran la historia de amor de la Luna y el Sol. La más conocida es la versión cristiana, en la que Dios, en la culminación de su creación del mundo, decidió bañarlo de luz a través de dos astros que, aunque iguales en belleza, nunca coincidirían en el tiempo. Uno iluminaría la noche y, el otro, el día. En todas las versiones que conozco se les humaniza como amantes imposibles.

—Cuéntame alguna de esas leyendas.

Luvart se tomó un momento para pensar.

—En la mitología griega se dice que la diosa Venus, para ellos llamada Afrodita, sintió celos de que los amantes humanos Luna y Sol se amaran de un modo que superaba toda convención. Se propuso demostrar que el amor entre los mortales era perecedero y caprichoso iniciando la conquista de Sol con ningún otro fin que separarlos, pero no dio frutos. Sin sentir la mínima tentación, el Sol la rechazó por lealtad a la Luna, y Afrodita, furiosa, convirtió al joven en el astro que iluminaría el día, y a la mujer, en el que iluminaría la noche. De esta manera, jamás coincidirían en el firmamento.

»Pero sus sentimientos no se extinguieron, y, viendo esto, el dios de los dioses obró su magia para que, al menos durante los eclipses, el Sol pudiera rozar el rostro de la Luna. Fundirse en un solo cuerpo por una vez.

Alicaída por el relato, Reyyan musitó:

—¿Por qué solo conoces historias que hablan de amores imposibles?

—Porque solo trascienden las injusticias dolorosas, como lo es la propia vida.

—¿Y cómo sabes todas esas cosas? Sobre las estrellas, sobre los dioses, sobre... las leyendas.

—Hay que amortizar los setecientos años en La Tierra de alguna manera. Algunos penitentes recurren a la violencia, al placer carnal o sucumben a las tentaciones superficiales de la humanidad para matar las horas hasta su redención. Yo me refugiaba en los libros para huir de la soledad.

—¿Y lo conseguías? ¿Conseguías escapar de ella?

—Sí. Sentía que todas las historias contaban algo sobre mí.

—¿La que me has narrado también?

—La que te he narrado, también.

Reyyan se quedó un segundo en silencio. Luego volvió a mirarlo.

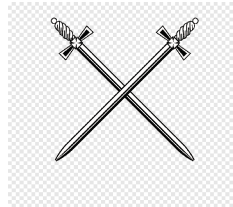
—Mis pendientes tienen forma de luna. ¿Lo hiciste adrede? —Él asintió con la cabeza, sobrecogido por el tinte suspicaz que había

adquirido su mirada—. ¿Por qué?

Luvart hubiera preferido posponer el momento de la verdad para cuando Reyyan estuviera más receptiva. Sabía que interpretaría como una blasfemia imperdonable que le confesara su verdadera condición, sobre todo porque si alguien tenía el deber y la potestad de devolverle su nombre, esa era la propia Magna. Pero no volvería a presentársele la oportunidad de poner las cartas sobre la mesa, así que se incorporó del todo, sin apartar la vista de su expresión confundida, y le aclaró, con voz dulce:

—Porque tú eres la luna de esta historia.

Capítulo XIX



Reyyan parpadeó, no tan confusa como cabría esperar. Sostenía la mirada de Luvart con desconfianza, sospechando interiormente que lo que estaba a punto de decirle cambiaría no solo el curso de las cosas; también conseguiría resquebrajar su vida tal y como la conocía.

Se lo insinuaba una especie de corazonada. Era como si hubiera un muro de piedra en su mente, y, al otro lado, al que no podía acceder si no era tomando la mano que Luvart le tendía, descansara otra faceta de sí misma que no había tenido el dudoso placer de conocer.

Una que se negó a conocer fingiéndose perdida al preguntar:

—¿Cómo?

—Tú y yo fuimos separados por los celos de una diosa caprichosa. —La miraba de hito en hito, como si quisiera anticiparse a su reacción —. No lo recuerdas porque Ella se ha encargado de manipular tus recuerdos y distorsionar la verdad. Esos sueños que has tenido, Reyyan, son solo ciertos en su simbolismo. Yo no te maté, pero fui el causante indirecto de tu muerte. Si yo no te hubiera elegido, La Magna no te habría hecho desaparecer y aún seguirías conservando tu nombre. *Sehara*.

La fuerza con la que ese nombre la golpeó sirvió para ponerla de pie. Para levantarle de golpe el vello del cuerpo. Reyyan se alejó de Luvart como si su versión fuera de corto alcance y pudiera escapar de ella, aun cuando la había calado en lo más profundo.

Sehara.

Conocía ese nombre porque le rendía los cultos de rigor, porque en sus enseñanzas había hallado el verdadero poder, el propósito de su vida. Pero cuando Luvart lo pronunció, Sehara *como mujer*, despojada de su omnipotencia, apareció ante ella como un personaje con el que podría identificarse. Como un personaje que quizá...

Reyyan sacudió la cabeza.

—Estás mintiendo. Lo que dices no es posible.

—¿Por qué no iba a serlo? —Luvart se levantó despacio con una mano por delante, preparado para amansar a una fiera—. Eres la única sacerdotisa en toda la historia de la Orden que fue alejada del templo y clausurada en una torre, supuestamente porque «su insólito poder debía ser puesto a salvo de posibles usurpadores». Solo tú conoces las runas y, por tanto, conoces los pilares de la hechicería con un detalle con el que Primero y el resto solo podrían soñar.

—Eso no significa nada —insistió, a la defensiva.

—Lo significa *todo*. La Magna no deja nada al azar.

Reyyan estiró los brazos para que Luvart no se acercara.

—Nada de lo que has dicho sobre La Magna tiene sentido. Ella jamás se dejaría llevar por un capricho. No amaría a un simple humano o magnánimo más de lo que ama el orden que ha de mantener, y ese orden existía, en parte, gracias a la Sehara. ¿Por qué matarla a ella y no a ti? Y lo que es más... ¿Cómo podría matar a la Sehara, si esta era una fuerza al margen de Ella, capaz de defenderse y….? —Se masajeó las sienes—. No. No te creo.

—Si en algo acertó la humanidad al tratar de acercarse a lo espiritual, a lo no demostrable, fue en sus representaciones de la divinidad. Para los griegos, los romanos, los aztecas, los persas... Todas las civilizaciones han plasmado a los dioses tal y como son: egocéntricos, egoístas, perversos, incluso. Llenos de celos hacia quienes han de proteger. Quieren que les vaya bien, pero jamás mejor que a Ellos.

—¡La Magna no es así! Me advirtió que intentarías ponerme en su contra, ¿sabes? Ahora te advierto yo a ti que no lo conseguirás. No importa cuánto lo intentes. Yo la conozco, he estado a su lado desde que nací y no existe fuerza que respete o ame más que a Ella.

—Ese es el problema. Estás cegada.

—¡*Tú* intentas cegarme! ¿Qué credibilidad crees que tienes cuando todo cuanto has hecho desde que apareciste en mi vida ha sido blasfemar? —Alzó la barbilla, orgullosa—. La Magna nunca me habría hecho daño. Me ama y me protege como si fuera una extensión de sí misma.

—No te ama. *Te teme*. Y no te protege..., *te vigila* para que no te salgas del redil. La Magna, esa bestia que tú crees perfecta, te dejó morir en mis brazos y disfrutó de su venganza.

Reyyan se puso rígida.

—No vuelvas a hablar de Ella en esos términos.

—Reyyan, por favor —masculló, a punto de perder el temple. Intentó tomarla de la mano, pero Reyyan lo impidió retirando el brazo —. Tienes que entrar en razón. No es tu aliada. Es tu enemiga.

—¿Y se supone que *tú* vas a salvarme?

Luvart no respondió enseguida. Necesitó un momento para armarse

de paciencia.

—Si no me crees a mí, créete a ti misma. —Aunque seguía susurrando, había alzado la voz. Se sintió amenazada por el grito implícito en su tono—. A ti, no a esa obscena cantidad de mentiras con las que La Magna ha contaminado tus recuerdos. En tu cabeza no hay nada, lo sé. No podría haberlo porque tu mente no es la misma. Pero escucha a tu cuerpo. Siente cómo reacciona a mí.

Reyyan negó con la cabeza e hizo el amago de marcharse antes de escuchar algo que podría arruinarla de por vida. Luvart le cerró el paso y la agarró de la muñeca. Tiró de ella para acercarla a su cuerpo.

—Mírame —le ordenó en tono inclemente. Reyyan obedeció, procurando exteriorizar su desprecio—. No importa cuánto te esfuerces por temerme. Jamás en tu maldita vida vas a ser capaz de repudiarme. Hace setenta y dos horas temblabas en mi presencia y ahora tu cuerpo llora por la distancia entre nosotros. ¿Crees que puedes amar a un hombre en tan solo tres días? Es imposible.

—Eso mismo es lo que sostengo. Es imposible.

—No puedes enamorarte de mí porque *ya me amabas*. Viniste con ese defecto de fábrica, Reyyan. —La apretó contra su costado, y ella perdió toda credibilidad al suspirar, reconociendo y acoplándose a los contornos de su cuerpo—. Por eso no me has conocido; me has *reconocido*. Piensa en cuánto debiste haberme amado para que ni el miedo ni tu lealtad a la Orden consigan protegerte.

—¡No tiene nada que ver con el amor! ¡Si reacciono así a ti es porque te has metido en mi cabeza! Has envenenado mi mente... —Intentó empujarlo. Al ver que no retrocedía, empezó a atacarlo sin ningún otro fin que desahogarse—. ¡No sé qué es lo que has hecho, pero lo has hecho tú!

Luvart la inmovilizó cogiéndola de los brazos. La sacudió levemente solo para tener su entera atención, y sin duda se la dio.

Reyyan enmudeció al verlo furioso de veras.

—Ya basta de tonterías. —Sus ojos chispearon como si fuera a lanzarle un conjuro—. Va siendo hora de que entres en razón, Reyyan. He sido paciente y comprensivo, pero no voy a permitir que reniegues de algo que ya es evidente. He cumplido mil malditos años de penitencia. *Mil*. No voy a tolerar ni un solo día más de soledad.

—Si no quieres estar solo, búscate una mujer —le espetó, ofendida con el tono en que le hablaba—. Debe haber humanas a montones deseando estar contigo.

Luvart se inclinó sobre ella de forma amenazante.

—Hay un problema con eso, y es que me has arruinado para todas las criaturas de este mundo. Hazte cargo de lo que hiciste conmigo, y hazte cargo *ya* o no respondo de mis actos.

Reyyan infló el pecho.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Piensas forzarme?

—No, Reyyan. Pienso cumplir mi promesa.

—¿Tu... promesa?

—Te esperaría mil años y un día, y la próxima medianoche vencerán las últimas veinticuatro horas de gracia. Si no has entrado en razón para entonces, desapareceré. Y créeme cuando te digo que jamás podrás perdonártelo.

Reyyan lo empujó por el pecho, por fin con la verdadera intención de sacárselo de encima. Luvart retrocedió un par de pasos. El tercero lo dio abofeteado por la verdad cuando Reyyan le gritó:

—¡A mí no me importa si vives o mueres!

Luvart apretó la mandíbula.

—Ahora no. Pero cuando recuerdes dentro de diez días, diez meses o diez años (porque ten claro que algún día recordarás), te arrepentirás tanto de no haberme creído que desearás estar muerta.

—Incluso si tuvieras razón, estaría hecha de muchas más cosas que de amor por ti. Me darían motivos para seguir adelante.

—No, Reyyan, porque ninguna de ellas te importaría lo suficiente cuando miraras a tu lado y no me vieras ahí. Ni siquiera tu propia vida. Porque, por si no lo recuerdas, la diste por mí.

Reyyan lo desafió.

—Un error que no cometería de nuevo.

Los dos se sostuvieron la mirada a una distancia de varios pasos. Los únicos sonidos que se escucharon fueron el de la brisa, el cantar de los grillos y sus furiosas respiraciones.

—Quizá no valieras tanto la pena, después de todo —le dijo Luvart en tono neutro, como si no le importara—. Sabía que tu poder se reencarnaría, pero ahora veo que tu alma se quedó por el camino.

Reyyan se quedó sin aliento. No se podía respirar a la vez que el corazón dejaba de responder a los latidos. Sintió que la vida quedaba suspendida en un punto muerto cuando Luvart se daba la vuelta para regresar a la casa. Y, una vez más, los impulsos secretos, quizá los impulsos de la Sehara, la presionaron a dejar a un lado el orgullo y seguirlo.

Estiró el brazo hacia su hombro y abrió la boca para hablar, pero la disculpa se quedó en un intento. Valthessar acababa de correr la puerta de cristal que daba al jardín para dirigirse a Luvart.

—Aquí estabas. —Suspiró.

Reyyan dio un par de pasos atrás, colapsada por la timidez. Luvart o bien no la percibía a su espalda o prefirió ignorarla.

—Veo que te encuentras bien —meditó Valthessar, examinando al herido con un vistazo rápido—. Me alegro, porque no podría darte esta noticia si no estuvieras en condiciones de encajarla.

—Ah, que hay más malas noticias. Esta noche sigue acumulando

logros para hacerse memorable.

Aunque la curiosidad destelló en sus ojos azules, Valthessar estaba demasiado preocupado como para hacer preguntas que podían esperar. Cambió el peso de pierna y clavó en Luvart una mirada solemne.

—Xaphan ha limpiado la daga con la que te apuñalaron y quiero que vengas a verla.

—¿Por qué querría ver yo eso? Y, dicho sea de paso, ¿cuál era el fin de limpiarla? No la quiero de recuerdo. —Se frotó la cara, frustrado—. No quiero recordar nada de esto, ¡maldita sea!

Valthessar no contestó enseguida.

—Por lo visto, X quería analizar tu sangre. Sospecha que así podría descubrir cómo es posible que el intento de asesinato no te afectara. Resulta que, después de abrillantarla, se ha topado con un inesperado regalo.

Sin mayor dilación, Valthessar señaló el interior de la casa con un gesto de cabeza. Luvart lo siguió y Reyyan se unió a la pareja con cierta aprensión, invitada por un gesto del *rex*.

Sobre la mesilla caoba del salón descansaba un pañuelo blanco doblado en cuatro partes. Valthessar lo retiró esquina a esquina, con cuidado de no rozar el acero, y volvió a fruncir el ceño al mirar el grabado de la hoja como debía haber hecho la primera vez. Como asimismo lo hizo Reyyan al leer con claridad el nombre del propietario.

—Aladiah —murmuró Luvart. El silencio se instaló entre ellos hasta que decidió seguir hablando—. Debe haber un error. Han tenido que robársela en algún momento, han tenido que...

—Eso es lo que me llevo repitiendo yo quince minutos, pero solo hay una explicación a que esto estuviera en el poder del Enclave. —Valthessar hizo una pausa para respirar hondo—. El regente ha engendrado con un súcubo. Y ha debido hacerlo durante o después de la experimentación.

—Pero eso no es posible. Yo estuve delante. Yo estuve... —La voz de Reyyan se apagó al comprender que aquello no era garantía de inocencia. Aladiah podría haber actuado a sus espaldas.

—Sea como sea el modo en que se ha dado, esto significa...

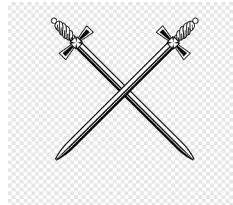
Reyyan palidecía por momentos.

—Que el regente es una víctima del Enclave.

Valthessar clavó su mirada inclemente en ella. Se mostraba reacio a juzgar al regente, y por eso sonó decepcionado al tener que replicar una obviedad.

—O lo que es peor: un traidor.

Capítulo XX



El ánimo sombrío del *rex* contagió a los penitentes que hicieron el viaje a La Sociedad. La luz del amanecer molestaba en los ojos a Valthessar, que se había puesto a cargo del volante del sedán de cristales tintados para ocupar su mente en otros asuntos menos peliagudos.

Para variar respecto a su habitual conducción temeraria, Valthessar no había pisado el acelerador en ningún momento, como si así pudiera posponer lo inevitable.

—Estoy hasta los cojones de las *daguitas* —mascullaba para sí.

El protocolo dictaba soluciones muy claras cuando se daba un hallazgo de esas características. Era el deber del *rex* convocar una audiencia en el salón de La Sociedad y comunicar la situación al Consejo de los Prefectos, que deliberaría en junta las medidas a tomar a favor o en contra el traidor en cuestión.

Valthessar se estremecía de incomodidad al pensar en aquella palabra.

Traidor.

Siempre le ponía el vello de punta, pero le sonaba especialmente desagradable si la vinculaba a un seráfico leal y pacífico, cualidades que Aladiah inspiraba en sus allegados. Con sus más y sus menos, había sido, de lejos, el mejor delegado de La Magna desde que Valthessar podía recordar, y habían sido numerosos y variados los regentes que ocuparon su lugar a lo largo de los dos mil años que había formado parte de El Séptimo Círculo, con ese nombre y con muchos otros. Mismo perro, distinto collar. Y, sin embargo, había sido Aladiah el traidor, y no ninguno de los soberbios o indiferentes regentes que habían ostentado el cargo previamente.

Era obvio que a Valthessar no se le daba bien calar a sus aliados.

—Tampoco es para tanto, ¿no? —preguntó Dagon en voz alta, rompiendo el silencio de velatorio que se había formado en el coche —. Quiero decir... Lo mismo echan a Aladiah de la Regencia, sí, pero ¿en qué nos afecta eso a nosotros? Tenemos una alianza, y el Pacto de Paz, además de seguir vigente, se celebró con La Sociedad en general,

no con él en particular.

El hecho de que ninguno de los allí presentes se dignara a responder su duda, ni siquiera Samael, con su condescendencia habitual, le confirmó a Valthessar lo que había estado temiendo.

Nadie era en realidad consciente de lo que podría avecinarse... salvo Luvart, que había insistido en acompañarlos pese a no encontrarse del todo en condiciones.

—Hace no mucho nos infiltramos en La Sociedad y masacramos a gran parte de los seráficos —les recordó con voz neutra—. De setenta y siete que eran, se quedaron en cuarenta y ocho. El único motivo por el que no fuimos castigados fue porque La Magna consideró que ese era el precio justo por el asesinato de una *anandha*, pero luego se descubrió que no murió a manos de La Sociedad y esa «venganza» se convirtió en un asalto injusto. En un genocidio.

»Lo que habría correspondido hubiera sido que el regente Aladiah nos hiciera pagar por los daños causados. Pero en su lugar intercedió por nosotros, alegando que el Enclave se estaba haciendo fuerte a nuestra costa y no debíamos perder el tiempo con represalias.

—Entonces es por eso que la mayoría de los prefectos no lo miran con buenos ojos —musitó Reyyan.

Luvart ni se molestó en girarse hacia ella, cosa que sí hicieron los demás.

—¿A qué os referís? —preguntó el *rex*, alarmado—. Siempre he guardado la sospecha de que eso explotaría por algún lado. No se puede cometer un delito de esas características y salir indemne. De hecho, cuando os comandé hasta La Sociedad, fue sabiendo que pagaría el pato.

—Eso es justo lo que me pareció sobreentender al fijarme en la actitud de los prefectos. Se muestran muy reticentes a confiar en la palabra del regente y se nota que cuestionan sus decisiones, incluso las que en apariencia puedan ser menos determinantes. Es como si hubiera perdido el respeto de sus seguidores. Ahora entiendo por qué. Los seráficos pueden ser misericordiosos, pero si algo no toleran, son las injusticias.

—No solo los seráficos tienen problemas con las injusticias —comentó Luvart, mirando por la ventanilla.

—Pero es de los seráficos de lo que estamos hablando ahora —zanjó Reyyan, tensa en su asiento. Luvart vio a través del reflejo del cristal que estiraba el cuello para mirar a Valthessar—. ¿Creéis que la alianza se romperá si deciden echar al regente del cargo?

—No sé si se romperá, pero sí sé que no nos beneficiará en absoluto que Aladiah quede fuera de la Regencia. El porqué es bastante obvio: no ha habido y es probable no haya otro regente tan permisivo ni cercano a El Séptimo Círculo. En los pocos siglos que he estado en

contacto con La Sociedad como supuesta organización amiga, jamás se ha respetado mi cargo ni a mis hombres como los respeta Aladiah.

—La que solo es otra razón para que el Consejo esté descontento con su trabajo de regente —concluyó Samael, torciendo la boca—. Los penitentes son criaturas de La Magna y por eso merecen respeto, pero un respeto de segunda por su condición de pecadores. El Consejo está formado por carcas y miembros antiquísimos de La Sociedad. Tócales las costumbres, aunque sean costumbres viciadas y repugnantes, y prepárate para morir.

—Dudo que ajusticien a Aladiah —meditó Valthessar—. Y si lo proponen, intervendré.

Samael y Dagon se miraron sorprendidos por la decisión del *rex*.

Todo el mundo sabía de la animadversión que había sentido toda la vida por los seráficos. La historia de su desprecio hacia la comunidad no solo era de conocimiento público, sino que El Séptimo Círculo al completo y también parte de La Sociedad comprendían sus reticencias a la hora de entablar relaciones con la Regencia. A fin de cuentas, en esos dos mil años de penitencia le había dado tiempo a ser perseguido y torturado por los seráficos cuando el Pacto de Paz no contenía aún su sed de sangre. Valthessar había visto y padecido el lado oscuro de La Sociedad, a la que todos tenían por una organización pacífica, leal y venerable. Que hubiera decidido dar un paso al frente para proteger a uno de los miembros —y no cualquier miembro— quizá significara que había superado su antipatía por el grupo.

O que, al igual que muchos de los presentes, había aprendido a apreciar a Aladiah.

Una vez aparcado el coche en el *parking* subterráneo del complejo, Valthessar guardó la daga envuelta en un paño en el interior de su chaqueta de cuero. Lo siguieron Samael, Dagon, Reyyan y, por último, Luvart, que se rezagó adrede para admirar a la joven mientras maquinaba para sus adentros.

Si pensaba que un puñado de palabras pronunciadas a mala idea lo disuadirían de luchar por ella, estaba muy equivocada. Tal vez estuviera furioso, pero su exasperante tozudez no era nada comparada con la rabia de saber que solo La Magna tenía la culpa de la situación. Y aunque le hubiera puesto histérico en más de una ocasión, aunque Reyyan hubiese demostrado un don para sacarlo de sus casillas, esto solo hacía que la deseara aún más.

Luvart hubiera matado no hacía mucho tiempo por sentirse como se sentía entonces. La espera le había arrebatado incluso la desesperación y el ahogo para dejarle tan solo una triste resignación y la certeza de que la muerte sería el destino más favorable. Le había cercenado y arrojado al vacío, le había secado hasta la última gota de esperanza, y Reyyan se la había devuelto junto a toda esa variedad de sentimientos

que creyó olvidados. Que olvidó, de hecho, y poco a poco iba recordando ahora.

En esos momentos estaba frustrado, nervioso, expectante de nuevo, lleno de energía para seguir luchando, furioso y, sobre todo, empachado del amor que constituía su alimento. Con Reyyan había recuperado la vitalidad, la deseada capacidad de sentir no solo por ella, sino también por otros.

Preocupación. Rabia. Lástima.

Si pensaba que iba a renunciar a su corazón ahora que lo tenía de vuelta, lo estaba subestimando.

Entraron en el edificio de La Sociedad en completo silencio. Siempre le había recordado a un manicomio abandonado, un bloque de piedra blanca desgastada por el tiempo que se confundía con la maleza del bosque.

Para la inmensa sorpresa de todos, no hubo que elaborar una petición oficial para convocar al Consejo al completo. El Consejo ya estaba reunido en el salón de audiencias, y por lo que Luvart sobreentendió apenas hicieron acto de presencia, discutían acalorados. Todo lo acalorados que podían discutir los prefectos, por supuesto, que no tenía nada que ver con el modo en que Valthessar y Mara o Dagon y Samael se arrojaban los trastos a la cabeza.

Raziel se puso en pie en cuanto el *rex* se detuvo frente al portón. Era uno de los tres prefectos que ocupaban la tribuna en representación del Linaje de los Albos, y, visto el lugar donde había tomado asiento —el sillón de la Regencia—, también el que había convocado la reunión extraoficial. Noveno, Tronos, Ishim y Quinto le acompañaban.

No se veía a Aladiah por ninguna parte.

—Celebro el sentido de la oportunidad del *rex* Valthessar. —Raziel proyectó su voz con seguridad—. Estábamos dando por concluido el encuentro y pretendíamos convocar otro con el resto de La Sociedad para llevar a cabo las correspondientes medidas.

—¿Medidas para solventar qué problema?

Raziel alineó la silla en la que había estado sentado y entrelazó los dedos sobre el regazo.

Dos secciones de lacio cabello blanco reposaban sobre sus estrechos hombros. Lo único que lo delataba como seráfico albo, pues todos presentaban un aspecto muy similar, eran sus ojos transparentes.

El linaje al completo, a cambio de su inmortalidad y su preeminencia histórica gracias a la sangre pura que corría por sus venas, debía cargar a modo de compensación con el defecto de la ceguera. A nadie le parecía que esto fuese un talón de Aquiles, sin embargo, pues esto le agudizaba el resto de los sentidos de modo que resultaban igual de imbatibles en el combate.

—Bajo ninguna otra circunstancia haríamos cómplice a El Séptimo Círculo de las problemáticas situaciones que solo atañen a La Sociedad. Pero debido al acuerdo actual, determinado por la Regencia, no nos queda más remedio que admitir que el poder político sufre y sufrirá en estos días una importante modificación.

Valthessar barrió el salón de un vistazo. Parecía mucho más vacío, más vulgar sin Aladiah.

—Sea la modificación que sea, creo que a quien le corresponde pronunciarse es al regente.

—Eso no va a ser posible. El regente Aladiah se encuentra ahora mismo indispuesto y en la próxima sesión jurará sobre la *Sagrada Crónica* que no responderá más que las preguntas que se le hagan.

—Jurará sobre la *Sagrada Crónica* —repitió el *rex* en un murmullo, comprendiendo—. Se le someterá a juicio.

—Así es. —Raziel rodeó la mesa caminando con tranquilidad—. Aladiah nos ha comunicado en privado que ha fallado a las dos razas, a La Sociedad y, por ende, también a Su Santidad la diosa Magna. La Mismísima asistirá al juicio para determinar su futuro.

—Por casualidad su traición no tendrá que ver con los súcubos.

Raziel ladeó la cabeza de forma robótica.

—¿Cómo lo sabéis?

Solo porque no le quedaba más remedio, Valthessar extrajo del interior de la chaqueta el elemento incriminatorio. Uno de los áureos presentes, que sí podían reconocer el arma a simple vista, se levantó para tomarla, medirla entre sus manos y transmitir a Raziel en voz baja las malas noticias.

Luvart no apartó la vista de Valthessar en lo que duró la breve sesión de reconocimiento, y supo que no era así como le habría gustado hacer su aportación. Estaba convencido de que Valthessar había esperado, quizá con demasiada ingenuidad, poder reunirse a solas con el regente y tomar decisiones al margen del Consejo. Y sin duda había sido ingenuo, porque el regente, cumplidor como era, no habría trapicheado a espaldas de sus prefectos.

—Esto confirma su crimen —meditó Raziel, impasible—. En ausencia de Aladiah, que por razones obvias ha sido apartado temporalmente de la Regencia, el Consejo ha acordado que sea yo quien dirija el juicio. La Magna asistirá en calidad de jurado y sobre Ella recaerá, como siempre, la responsabilidad de tomar una decisión definitiva.

Valthessar no apartó la vista del rostro sereno de Raziel.

—¿Y cuál es la decisión definitiva que ha contemplado el Consejo antes de decidir que el asunto requiere la participación de la diosa? Gran parte de los seráficos ha sido víctima de los súcubos. El regente es solo otra más.

—El regente ha de dar ejemplo en todo momento —replicó Noveno con los labios fruncidos.

—Pero a ti te alegra que haya cometido este error, ¿verdad?

Noveno tuvo el descaro de lanzar una exclamación ahogada, como si se hallara consternado de que se le acusara de opositor.

—Si se hubiera tratado de un simple error, el Consejo podría haberlo dejado correr —repuso Raziel.

—El Consejo no lo habría dejado correr de ninguna manera —replicó Valthessar en tono neutral—. No hay ni una sola criatura en este salón que no celebre la caída del regente.

—Ya no es el regente —replicó Raziel, curvando las cejas en un amago de mueca apenada—. Aladiah ha cometido una falta imperdonable. Se ha aprovechado de la experimentación para retozar con el enemigo... y con graves consecuencias.

—Si bien entre los muchos deberes de la Regencia se encuentra el de perpetuar la raza, la elección de vientre de Aladiah ha dejado mucho que desear —comentó otro de los prefectos con cierta ironía. Recibía el nombre de Tronos y solo descendía a la tierra de los mortales cuando era necesaria una reunión del Consejo. El resto del tiempo habitaba el Autem junto a La Magna por su condición de empíreo marcial, entrenando para futuras misiones terrestres, al igual que el joven de piel aceitunada sentado a su lado, Ishim, que habló en ese momento.

—Además de que, al igual que otras muchas, la elección de madre corría a cargo del Consejo. Jamás hubiéramos seleccionado a un súcubo, como es natural.

Valthessar espiró con brusquedad, fingiendo una carcajada.

—Miraos. —Con un movimiento del brazo abarcó la mesa de los prefectos—. Miraos, todos vosotros. Ansiosos por deponer a un regente para el que ninguno estaba preparado. Aladiah ha traicionado a La Sociedad, pero ¿no está La Sociedad traicionando a Aladiah?

—Tendrá la oportunidad de defenderse cuando le llegue el turno —aseguró Noveno, molesto por tener que dar explicaciones.

—Y entonces os arrojaréis sobre él como hienas —agregó Valthessar, asqueado—, justo como estáis haciendo ahora y en su ausencia, porque en su presencia no os atreveríais a pronunciar ni la mitad de todas esas acusaciones.

—Acusaciones honestas que vos mismo habéis venido a confirmar —atajó Tronos.

—Vigilad vuestra lengua, *rex* —le advirtió Raziel, sin subir el tono —. Mucho me temo que los candidatos a la Regencia no son tan progresistas ni permisivo como aquel con el que firmasteis una tregua.

—¿*Aquel*? —repitió Valthessar, burlón—. ¿Ya ni siquiera tiene

nombre?

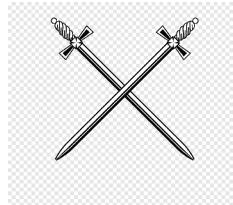
—No tendrá ni sitio en nuestra mesa una vez se le juzgue —aclaró Noveno.

—Yo en vuestro lugar tendría cuidado con las palabras que empleo al referirme al Consejo de los Prefectos de ahora en adelante —prosiguió Tronos—. Aladiah no está aquí para disculpar vuestras afrentas como lleva haciéndolo desde el primer día, y no dudéis que estas serán juzgadas una vez sea oficialmente expulsado de La Sociedad.

—Yo creo que estáis muy seguros de que La Magna se deshará de Aladiah —comentó Valthessar, estrechando la mirada—. Es obvio que no la conocéis tan bien como yo, o de lo contrario no daríais tantas cosas por sentadas. La diosa os podría sorprender, y apuesto lo que sea a que eso es lo que hará.

»Sorprendernos a todos.

Capítulo XXI



Reyyan asistía a la preparación de un juicio urgente con gesto horrorizado. Se estaba habilitando el salón de audiencias para recibir a La Magna con la pompa y boato requeridos: esparciendo incienso para que el olor flotara en el aire y descolgando los estandartes con su símbolo identificativo, el árbol de la vida con las ramas tribales. Los miembros del Consejo se habían ataviado con las túnicas blancas que constituían el uniforme del prefecto, y se habían repartido en tribuna dejando el asiento preferente para la diosa.

A un lado, solo frente a las bestias, se sentaría el acusado.

Reyyan, que formaba parte de la élite entre las razas y había llevado la voz cantante durante la experimentación —donde se presumía que había tenido lugar la traición—, ocupaba el lugar de los testigos a la derecha de la tribuna. Luvart, la augur Levanah, Darda'il, Xaphan, Mara y Valthessar eran también testigos, algunos de hechos y otros de carácter. Y entre todos los asientos, Luvart había ido a ocupar el que se encontraba justo a su izquierda.

Lamentaba que la hubieran aposentado el sillón de la esquina, porque no podría fingirse ocupada con otro de los testigos para darle la espalda. Quería ignorarlo con todas sus fuerzas. No solo porque le indignara el tono en que le había hablado y estuviera confusa por su confesión. También porque La Magna aparecería de un momento a otro y no quería que reconociera en su rostro que había pecado.

Había pecado *con el verdugo*.

Reyyan se aferró a su túnica de sacerdotisa con los puños crispados. Sabía que él la estaba mirando como sabía también que no pensaba tranquilizarla. Le había enfurecido que invalidara ese delirio suyo sobre la Sehara. Y era recíproco.

Invadida de nuevo por la rabia, dijo sin mirarlo:

—Una vez testifique sobre lo que ocurrió durante los experimentos, habré cumplido mi cometido para con las razas y regresaré al Autem con La Magna. —Pausa—. Creo que era mi deber informarte.

—¿Por qué era tu deber, si, según tú, no me debes nada?

Reyyan se estremeció. Solo había tenido que ladear la cabeza para

hablarle directamente a su sien, con lo que eso conllevaba: verse asfixiada por su olor fluctuando en torno a ella, su voz clavada en el corazón.

Apretó más los puños.

—Porque tú sí sientes que yo te debo algo.

—¿Y no será que lo siento porque es lo que me transmites? ¿Por qué lloras, si has estado ansiosa por volver a tu torre desde que saliste? ¿Puede que sea porque no quieres abandonarme?

Reyyan fue a replicar que no estaba llorando, pero tenía las mejillas empapadas. Se las secó, avergonzada, antes de que alguno de los inquietos seráficos del público se percatara.

—Si me abandonas ahora, Reyyan, no podrás recuperarme. Esta medianoche vence el periodo de gracia. Mil y uno.

—¿Qué pretendes hacer? ¿Abandonar El Séptimo Círculo cuando más te necesita?

—He estado al servicio de El Séptimo Círculo durante setecientos años. La penitencia está cumplida, aunque la mujer que habría de salvarme haya decidido que no merezco la pena.

Reyyan ladeó la cabeza hacia él. Lo vio borroso por culpa de las lágrimas, pero incluso a través de la lámina vidriosa que recubría sus ojos percibió que Luvart no se inmutaba. Parecía que el asunto no le tocara de cerca.

No supo qué decir. Por supuesto que merecía la pena. Era galante, caballeroso, tierno y romántico; era indestructible, un mago de las manos y las armas, bello como él solo.

Lo odiaba por haberla puesto en tan complicada posición.

—Yo no puedo salvarte, Luvart.

—En ese caso, no tiene sentido esperar a esta noche. Tan pronto como concluya el juicio, me presentaré ante La Magna y le daré el gusto de verme rogando el descanso eterno.

—No... —balbuceó, impotente.

Pero se calló.

¿Cómo iba a permitir semejante sacrilegio? No podría perdonarse a sí misma haber sido cómplice de la pérdida de una criatura soberbia, perfecta. Pero al mismo tiempo, si el precio de la vida de Luvart era el precio de la vida de Reyyan, con sus lealtades y sus pesadillas, no podría pagarlo. Si la vida de Reyyan no estuviera vinculada en modo alguno a la de la diosa, si la vida de Reyyan fuera «una vida más», entonces quizá podría permitírselo, pero decepcionar a La Magna quedaba fuera de toda cuestión.

Reyyan lo miró, desesperada por empaparse de su imagen. El perfil recto de rasgos armónicos, la curva sombreada de sus pestañas de oro, esos labios...

¿Sería mucho pedir un último beso de sus labios? ¿El último beso

del hombre perverso y manipulador, del hombre liante? Aunque lo amara porque él la había hechizado, aunque su amor fuera un espejismo, lo sentía tan real que se habría abrazado a él si no hubiera iniciado la sesión.

Todo el mundo enmudeció cuando La Magna hizo acto de presencia en una nube de polvo dorado. Sus pies, enfundados en unas delicadas sandalias que parecían hechas de paja y bambú, no tocaron el suelo en ningún momento.

La Magna flotaba hacia su lugar en la tribuna mirando a un lado y a otro, concediéndole a todas sus criaturas sin faltar una ese saludo breve que agitaría sus corazones. Vestía la túnica blanca específica de los juicios, ceñida a la cintura gracias a un estrechísimo corsé dorado.

Reyyan aguantó la respiración cuando le tocó pasar por su lado. Esperaba que La Magna le dirigiese una mirada furiosa, señal de que había sido testigo de todos sus crímenes. Sin embargo, La Magna le dedicó una sonrisa tan sibilina que ni se notó y que podía significar que hablarían más tarde. Luego posó la vista en Luvart, al que Reyyan vio inclinarse hacia delante para desafiarla con la clase de hondo desprecio que no permitía sanar las heridas del pasado. Estiró un brazo protector para cubrir a Reyyan, un gesto que tenía implícito ese afán de posesión disimulado hasta el momento.

La Magna no dijo nada. Tomó asiento en su lugar y, sin discursos ni presentaciones, clavó los ojos en el magnánimo portón cerrado y llamó al acusado.

«Que entre Aladiah».

Las puertas cedieron apenas su voz colapsó todos los canales. Apareció bajo el umbral, despojado de su túnica de regente y sin el maquillaje propio de los áureos, pero nada en su actitud delataba que hubiera ocurrido una desgracia.

Reyyan observó con la garganta seca que Aladiah no mostraba arrepentimiento. Lo lamentó, sabiendo que por la falta de humildad también se pagaba en esos casos.

Aladiah hizo una reverencia a La Magna.

—Su Santidad —expresó, sereno como de costumbre. A continuación, tomó asiento y el mediador del juicio dio comienzo a la sesión.

—Exponemos un caso de alta traición como no se ha conocido nunca antes en la regencia de esta organización —empezó Raziel—. El Enclave se está consolidando como enemigo poderoso a través de sucias artimañas que, en el proceso de ser erradicadas, el acusado ha explorado a espaldas de La Sociedad. Incluso se ha aprovechado de ellas.

»Aladiah se enfrenta a la mayor pena que se haya visto en la Subrealidad. Conociendo la delicada situación en la que La Sociedad

se encuentra, ha colaborado con el enemigo, vulnerando por el camino la Ley de No Reproducción de los Áureos hasta la selección unánime del futuro vientre y la prohibición de operar sin el consentimiento del Consejo. Ha puesto en peligro a La Sociedad y ha atentado contra El Séptimo Círculo, como pueden corroborar el testigo Luvart, herido de muerte por la daga robada, y el *rex* Valthessar y Xaphan, que vienen aquí para confirmar que es su nombre el que está grabado en la hoja del arma homicida.

Raziel entrelazó los dedos y prosiguió su narración en tono desapasionado. La expresión de Aladiah al escucharlo era de asentimiento.

—Aladiah confesó su crimen antes de que El Séptimo Círculo lo descubriera a través del delito de sangre en el que sin duda contribuyó indirectamente. No obstante, confesó sin arrepentimiento posterior, lo que solo añade un tercer agravante a la condena.

»El último agravante contemplado en esta revisión es su cargo de regente. Sus deberes como delegado de La Magna son, entre otros, ofrecer un ejemplo de moral para los seráficos, mantenerlos a salvo de peligros externos. Aladiah ha traicionado la confianza que se depositó en él, tanto la de Su Santidad como la del Consejo.

—Para los casos de alta traición, la *Sagrada Crónica* ha contemplado históricamente el ajusticiamiento público —concluyó Tronos—, una forma de compensación a través de la humillación del traidor.

—¡¿Qué?! —exclamó Mara, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

Tronos alzó la mano.

—Para la concreción de la pena se deliberará en esta misma tribuna durante la próxima sesión. Se escuchará la versión del acusado, una descripción externa de lo sucedido en las experimentaciones a cargo de la sacerdotisa Reyyan y la augur Levanah, y a los testigos de buen carácter que han querido salir en defensa de Aladiah: la ocultista Mara y la prometida de Aladiah, Darda'il.

Reyyan se fijó en que Darda'il no dejaba de mover la pierna. Estaba ruborizada de rabia hasta la raíz del pelo, pelirrojo natural, y miraba a un lado y a otro con gesto hosco, preparada para atacar a cualquiera que hiciera un nuevo reproche a su regente. Era una prometida fiel a la que deseó librar de todo sufrimiento, que en el futuro más inmediato no sería poco.

La Magna había estado escuchando tiesa sobre el asiento. El cabello flameaba en torno a sus hombros relajados, y sus largas uñas doradas repiqueteaban contra el reposabrazos, impaciente o bien meditabunda.

Reyyan ya sabía que La Magna tenía su propia opinión de las cosas, y como muy bien había indicado Valthessar, podría sorprenderlos a

todos.

«Deseo oír ahora la defensa de Aladiah», declaró.

Aladiah no la hizo esperar. Se puso de pie sobre el pedestal en el que habían preparado su asiento y asintió hacia su prometida para tranquilizarla, cosa que no consiguió.

Luego miró a La Magna en señal de respeto, y al fin posó sus ojos celestes en Raziel. Reyyan admiró su firmeza nada más inaugurar la defensa.

—Para empezar, me gustaría aclarar un detalle. No he sido el único seráfico que, en el cargo de regente, ha cometido una grave infracción. Hasta donde alcanza mi memoria, recuerdo al regente Mithrael, ahora canonizado como patrón del Linaje de los Áureos. En su momento, estaba terminantemente prohibido que un seráfico de sangre pura se reprodujera con humanos, y eso fue lo que hizo, ganándose el destierro en el acto. Aunque La Magna creyera el caso digno de revisión y rectificara a posteriori para dar espacio a los áureos en La Sociedad, la desobediencia de Mithrael dio lugar al Segundo Final, uno de los momentos claves y críticos en la historia de las razas.

»Por otro lado, recuerdo también a Yaladiel, del Linaje de los Albos, conocido como «El Torturador». Capturó al *rex* Valthessar, que se había infiltrado en el Enclave durante una de las primeras expediciones del siglo V, y lo mantuvo recluido con torturas enfermizas aun sabiendo que se había tratado de una confusión y no servía al Enclave. Esto puede corroborarlo el propio *rex*, aquí presente.

Valthessar cambió de postura en el asiento, desagradado aún con el recuerdo, y asintió de forma imperceptible.

—¿Cuál es el punto de hacer esta aclaración? —quiso saber Raziel.

—Solo recalcar que la desobediencia no es algo que yo haya inventado. Yo no he herido a una criatura de La Magna por placer, de forma sádica y continuada, como sí lo hizo Yaladiel... quien, si no recuerdo mal, salió indemne de un juicio de estas mismas características.

—¿Qué clase de defensa consiste en recordar los errores de otros seráficos? —prorrumpió Noveno.

—Esa no es toda mi defensa, tan solo una puntualización. Y creo que, en vista del futuro que me aguarda, cualquier defensa que emprenda será poca.

»En lo que respecta al pecado cometido, no me considero un traidor cegado por la lujuria. Mis sentimientos por Bel no son menos puros que los de Mithrael por la princesa fenicia Asherah o los que un penitente podría experimentar por su *anandha*.

La Magna levantó las cejas, sorprendida.

«Eso son palabras mayores. Equiparas la adoración divina con una mera obsesión carnal».

—Con el debido respeto, Santidad, los súcubos no son criaturas temibles o perversas. No poseen fealdad alguna y sí un corazón como cada uno de nosotros. Estamos hablando de seres creados por el Gran Grimorio a través de un hechizo de magia pura que son obligados a luchar por él usando sus cuerpos. Seres que no tienen otra opción que esa. Solo afrontar la muerte.

«Presupongo que esta información que nos proporcionas hoy no era del conocimiento del Consejo».

—No lo era hasta esta mañana, cuando para expresar mis sospechas he debido confesar los medios utilizados.

»Bel es una criatura emocional. Me ha confesado el dolor que ha experimentado, el miedo y la frustración al vivir atrapada en mi mente, agazapada en un rincón sombrío. Estaba asustada y temía las consecuencias de no cumplir su cometido, el único por el que podría ser libre inmediatamente después.

Reyyan tragó saliva.

Aquella historia bien podía ser la suya. Esa podía ser su verdad como era la de Bel. Ya fuera por el talento de Aladiah para meterse al público en el bolsillo o porque se identificaba con el súcubo, se sorprendió lamentando el destino de los esbirros del Gran Grimorio.

—Así que confirmas lo que la augur Levanah aportó a la acusación —intervino Noveno, envalentonado—. Te negaste a matar al súcubo en la segunda experimentación, y no solo eso, sino que seguiste viéndolo de forma recurrente, quien sabe si entre medias también. Ni te molestaste en cubrirte con el manto protector...

La Magna lo acalló con una mirada hostil. Se dirigió a Aladiah, el único que tenía su entera atención.

«¿Me estás diciendo, seráfico, que engendraste con ella para concederle su libertad?».

—No solo por eso. —Sus ojos se colmaron de una emoción solemne —. También porque la amo.

Se levantó un coro de murmullos en el salón.

La Magna los acalló alzando una mano, sin apartar los ojos del acusado.

—Antes que el esbirro de un monstruo, los súcubos son criaturas surgidas a partir de un hechizo de la Sehara, la creadora de la magia pura, la magia *albis*. Y yo siento simpatía y afecto por todos los herederos en mayor o menor medida de Su Santidad. Bel no tiene la culpa de haber sido engendrada con fines perversos. Bel no tiene la culpa de ser utilizada. Si Su Santidad hubiera conjurado el hechizo que daba lugar a su nacimiento, no sería un ser oscuro con talentos seductores. Podría haber sido un ser de luz. Pero no tenía a La Magna ni a ninguno de sus seguidores para iluminar su camino.

Tronos volvió a ponerse de pie, poderoso e intimidante como solo

podía serlo un empíreo marcial de músculos desarrollados.

—Varios miembros de La Sociedad han querido contar bajo el anonimato su terrible experiencia con los súcubos. Ninguno de ellos ha mencionado jamás que puedan poseer un lado luminoso o que sean algo diferente a un pedazo de carne dotado de técnicas de persuasión específicas para cada víctima.

«Es evidente que Bel apeló al victimismo, lo único que habría conmovido a un seráfico justo, leal y empático como Aladiah», meditó La Magna, observando a su criatura con cierta conmiseración.

—Bel no miente —repuso Aladiah. Una alteración en su voz puso en guardia a toda la tribuna—. Estoy convencido de que arremeter contra los súcubos no es el modo de salvar la situación. Matando e hiriendo a los súcubos, de hecho, estamos yendo contra el mandamiento más importante: el que repudia la violencia contra las víctimas. Bel, sin duda, es una víctima.

La Magna se mesaba la barbilla, como si entre todas las defensas aquella fuera la última que hubiera contemplado. Parecía reírse de sí misma y de su propia inocencia, y así lo expresó al decir:

«Debería haber imaginado que Aladiah jamás traicionaría a su diosa por algo distinto al amor por Ella. Crees que Bel es una de mis criaturas».

—Y no miente —intervino Xaphan. Todas las cabezas se giraron hacia él, pero él no despegó los ojos del acusado—. Ahora despojado del manto protector que blindaba su mente y le protegía de caer en la emoción, no me cuesta leer sus pensamientos. Habla desde el corazón. La augur Levanah podría demostrarlo ante todos vosotros con una inmersión.

Levanah lo confirmó asintiendo con la cabeza. Miraba al regente con clara preocupación, sin miedo a delatar su postura en el juicio.

Era otra de las pocas partidarias de su inocencia.

«Supongo que Xaphan no miente», dijo La Magna. «Debe ser cierto que se le despojó del manto protector con todo lo que eso conlleva, como, por ejemplo, la enajenación mental. Es un punto a considerar, un claro atenuante. A la Regencia no se le puede arrancar el manto protector sin un previo entrenamiento mental, o de pronto se ve desnudo y vulnerable a todas las emociones que el manto reprime».

—Era necesario tanto para la primera como la segunda experimentación —repuso Darda'il, acelerada—, a la que Aladiah cedió y a la que, de hecho, se ofreció para que ningún otro seráfico tuviera que sufrir la humillación de confesar que había sido seducido. ¡Y todo para que ahora arremetan contra él como si no hubiera hecho un enorme sacrificio! Él sabía que se exponía a esto en el peor de los casos, y al final ha ocurrido. ¿Se estaría juzgando igual si no fuera el regente y si el Consejo no le odiara como le odia?

«Tenemos aquí al testigo de buen carácter, parece», dedujo La Magna, levantando las cejas hacia ella.

Darda'il infló el pecho con orgullo.

—No es solo *buen* carácter. Es el MEJOR carácter. Si no fuera tan bueno, tan decente, tan generoso; si no se preocupara de proteger incluso a quien no le corresponde, a quienes le necesitan de veras, no estaría en esta situación tan complicada. Es verdad que se ha equivocado y que este no era el mejor momento, pero uno no decide cuándo se enamora, ¿no? —Se ruborizó al ver que la ceja de La Magna escalaba—. ¡Quiero decir que...! ¡Que debemos entenderlo!

«¿Debemos?», repitió en tono de advertencia.

—Con el debido respeto, Santidad, habéis de saber que el deseo de los prefectos por apartar a Aladiah de la regencia no tiene ni de lejos su base en lo ocurrido con Bel. Lo detestan porque respeta a El Séptimo Círculo y permite que se paseen por el complejo de La Sociedad como si fuera su propia casa, porque pretende modificar los códigos legales que han regido esta organización desde los tiempos de Maricastaña...

«¿Maricastaña?».

—De hace mucho tiempo. Demasiado tiempo —especificó—. Aladiah ha insinuado que tenemos pendiente una modernización del sistema y los retrógrados de los prefectos han reaccionado como si los hubiera apuntado con una AK-47.

«¿AK-47?».

—Un fusil de asalto soviético —aclaró cansinamente—. Santidad, para ser una diosa, tenéis muy poca cultura general.

Aladiah se pasó las manos por la cara, Reyyan no supo si avergonzado o preocupado por si se echaba a reír como un loco en pleno juicio.

—Cuando tu prometida se refiere a los prefectos en esos términos no es porque tú la hayas formado de ese modo, ¿no? —inquirió Noveno, pálido por la virulencia del discurso de Darda'il.

—Darda'il tiene su propia opinión sobre las cosas. Es uno de los motivos por los que la elegí para ocupar mi lugar en la tribuna una vez abandonara el Consejo. De todos modos, me parece que nos estamos desviando de la idea principal. Me niego a ver toda esta situación como un complot.

—¿Veis? —exclamó Darda'il, haciendo aspavientos. Solo miraba a La Magna con la esperanza de que Ella, la única capaz de poner orden, comprendiera su punto—. Es tan bondadoso e ingenuo a veces que no se da cuenta de lo que sucede a su alrededor. ¿Y no es por eso por lo que fue elegido regente, acaso? ¿No lo elegisteis porque era puro de corazón, porque ama sin reservas, perdona y mira por el bien de los necesitados, Santidad? ¿Quién ocupará la Regencia mejor que él? ¿El

traidor de Raziel?

—Vigila tus palabras —la advirtió el aludido—, o tú también podrías ser juzgada en esta misma sala.

Darda'il cuadró los hombros.

—No me importa.

—Este es *mi* juicio por traición —zanjó Aladiah—. Si alguien ha querido traicionarme en algún momento, se le juzgará por separado, y si otro alguien desea injuriar al Consejo para hacerme compañía en el cadalso —ladeó la cabeza hacia Darda'il, advirtiéndola—, por favor, que dé un paso atrás.

»Sobre las acusaciones hacia Raziel, es imposible que alguno de los prefectos haya cometido traición contra mí en este caso. Es una situación que me he buscado yo.

La Magna devolvió toda la atención a Aladiah.

«Entonces admites tu error».

—Admito que he errado a vuestros ojos y lamento haberos defraudado. No le quito importancia a las consecuencias que esto ha traído a La Sociedad, pues como regente he fallado protegiendo antes a Bel..., e incluso he perjudicado a El Séptimo Círculo. —Miró a Luvart —. Jamás me lo habría perdonado si hubieras perdido la vida con el arma que yo debía custodiar.

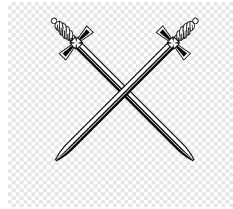
Luvart se negó a aceptar sus disculpas meneando la cabeza.

—Sin embargo —continuó Aladiah—, considero que todo acto llevado a cabo por amor y respeto a lo que la magia de la Sehara puede crear, es disculpable e incluso comprensible. Y no solo pido que se me perdone la vida, sino que enfoquemos el problema de los súcubos de otra manera para que no tengan que morir más inocentes.

—¿Y si rechazamos tu petición? —inquirió Raziel.

—Entonces moriré defraudado por mi propia gente y por un sistema que creí más justo.

Capítulo XXII



Reyyan aguantaba la respiración, y no era la única. Al levantarse del asiento, La Magna puso fin al intenso silencio que dominaba el salón.

«Esta no es la actitud que deberías haber tomado ante tu diosa», le reprendió La Magna. «Cuando eres juzgado por alta traición, agachas la cabeza y rezas por que los augures lean el verdadero arrepentimiento en el fondo de tu corazón, que es lo único que podría salvarte».

Aladiah la miró a los ojos, una licencia que no debería haberse tomado.

—No deseo vivir si he de hacerlo sabiendo que dejé a Bel a merced de su torturador. Estaría apartando la mirada, y esa cobardía me pesaría demasiado para retomar mis deberes.

—Está totalmente enajenado. —Oyó que murmuraba Valthessar. Miraba a Aladiah como un joven aprensivo examinaría la escena de un crimen sangriento—. No pensé que viviría para ver algo así.

«Sin embargo, Aladiah, *has* de retomar tus deberes», determinó La Magna.

—¿Cómo? —balbuceó Noveno.

La Magna barrió la sala con un vistazo calculador. Reyyan sabía que hacía eso cuando quería anticiparse a las reacciones de los demás y reconocer el verdadero sentir que sus decisiones provocaban en el resto.

«Aladiah me ha traicionado. Pero no me ha traicionado consciente», comenzó, mirando con severidad al acusado. «Basta con ver el modo en que se defiende, la convicción que emana su discurso. El veneno del súcubo ha echado raíces profundas en su corazón y, como sucede con todos los esbirros del Gran Grimorio, ese veneno irá poco a poco consumiendo la bella lealtad que aún siente hacia mí y hacia su gente».

«Aladiah se encuentra en un punto preocupante, y si se tratara de

cualquier otro seráfico, lo sacrificaría. Pero sus obras comunitarias, la entrega a La Sociedad por la que ha destacado todos estos años, me impiden poner fin a su vida y llamarlo justicia. Como ha mencionado su prometida, fue elegido para el cargo por su empatía, por su gran corazón, y eso siempre da lugar a errores de gran magnitud. Errores como este».

«Mi decisión sería apartarlo de la Regencia y nombrar de inmediato a un sucesor. Sin embargo, miro a mi alrededor y no veo a nadie digno de dicho honor. Los aspirantes al cargo aún necesitan madurar y deshacerse de la soberbia que se interpondría en sus labores, y con la situación que se nos echa encima con el Enclave, que no dudo que empeorará, sobre todo si seguimos adelante con esta crucifixión, no podemos permitirnos los meses requeridos para formar debidamente a un futuro regente. Además de que, dejando con vida a Aladiah, pero repudiado por la organización que le vio crecer, no estaríamos resolviendo el problema. Ese veneno permanecería en su sangre y acabaría consumiéndolo, y recalco por última vez que no es un miembro de La Sociedad del que pueda o desee prescindir».

«Así pues, esta es mi decisión. Perdono las injurias y pecados de Aladiah y le devuelvo la Regencia con una única condición: habrá de prestarse a que la sacerdotisa Reyyan borre de su corazón el recuerdo de Bel antes de que este le consuma... y, como prueba de lealtad hacia su diosa, deberá hacerlo voluntarioso».

Reyyan necesitó repetir para sus adentros el decreto de La Magna.

Borrarla de su corazón.

Antes de poder pensarlo, se puso en pie a trompicones y balbuceó:

—Pero ese es un hechizo agresivo y muy peligroso. Podría complicar su estado actual. Podría matarlo. O podría hacer algo peor... Podría convertirle en un desalmado.

«Podrían darse esas terribles circunstancias si no fueras tú quien pronunciara las runas, la única que las conoce y la única que podría obrar el milagro».

—Jamás he llevado a cabo ese hechizo. Este tipo de runas quedaban fuera de las prácticas nigrománticas.

«Entonces habrás de demostrar que eres una verdadera sacerdotisa haciéndolo bien al primer intento. No está abierto a debate».

Reyyan notó que empezaban a sudarle las palmas de las manos.

Siempre había confiado a ciegas en su talento porque La Magna nunca lo puso en duda. Su forma de vida, distinguida respecto de la del resto de la Orden, había hablado a gritos de un don superior que no podía equipararse al de ninguna otra criatura viviente. Reyyan se sentía con fuerzas para complacerla en cualquiera que fuera la ocasión, y, de hecho, estaba ansiosa por demostrar su valía.

Pero aquel hechizo...

—No sé si lo recuerdo. La Sehara nunca lo escribió.

«Debe estar en tu mente», le aseguró La Magna.

—No será necesario que haga el esfuerzo de recordarlo —intervino Aladiah—. No estoy dispuesto a permitir que nadie anule una parte ahora esencial de mi corazón.

Darda'il —entre otras adeptas de Aladiah— palidecía mientras algunos prefectos se esforzaban por ocultar sonrisas satisfechas. Decidió intervenir antes de que pudieran cantar victoria:

—Si Su Santidad me permite hacer un apunte, creo que no debemos depender del criterio de Aladiah para llevar a cabo este hechizo. Como habéis indicado vos, su prometida e incluso el *rex*, no está en plena posesión de sus facultades. Presa de una enajenación semejante cavaría su propia tumba antes que dar el brazo a torcer.

—Considero que jamás he visto las cosas con tanta claridad —replicó Aladiah, tenso por primera vez en el juicio.

La Magna lo meditó unos segundos.

«Lamentablemente, no puedo permitir que esa claridad te siga cegando. Eres demasiado valioso para sacrificarte por lo que confundes como amor verdadero».

Desde que Reyyan lo había conocido, Aladiah se había mostrado imperturbable, sereno. Tan amable que su mera cercanía calmaba los ánimos de la inmensa mayoría de los seráficos. Cuando La Magna dictó la sentencia, se produjo un cambio abisal en su expresión, como si ya le hubieran arrancado el corazón. La ira, la confusión, la decepción, todo un conjunto de emociones deformó su semblante hasta hacerlo irreconocible, porque Aladiah parecía no ser nada cuando se le despojaba de su elegancia magna.

Reyyan asistió con horror al modo en que procedieron los prefectos. Un grupo de tres bajó de la tribuna para atrapar al escurridizo Aladiah, que en un insuficiente —y vano— esfuerzo por huir se había encaminado al portón.

Lo agarraron de los brazos e ignoraron su inútil forcejeo mientras lo obligaban a sentarse de nuevo en el lugar que le correspondía. Cuando quiso levantarse para probar otra manera de escapar de su destino, no pudo.

Noveno elaboró el hechizo del falso cristal para cercarlo por todos los puntos cardinales. Aladiah habló, pero su voz se perdió en el vacío de su encierro.

—Está diciendo algo —intervino Darda'il con medio cuerpo fuera de la tarima de los testigos. Parecía a punto de echar a correr hacia él —. ¡Está diciendo algo!

«Nada de lo que pueda decir será tenido en cuenta. Aladiah está a un solo atrevimiento más de rebasar los límites de mi paciencia. Si se excede de nuevo, se acabaron las indulgencias».

—¡No es indulgente meter la mano en su corazón!

La Magna fulminó con la mirada a la atrevida prometida. No solía esforzarse por amedrentar a sus subordinados, pero cuando su mera presencia no bastaba para que se dieran por intimidados, con un simple vistazo los ponía en su sitio.

Justo después, la mirada convencida de La Magna cayó sobre Reyyan.

Seguían sudándole las manos, la cabeza le daba vueltas y notaba el cuerpo flojo, como si de un abrazo pudieran derrumbarla. Se levantó, obediente, y se posicionó frente al horrorizado Aladiah.

No pudo mirarlo a la cara por mucho tiempo, sabiendo que estaba cometiendo un delito de una terrible sordidez. En su lugar, clavó la vista en sus manos, a las que les pidió en silencio que cooperasen junto a la mente que se esforzaba por atraer los recuerdos.

Había vivido en la torre donde se decía que una vez habitó la propia Sehara. Se había impregnado de su fuerza y su poder. Debía ser capaz de formular las runas que nunca había leído.

Pero no podía. Estaba bloqueada y sentía la mirada de Luvart clavada en la espalda.

Empezaban a temblarle los tobillos.

—Necesito... Necesito un momento.

La Magna compuso una mueca con la que dejaba claro lo molesta que le resultaba su actitud. Pero le señaló el portón con la mano, y antes de que cambiara de opinión, Reyyan desapareció a paso rápido, luchando por no desmayarse.

Una vez alejada de las miradas juiciosas, apoyó la espalda en la pared y se dejó caer al suelo. Cerró los ojos y luchó por calmar su respiración, amparada en el silencio y la parcial oscuridad del pasillo abandonado.

¿Por qué estaba tan enferma? Lo estaba de mucho antes, desde antes de que la obligaran a actuar. Antes de que Luvart divagara sobre la Sehara. Antes de verlo a punto de morir.

¿Cuál era el origen?

—No tienes por qué hacerlo.

Al alzar la mirada y toparse con la comprensión de Luvart, solo se sintió más débil.

—¿Te han permitido abandonar el juicio?

—A mí no me tienen que dar permiso para nada. Y a ti tampoco han de obligarte a hacer algo que no deseas.

—Es mi diosa.

—Y es *tu* poder. Tú decides para qué, dónde y cuándo lo usas. Aladiah no quiere esto —le recordó, señalando el portón cerrado con un movimiento de cabeza. Estaba tan serio que Reyyan solo se puso más nerviosa—. ¿Quieres ser la carnicera que le arrebate lo que él

considera más preciado?

—Puede que tú sí, pero yo no tengo elección. Además... está trastornado —musitó, con la mirada extraviada—. Le estoy haciendo un favor, aunque él no lo vea aún.

—Reyyan... —Luvart se acuclilló y la tomó de las manos—, créeme. Nadie, y repito, *nadie* desearía que le arrancaran el amor que le ha convencido de que todo puede valer la pena; de que su vida por entera tiene un móvil y está justificada.

Créeme.

Debía ser la palabra que más había pronunciado. Cada vez que se dirigía a ella, se lo pedía por favor, se lo rogaba. *Créeme*. Todas y cada una de las veces acompañaba su petición de una mirada esperanzada, y los frágiles hombros de Reyyan no podían con el peso de sus expectativas. *Créeme*. Los deseos de Luvart iban más allá de lo que ella podía otorgar.

Lo miró a los ojos a punto de llorar.

—¿Estoy yo en tu corazón?

Luvart estrechó sus manos y se las llevó a los labios. Besó sus nudillos con actitud devota.

—Estás hasta en mi sangre, por eso no puedo permitir que la derramen.

Meneó la cabeza solo para no tener que sostener su mirada.

—Miénteme y dime que, después de los desprecios con los que te he castigado, no me olvidarías si te ofrecieran la oportunidad.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Le rozó la mejilla con los dedos—. La clase de amor por la que un hombre moriría es la clase de amor que tiene al mismo hombre en pie. Yo solo me iré de este mundo cuando tú te vayas... o cuando me dejes.

Su sinceridad la quemaba.

Por un momento se preguntó cómo había podido creer que ese hombre la mataría. Podía creerlo cuando no lo tenía arrodillado ante ella, sujetando sus manos con veneración absoluta; no por lo que podían y sabían hacer como sacerdotisa, sino porque eran *suyas*, y todo lo que le perteneciera, todo lo que fuese de Reyyan, tendría el amor incondicional de Luvart. Así lo había pactado él consigo mismo, y así se lo había demostrado desde un primer segundo.

No podía mirarlo ya a la cara y convencerse de que sería capaz de las aberraciones que había soñado. El verdugo de la infame fantasía desapareció bajo la innegable realidad.

—Ni siquiera es el mismo caso. Aladiah lo necesita. Está engañado. Por favor, será difícil para mí. No me lo compliques más. Te lo ruego.

Luvart no cedió enseguida. Abrió la boca para replicar, pero al final respetó su decisión y apretó sus manos una última vez. Luego, sumido en un silencio que la devastó por la enorme decepción que conllevaba,

regresó al salón. Reyyan lo hizo unos segundos después, cuando pudo cuadrar los hombros y fingir ante el público que estaba preparada.

Sabía que la juzgaban, que dudaban de su poder por su estatura, por su fragilidad, porque temblaba como una hoja y era visible que no estaba en condiciones de conjurar un hechizo de esas dimensiones. Un hechizo que, hasta el momento, había sido una leyenda.

Conforme se acercaba a Aladiah iba recordando poco a poco lo que la Sehara, presente en algún rincón de su memoria, había meditado acerca de él. Todas las connotaciones negativas, todo lo que podía salir mal.

Reyyan se posicionó frente al acusado y llenó sus pulmones de aire. Luego cerró los ojos, apoyó una mano sobre su corazón y alzó la otra con la palma mirando al techo.

Una mano representaba la dimensión física del alma. La otra, la espiritual. Configuró una imagen abstracta de esa alma y se dolió al imaginarse perforándola. Y poco a poco, con lentitud, la Sehara fue descubriendo las runas secretas para ella, como si estuviera corriendo un velo que hasta entonces había mantenido oculto un pasadizo secreto.

Reyyan las tradujo para sus adentros a la par que las pronunciaba con el ceño fruncido y se adentraba en ese pasadizo. Eran un montón de palabras extrañas e íntimas que debían ser susurradas como susurraban los amantes. Esa era la entonación obligada. Entre las dichas palabras, la que cerraba el círculo de repetición era la misma que lo inauguraba.

Aland.

Reyyan presionó los párpados cerrados.

Aland.

¿Por qué esas cinco letras le eran tan familiares?

Mientras la magia iba surgiendo de las puntas de sus dedos, el alma de su imaginación desaparecía e iba formándose con polvo de estrellas púrpura una imagen muy diferente. En su mente apareció una mujer morena de espaldas, la misma que había visto abrazando a Luvart en sus fantasías eróticas. Pero en las ocasiones previas no se giraba hacia ella. No permitía que viera su rostro.

Esta vez sí.

Reyyan seguía repitiendo las runas cuando los ojos de la Sehara la fulminaron con odio.

«Detente», reverberó una voz en lo más profundo de su cuerpo. «Detén esta infamia».

Pero fue demasiado tarde para que Reyyan pudiera detenerse voluntariamente. La magia la envolvió como un torbellino y se quedó paralizada por la cantidad de recuerdos que empezaron a invadirla. La Sehara se abría en canal para ella.

«Hoy moriré en tus brazos».

«Nunca pensé que nos brindaría tantos años de felicidad».

«Volveré en cuerpo, pero en tus manos estará devolverme el corazón. Y si no lo consigues porque pasan siglos, incluso milenios... un hechizo te salvará».

«Mil años y un día».

«Ese hechizo que solo puedo pronunciar yo iluminará el camino de la verdad... y podré seguirlo para llegar a ti».

Para llegar a él. Y ese *él*...

Aland.

La Sehara encerrada en su mente se preparó para atacarla si no ponía fin al hechizo. Reyyan abrió los ojos de golpe, gritando a la vez y encogiéndose sobre su propio cuerpo para sobrevivir al dolor. Al palparse las mejillas, notó la humedad de las lágrimas.

«¿Reyyan?», pronunció la diosa.

Pero Reyyan no la miró. Seguía mirando esa sucesión de recuerdos que compartía con un único protagonista. Palabras de afecto, caricias cariñosas, noches enteras soñando con lo imposible, con huir de las responsabilidades y de sí mismos para fundirse en uno solo.

Reyyan se giró en redondo, mareada pero ya nada confusa, y clavó los ojos en Luvart.

—Aland —pronunció, sobrecogida. Echó a andar hacia él, temblando, incapaz de tenerse ya en pie—. Tu nombre humano... era Aland.

El reconocimiento centelleó en el rostro aturdido de Luvart, que reaccionó enseguida. Saltó el soporte de su tribuna, maravillado, y asintió repetidamente mientras se dirigía a ella.

Sí. Sí, ¡sí!

Sí.

La colisión de su abrazo fue casi violenta por el modo en que la sacudió. Era contraindicado tocar a una hechicera después de un conjuro, pero la magia rodeó amorosamente a Luvart, igual que a un viejo amigo... o a un amor perdido.

Luvart la tomó en brazos y se acurrucó en el hueco de su cuello, riendo de incredulidad.

—¿Cómo te has acordado? —musitó contra el lateral de su garganta. Reyyan lo estrechó contra su cuerpo como si quisiera meterlo dentro de ella, donde había estado oculto todo ese tiempo.

Lloraba sin darse cuenta, conmocionada al haberse recuperado a sí misma.

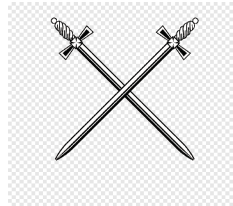
—Le puse tu nombre al hechizo porque en su día estuve segura de que, cuando no te recordara, me obligarían a usarlo contra ti. Fue una decisión arriesgada, pero si me pedían que me arrancara de tu corazón o viceversa, entendería las runas y... volvería a ti.

—¿*Le* pusiste? —repitió él, mirándola con una ceja alzada.

Reyyan inspiró hondo y asintió con solemnidad antes de ladear la cabeza hacia La Magna, que los observaba sin expresión en la cara.

—Se lo puse, sí. Yo —confirmó, sosteniéndole la mirada a la diosa. Sintió la rabia trepar por su cuerpo—. Se lo puse cuando me llamaba Sehara.

Capítulo XXIII



No habría sido apropiado prorrumpir en reproches en pleno juicio, y no ya por respeto a la diosa, que se levantaba de su asiento y daba indicaciones a los prefectos sobre las medidas a tomar en el corto plazo, sino hacia Aladiah. Reyyan estaba tan confusa por los recuerdos que el hechizo había desbloqueado que tuvo que ser La Magna la que comprobara que había surtido efecto.

El de nuevo regente había caído en la inconsciencia debido a la potencia del conjuro. Los posibles daños colaterales que este hubiera podido producir quedarían en el aire hasta que despertara, lo que sucedería unas horas después. Si todo había salido tan bien como Reyyan esperaba, amanecería siendo el seráfico cabal que La Sociedad conocía. Si no, la diosa tendría que hacerse cargo de las consecuencias. Había sido advertida de la magnitud del hechizo y de las complicaciones y no le había importado, como poco a poco Reyyan iba descubriendo que no le importaban otras tantas cosas. Entre estas, ella misma, la supuesta sacerdotisa a la que amaba como si fuera su hija.

Reyyan no se movió de donde estaba, esperando a que La Magna diera el juicio por concluido y el salón de audiencias se fuera vaciando. No apartó la vista de la diosa en ningún momento, preparándola con su mirada fulminante de lo que estaba al caer.

En esos eternos minutos que transcurrieron, Reyyan fue el cáliz donde se vertieron todas las emociones imaginables. Al principio, confusión, pues el modo en que había sido criada le impedía asimilar la traición de la que había sido víctima. Después, conforme las piezas iban encajando y traía a su mente todas las veces que Luvart intentó hacerla entrar en razón, la invadió una insólita ira que jamás creyó que podría experimentar hacia su creadora.

Solo que La Magna no era su creadora, ni su madre, ni su amiga. Nunca lo había sido. La Magna era una energía equivalente a la suya, un poder al margen que como Sehara respetó y con el que colaboró cuando esta le pidió su ayuda.

Y era, a su vez, un monstruo manipulador que había disfrutado

engañándola.

Sintió el beso etéreo de Luvart en su sien antes de verlo desaparecer.

No había tenido que decírselo. Él supo sin necesidad de palabras que querría intimidad a la hora de enfrentar a La Magna. Y eso hizo tan pronto como se quedaron a solas, oteándose a una distancia que no sería suficiente para protegerla si Reyyan estallaba.

—¿Cómo has podido? —Su voz reverberó entre las cuatro paredes, creando un eco atronador—. ¿Cómo has podido engañarme de forma tan miserable, ocultarme lo que soy y a quien amaba?

La Magna ni siquiera pestañeó.

«Todo lo que he hecho ha sido para protegerte».

—¡Al diablo con eso! —le gritó. Notó al mismo tiempo que su cuerpo se llenaba de esa energía eléctrica que, si no controlaba, podría causar estragos—. No tienes ninguna credibilidad ya. Esa excusa manida no te servirá ahora que lo recuerdo todo.

La Magna ladeó la cabeza. Sin llegar a pisar el suelo con los pies, descendió las escaleras de la tribuna y se fue acercando a ella con mucha cautela y ningún remordimiento. Ninguno visible, al menos.

«¿Sí? ¿Lo recuerdas todo? No lo creo. Si así fuera, no te atreverías a increparme como lo estás haciendo».

—Recuerdo toda mi vida como Reyyan y toda mi vida como Sehara, para tu inmensa desgracia. Y puede que el paso de Sehara por la Suprarrealidad esté aún borroso, pero tengo muy presente el miedo que inculcaste en mí para dirigirme a tu conveniencia, los años de encierro, incertidumbre y soledad a los que me arrojaste bajo la excusa de un amor que en realidad solo sientes por ti misma.

La Magna solo la observó en silencio, como si sintiera lástima por ella.

«Yo no restringí tu libertad jamás, Reyyan, puesto que la condición de cautiva te viene dada de nacimiento. La libertad siempre ha sido un privilegio que no podías ni puedes permitirte. En cuanto levantara la veda, tu corazón actuaría de brújula y te llevaría al precipicio por el que de nuevo estás cayendo».

—Deja de hablar de Luvart como si fuera un monstruo desalmado. Tú eres la única mano negra que me ha tenido bailando a su son. Igual que si fuera una estúpida marioneta.

«Soy consciente de que prefieres morir siendo tú misma, al lado de la criatura a la que amas, que vivir bajo mi yugo, pero muerta y orgullosa no me habrías servido de nada y tu fuerza es algo de lo que no puedo prescindir».

—Muerta —repitió, jadeando con incredulidad—. Dime quién habría intentado herir a la Sehara si tanto en el Autem como en la Subrealidad no hay quien no la venere. No hace falta que respondas,

porque yo conozco la solución a ese misterio: *nadie* se atrevería a ponerme una mano encima, y quien lo hiciera no viviría para contarlo. Pero ¿cómo iba a saber eso yo cuando me creía una simple sacerdotisa?

Hizo una pausa para tomar aliento. La Reyyan que conocía, la Reyyan que era y sería siempre, pues no podía desprenderse de la naturaleza de su reencarnación, jamás se habría atrevido a alzarle el tono a La Magna. Habría agachado las orejas como un perro fiel, incluso si no hubiera estado de acuerdo con su gestión. El cambio solo podía deberse a una cosa: la Sehara regresaba más segura que nunca, con la fuerza arrebatada, convencida de que debía defender su lugar.

—Me has hecho protagonista de tu absurdo teatro porque no soportas que alguien pueda disputarte el lugar de preferencia —prosiguió Reyyan, los puños crispados junto a las caderas—. No lo soportaste ya en el pasado, cuando Luvart me eligió, y por eso ibas a hacer todo lo posible para alejarme de la verdad que me haría poderosa... y también de la que me haría feliz.

No pudo evitar, sin embargo, que le temblara la voz al pronunciar aquella última y dolorosa verdad.

La Magna la miraba desapasionada.

«Luvart no te hará feliz. Luvart será tu destrucción», decretó con llaneza. «Los medios requeridos para evitar catástrofes son, muy a menudo (y de forma irónica), catastróficos en sí mismos. En este caso me tocó poner en escena ese "teatro" que mencionas. Pero era el precio a pagar para no tener que sentarme a ver cómo la única criatura a la que podía tratar como una igual, a la que amo incondicionalmente, volvía a traicionarme por un hombre».

—¡No digas que me amas! —le gritó, al borde del ataque de nervios. Se le saltaron las lágrimas. Odió sentirse pequeña y vulnerable, porque pese a todo, lo que más le dolía era que su diosa, su todo, se hubiera quedado en nada—. Cuando amas a alguien no le mientes. Le cuidas, lo respetas, lo escuchas. Atiendes sus necesidades. Y tú no me cuidaste. Tú me custodiabas con el celo de un guarda. Acechabas incluso en mis pensamientos, puesto que no confiabas en mí. Me encerraste en cuerpo y hasta aplastaste la naturaleza de mi espíritu. *Me anulaste.*

Los ojos de La Magna despidieron un brillo incomprensible.

«El poder que poseo conlleva el sacrificio más inmenso y doloroso de todos los imaginables, y es que no jamás podré, como jamás he podido, entregarme al amor. Por más puro que este sea. No puedes esperar de mi parte un idílico amor de leyenda, Reyyan, porque la vida misma y el futuro (por ende, mi responsabilidad) están por delante de ti».

—Tampoco puedo esperar el mínimo respeto, por lo que ahora veo.

Pero esto ni siquiera tiene que ver conmigo, ¿me equivoco? Tiene que ver con Luvart traicionándote por mí. Han pasado más de mil años y todavía nos desprecias por haber cometido el gravísimo error de enamorarnos.

La Magna sonrió de lado.

«Te veo muy convencida de ese disparate. Si crees que una diosa priorizaría sus sentimientos frente al futuro o destino de sus criaturas, no has debido recuperar todos tus recuerdos. Lamento que los verdaderamente importantes, los cruciales, diría yo, no hayan tocado aún tu mente. Y espero que, cuando lleguen, no sea demasiado tarde».

—Te voy a decir para lo que es demasiado tarde: para que me convenzas de que estoy loca y no tengo derecho a despreciarte como lo hago bajo la ridícula promesa de un amor fingido. Ya has jugado conmigo y con mis sentimientos durante todos estos años. No pasaré ni un segundo más bajo tu yugo.

«¿Qué pretendes transmitirme con eso, Reyyan? Porque estos gritos de desahogo tuyos son una mera cortesía que te concedo por ser quien eres, pero ya has visto lo que sucede si alguien se atreve a traicionarme».

Hizo un gesto hacia la silla que había ocupado Aladiah. Reyyan no perdió un ápice de la seguridad que guiaba su discurso.

—A mí no podrías hacerme algo semejante. Ya ves que lo has intentado y ni inculcándome sueños falsos ni envenenando mi recuerdo de Luvart has conseguido borrarlo de mi corazón.

«Nunca fue mi intención borrarlo de tu corazón», respondió con honestidad. «Sé de buena tinta que sería un milagro que nadie vivo o muerto podría obrar».

—¿Cuál era tu intención con todo esto, entonces? ¿Me hiciste pasar por una sacerdotisa más porque no querías que volviera a erigirse el culto activo a la Sehara, como si este te hubiera hecho la competencia alguna vez? ¿Porque te convenía tener mis poderes rindiéndote pleitesía en todo momento en lugar de estar solo a tu disposición en determinados casos, como antaño solían? ¿O es porque como aquella vez elegí a Luvart por encima de ti y no viví para que me castigaras, debías hacerme pagar esa penitencia ahora? ¿Cómo puede el despecho seguir amargándote tantos siglos después? ¿*A ti*, de quien se dice que es tan grande, tan superior a las pasiones mundanas?

Vio la verdad en el rostro de La Magna antes de que Ella, siempre honesta hasta rebasar los límites de la crueldad, expresara con gesto sombrío:

«Niña estúpida», bramó, haciendo que Reyyan retrocediera instintivamente. Su cabello de fuego se prendió como si lo hubieran azuzado y una sombra ocultó la mitad de su rostro. «Yo gocé de un amor al que ni tú ni tu príncipe de los ángeles podríais llegar a

aspirar. ¡Ni viviendo mil vidas! Yo inventé el amor, igual que inventé la magia que tú codificaste, igual que inventé al hombre al que amas y a todos los de su raza. ¿Crees que algo tan insignificante como un puñado de siglos de placer con él o un ridículo idilio sentimental a mis espaldas podrían nublar mi juicio? ¿A mí, que os sobreviviré a todos porque he vivido y viviré más allá del tiempo, porque domino el infinito? Mi mente hace al universo, niñata, y él, tu tan majestuoso y divino *él*, es una mota de polvo en la suela de mis sandalias».

Reyyan la miró unos segundos, confusa pero aún a la defensiva.

—Para ser una mota de polvo en la suela de tus sandalias, siempre te tomaste demasiadas molestias con él. Con *nosotros*.

«Porque cuando te tiene a ti, Reyyan, ese hombre insignificante puede sembrar el caos. Te matará porque es corrosivo. Es venenoso. Tu cuerpo no podrá soportarlo...»

—Querrás decir que *tú* no podrás soportarlo.

«...Y es mi deber protegerte, engaño mediante si es necesario, para no seguir perdiéndote a manos suyas. ¿No notas, acaso, cómo ya ha empezado a consumirte? ¿No ves cómo te tiemblan las manos, cómo te arde el estómago, cómo la enfermedad va apoderándose de ti? ¿Quién crees que es el causante, sino el verdugo que con sus manos dictó tu primera y última sentencia?».

El corazón de Reyyan se saltó varios latidos al verse reflejada en la descripción. Decidió dejarlo pasar, convenciéndose de que no dejaba de ser La Magna, una fuerza poderosa capaz de leer las alteraciones emocionales, espirituales y físicas y tergiversarlas para su beneficio.

Solo estaba manipulándola... una vez más.

—Tú me pones enferma —escupió—. Tú y tus mentiras. Nadie más.

La Magna dejó caer los brazos a cada lado de sus caderas. Nunca rendida, jamás vencida. Parecía ir haciéndose a la idea de que asistiría a un declive que ya no estaba en su mano detener, y lo enfrentaba con digna resignación.

«Como bien has dicho, eras una fuerza *al margen de mí*. No puedo controlarte si tu deseo es nadar contracorriente y volver a autodestruirte. Pero cuando estés en tu lecho de muerte, cuando la verdad vuelva a ti, te darás cuenta de quién te ama... y quién es él en realidad».

—No creas que diré tu nombre si eso llegara a suceder, aunque lo más probable es que ese trágico escenario solo se diera en tus sueños.

La Magna le puso una mano sobre el hombro. Reyyan no tuvo el valor de sacudírsela.

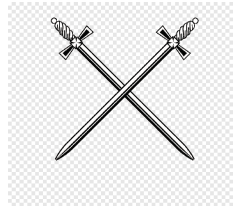
«Eso lo dudo, *Sehara*. Allí nunca te veo morir».

Su voz le acarició la cara y la hizo flaquear. La Magna se fue desintegrando en el aire y se marchó envuelta en la misma nube de polvo de oro que la había hecho aparecer, pero la brisa de su voz se

quedó flotando alrededor de Reyyan como un eco lejano.

«En mis sueños vives para siempre».

Capítulo XXIV



Luvart la estaba esperando a la salida del complejo de La Sociedad. Aunque Reyyan había zanjado la discusión con La Magna en un estado de confusión absoluto, verlo apoyado con dejadez en la puerta, pensativo, hizo que su corazón saltara de alegría.

Se quedó un instante rezagada solo para admirarlo, secretamente conmovida por su lealtad. Ahora que los recuerdos de su experiencia vital como Sehara iban regresando de forma paulatina pero segura, se daba cuenta de que Luvart había cumplido al pie de la letra la promesa que le hizo.

Habría mentido si hubiera dicho que no dudó ni un segundo de sus sentimientos. Si bien Luvart jamás había escatimado en maneras de demostrarle que vivía por y para colmarla de afecto, incluso la hechicera más poderosa de La Tierra guardaba sus recelos. No olvidaba que el amor se caracterizaba por su naturaleza voluble, y Luvart era un hombre de belleza arrebatadora. Creyó que ese inquietante magnetismo suyo que cristalizaba corazones acabaría por flechar a una afortunada joven que sería correspondida de inmediato.

Pero debería haber imaginado que las pasiones que levantaba no serían recíprocas, pues Luvart no pecó de vanidoso ni siquiera antes de recibir su nombre de magnánimo. Bastaba con mirarlo para saber que no se regodeaba en las atenciones prodigadas, que no se creía ni más ni menos digno de veneración femenina puesto que todo lo vinculado al plano físico le resultaba indiferente. Había caminado todos esos años con ojos de ciego, o, mejor dicho, con los ojos puestos en ese pasado que había esperado recuperar con admirable paciencia.

Apenas la vio cruzar el umbral, Luvart salió de su ensimismamiento y le dirigió una mirada de arriba abajo para averiguar su estado de ánimo. Reyyan se negó a llorar. Tampoco habría podido. El shock y la desorientación por cómo se fusionaban ahora dos vidas distintas la tenían bloqueada.

Luvart consiguió distender esa tensión frustrante cobijándola entre sus brazos. Se dejó arropar, aún aquejada por todos esos síntomas que La Magna había descrito.

—Estás temblando —murmuró él—. ¿Te encuentras bien?

—Un enfrentamiento con La Magna no te deja como una rosa. Pero me sobrepondré —le prometió, cuadrando los hombros—. Solo necesito un tiempo de asimilación... y quizá algo de comer.

—Pues no voy a permitir que te sigas alimentando a base de manzanas. Te llevaré a almorzar algo en condiciones.

—¿Vestida de vestal? —Probó a sonreír—. Creo que antes debería cambiarme.

El *rex* había tenido la gentileza de cederles uno de los coches en los que había viajado el resto de la tropa para que disfrutaran de un rato de intimidad. Luvart condujo hasta la casa para que Reyyan pudiera ponerse uno de los pocos y sencillos vestidos que Mara había podido regalarle sin que Reyyan se opusiera. Había rechazado ofrecimientos tales como tops ombligueros, faldas cortas y otra clase de prendas que no le parecieron apropiadas para una sacerdotisa. Ahora que no lo era, tampoco se sentía lo bastante atrevida para probar nuevos estilos.

Mara no opinaba lo mismo. Se lo dejó claro al entrar en su dormitorio sin permiso, en plena crisis de indecisión, y plantarse frente al armario con los brazos en jarras.

—Ese vestido a lo mejor le queda bien a una sacerdotisa virginal, pero yo creo que la Sehara debería lucir palmito. Sobre todo cuando va a tener la primera cita con su amante perdido después de un millón de años.

—Mil. No creo que Luvart hubiera aguantado un millón —meditó Reyyan con timidez.

Se reservó la réplica para no entrar en una discusión. Asimilar su previa identidad no iba a convertirla de la noche a la mañana en la mujer que solía ser, si es que el carácter volvía. Algo le decía que tendría que conformarse con el que había forjado como Reyyan.

—Pues tienes que ponerte algo que lo convenza de que haber esperado un millón más habría merecido la pena. Hazme caso, que yo sé mucho de estas cosas.

Mara la cogió de la mano y la arrastró al dormitorio que compartía con el *rex*. Aunque le costó, Reyyan evitó hacer un comentario sobre el desorden que reinaba en la habitación. Sábanas deshechas, ropa tirada por todas partes y los restos de un desayuno que habían disfrutado en la cama.

Vio que Mara se dirigía segura al armario y empezaba su selección.

Reyyan carraspeó, incómoda por la atención, y preguntó:

—¿Por qué eres tan simpática conmigo?

Mara la miró como si le hubiera hablado en otro idioma.

—No soy simpática contigo. Soy simpática *a secas*. Y también un poco convenida, lo admito. —Estiró un vestido ceñido azul eléctrico para examinarlo—. Por ahora vas a ser la única presencia femenina en

esta casa, así que, por el bien de las dos, creo que deberíamos llevarnos bien. Pensaba que sería más fácil por todo eso de que las *anandhas* están hechas para congeniar, pero como tú no eres exactamente una *anandha*... En fin, vamos a tener que poner las dos de nuestra parte.

»Prueba este. —Le ofreció el vestido azul sin mangas—. Voy por los pendientes y el maquillaje.

—¿Maquillaje?

—¿Te tengo que repetir lo de la primera cita después de mil años? —Meneó la cabeza entre divertida y exasperada—. Caray, chica, los siglos en esa torre te han pasado factura. O eso o es que como no has nacido en La Tierra no comprendes el protocolo de actuación de las primeras citas.

—No fueron siglos, en realidad. Solo veinte años. —Vaciló, preguntándose si sería apropiado expresar su curiosidad—. ¿Cuál es el protocolo de actuación en las... primeras citas?

Mara chasqueó los dedos y le señaló la prenda para que se diera prisa. El mensaje estaba claro: «Hablar y arreglarse. A la vez. No son actividades contrarias».

—En una primera cita tenéis que hablar de las cosas que os gustan, que os disgustan, lo que esperáis de una futura relación... Diría que lo importante es que tengáis cosas en común y os riais. Si hubiera conexión entre vosotros, lo mismo lo puedes recompensar con un beso al final del día. De todos modos, ese es el protocolo entre humanos y el que sigo yo con Valthe porque este rollito de relación eterna me pone el vello de punta. En tu caso, yo creo que con el besito no os conformaréis ninguno de los dos. ¡Lo que me recuerda que deberías ponerte lencería! O mejor aún: no ponerte nada.

Reyyan se ruborizó.

—¿Me estás diciendo que debería...?

—¿Montarlo como si fuera el toro mecánico? Hasta que no te queden fuerzas —confirmó rotundamente. Luego hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. No te preocupes. Igual que has recordado que eres una hechicera poderosísima, recordarás los movimientos con los que solías dejarlo boquiabierto... Porque seguro que lo dejabas boquiabierto. No me imagino a Luvart esperando mil años por menos que una ninfómana.

Reyyan se dio la vuelta con la excusa de ponerse el vestido, pero en realidad solo quería ocultar su mortificación.

A pesar de no ser conocida en esos lares por comprender y respetar los sentimientos ajenos, Mara pareció darse cuenta de que la estaba preocupando y bajó el tono.

—Perdona. Esta es mi manera de restarle hierro a las situaciones complicadas. Ya veo que, en tu caso, el humor no funciona. —La oyó

acercarse deprisa para subirle la cremallera plateada de la espalda—. Puedes estar tranquila. Hagáis lo que hagáis y lleves lo que lleves, no podrás defraudarlo.

Reyyan se dio la vuelta, mordiéndose el labio.

—Han sido mil años. Yo creo que sí podría defraudarlo. Ni siquiera me parezco a la Sehara, ni en un sentido físico ni en el espiritual. Para bien o para mal, ahora solo soy... Reyy.

Mara le puso las manos sobre los hombros y sonrió de oreja a oreja.

—¿Y eso es poco? Tú andabas demasiado asustada para verlo, pero yo estuve presente cuando te vio por primera vez y te aseguro que cumpliste todas y cada una de sus expectativas.

»Ahora voy a echarte esta plasta en la cara para realzar tu belleza. Cierra los ojos y entreabre los labios.

Aunque Mara parecía haber inventado el arte de «quitar importancia» con su desenfado natural, no consiguió apaciguar el nerviosismo de Reyyan. No abrió la boca mientras Mara dibujaba una línea azul en la línea de sus pestañas superiores, aplicaba colorete y le pintaba los labios de un color intenso que, según ella, «iba con el tono de su piel». Pero su mente trabajaba a toda velocidad, evocando esos momentos tórridos que había estado recordando antes de descubrir la verdad y que habían protagonizado nada menos que ella y Luvart.

O la Sehara y ese viejo Luvart, que en poco se parecía al actual.

En mil años de humanidad, a los hombres les había dado tiempo a levantar y arrasar imperios, a crear inventos revolucionarios, a perfeccionar el sistema esclavista, luego destruirlo e implantar otro diferente. En esos mil años, los humanos habían pasado de vestir túnicas holgadas a ponerse corsés imposibles. Era obvio que los mortales no vivían mil años como los había vivido Luvart, que decidió estancarse y no formar parte del progreso humano, pero no significaba que los años no hubieran dejado su huella en él.

El Luvart del Autem era impaciente y más emocional, aún tenía miedo a lo incierto y la esperanza no lo había abandonado. Era infinitamente risueño, estaba ansioso por explorar, y había sido justo ese afán de conocimiento, sed de aventuras y pasión desmedida hacia lo admirable lo que les había unido. Pero ahora Luvart era un hombre circunspecto y ni la belleza del mundo mortal ni la magia de lo divino le impresionaban en lo absoluto. Todo lo que la paciencia había ido tocando —su curiosidad, sus ganas de vivir— había acabado convertido en resignación, en apatía. ¿Cómo se suponía que ella, una muchacha que había vivido encerrada en una torre, iba a conseguir rescatarlo de ese pozo de amargura y soledad en el que había estado viviendo?

—¡Lista! —exclamó Mara apenas le hubo puesto los pendientes.

Reyyan sonrió al ver que se trataba de los que Luvart le había

regalado. Le dio las gracias por su ayuda y le pidió que la acompañara al coche, avergonzada.

—Mujer, no tienes nada que temer —le decía Mara al bajar las escaleras con ella—. Si algo sé del amor inmortal, es que a estos bichos no les importa si has pasado trece horas arreglándote o si aún no te has quitado las legañas de los ojos. Se ponen duros con mirarte porque así lo dice el destino.

—Dudo que el destino haya dispuesto nuestro futuro del mismo modo que dispuso el tuyo. Nunca ha sido muy benevolente con nosotros —meditó Reyyan en voz baja.

Mara le dirigió una mirada de advertencia.

—Oye, ya está bien de negatividad. Puede que La Magna no esté de tu parte, pero hay cosas más poderosas que La Magna que apoyan tu elección de novio.

—¿Como qué? —jadeó, escandalizada por la blasfemia. Por supuesto, esta vez no iba a molestarse en defenderla—. ¿Qué hay más poderoso que La Magna?

—La atracción sexual. Y si no, míralo con tus propios ojos.

Reyyan inspiró hondo y salió a donde Luvart la estaba esperando. El penitente adoptivo salía del coche, presumiblemente para averiguar a qué se debía su tardanza. Reyyan se quedó paralizada los segundos que tardó en cerrar la puerta, darse la vuelta, avanzar tres pasos y levantar la barbilla hacia ella.

Mara fue incluso más expresiva que el propio Luvart cuando las miradas de la pareja coincidieron.

—Si es que... —decía la muchacha, rehaciendo sus pasos para volver a casa—. Estos tíos son más fáciles que la tabla del cero.

Ninguno de los dos la escuchó.

Reyyan sintió que su piel empezaba a arder ahí donde él posaba su mirada perpleja. Subió por sus tobillos, donde había anudado unas sandalias romanas con tacón, y recorrió sus piernas desnudas como si se estuviera muriendo de hambre.

Al detenerse sobre sus caderas, se pasó una mano por la mandíbula tensa y masculló:

—Será mejor que te subas.

Reyyan obedeció a toda prisa, alterada por su reacción. Comprendía que era un tanto chocante pasar de verla con una túnica que cubría cada sensible parte de su cuerpo a llevar un vestido con el que le costaba sentarse, pero...

Apenas hubo arrancado el coche, Reyyan lo miró con los hombros como pendientes.

—¿No te gusta lo que llevo puesto? —musitó, insegura. Luvart apretaba el volante con tantas ganas que sus nudillos habían palidecido—. Ha sido idea de Mara, pero si quieres subo y me cambio.

A lo mejor no es apropiado. Es que no sé qué tipo de ropa se lleva aquí, no he salido de la casa ni de La Sociedad y...

Luvart la acalló tomándola de la barbilla y acercándola a su boca. Reyyan emitió un jadeo ahogado tan pronto como sus labios la atraparon en un beso demoledor; la clase de beso que había sentido latiendo en él cada una de las veces que la había tocado, pero con el que no se había atrevido a asustarla.

Reyyan le rodeó la nuca con la mano, temblando, y dejó que su pasión la llevara a donde quisiera. A donde estaba destinada.

Al separarse, le vio humedecerse los labios como si quisiera seguir saboreándola. La miraba con los ojos entornados, arrasado por la emoción. Reyyan tuvo que juntar los muslos para contener la contracción erótica de su sexo.

—Puedes ponerte lo que quieras —dijo con una voz salida de las cavernas—. Si pierdo la cabeza al verte, será problema mío.

—¿Debería alegrarme que tengas problemas con eso?

Luvart rodeó de nuevo el volante con una mano y sonrió de lado. La miró con algo parecido a la coquetería.

—Solo si luego dejas que los solucione a mi manera.

Reyyan entrelazó los dedos y se presionó los muslos con ellos.

—Va... le —musitó con un hilo de voz.

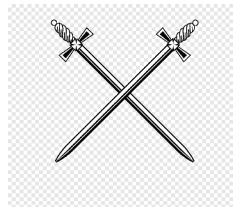
—¿Vale?

Reyyan ladeó la cabeza hacia él, colorada.

—Vale.

Él se dio por satisfecho, sonriente, y pisó el acelerador.

Capítulo XXV



Reyyan se quedó maravillada apenas cruzó el umbral de lo denominado «restaurante». Era muy probable que ir de la mano de Luvart tuviera que ver con la emoción que la embargaba, pero se sintió como si hubieran decorado el sitio para ella.

No había guardado expectativas porque desconocía que existieran espacios dedicados a dar de comer a quienes pudieran permitírselo. El derecho a la alimentación sana y abundante estaba tan arraigado en el Autem que solo tenía que decir que se moría de hambre para que le fuera servido un plato caliente. Aun así, de haber tenido dichas expectativas, habrían sido rebasadas con creces.

—¿Y dices que la gente viene aquí a comer? —preguntó, admirando las mesas redondas y acristaladas que se repartían por el jardín. Parecía un lugar de fantasía gracias a la abrumadora cantidad de parterres con petunias, gardenias y pensamientos en flor que había distribuidos por la terraza. Farolillos blancos y guirnaldas con luces que mutaban del blanco intenso al ámbar colgaban del armazón de hierro que los cubriría en caso de lluvia. En dicho armazón se enredaban plantas trepadoras, verdes como las servilletas que los clientes apoyaban sobre sus regazos—. ¿Qué se come?

—Lo que esté especificado en la carta.

Luvart se plantó delante de la barra. Un hombre vestido de blanco de la cabeza a los pies abrillantaba una copa de cristal. Le echó un vistazo rápido a Reyyan antes de decidir sonreírle con calidez.

—¿Para comer o para tomar algo?

—Comer.

—Todas las mesas están ocupadas, me temo, pero podéis quedaros donde estáis. ¿Qué os puedo ofrecer?

Reyyan no pudo ocultar su sorpresa.

Siempre había pensado que los seres humanos eran maleducados por definición, demasiado egoístas para preocuparse por las

necesidades de los otros. Aquel le cayó en gracia y le expresó su sincero agradecimiento por hacerle esa pregunta.

Luvart la miraba con un brillo divertido en los ojos, aguantándose una carcajada.

—Es su deber preguntarte eso —le explicó en cuanto hubo informado al hombre de lo que beberían—. Pero es cierto que los camareros de este sitio son más agradables de lo normal. Por lo menos en Praga son más educados que en París, eso lo tengo que reconocer.

Reyyan se distrajo mirando alrededor, embelesada con los destellos de las luces de los farolillos. Numerosas familias, parejas y escandalosos grupos de amigas se habían reunido en torno a las mesas. Charlaban desahogados, sin prestarse atención los unos a los otros.

—No desentono tanto, ¿no? —Se alisó el vestido, acomodándose mejor en el taburete—. Lo digo por... la ropa.

Respingó cuando Luvart le puso una mano sobre el muslo desnudo. De inmediato su piel se puso de gallina.

—Deja de preocuparte por eso.

—¿Y por qué quieres que me preocupe? En algo tendré que pensar, ¿no? Estamos en guerra con el Enclave.

—Lo estamos desde el origen de los tiempos, no es nada nuevo bajo el sol. No pienses en nada.

Reyyan pensó en replicar que la situación de Aladiah no era tan frecuente como los chanchullos del Gran Grimorio. En el último momento recapacitó y, tomando aliento, optó por una pregunta más desenfadada.

—Las mujeres no se han vestido así siempre, ¿no?

—No. En cuanto regresé a La Tierra me tragué todo el condenado siglo XIX, y puedo decir que lo único divertido de la moda de esa época era entretenerse tirando de los lazos de los corsés. Aunque reconozco que me hubiera gustado ver cómo te habrías desenvuelto con uno de ellos —admitió, melancólico—. Y te habría sentado bien la moda de los años veinte: los vestidos rectos con flecos y el pelo corto.

Reyyan se tocó la cabeza involuntariamente.

El pelo corto.

Estaba acostumbrada a no verse ni a ella misma. En la torre no tenía espejos, y, una vez en La Tierra, había estado demasiado ocupada para admirarse, pero sabía qué aspecto tenía... y sabía que desentonaba con el resto de El Séptimo Círculo, La Sociedad o los propios humanos. Aunque todos allí se arreglaban siguiendo su estilo propio, a nadie le faltaba una buena mata de pelo con la que experimentar. Coletas, trenzas, flequillos, recogidos, alisados y ondas. Había una joven sentada en una de las mesas que movía la cabeza cada diez segundos para que sus rizos dorados bailaran sobre su espalda.

—La Sehara tenía el pelo largo. —Elevó la mirada hacia Luvart, tratando de disimular su alarma—. ¿Te gustaba así?

Luvart entrelazó los dedos con los de ella.

—Claro que me gustaba. ¿Por qué estás tan nerviosa, Reyy? —le preguntó en voz baja.

Reyyan lo miró sin saber si sincerarse o mentir en beneficio de una velada más agradable.

—Es... la primera vez que estamos juntos desde que nos separamos. O sea, hemos estado juntos antes, pero yo no me acordaba y... —Agachó la mirada a donde sus manos estaban entrelazadas por los dedos—. El corazón me late muy rápido. Es confuso.

—Soy el mismo que antes de que conjuraras ese hechizo.

Reyyan negó con la cabeza.

—No, no lo eres. Ahora sé que hay partes de ti que desconozco... y me duele desconocerlas. Todo ese abismo de experiencias que no viví contigo te convierten en un extraño. Setecientos años no pasan en vano.

—Si te preocupa no saber algo de mí, empieza a hacerme preguntas. Pero por raro que parezca, te aseguro que no me ha pasado nada fascinante desde que me exilié. A no ser que matar engendros te parezca el colmo de la diversión.

—¿Te lo parece a ti? —inquirió con timidez.

Luvart encogió un hombro, desdeñoso.

—Se convirtió en un trabajo mecánico hace mucho tiempo.

El sonido de una canción la hizo respingar. Luvart sacó el móvil del bolsillo del pantalón. Le dio un toquecito a la pantalla iluminada y se lo llevó a la oreja, haciéndole un gesto con la otra mano para que esperase mientras atendía.

Reyyan se quedó a solas en la barra mientras Luvart se reclinaba a una zona menos ruidosa del restaurante, como si no tuviera el sentido del oído hiperdesarrollado y el barullo le afectara en lo más mínimo.

Cohibida por una ingente cantidad de pensamientos destructivos —su pelo, su aspecto en general, el tiempo transcurrido, lo distinta que era a la Sehara—, sacó en conclusión que se había alejado un segundo para que no lo relacionaran con ella.

Sabía que no era tan guapa. Ni como el resto de las mujeres de la terraza ni como ella misma lo fue una vez. Trataba de apartar el recuerdo de la Sehara, esa criatura seductora, poderosa y atrevida que no volvería a ser, pero esta volvía a su mente para recordarle todo lo que no era.

La Sehara tenía el pelo como el manto del firmamento y unos ojos que parecían cristales venecianos. La Sehara tenía unas curvas voluptuosas y una piel que brillaba como el cobre.

Y era segura de sí misma.

—Aquí tienes, guapa. Invita la casa.

El camarero le dejó delante de las narices una bebida transparente. Le guiñó un ojo, haciendo que ella se cohibiera más aún. Pero sacando valor de donde no lo había, carraspeó y le preguntó:

—¿Lo dices de verdad?

El camarero, que ya se iba, rehízo sus pasos y la miró sin comprender.

—Perdona, ¿a qué te refieres?

—Lo de... guapa. —Colocó las manos debajo de los muslos y se balanceó hacia delante—. Perdón. Es que... estoy un poco nerviosa.

—¿Por qué? ¿Es tu primera cita con el tipo ese? —Lo señaló con el pulgar y volvió a sonreír—. No te preocupes, será pan comido. Le gustas muchísimo. Y sí, eres *muy* guapa.

Reyyan no consiguió sentirse mejor. Los humanos se habían ganado el apodo de «los mejores mentirosos» entre todas las razas, y no tenía argumentos en los que apoyarse para creer que lo decía de veras. Pero intentó sonar sincera al darle las gracias de nuevo.

Miró alrededor una vez más, dando vueltas en su taburete, y aguzó el oído para escuchar la clase de conversaciones que se mantenían en grupo. No le vendrían mal ideas para relacionarse con Luvart, tal y como Mara había sugerido.

Los mortales eran una especie de lo más enigmática. No consiguió descifrar nada de lo que decían. Hablaban de «series», «películas», de libros —sobre eso sí tenía un poco más de cultura—, de novios... y de un tema que le resultó bastante familiar.

—¿Has visto al tío que ha entrado hace un rato? —preguntaba la joven de los rizos dorados—. El rubio de la melenita. Es lo más espectacular que he visto en mi vida. No parece de este mundo.

«Y no lo es», pensó Reyyan.

—No te quito razón, pero también te digo que cualquiera resaltaría yendo de la mano de una pareja no tan sexy —le respondió la mujer que bebía a sorbos justo enfrente. Tenía una expresión aburrida en la cara, cosa que no la afeaba en absoluto—. De verdad que no entiendo estas cosas. Llevo rumiando la imagen de esos dos desde que se han sentado. Una aquí preocupándose de ir al gimnasio, a la peluquería, a hacerse las uñas y el láser, y todo para que los tíos buenos de verdad acaben con niñatas sin gracia. Parece recién salida de Auschwitz.

—Qué cruel eres, Darina —la regañó una tercera, esta pelirroja—. A mí me parece de lo más mona. Es verdad que no es tan espectacular como él, pero tiene su encanto. Y mi opinión es la que importa, que para eso me fijo en las mujeres para algo más que criticarlas.

—No la estoy criticando, estoy señalando hechos objetivos. ¿O es que no tiene pinta de huérfana desnutrida? A lo mejor le gusta porque va vestida como una puta, o la combinación de metro y medio con

carita inocente le pone cachondo. Parece que los hombres van buscando mujeres que podrían ser sus hijas.

—Ese hombre no tiene edad para tener una hija, y si la tuviera, aún no habría sacado las tetas que tiene esa chica —repuso la de los rizos —. Yo creo que le sobra estilo, y tú eres una envidiosa, por eso no te duran los novios ni podrás aspirar nunca a un hombre como ese.

—Pues claro que no puedo aspirar a hombres como ese si les van las enanas rapadas con pinta de llorar por todo. ¿Os lo imagináis en la cama con ella? Seguro que es una de esas modositas a las que chuparla les da asco y hacen que les rueguen por un polvo mediocre, y digo «mediocre» porque apuesto mi vida a que pone cara de mártir y de «cuándo acaba esto» mientras lo hacen.

—Darina, te estás pasando —la advirtió la pelirroja, mirando por encima del hombro a la inmóvil Reyyan—. Y creo que te ha escuchado.

—Pues que me escuche. Solo es la verdad. —Cuadró la espalda y se echó hacia atrás en la silla, todavía con la copa en la mano—. Esos no duran ni un mes, ya veréis. Él se acabará hartando de ella. No tiene nada que la haga digna pareja de un tío con esa cara.

—Si sigues así, me voy a largar —insistió la pelirroja—. ¿Por qué tanto odio? La muchacha no tiene la culpa de que su novio se parezca a tu ex.

Reyyan no se quedó para escuchar el resto de la charla. Más humillada de lo que se había sentido jamás, se puso de pie a trompicones y echó a andar hacia la salida sin preocuparse de avisar a Luvart. No apartó la mirada de la puerta, su destino ansiado, ni siquiera cuando chocó sin querer con uno de los camareros o alguien intentó captar su atención porque se le había caído un pendiente.

Reyyan no estaba en sus facultades, o de lo contrario se habría detenido antes de elegir un rumbo que no sabía a dónde la llevaría. Solo quería huir de lo que lamentablemente ya estaba en su cabeza, un foco de inseguridad y pena que aumentaba en tamaño con el correr de los segundos para devorar todos los hermosos recuerdos que atesoraba.

Una voz la detuvo cuando estaba a punto de doblar la esquina.

—¿A dónde vas, si puede saberse?

Reyyan se tensó. Y como si él hubiera pronunciado las palabras de Darina, como si *él* hubiera decretado con claridad que ella no era suficiente para un hombre de su talla, que le resultaba repulsiva y que no la usaría más que para esa noche, se giró, roja de ira, y espetó:

—¿A ti qué te importa?

Luvart levantó las cejas.

—¿Perdona? ¿Me he perdido algo?

—Tú no te has perdido nada, pero yo llevo un rato perdiendo el

tiempo.

—Oye, si no le coges el teléfono al *rex*, se puede poner de muy mal humor. Sobre todo porque no llama si no hay problemas graves. Por lo visto ya le han informado del despertar de Aladiah. —No dio más información, preocupado como estaba por asuntos más urgentes... como el gesto contraído de Reyyan—. ¿Qué ocurre?

Reyyan no quería llorar. Estaría dándole la razón a Darina, que, aun siendo cruel y grosera como nadie, había acertado en muchas de sus suposiciones. O, por lo menos, le había dado voz a las dudas que la carcomían.

Luvart dio un paso hacia ella.

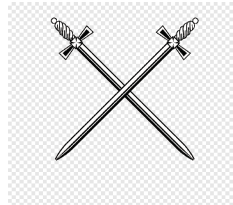
—¿Reyy?

Pero no pudo contenerse. Habían sido años de engaño, pánico y encierro, y solo le habían concedido unas horas de gracia para fusionar en uno solo el espíritu de dos mujeres que no podían ser más diferentes.

De esas dos, Luvart solo amaba a una.

Y sospechaba que no era Reyyan.

Capítulo XXVI



Rompió a llorar. Cuando él quiso acercarse a consolarla, Reyyan lo detuvo alzando una mano.

—Creo que estás tan cegado por la emoción que todavía no te has dado cuenta de que no soy la mujer que has estado esperando —consiguió pronunciar en tono más o menos firme—, pero tengo que abrirte los ojos antes de que lo hagas tú solo y te abrume la decepción.

—¿No eres la mujer a la que he estado esperando? —repitió con una sutil nota de ironía. Guardó el móvil en el bolsillo y avanzó con las palmas abiertas—. Primera noticia. ¿Quién eres, entonces, y por qué te le pareces tanto?

—¿Parecerme? ¿En qué se supone que me parezco a ella? ¡No soy la Sehara! Poseo su poder, siempre lo he poseído, pero no compartimos el carácter ni la actitud.

»He estado pensando que, al recuperar mis recuerdos, me iría transformando poco a poco en ella, en esa criatura tan fascinante, pero me estoy dando cuenta de que lo único suyo que va a volver a mí es la memoria.

—¿Y qué más quieres que vuelva? ¿Qué más podrías echar de menos, si hasta hace unas horas no sabías que eras ella? Si lo que te preocupa es no ser la misma, yo tampoco soy el mismo.

—Pero tienes el mismo aspecto.

—¿Y qué? ¿Me estás diciendo que, si hubiera sido yo el que se hubiese reencarnado en un cuerpo distinto, no me querrías igual?

—¡Por supuesto que lo haría! Pero es diferente.

—¿Por qué demonios es diferente, Reyyan? —Miró a un lado y a otro, como si fuera a reconocer una verdad que no era para todos los públicos—. La verdad es que ni siquiera recuerdo cómo era tu cara antes. Tenía una vaga idea, pero ahora soy incapaz de conjurarla. Diga Sehara o diga tu nombre, tú eres a quien veo.

—¡Pues mi más sentido pésame! —exclamó, extendiendo los brazos

—. ¡Porque yo no valgo ni la mitad que ella!

Luvart se quedó perplejo, momento que Reyyan aprovechó para doblar la esquina e internarse en lo que había creído un pasadizo para cruzar a otra calle. En su lugar se adentró en un callejón empedrado de casitas adosadas. No tenía salida ni por un lado ni por el otro, porque Luvart bloqueó el único acceso con su amplio pecho.

—¿Por qué?

Reyyan retrocedió para no chocar con él.

—Porque no soy la mujer por la que has esperado mil años, una mujer bella y fuerte. Yo soy frágil y asustadiza. Soy *vulnerable*.

Los ojos de Luvart relucieron en la parcial oscuridad.

—Eres la mujer por la que esperaría mil millones de años. Y para ser tan frágil como dices, estás tardando mucho en besarme. Si algo recuerdo con claridad, es que la Sehara se tiraba a mis brazos sin pensarlo tanto.

Reyyan lo empujó por el hombro, molesta.

—Estúpido idiota —farfulló.

Él se rio, ablandándola inevitablemente pese a que era una risa desesperada.

—Estabas convencida de que te mataría y, aun así, te pusiste en mis manos, me enfrentaste, permitiste que me acercara a ti. Si eso es vulnerabilidad, miedo me da imaginar lo que serías capaz de hacer con la verdadera fortaleza. ¿Qué es lo que pasa en realidad, Reyyan? Dímelo.

Ella se mordió el labio para reprimir un sollozo.

—Quiero que vuelva mi belleza —reconoció con tristeza, pasándose una mano por el cuello y luego la cabeza—. Quiero que vuelva porque antes era atractiva como una diosa y me sobraban armas para atraerte. Tenía... un cuerpo femenino y...

Luvart la interrumpió con una carcajada histriónica. Miró a una pared y a otra, como queriendo decirle a un público invisible: «¿Habéis oído lo que ha dicho?». Luego se plantó ante ella, firme y seguro, y le dedicó una mirada que le sacó el alma del pecho.

—¿Se supone que no tienes un cuerpo femenino? Eres la cosa más dulce y preciosa que he visto en mi vida —deletreó, palabra a palabra —, y si no lo hubieras sido, habría estado igualmente desesperado por encerrarte en mi dormitorio. Mi amor no está vinculado a tu físico, Reyyan. Es superior a ti y a mí.

Reyyan tuvo dificultades para tragar saliva. Él lo tomó como una ventaja y la acorraló contra la pared de ladrillo. Acarició su cuello con la punta de la nariz y luego con los labios entreabiertos, calentándole hasta los huesos con su aliento.

—No puedes ni empezar a imaginarte la cantidad de cosas que te haría... y te las haría aquí y ahora si no te tuviera ningún respeto.

Reyyan se creció con la apasionada declaración y a la vez flaqueó por culpa de sus caricias. Se atrevió a estirar el cuello para facilitarle el acceso y entrelazó los dedos detrás de su nuca para atraerlo más hacia ella. Recordando con vaguedad y como fogonazos esas incontables noches de placer, pegó su cuerpo al de él para rozar la cadera con la notable protuberancia de su pantalón.

Reyyan se sintió invencible al verlo mascullar una maldición y empujarla contra la pared de una embestida de caderas.

—No me provoques, pequeñita —le advirtió en un siseo—. No quiero que te arrepientas de nada de lo que pueda pasar entre nosotros.

Reyyan acarició el triángulo de piel entre la garganta y el cuello que su camisa negra dejaba a la vista. Jugó a ponerle la piel de gallina con sugerentes caricias, mirándolo de soslayo. Notaba una poderosa energía sexual creciendo dentro de ella, desbordándola; un deseo asesino que, si no satisfacía, acabaría matándola.

—¿Te gusta que sea pequeñita? —le preguntó en voz baja.

Dejó la boca abierta para que Luvart pudiera lamer su labio inferior y luego regalarle uno de esos besos que la dejaban vibrando.

—Me gusta la falsa impresión de que podría comerte de un solo mordisco. Y me gusta tu boca... —Tiró de su labio inferior con el pulgar para introducir en ella la lengua, que empujó la de Reyyan hasta que consiguió entrelazarlas en otro beso sucio—. Y me vuelve loco tu cuerpo en este vestido. —Levantó la falda para presionar los dedos contra su sexo. Reyyan ronroneó en voz alta—. ¿Cómo puedes dudar de tu atractivo? Me pongo duro oyéndote gemir como un gato lastimoso.

Se lo demostró cogiéndola de la mano y colocándosela sobre la bragueta del pantalón, más abultada. Emanaba un calor insoportable, sensual y que le hizo la boca agua.

Reyyan se removió entre sus brazos. Sabía lo que necesitaba, pero aún estaba demasiado condicionada por la timidez para pedirlo. Tampoco podía usar la voz cuando la boca masculina y demandante tenía a la suya inmovilizada con besos deliciosos.

—Luvart...

—¿Mm? —gruñó, deslizando las manos por su cintura. Reyyan suspiró de alivio al sentir sus dedos clavándosele en los glúteos.

—¿Me faltarías el respeto... aquí? ¿Ahora?

—¿Aquí? ¿En este sitio tan sucio?

—Lo que vamos a hacer es igual de sucio... ¿no?

Luvart sonrió muy cerca de ella, deslumbrándola un instante.

—Sucio y a la vez sagrado. Siempre sagrado.

Inmediatamente después, Luvart la cogió en brazos y se rodeó la cintura con sus piernas. Reyyan cruzó los tobillos a su espalda y se

aferró a su cuello para no caerse, pero ni el soporte de la pared era tan sólido como el cuerpo del guerrero. Reyyan se prendió hasta los dedos de los pies al advertir en su mirada oscurecida la promesa de un placer que había echado de menos sin saberlo. Su cuerpo no recordaba, pero su memoria sí, e iba rescatando lo que a Luvart le gustaba que le hicieran. Lo iba reproduciendo con tiento, pendiente de su reacción, y el corazón se le henchía de dicha al darse cuenta de que eso no había cambiado: seguía gruñendo cuando ella besaba y lamía su cuello, se endurecía más si cabía si le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y le volvía loco que se frotara contra él, pidiendo atención que le era brindada de inmediato.

La postura hubiera sido imposible si no le hubiera enrollado el vestido en la cintura. Mara había acertado al decirle que sería mejor que no llevara ropa interior, porque Luvart pareció a punto de explotar al descubrirlo. Su mano fue a cubrirla enseguida, como si tuviera que esconder su intimidad hasta de él, y empezó a tocarla como ya la había tocado una vez, con esa lentitud desquiciante que la empujaba a la locura. Y en la locura solo se podía gemir, rogar y clavarle las uñas en la piel. Pero Reyyan no quería el papel pasivo, y le desabrochó los botones de la camisa para cubrir de besos los irresistibles relieves de su torso.

Podría haber llorado sobre su pecho esculpido, en esa línea definida entre los pectorales que desembocaba en el ombligo y, más abajo, en la erección que esperaba ser desenvuelta.

Reyyan ladeó la cabeza para besar y lamer con deleite sus pezones erectos, haciendo pausas para jadear cuando Luvart comprobaba su humedad hundiendo los dedos con impaciencia. Todo lo hacía con impaciencia porque, por lo visto, ya había tenido más que suficiente. Estaba harto de virtuosismo, de representar la caballerosidad que en raras ocasiones llevaba a algo de provecho, y lo demostró bajándole de golpe el escote del vestido para lanzarse a recorrer sus pechos. Reyyan gimoteó, casi inmovilizada por la cantidad de dulces atenciones que estaba recibiendo, pero no se dejó vencer por la tentación de disfrutar a secas y estiró los brazos todo cuanto pudo para desabrocharle el pantalón. Le costó una buena dosis de esfuerzo y empezó a sudar de forma notable, pero se dio por recompensada al ver que su erección salía disparada hacia arriba.

Su dureza la impresionó una vez más apenas lo rozó con los dedos: la humedad del prepucio, el relieve de las venas y el calor inhumano por el que su vientre ya empezaba a rogar.

Reyyan lo besó en la boca a la vez que sacudía las caderas para acercarse más a ese foco de ardores que le tenía girada la cabeza. Luvart se pegó a ella y colocó la punta del miembro en su entrada. Lo deslizó hacia arriba y hacia abajo, a lo largo de su hendidura

hinchada, y sonrió satisfecho al verla estremecerse de tal manera que los pezones se le endurecieron.

—Me gusta eso —susurró contra su cuello, moviéndose para que su erección pudiera acariciarla superficialmente—. Me gusta... cómo se siente. Oh, no puedo...

Luvart hacía lo que quería con ella. Un beso en el cuello. Un beso más prolongado y abrasador en la boca, hasta dejar la marca de sus dientes y el rastro de su sabor. Un pellizco en el pecho. Una caricia continuada y sinuosa entre las piernas. Le clavaba las uñas en el muslo, le mordía el hombro o le chupaba un punto sensible junto a la areola de los senos. Y, mientras tanto, seguía amenazando con colmarla con ese húmedo deslizar... hasta que ni él pudo más, y tras temblar de forma violenta por la contención ejercida, se introdujo en su cuerpo sin hallar la menor resistencia.

Reyyan creyó que dolería por la diferencia de tamaños, que no lo lograría, pero cuando los testículos le hicieron cosquillas bajo el sexo se dio cuenta de que había nacido para él en más aspectos de los imaginados.

Reyyan exhaló en un prolongado suspiro y contrajo los músculos para apretarlo, para sentirlo más dentro, para arrancarle a él un gemido gutural.

—Joder —gruñó, con la boca pegada a la de ella.

Reyyan se abrazó más a su espalda y empujó las caderas hacia delante, dándole permiso para moverse. Acarició su pelo rubio con los dedos antes de aferrarse a él, sabiendo que necesitaría un apoyo. Y lo necesitó, porque cuando volvió a penetrarla fue más brutal y contundente, y solo aumentó la intensidad con cada embestida. Reyyan lo notaba resbalando dentro de ella a un ritmo desenfrenado y furioso que no se correspondía con la ternura de los besos que le daba.

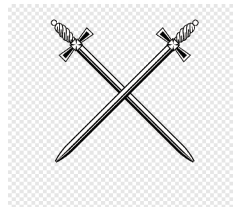
La sensación de que una parte de él estuviera ya en su cuerpo la calentó hasta límites inimaginables. A partir de ahí no pudo pensar en otra cosa, ni en lo fría que estaba la pared respecto de su pecho —que quemaba—, ni en el sonido que hacían sus sexos al coincidir con una nueva embestida, ni en cómo chorreaba el sudor y otros fluidos entre sus piernas, con las que cada vez le costaba más sostenerse. Solo en que la felicidad la llenaba como la estaba llenando él, poniendo a prueba su elasticidad y su resistencia sin dejar de adorarla con palabras cariñosas y sensuales al oído.

Reyyan sintió el momento en que Luvart llegó al límite. Fue víctima de un escalofrío que le sacudió hasta los huesos, y de tan profundo que fue, pareció contagiar a Reyyan casi a la misma vez. Se aferró a él con uñas y brazos antes de entregarse al más dulce y maravilloso de los clímax, que se sintió más real incluso que su presencia corpórea en

cuanto Luvart apoyó los labios en el hueco de su cuello y su hombro.

Allí dejó descansar el aliento y el amor que había estado aguantando él solo durante años; el amor que ahora ella podía ayudarle a sostener.

Capítulo XXVII



Reyyan regresó a la casa de la mano de Luvart cuando ya había caído la tarde.

Sabía que lo responsable habría sido sentirse culpable por desaparecer en plena crisis. La moción de censura dirigida al regente de La Sociedad no era asunto menor y tocaba muy de cerca a El Séptimo Círculo. Sin embargo, con el corazón henchido y el olor de Luvart pegado a la piel, no podía pensar del todo con propiedad, y ni mucho menos para arrepentirse. Se repetía que se lo había ganado, que un día de intimidades era lo mínimo que se merecían tras tantos años perdidos. Pero estaba deseando meterse en la cama y descansar. Se notaba más que exhausta, más que destrozada por el cansancio. Tenía los miembros entumecidos, se le cerraban los ojos y se mantenía en pie a base de voluntad.

No recordaba que el amor acaparara las fuerzas de uno con esa violencia. Le sorbía el seso y, además, se llevaba todas sus energías... pero merecía la pena.

Cuando los vio aparecer, el *rex*, aunque preocupado por lo que fuera que se traía entre manos, le dirigió una mirada amable que la tranquilizó. No preguntó lo que rondaba la mente del resto de los miembros, todos ellos reunidos en torno a la amplia mesa del comedor —y es que esperaban de corazón que se hubieran divertido—: Valthessar seguía siendo prudente, y lo primero seguía siendo lo primero.

—¿A qué se debe la reunión? —preguntó Luvart, acercándose sin soltar la mano de Reyyan. Tomó un par de nachos que habían servido de aperitivo en una generosa fuente y le ofreció uno a la joven, que lo aceptó con timidez—. ¿Es por el asunto de Aladiah?

—El mismo —confirmó Valthessar con el ceño fruncido—. He intentado contactar con el Consejo un par de veces a lo largo del día y no me dan respuestas.

—Prueba con Levanah o con esa prometida tan particular que tiene, Darda'il.

—Ninguno de ellos está por la labor de informarme sobre la

recuperación de Aladiah. Es como si se hubieran propuesto llevar el asunto por su cuenta.

—A lo mejor aún no ha despertado —meditó Reyyan, frotándose un ojo—. Junto a las runas que fueron robadas del *Libro de la Sehara*, el hechizo de Aland es el más complejo y agresivo de todos los que existen. Por eso uno estaba codificado (el empleado para la creación de los súcubos) y el otro jamás se puso por escrito.

—Y también es agresivo para quien lo conjura, por lo visto —acotó Xaphan, mirándola de hito en hito—. ¿No deberíais descansar? Parece que os vayáis a desplomar de un momento a otro.

—Es verdad que el hechizo ha requerido todas mis fuerzas y unas pocas más —reconoció con una sonrisa frágil—. Estaba muy desentrenada.

—Tonterías. Eres la criatura más poderosa del mundo. ¡Eres la Sehara! —exclamó Dagon, que no había dejado de observarla con esa excitable admiración tan común en los niños—. Caray, es un honor para mí tenerte delante. Quiero decir... *teneros* delante. ¿No tendríamos que estar haciéndole reverencias, chicos?

—Sin duda —asintió el *rex*—. Es un orgullo para mí vuestra inclusión en El Séptimo Círculo. Me sabe mal no poder organizar una ceremonia de bienvenida como es debido y empezar por pediros un favor, pero creo que la situación lo requiere. No creo que a vos os nieguen las respuestas si exigís información sobre el estado del regente.

—No necesito ceremonias, ni tampoco que se me trate con esa clase de cortesía redundante. —Alzó las manos con humildad—. Si gustas, podría acudir esta misma noche al complejo en busca de la verdad.

—De eso nada. Estás hecha polvo. Tienes que descansar. —Luvart le dirigió una mirada censuradora a Valthessar—. Creo que puedes esperar a mañana, ¿no?

—Puedo esperar, pero te recuerdo que Raziel fue muy claro sobre los sentimientos del Consejo hacia El Séptimo Círculo. Si el regente no sobrevive al hechizo, si ha salido mal o si se ha dado la más mínima complicación, podríamos estar en peligro. Raziel es el primer candidato a la Regencia, y, si corta relaciones con nosotros ahora, tendremos que enfrentarnos a otra maldita organización armada con dagas mortales.

—Eso sí que me daría pereza. —Samael puso los ojos en blanco.

—No me extrañaría nada que ese pomposo de Noveno lo orquestara todo para dejar a Aladiah fuera y colocar en su lugar a cualquier albo que respetara la tradición —meditó Luvart.

—Está claro que se las han apañado para hacerle una encerrona. Yo lo sospechaba ya, y Darda'il lo confirmó al hablar de traiciones y trapicheos a espaldas de Aladiah —confirmó Xaphan—, pero no creo

que fuera Noveno el que propuso la moción contra Aladiah. Habría sido demasiado obvio. Nunca ha ocultado sus recelos hacia el regente.

—No es que Noveno sea conocido por su inteligencia. —Se mofó Samael.

Reyyan oyó que Luvart mascullaba por lo bajo:

—Ni tú tampoco.

—Por eso mismo —insistió Xaphan—. ¿No te parece que hace falta ser mínimamente inteligente para armar la que se ha armado? Han aprovechado la vulnerabilidad del momento para dar un golpe sin que lo parezca, sin que podamos hallar pruebas que los incriminen. No suena a algo que se le ocurriría a Noveno.

—¿Qué es lo peor que podría pasarle a Aladiah? —preguntó Dagon, mirando a la mareada Reyyan. Ella apoyó todo el peso en el costado de Luvart antes de contestar.

—No lo sé con exactitud. Tengo una vaga idea. En la teoría, la víctima del hechizo podría perder la vida además de la sección del alma contaminada, con todo lo que en esta se almacenara. Pero las consecuencias son imprecisas si el conjuro no se ha ejecutado antes, y era la primera vez que pronunciaba esas runas. —Cerró los ojos—. ¿Os importa si... me retiro?

—Por supuesto que no —dijo el *rex* de inmediato—. Gracias por vuestra inestimable ayuda.

Reyyan sonrió a todos tanto como se lo permitió el entumecimiento facial. Apenas dio un paso en dirección a las escaleras, perdió el equilibrio sobre las dos piernas temblorosas. Se habría caído si Luvart no hubiera reaccionado rápido y la hubiera pegado de nuevo a su cuerpo.

Sus ojos violetas la escudriñaron con preocupación.

—¿Estás bien?

—No lo sé... —reconoció en voz baja—. Debe ser por el hechizo. Ya no soy la Sehara, no poseo un cuerpo inmortal capaz de soportar los efectos secundarios de una conjura tan arriesgada. Las mortales no están hechas para este tipo de cargas enérgicas. Solo necesito reposo.

Luvart escrutó su rostro esperando la confirmación de la verdad. Acto seguido, la cogió en brazos y se la llevó escalera arriba sin perderla de vista. Reyyan se acurrucó en su hombro fornido y sonrió aliviada al saberse arropada por él. No se fijó en que, en lugar de guiarla al dormitorio de invitados, donde la habían acomodado lo más lejos de Luvart posible, se dirigía a su propia habitación.

No supo que la dejaba en su cama porque abriera los ojos para verlo, sino porque su olor impregnaba las sábanas que la recibieron con una caricia agradable.

Sintió a la vez el roce cariñoso de los dedos de Luvart en la mejilla.

—¿Puede ser que La Magna también haya tenido algo que ver? —

preguntó en voz baja—. No me has hablado de lo que pasó allí dentro una vez concluyó el juicio. Sé que ha debido partirte el corazón, y una hechicera necesita la mente y el espíritu del todo compuestos para encontrarse bien en el plano físico.

Reyyan estaba tan lejos en cuerpo y en alma del momento presente que toda su reacción se redujo a un latido de más que la estrujó agónicamente. El desespero y el sentimiento de traición no lograron penetrar la capa de sueño en la que se iba sumiendo poco a poco.

Pero en ese sueño esperaba La Magna. La Magna amiga de la Sehara, La Magna madre de Reyyan.

Los recuerdos con la diosa se remontaban a mucho antes de los recuerdos con Luvart, y tenían el mismo peso porque, durante gran parte de su eternidad, antes de que Luvart existiera, La Magna había sido su confidente.

Por supuesto que se dolía por lo ocurrido, y por supuesto que su cuerpo, conectado a todos los niveles con su alma debido a su condición de intermediario entre el poder y las cosas sobre el que lo ejercía, podía estar resintiéndose por este motivo.

Recordó una escena perdida en la inmensidad del tiempo. En ella aparecía La Magna, magnífica y magnánima como siempre, pero alterada por su relación con Luvart. Reyyan supuso que debía tratarse de un recuerdo manipulado por el cansancio, porque La Magna nunca supo de dicha relación hasta el final, pero le caló el susurro de advertencia y preocupación que La Magna profirió desde la memoria.

Reyyan intentó descifrar su mensaje, sobrevolando el recuerdo sin apenas energía, pero el cansancio no se lo permitió.

—¿Reyyan? —la llamó Luvart.

Ella estiró el brazo de forma instintiva para tocar donde creía que estaría su cara. Y acertó. Recorrió los contornos marcados de sus pómulos, su mandíbula fuerte.

—La amaré toda esta vida y todas las que vengan —reconoció con un hilo de voz—, pero no existe una sola cosa que pueda amar más que a ti. Que Ella entre todas las criaturas no pueda entenderlo o no desee hacerlo me parte el corazón. Ella también amaba... Ella también conoce el dolor de perder. Quizá por eso debería... *debo* disculpar sus mecanismos de manipulación. Tal vez piense que me traicionarás como el Gran Grimorio la traicionó a Ella, y tiene sentido. Si una criatura creada a partir de un fragmento de sí misma fue capaz de desprenderse de Ella, ¿qué no sería capaz de hacerme a mí alguien que no está vinculado a mi alma por el destino o por la sangre?

—¿De veras piensas que yo podría traicionarte? ¿Cómo? Y ¿por qué?

—Yo no lo creo... *Ella* lo cree —replicó, todavía con los ojos cerrados.

Sintió que Luvart se inclinaba sobre ella y le besaba la frente.

La huella de sus labios calmó el dolor penetrante que atravesaba el cuerpo de Reyyan. Se preguntó si, de algún modo, el hechizo la habría apuñalado cuando interrumpió el conjuro a causa de la retahíla de revelaciones que la asaltaron. Pero eso no era posible. Su corazón estaba más vivo que nunca.

Se tendió de lado con dificultad, su mente aún vagando por la dimensión en la que La Magna le pedía que fuera prudente. Le pedía que desconfiara. Le pedía que se alejara de él o tendría que tomar medidas.

Y entonces se hizo la luz.

Las palabras de La Magna dejaron de reproducirse silenciosamente e invadieron la cabeza de Reyyan, que por fin pudo entender las advertencias codificadas que había proferido en el salón de audiencias esa misma mañana.

Soñando, Reyyan vio a la Sehara ante La Magna, ambas de pie en el templo dedicado a su culto. La Magna había ido a buscarla para abordar sin su solemnidad habitual el asunto que tanto la preocupaba. Y tenía motivos para estar preocupada.

Hasta el momento, Reyyan había creído que su alma de Sehara murió furiosa y resentida con La Magna, condicionada en parte por la historia a medias que le habían contado a Luvart. Pero era cierto lo que La Magna le dijo: le faltaba el recuerdo más crucial, el recuerdo que le permitiría descansar en paz y seguir amando a su diosa.

La Magna estaba protegiendo a la Sehara de un mal como ningún otro. Pero Sehara rechazó su protección y la abrazó después.

«¡Eres una irresponsable!», le había gritado Ella.

«Yo no soy tan fuerte como tú. No puedo desprenderme de él solo porque sepa que acabará conmigo. Aun siendo así como se dará el futuro, lo elijo como mi final», le había susurrado a La Magna en el oído.

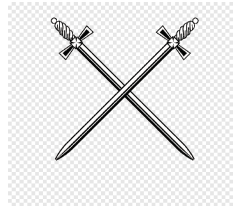
«No eres consciente de las implicaciones de tu elección. Tendré que sacrificarte», fueron las últimas palabras de La Magna.

«Así sea», había zanjado ella misma.

Eso fue lo que Reyyan volvió a susurrarle a su diosa antes de sumirse en la inconsciencia, sabiendo que Ella escuchaba, agazapada en forma de corriente en algún rincón del dormitorio.

—Le quiero. Si ha de destruirme, así sea.

Capítulo XXVIII



Luvart estaba acostumbrado a levantarse antes que el amanecer, ya fuera porque volvía de una guardia y no le merecía la pena dormir o porque las pesadillas le complicaban el descanso. Esa mañana, por primera vez en siglos, tuvo una excusa agradable para ponerse en pie a las cinco.

Reyyan había dormido hecha un ovillo a su lado, con la nariz respingona pegada a su cuello y los bracitos rodeándole la cintura. No había experimentado una paz semejante ni siquiera las pocas veces que estuvo a punto de morir a causa de una herida, esos instantes en los que poco a poco la conciencia le iba abandonando y se quedaba solo con su cuerpo, casi inmune al dolor. Se planteó despertarla para hacer maldades con ella, pero seguía pálida y sospechaba que necesitaría mucho más que una larga noche de descanso para recuperar fuerzas.

Bajó a la cocina manteniendo en la cabeza esas experiencias cercanas a la muerte. De forma involuntaria se llevó una mano al pecho, ahí donde había cicatrizado con una rapidez sorprendente la clase de lesión que debería haber acabado con él.

Luvart sospechaba que aún conservaba su condición de empíreo. Aunque cometió un pecado por el que La Magna tendría que haberlo condenado al exilio, el deseo de caminar junto a los penitentes nació de sí mismo y así lo puso en práctica. Deducía que esa era la única razón por la que el acero no le había destruido. Los empíreos eran vulnerables a ese tipo de heridas, pero no en todos los casos llevaban a la muerte como sucedía con las razas protectoras.

Era caso cerrado.

Y, aun así, había quienes todavía se cuestionaban el porqué de su intocabilidad. Lo supo cuando llegó a la cocina y se topó con las miradas curiosas del *rex* y Mara, que desayunaban pegados el uno al otro.

—El hombre invencible —lo saludó Valthessar en tono solemne, sonriendo a medias. Mojaba una magdalena en la taza que su *anandha* tenía justo delante—. Dos noches atrás podría haber perdido la vida y,

sin embargo, aquí está, reclamando su desayuno.

—En realidad vengo a reclamar el de Reyy —respondió Luvart, abriendo la nevera—. Y no es para tanto. En todos los años que llevas sirviendo como penitente ¿no has visto acaso milagros más sorprendentes que mi curación?

—Alguno que otro. —Se inclinó hacia Mara y le robó un beso en la sien. En cuanto ella salió de su ensimismamiento, lo empujó por el pecho.

—Quita. Por las mañanas no se me toca —le advirtió. Valthessar se encogió de hombros, para nada afectado por su tono gruñón, y volvió a clavar la vista en Luvart.

—¿Cómo se encuentra la Sehara?

—Todavía duerme como un ángel.

—Se dice «como un tronco», pero supongo que tenías que hacerte el romántico incluso con las frases hechas.

—Podrías aprender algo de él —refunfuñó Mara.

—¿Y con quién pondría en práctica ese carácter afectuoso por las mañanas? —le replicó Valthessar, enarcando las cejas oscuras.

—A lo mejor sería más afectuosa por las mañanas si, como Luvart, bajaras a prepararme el desayuno y luego me lo subieras a la cama.

—Sería todo un detalle, sí, pero tengo cosas más importantes que hacer. Como, por ejemplo, idear cómo sobrevivir al presunto golpe de estado de La Sociedad.

—¿Desde cuándo te importa La Sociedad?

—Desde que a ti te importa La Sociedad.

Mara exageró una sonrisa con todos los dientes y le plantó un beso en la mejilla.

—Eso está mucho mejor. Nada mal para venir de un capullo como tú.

Luvart se giró para mirarlos con los tomates en la mano, sonriendo entre irónico y divertido por la pareja que formaban.

Hacía un par de semanas —lo que Valthessar y Mara llevaban tratándose— no habría dado un duro por ellos. La severidad del *rex* era sabiamente respetada en esos lares. Tal era su nivel de compromiso hacia la que creyera su mujer y su cargo en El Séptimo Círculo que jamás habría dado su brazo a torcer por una impertinente como Mara. Ni mucho menos con la categoría que ostentaba en el momento en que se conocieron, nada menos que la de seráfica a punto de pasar por la transición. No obstante, y tal y como Luvart llevaba viendo en otros sujetos desde que ocupó su lugar de penitente en la organización, el amor había cazado al *rex* con la guardia baja y obligado a soltar las armas. La devoción hacia la *anandha* iba directa al torrente sanguíneo, y, como una metástasis, no había nada ni nadie que pudiera tenerla.

—Aun así, Luvart es más cariñoso que tú.

—Y Reyyan es más cariñosa que tú —replicó Valthessar a su vez.

—Reyyan no sería cariñosa contigo, créeme. Una demuestra sus afectos a quien se lo permite.

—¿Y yo no te lo permito? Soy todo tuyo. —Se entregó estirando los brazos—. Haz conmigo lo que quieras.

Mara lo miró con ojos legañosos y luego se llevó la taza a los labios. La retiró tan rápido como bebió, componiendo una divertida mueca asqueada.

—¡Me has llenado el café de grumos de magdalena! —Le soltó un manotazo en el hombro—. ¡Sabes que me dan asco!

—No, no lo sabía. Todavía «nos estamos conociendo», ¿no? «Me queda mucho por aprender» —repitió con retintín. Luvart supo que eran frases que Mara repetía a menudo—. Y no vuelvas a pegarle a tu superior.

—Superior mis cojones —masculló por lo bajo.

Valthessar miró a Luvart como si estuviera a punto de morderse el puño cerrado.

—Y yo que pensaba que había perdido mi condición de penitente... ¿Por qué, entonces, sigo sufriendo un castigo de metro sesenta y dos?

—¿Qué insinúas? ¿Preferirías un castigo de metro setenta? Porque si ya te cuesta lidiar conmigo, imagínate con una novia más alta.

—No se trata de que seas alta o no, sino de que eres altamente insoportable cuando te levantas.

—¡Porque me sacas a rastras de la cama! ¿Es que no me puedes despertar con besos? Seguro que Luvart despierta a Reyyan con caricias.

Valthessar lanzó una mirada de auxilio al techo.

—Si tanto te disgusta tu pareja eterna, reúnete con la diosa y reclámale otra distinta.

—Es verdad que Reyy y yo somos más cariñosos —se apresuró a reconocer Luvart, antes de que corriera la sangre—, pero es que la competencia lo pone fácil. De todos modos, cuando haya un concurso de parejas más cariñosas, creo que Dagon la ganará de calle.

—Ni por asomo —refutó Mara—. Para mí el podio se lo llevará Samael.

—¿Samael? —repitieron Valthessar y Luvart a la vez. Fue el *rex* quien continuó—: Me parece que no lo conoces tanto como crees, y mira que es difícil porque los imbéciles se dejan localizar y se hacen entender los primeros.

—Hacedme caso —insistió, levantando las cejas como si supiera un secreto que escapaba a los demás—. Ese bicho tiene un corazón muy tierno. Lo presiento.

Valthessar meneó la cabeza, reacio a creerla. Esa era más o menos

la dinámica entre el *rex* y su *anandha*: ella hacía una declaración segura y confiada y él la cuestionaba hasta que no le quedaba más remedio que rendirse a la obviedad.

—¿Cuándo lo presentiste? ¿Cuando te dijo que te apalearía hasta que perdieras el descaro que te caracteriza?

—Eso también me lo dijiste tú, y mírate, no hay manera de despegarte de mi culo.

—Tienes un buen culo —reconoció el *rex*, dando un sorbo a la taza. Mara dirigió una mirada cómica a Luvart, que seguía mirándolos a caballo entre la risa y la preocupación por si llovían cubiertos.

—Y esto es lo más bonito que podría decirme.

—Lo que seguro que no te diré nunca es que eres dulce como el algodón. Los cumplidos hay que ganárselos. Y cuestiones románticas que me dan ganas de vomitar aparte —retomó Valthessar—, en media hora salgo para hacerle una visita a Aladiah. Este silencio me pone el vello de punta.

—No será porque en algún momento tu novia haya parado de hablar —murmuró Mara con sorna.

—Eso es verdad. Me pregunto si *mi novia* contemplaría callarse, aunque solo sea un segundito.

Mara ahogó una carcajada dando otro sorbo a la taza.

—¿Necesitas que te acompañe? —le preguntó Luvart, solícito.

—Me convendría llevar conmigo a Reyyan. Es la parte neutral entre las dos organizaciones. La respetamos aquí y la respetan allí. Si me topo con una revolución armada, se tranquilizarán al verla.

Luvart cargó la bandeja repleta de dulces y fruta que había estado preparando con mimo y se giró hacia Valthessar.

—Se lo diré. Pero si no está en condiciones de ir, de aquí no la mueve ni un huracán.

—Ya podrías ser tú así de considerado —siguió pinchándolo Mara.

Valthessar puso los ojos en blanco.

—Como si tú quisieras consideración alguna. Ve a preguntarle y avísame antes de que pasen veinte minutos. Me corre bastante prisa acabar con esta incertidumbre.

Luvart asintió, poco interesado en lo que La Sociedad tuviera que contarles. Subió las escaleras de nuevo con la mala suerte de cruzarse con Dagon, que no le devolvió la magdalena robada ni cuando le dijo que era para la gran Sehara.

Entró en el dormitorio con un suspiro a punto en la garganta y, depositada la bandeja a un lado, se sentó en el borde de la cama para despertarla.

—Reyyan —susurró, acariciándole el pómulo con los nudillos.

Frunció el ceño al sentirla más caliente de lo habitual.

Abrió la mano y la posó sobre su frente, sobre el lateral de su

cuello, sobre su mejilla. Se removió inquieto en el sitio y probó a sacudirla por el hombro.

—Reyyan, despierta.

No despertaba.

Su piel ardía, pero estaba pálida e inmóvil en medio de la cama como una escultura de mármol. Aturdido por un mal presentimiento, Luvart retiró la sábana que la cubría y comprobó que la fiebre se había extendido por todo su cuerpo. Pero la fiebre era un mal invisible, uno que no podría haberlo horrorizado tanto como descubrir que una quemadura asomaba al escote de su vestido.

Luvart retiró la tela con cuidado y soltó una exclamación de espanto. Era, en efecto, una quemadura que había dejado su piel calcinada, irreconocible. Olía a carne achicharrada.

Sin pensarlo dos veces, se levantó, mareado, y recorrió el pasillo del ala de las habitaciones gritando el nombre de Xaphan.

Este abrió la puerta de su cuarto con los rizos despeinados. Se rascaba el estómago debajo de la camiseta gris descolorida, mostrando una franja de su vientre plano. Xaphan no podía dormir, así que sus ojos escudriñaron el gesto descompuesto de Luvart con la vivacidad distraída de los insomnes.

—¿Qué pasa?

Luvart lo agarró del brazo y lo arrastró hasta su cuarto, donde había dejado a Reyyan inconsciente sobre el costado y con los brazos extendidos hacia el lugar que Luvart había ocupado.

—¿Qué coño es eso? —Le señaló las quemaduras.

Aun sabiendo que no serviría para averiguar el diagnóstico, no apartó la vista de la expresión serena de Xaphan, que de inmediato tendió a Reyyan sobre su espalda y le separó los brazos para examinar cada punto calculadoramente.

Así, ambos descubrieron que había más zonas negras por las misteriosas quemaduras. Por primera vez desde que lo conocía, Luvart atisbó una sombra de preocupación en los ojos de Xaphan.

Recurrían a su inmensa sabiduría sanadora porque en su experiencia humana había trabajado con los griegos pioneros para sacar adelante los tratados de medicina homérica, así como también los principios de la filosofía y otras materias que él consideraba universales y complementarias. Ni siquiera tras convertirse en penitente había dejado de estudiar, especialmente interesado en la anatomía de los inmortales. La sabiduría médica le ayudaba a curar, y sus conocimientos metafísicos e ideológicos heredados de la escuela platónica le permitían trabajar con una ética profesional.

Pero cuando alzó la mirada hacia Luvart, supo que aquello escapaba a su comprensión.

—Sé lo que es, pero no cómo ha podido pasar... y solo tengo una

pequeña sospecha de lo que podría despertarla.

—¿Y? —lo apremió con la garganta seca.

—Este tipo de heridas las infligen las fuerzas sobrenaturales de La Magna y el Gran Grimorio, y, como tal, solo pueden ser contrarrestadas por alguno de los dos... o por un sacerdote nigromántico que conozca el hechizo que lo revierte.

Luvart sacudió la cabeza, desorientado.

—He pasado la noche entera con ella. Si el jodido Gran Grimorio hubiera entrado por la ventana, me habría dado cuenta, y ocurre lo mismo con la diosa. —Hizo una pausa para tratar de canalizar su rabia, pero fue en vano—. Maldita sea. Ha debido hacérselo Ella.

—¿La Magna?

—Me niego a pronunciar su nombre hasta que deje de sonar como una alabanza. ¿Quién si no? Estuvo a solas con Reyyan tras el juicio y es muy probable que la tocara, que se las apañara para hacerle daño sin que ella se diera cuenta.

—¿Por qué haría tal cosa?

—Ya se encargó de que la Sehara no viera la luz una vez. No me sorprendería que siguiera queriendo el papel protagonista. —Se pasó las manos por la cara, sobrepasado—. ¿Has dicho que los sacerdotes pueden revertirlo?

Xaphan dedicó unos minutos a cavilar la respuesta para expresarla del modo menos violento. Pero Luvart supo en cuanto lo miró que no había modo de confirmar el diagnóstico sin romperle el corazón en el proceso.

—Los sacerdotes pueden evitarle sufrimiento, mantenerla despierta y quizá prolongar su agonía un tiempo, pero estas heridas están hechas para consumir lentamente a quien se le provocan.

—¿Qué quieres decirme con eso?

Xaphan se puso de pie despacio. Ladeó la cabeza hacia el cuerpo femenino que yacía sobre las sábanas y un relámpago de pena oscureció su semblante por un segundo.

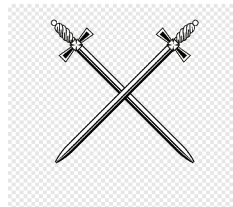
—¿Quién sobrevive a La Magna o al Gran Grimorio?

Era una pregunta retórica que todos podrían contestar. Pero Luvart negó con la cabeza.

—Es la Sehara. Podría sobrevivir a cualquier cosa.

—Tú mismo lo has dicho. Es la Sehara. Y la Sehara ya murió antes a manos de una fuerza superior. Ella... —Tragó saliva y lo miró a los ojos—. Se está muriendo, Luvart.

Capítulo XXIX



Aunque una rabia lenta y con nombre propio se iba cociendo lentamente dentro de Luvart, supo priorizar los pasos a llevar a cabo.

En primer lugar, mandó llamar a los sacerdotes de La Sociedad. Confiaba en que no importaba la precaria situación que estaban viviendo en el clan. Acudirían veloces y solícitos tan pronto como supieran que era Reyyan quien requería la ayuda.

Y así fue.

Mientras Luvart daba vueltas de un lado a otro en el dormitorio, sin el valor de abandonarlo para arrastrar a los sacerdotes hasta allí él mismo, se oyó desde el recibidor la voz de un recién llegado. Luvart tuvo que controlarse para no salir disparado escaleras abajo. En su lugar afianzó su mirada determinada y al mismo tiempo al borde del ataque de pánico en la mujer que descansaba sobre la cama.

Quería una segunda opinión.

No, no la quería. *La necesitaba.*

¿Qué demonios significaba esa estupidez que había salido de la boca de Xaphan? Si le hubiera comunicado aquella noticia cualquier otro penitente, se habría llevado un puñetazo que no hubiera vivido para contar. Pero se trataba de Xaphan, y Xaphan jamás mentía, nunca se burlaba, no exageraba y evitaba el caos a toda costa.

Debía haber algún error. No hacían ni siquiera veinticuatro horas desde que había estrechado a Reyyan entre sus brazos y la había sentido más viva que nunca. Si se concentraba, podía traer al presente las chispas que habían despedido sus ojos al enfrentarlo en plena calle y hasta plasmarlas en un papel.

Reyyan se había entregado a él desbordada de pasión y energía.

¿Cómo iba a estar muriéndose? ¿De qué? ¿Por qué? ¿El hechizo de Aland? ¿La Magna?

Luvart nunca había soportado la incertidumbre. De ahí la

costumbre de recurrir a los libros para empaparse de conocimientos que, si bien en un principio podían resultar inútiles, acababan sirviéndole para contestar preguntas que se iba formulando conforme trascurría su paso por el mundo. Pero en ese caso no le importaba no saber. Si Reyyan despertaba, remolona, y le sonreía como le había sonreído el día anterior, se olvidaría de las quemaduras y de lo insólito de la enfermedad. *Si es que era una enfermedad*.

Se sentó en el borde de la cama y estiró la mano hacia ella para acariciarle la cara.

No había abierto los ojos en ningún momento, y hacía falta estudiarla con atención para confirmar que aún respiraba. Sus inspiraciones eran tan débiles que no debería extrañarle el diagnóstico de Xaphan, pero rehusaba creerlo con todas sus fuerzas, que no solo no eran pocas, sino que se iban multiplicando conforme la situación empeoraba.

—¿Luvart?

Se giró de golpe para clavar sus ojos inyectados en sangre en el sacerdote.

Habían tenido la bondad de enviar a Quinto y no a Noveno, que, conocido por sus impertinencias, su actitud soberbia y sus reducidos conocimientos sobre la nigromancia solo habría conseguido empeorar el ánimo de Luvart y recibir una paliza. Aun así, Luvart se enfureció por tener que aceptar a Quinto. Entraba en los privilegiados cinco primeros sacerdotes que tenían acceso al *Libro de la Sehara*, pero seguía habiendo cuatro más poderosos que él. Cuatro que sabrían curar a Reyyan más rápido y de forma más efectiva.

Estuvo tentado de ladrarle que se largara y le dijera a otro que ocupase su lugar, pero iba acompañado del silencioso Xaphan y del *rex* y no iba a darle motivos a sus hermanos para que lo maniataran en el sótano. No sería la primera vez que tomaban esas medidas para controlar a un penitente.

—He oído que la Sehara se halla indispuesta —expresó con tiento, acercándose a la cama. Rodeó a Luvart tanto como se lo permitió el perímetro de la habitación en un evidente deseo por extremar precauciones. Debían haberle puesto al corriente de que un miembro de El Séptimo Círculo podía ponerse agresivo en esos casos—. ¿Sería posible que la examinara?

—A eso has venido —gruñó Luvart.

Señaló con un movimiento de cabeza el espacio a su lado, sin despegar los ojos de Reyyan ni tampoco soltar su mano.

Por fuera se mostraba hosco y despiadado. Con esa actitud había obligado a Xaphan a largarse, que no había obedecido por miedo a su exabrupto, sino por respeto a sus sentimientos heridos. Por dentro, en cambio, no dejaba de rogar. No a la diosa, porque la diosa debía ser la

que le había puesto en ese aprieto, sino a la propia Reyyan.

Debía recuperarse. ¿Cómo *no* podría recuperarse?

Luvart sentía que había olvidado demasiado rápido cómo era la vida sin ella. Había tenido mil años para hacerse a la idea, para encontrar el modo de camuflarse y soportar la espera eterna mientras no tuviera razones para beberse la vida, y, sin embargo, ¿dónde estaban ahora los frutos de ese entrenamiento? Se habían desvanecido. No sabía quién era Luvart sin Reyyan, pero sospechaba que no quería conocer —o *reconocer*— a esa criatura de corazón amargo.

Mientras Quinto examinaba una a una las quemaduras de Reyyan, el *rex* se adelantó, no muy seguro, y aprovechó el silencio para inquirir:

—Imagino que, si has podido acudir presto a atender a Reyyan, es porque la Regencia se ha repuesto del hechizo y no ha habido consecuencias problemáticas.

Quinto alzó la mirada un segundo, sorprendido.

—¿No se os ha puesto al corriente de lo ocurrido?

—¿Qué es lo que ha ocurrido?

El sacerdote volvió a concentrarse en el cuerpo de la sacerdotisa.

—Como ya sabéis, el regente Aladiah despertó el día de ayer a la caída del ocaso, pero antes de eso hubo que proporcionarle cuidados paliativos porque en su descanso aparecieron temblores, espasmos, convulsiones y otro género de síntomas que podían indicar que había sido envenenado. Presentaba un aspecto tan enfermizo que el Consejo comenzó a temer por su vida. Estuvimos a punto de prender la voz de alarma e informar a los seráficos de que la Regencia podría no sobrevivir a la noche.

—¿A temer por su vida, dices? No creo que el temor fuera la emoción que experimentara el Consejo al conocer el estado del casi repudiado regente —intervino Xaphan, sondeando con la mirada al sacerdote.

Quinto lo enfrentó con calma. A la vista quedó que no tenía la menor intención de mantener una batalla verbal con nadie.

—El Consejo ha obrado en todo momento como ha estimado oportuno. El regente cometió un error por el que debía aplicársele la correspondiente sanción. Pero ahora que Su Santidad ha decidido otorgarle su sagrado perdón y restaurar su lugar en la Regencia, nadie tiene nada que añadir al respecto. Lamentaríamos de corazón la pérdida de un regente que no solo ocupa el privilegiado lugar en la tribuna por la mayoría de votos del Consejo, sino también por la diosa.

—Ya me imagino que, legitimado por la divinidad, a nadie se le ocurriría volver a toserle —habló de nuevo Xaphan. Si Luvart hubiera estado remotamente interesado en la conversación, se habría dado

cuenta de que X no solo atendía a las buenas nuevas, sino que examinaba y hasta medía con la mirada al sacerdote—. Me alegro por Darda'il, que debió quedarse muy tranquila... porque no hubo nada que lamentar, ¿verdad?

—El sacerdote Noveno, la augur Levanah y su prometida permanecieron a su lado hasta que los mencionados síntomas se extinguieron —confirmó Quinto, apoyando la mano sobre la frente de Reyyan—. Momentos después, abría los ojos.

»Cuando se le hicieron las preguntas de rigor para confirmar que el hechizo había surtido efecto, respondió lo que La Sociedad consideró correcto. Al ser interrogado por el súcubo, Bel, afirmó conocerlo y no albergar ninguna clase de sentimiento por este, ni romántico ni compasivo.

—En ese caso, todo está en orden. —Suspiró Valthessar, aliviado.

—No del todo —replicó Quinto, apartando las manos de Reyyan para mirar al *rex* con gravedad—. Hay opiniones dispares respecto a la actitud que ha tomado el regente a la hora de reincorporarse a su puesto. En la reunión de urgencia que se celebró anoche para confirmar la utilidad de los amuletos de protección y en la de esta mañana se le ha visto... ¿Cómo decirlo...?, *desapegado*.

»Aladiah siempre se ha caracterizado por su humor tranquilo, la calma solemne con la que enfrenta las situaciones más peliagudas. Como un seráfico generoso y empático.

—Sí, he tenido el gusto de tratar con él alguna que otra vez. —Lo apremió Valthessar—. ¿Y?

—Todo esto parece haber desaparecido —lamentó Quinto, atribulado—. Durante estas audiencias, el regente se ha mostrado distante. Distraído. Apenas ha intervenido y acabaría antes si dijera que tampoco parecía participar físicamente. Era como si estuviera en otra parte, y solo ha volado de vuelta a La Sociedad para hacer las preguntas más extrañas...

Luvart perdió la paciencia y aferró las sábanas con el puño crispado por no estrangular a Quinto.

—¿A quién demonios le importa el humor del que esté el jodido regente? La Sociedad al completo puede arder en el infierno ahora mismo. Deja tu relato para más tarde y concéntrate en averiguar qué pasa con Reyyan. *En curarla*, más bien.

Quinto no se alteró. Sostuvo la mirada furibunda de Luvart con tan solo una leve incomodidad.

—Hay poco que averiguar que no salte a la vista. Confirmo el diagnóstico del penitente Xaphan: estas heridas tan solo ha podido infligirlas un ser sobrenatural, pero yo me atrevería a decir, y no estoy del todo seguro, que las quemaduras han aparecido por ella misma. Por ser quien es.

Luvart se pasó las manos por la cara, frustrado.

—¿Qué se supone que significa eso?

—La Sehara puede no ser una fuerza equivalente y universal como lo son La Magna y el Gran Grimorio, pero sigue siendo una energía omnipotente y está atrapada en un cuerpo que, más allá de su visible fragilidad y reducido tamaño, no deja de ser humano. Antaño, la Sehara habitó un cuerpo inmortal, y por eso era posible que conjurase hechizos con gravísimas secuelas físicas sin apenas despeinarse. Ayer, Reyyan llevó a cabo un conjuro de consecuencias mortales... y me atrevo a decir que esto es el resultado de haberlo realizado desde un cuerpo en absoluto preparado para tolerar su potencia.

Luvart se mordió la lengua para no gritar, pero eso era todo cuanto necesitaba para sacar de dentro la rabia que le estaba quemando.

¿Cómo podía haber siquiera dudado de que La Magna estaría detrás de todo? Jamás daba puntada sin hilo. Había obligado a Reyyan a renacer en un cuerpo mortal solo para que conjurase el hechizo que la mataría.

Y la mataría otra vez sin que él pudiera hacer más que observar, impotente.

—¿Cómo la curo? —preguntó de inmediato—. ¿Qué se puede hacer para que se recupere?

—Debido a la profundidad de las heridas y cómo se expanden poco a poco, yo diría que a estas alturas es irreversible. De hecho...

Quinto estiró la mano con cautela, sabiendo que Luvart se la desgarraría si se tomaba libertades sobre Reyyan, y le levantó la camiseta que le había puesto antes de la visita del sacerdote. Al mostrarle a todos su vientre, hasta el *rex* dio un paso atrás.

Una profunda negrura destacaba encima de su ombligo, una enorme mancha con el aspecto de una herida contaminada, una especie de puñalada con ensañamiento ya podrida.

—La propia magia se la está comiendo —determinó Quinto—. Esto es lo que sucede cuando un sacerdote conjura las runas equivocadas o erra al pronunciar un hechizo para el que no está preparado. Solo que, en la mayoría de nosotros, esas quemaduras son levísimas, no tan oscuras, y pueden cicatrizar con la ayuda de un empíreo sanador del Autem.

»Tal vez ni siquiera ella tuviera la suficiente fuerza para invocar un hechizo de esas dimensiones —continuó meditando, mirándola con lástima.

Luvart no dio crédito al tono resignado con el que hablaba y vomitó en él toda su frustración.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —bramó—. Es la maldita Sehara, la fuerza a la que le rindes culto. ¿Qué clase de devoción sagrada sientes tú, que la das por perdida sin luchar, como si fuera

insignificante?

Quinto elevó la mirada hacia él.

—La Sehara es una fuerza, como tú mismo has indicado. Todos sus cuerpos mortales perecerán, pero su alma permanecerá intacta, presente entre todos nosotros. Yo no le rezo ni honro a las presencias físicas. Son meros recipientes de un poder superior.

—¿Y a qué honras tú, entonces? —preguntó Xaphan de repente, mirando a Quinto con un brillo enigmático en los ojos—. O, mejor dicho... *¿a quién?*

Quinto arrugó el ceño.

—Creo que es evidente. Soy un sacerdote de la Orden. Dedico mi vida a la Sehara y a La Magna.

—Pero no son ni La Magna ni la Sehara las que pusieron en tus manos las runas que puedo leer en tu mente —le cortó con una mirada igual de afilada—, como tampoco quienes te dieron la orden de infiltrarte donde no debías y arrancar la página de un Libro al que obviamente tenías acceso por tu condición de quinto sacerdote. Eres el último entre los cinco elegidos que podían acceder a las runas, y, aun así, te has tomado libertades con las que ni Primero soñaría.

Quinto ni siquiera pestañeó.

—¿Qué?

—Las runas que pronunció el Gran Grimorio se pasean jactanciosas por tu mente, Quinto.

—Esa es una acusación muy grave.

—Coincido contigo —respondió Xaphan—, pero también muy acertada.

Quinto retiró muy despacio las manos de Reyyan. Entrelazó los dedos sobre el regazo, aparentando una tranquilidad magna que no se correspondió con el brillo de sudor que afloró en su rostro.

—Te equivocas.

—¿Sí? ¿Me equivoco? ¿Cómo has conseguido memorizar las runas prohibidas si no es arrancando la página del Libro tú mismo?

—¿Qué está pasando? —preguntó Valthessar, mirando a uno y a otro alternativamente. Posó sus ojos azules en Quinto, que no se había movido—. ¿Eres tú quien arrancó esa página? ¿Conoces las runas que han creado a los súcubos?

—Y ha tenido que pronunciarlas él, porque no es la clase de información que se vaya repartiendo como si nada —dedujo Xaphan. Dio un paso hacia la cama y, por ende, también un paso hacia Quinto. Este retrocedió de inmediato—. Así que... a mí me parece que errabas al responder mi pregunta. Honras a otra energía aposentada en un cuerpo mortal y presente aquí, en La Tierra, pero no es la Sehara. Es el Gran Grimorio.

Quinto alzó las manos y negó con la cabeza. Su semblante relajado

se fue deformando conforme Valthessar y Xaphan fueron avanzando hacia él.

—Os equivocáis. ¡Os equivocáis conmigo!

—Si me equivoco, creo que solo hay una manera de saberlo. —Xaphan extrajo del bolsillo una pequeña navaja. Una de las muchas y afiladas hojas que ahí se ocultaban cortó el aire con un silbido amenazante—. Desnúdate o yo mismo te rajaré la túnica.

Quinto no accedió voluntariamente. Echó a correr hacia la puerta en un inútil intento por huir, y era inútil porque no poseía la agilidad física de los dos penitentes que se cernieron sobre él. Tres, contando a Luvart, que enseguida supo lo que Xaphan se proponía.

Se encargó de agarrar a Quinto del cuello. Este forcejeó contra Valthessar, que le obligó a arrodillarse para facilitarle a Xaphan la tarea de rasgar sus vestiduras desde el escote trasero hasta media espalda. Tiró de los extremos y, tras un desgarro, Quinto estuvo desnudo y siendo víctima del escrutinio de los tres.

Le obligaron a darse la vuelta y a extender los brazos.

—¿No debería tener cicatrices? —murmuró Valthessar, estudiándolo con ojo calculador—. ¿O es que nos ha mentido el muy hijo de puta cuando ha dicho que conjurar las runas de forma errónea deja quemaduras?

Luvart apretó la mandíbula, tan frustrado y confuso como los otros dos. Si Xaphan aseguraba haber leído en su mente las runas antiguas, reconocibles para aquellos que sabían leer el lenguaje en que estaba escrito el Libro —el mismo en que se escribían los tratados de medicina mágica que Xaphan también había estudiado—, Luvart le creía.

Pero en la piel blanca de Quinto no había el menor rasguño.

—¿Es posible que haya cicatrizado tan bien como para camuflarse con la piel? —masculló Luvart. Él mismo se contestó—. Los conjuros han sido recientes y continuados, uno por cada engendro para los seráficos de turno. Es imposible.

—¡Lo he dicho! ¡Os equivocáis! ¡Yo no conjuré las runas!

—¿Y por qué las conoces? No me mientas —le advirtió Xaphan, sin elevar el tono—. Puedo leerlas en tu mente con absoluta claridad.

Quinto levantó el mentón para mirar al penitente que le había delatado con ojos llorosos, colmados de vergüenza al saberse desnudo ante los demás. Se cubría, pudoroso, al balbucear:

—Yo solo las robé porque me lo pidieron. Se las entregué tal y como me mandó, pero no sé a quién le confió la tarea de pronunciarlas... —Pestañeaba de prisa para contener las lágrimas—. Solo hace poco descubrí para qué las quería, y entonces quise poner fin a mi vida. Si hubiera sabido que serían utilizadas con fines perversos, yo... yo...

—¿Y con qué otros fines se iba a emplear un conjuro que se dedica a crear monstruos? —le recriminó Luvart.

—Esa no es la pregunta —interrumpió Valthessar, mirándolo fijamente—. Lo importante aquí es quién te lo pidió. ¿Pertenece a La Sociedad?

Quinto asintió con la cabeza y luego la agachó como un humilde rehén.

—Di quién —le ordenó el *rex*.

—No puedo. No puedo...

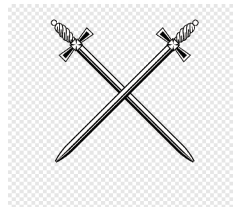
Valthessar se agachó y lo agarró del cuello con tanta fuerza que consiguió concentrar toda la sangre en su cabeza. Su rostro se iba poniendo de todos los colores mientras hablaba con claridad, usando un tono intimidante.

—No importa cuántos adorables pactos de paz acumulemos en nuestra historia. Si se me presenta la oportunidad de matar a un miembro de La Sociedad, sobre todo si pertenece al Consejo de los Prefectos, le partiré el cuello con gran placer. Pero te concedo la oportunidad de conservar tu miserable vida si hablas ahora y destapas al resto de la tropa de traidores.

Dos lágrimas corrieron por las mejillas amoratadas de Quinto, que empezaba a quedarse sin aire. Valthessar no retiró las manos para dejarlo hablar, por lo que el sacerdote tuvo que ingeniárselas para balbucear:

—A... A... Aladiah.

Capítulo XXX



Valthessar soltó el cuello de Quinto de golpe, impulsado por una poderosa ráfaga de incredulidad.

—No es posible. De ninguna manera.

Quinto se precipitó hacia delante con un ataque de tos. Con una mano se apoyó en el suelo, cuyo brazo tembloroso parecía incapaz de sostener su peso. Con la otra se aferraba la garganta, quizá para evitar que el *rex* lo estrangulara de nuevo.

Valthessar levantó la mirada hacia Luvart, que se había quedado igual de estupefacto.

—Es toda una sorpresa —concedió Luvart, asegurándose con una mirada por encima del hombro de que Reyyan seguía donde la había dejado. Se levantó y se sacudió el polvo invisible—, pero si algo hemos aprendido todos estos años en El Séptimo Círculo es que nadie es lo que parece y no hay un alma libre de ambición.

—¿Crees que ha sido una cuestión de ambición? —replicó Valthessar—. ¿Por qué querría Aladiah poner en peligro a La Sociedad? No tiene ningún sentido. Más te vale que respondas mis preguntas con sinceridad, Quinto —advirtió, mirándolo con los párpados entornados desde su altura—, o estarás aquí hasta que a mí se me antoje soltarte... y puede que eso no suceda hasta dentro de un tiempo.

Este reaccionó como hubiera cabido esperar en un sacerdote. Aún turulato, elevó las manos para conjurar el hechizo que habría de sacarle del aprieto, pero Valthessar fue más rápido. Lo derribó de una patada en el pecho y, a continuación, le pisó la muñeca ejerciendo la suficiente presión para que la magia no corriera por sus dedos.

—A ver cómo te salvas sin la mano buena. —Le hizo un gesto con la cabeza a Xaphan—. Ve a la sala de armas y consígueme las esclavas de madera.

Quinto abrió los ojos como platos, consciente de lo que esto

significaba.

No más magia. No mientras las llevara puestas.

—¡Eres un sádico! —le gritó—. ¡Te he dicho la verdad!

Valthessar aumentó la presión en la muñeca hasta que lanzó un alarido de dolor.

—Si yo tuviera a un tío encima con la intención de destruirme, le hablaría con más respeto —le siseó con la mandíbula apretada—. No estás en condiciones de señalar los defectos de nadie, ¿no te parece? Entre todos, el de traidor y mentiroso me parecen los únicos imperdonables. Pero eso lo juzgará La Magna cuando te llevemos ante el tribunal.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Luvart. Permanecía de pie entre el sacerdote desnudo y la inconsciente Reyyan, dividido—. Porque no puedes pedirme que te acompañe. Tengo que presentarme ante la diosa para que arregle lo que ha hecho.

El gesto de Valthessar se suavizó al mirar a su guerrero.

—Descuida. Ya ves que con esta pierna me basto y me sobro, y si necesito refuerzos, me llevaré conmigo a Abraxas... —Ladeó la cabeza hacia Quinto. Este sollozaba y rogaba que retirase el pie antes de que una luxación le impidiera volver a obrar su magia—. Aunque antes de presentarlo a La Sociedad, me parece que voy a divertirme un poco con él. ¿Sabes que gracias a esos engendros armados que ayudaste a crear, Luvart y yo casi perdemos la vida? Es algo bastante personal.

—¡Yo solo era un recado!

—Y me vas a dar todos y cada uno de los detalles de ese recado que te mandaron —concluyó, inclinándose hacia él con una sonrisa sin humor—. A quién se le ocurrió la idea, quién conjuró el hechizo, cuáles eran los motivos detrás de todo...

El gesto de Quinto se contrajo en una mueca despectiva.

—Si no quieres creerte lo que te digo, es tu problema... —Un nuevo ataque de tos—, pero yo ya me he sincerado y esa es toda la información que poseo.

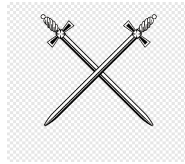
—No dudo que sea la que estás dispuesto a compartir ahora, pero no te preocupes. Con los incentivos adecuados, cantarás como un ruiseñor. —Desdeñó su réplica suplicante desviando pronto la mirada a Luvart, que ya se había desplazado hacia la cama para tomar a Reyyan entre sus brazos. Ambos guerreros se miraron un segundo—. Puedes marchar tranquilo. Cuando regreses, seguiremos teniendo como rehén a este traidor... y confío en que también recuperaremos a la Sehara.

Luvart miró el bello rostro de Reyyan. Le acarició la mejilla con la nariz y le besó la sien, el corazón hecho trizas.

Se esforzaba por inventar opciones salvavidas y creer en ellas, pero las heridas se multiplicaban tan rápido que el alarmismo se estaba

comiendo toda su positividad. Le agradeció al *rex* con una mirada que le permitiera priorizarla, aunque eso significara anteponer otras cosas a sus obligaciones para con El Séptimo Círculo.

Justo cuando Xaphan cruzó el umbral armado con las esclavas de madera, Luvart terminó de pronunciar las palabras que lo trasladarían al Autem.



Tan pronto como sus pies tocaron suelo sagrado, algo sucedió dentro de él.

Su mente estaba entrenada para trabajar bajo presión, para permanecer fría y pensar de forma racional, y eso había hecho desde que Reyyan cayera enferma. Había contemplado alternativas, buscado diferentes diagnósticos y los había usado para tapar el agujero de dolor por el que estaba a punto de desaparecer su cordura. Pero cuando La Magna se dio la vuelta y clavó sus ojos en él, ojos que lo sabían y lo veían todo, su reino de paz cayó vencido por la verdad.

—¡Tú le has hecho esto! —bramó, aferrando a la muchacha—. Solo tú, zorra caprichosa. Tienes el alma podrida, carcomida por los celos y el insidioso afán de protagonismo. No podías soportar que algo tan puro como Reyyan se pusiera en tu camino. Debías aniquilarla como ya lo hiciste una vez. Ahora que sabes que puedes manejarlo todo sin su ayuda, no la necesitas, y todo lo que no necesitas será eliminado, ¿no es así?

La Magna no reaccionó a los insultos.

Desde que había aparecido, sus ojos habían ido a parar a la figura desmadejada de la muchacha. Luvart parecía no existir, aun cuando su voz reverberaba entre las paredes del templo y parecía retumbar hasta en las inmediaciones de la Suprarrealidad.

Luvart la vio acercarse sin expresión en la cara. Sostuvo a Reyyan contra su pecho e hizo el amago de girarse, posesivo, cuando Ella alargó el brazo para tocarla.

Aquello fue lo que alteró a La Magna más allá de las injurias que había decidido ignorar. Fulminó a Luvart desde su altura, a través de un abanico de pestañas desde las que saltaron chispas de fuego.

«Esta criatura es más mía que tuya», rugió. «Ni pienses por un segundo que tienes derechos sobre ella como para apartarla de mí».

—Ya has abusado bastante de los derechos que tienes sobre ella, ¿no te parece? Los has usado únicamente para hacerle daño, para

confundirla y volverla loca, y ahora para quitarla del medio. Si puedo protegerla de ti, ten por seguro que lo haré.

«¿Y quién la protege de ti?».

Luvart vaciló, de pronto sacudido por la duda que La Magna sembró en su corazón. Sacudió la cabeza para no dejarse manipular y la enfrentó de nuevo.

—¿Qué es lo que tengo que hacer para que la salves? No me importa si debo arrastrarme ante ti o seguir metiéndome en la cama contigo hasta restaurar tu orgullo. Solo dime qué he de hacer para que me la devuelvas.

La Magna ni siquiera esgrimió una de sus muchas expresiones irónicas. No era turbación lo que arrasaba su rostro, o, al menos, no con exactitud, pues aquella visita no la había sorprendido. Pero era indudable que estaba afectada.

«Un poco tarde para ofrecerme tu lealtad o tus afectos, que de todas maneras no podrían compensar en modo alguno las injurias que has dirigido a mí y que ni mucho menos serían la salvación de Reyyan. En primer lugar, porque esta no existe. Si me hubieras hecho esa pregunta antes de profanarla, habríamos estado a tiempo de librarla de su destino alejándola de ti».

—¿De qué demonios estás hablando?

Más que sus misteriosas palabras, lo que desorientaba a Luvart era el dolor penetrante que sentía envolviendo a La Magna, un luto tan personal que ni él podía permitirse atacar.

No pudo hacer nada cuando La Magna tomó a Reyyan entre sus brazos, frágil y diminuta. Sin dar crédito, Luvart observó que le acariciaba el rostro con afecto maternal.

—Creí conocer todos tus trucos, pero mostrarte conmovida cuando eres el verdugo es la clase de teatro al que nunca pensé que recurrirías. No delante de mí. ¿Vas a negar que la obligaste a conjurar ese hechizo maldito para que su cuerpo no lo soportara? Sabías que ese torrente de energía acabaría con ella y por eso la elegiste.

«No tengo que darte explicaciones. Nunca he tenido que hacerlo. Pero solo por el placer de verte retorcido de lástima hacia ti mismo y de condenarte a toda una existencia de rabia y arrepentimiento, hoy vas a conocer la verdad».

El gesto de La Magna se suavizó al contemplar a Reyyan.

«La elegí porque solo ella podía hacerlo. La magia está en su composición. Forma parte de su ser. Ningún hechizo podría herirla, ni siquiera poseyendo un cuerpo mortal, porque esa energía que exuda se extiende a su presencia corpórea y actúa como un escudo protector. Por eso cuando la tocas...» La Magna acunó su mejilla con la mano. «...tu piel lo agradece».

Luvart se estremeció al evocar lo que sentía cuando la abrazaba.

—No te creo ni media palabra —repuso, aun así—. A mí no me puedes convencer de que está hablando una diosa omnisciente. Sé que tienes la boca de una amante despechada.

Los ojos de La Magna se oscurecieron al mirarlo. Del ámbar brillante del sol mutaron a un negro escalofriante que advirtió tarde a Luvart de que sería castigado, y así fue. Sin moverse de donde estaba, La Magna acarició el aire con los dedos y, en un abrir y cerrar de ojos, los pies de Luvart dejaron de tocar el suelo por culpa de una soga de hilo de oro.

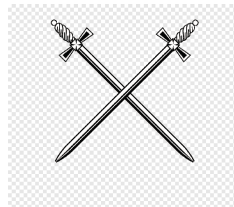
Quiso agarrarse de ella para no ahogarse, pero apenas rozó el material brillante, se quemó los dedos. Tuvo que rendirse y luchar por el aire boqueando.

«Asumo que la iluminación no alcanzó a Reyyan antes que la muerte, que es cierto que suele ganar todas las carreras. Me alegra, porque oír la verdad de mis labios te hará arrastrarte como un perro, y sé que tu orgullo no podrá soportarlo». Esbozó una sonrisa oscura, tan macabra como su mirada negra. «¿De veras crees que caí rendida a tus pies cuando te vi vagando por La Tierra? ¿De veras crees que te deseé tan profundamente que tuve que orquestar tu muerte para tenerte conmigo? ¿De veras piensas que hay en mi alma amor o sentimientos humanos como los celos hacia un simple peón? ¿De veras te has convencido a ti mismo de que mataría a mi compañera, a mi amiga, solo porque se me haría insoportable imaginarla contigo, que no eres *nada*?». Su cabello de fuego crepitaba como las llamas de un incendio. «Eres ridículo».

—Y si no soy nada, ¿por qué permites que te ultraje? ¿Por qué me dejaste exiliarme y mantener mis poderes?

«Porque yo no te di los poderes que posees, y, por ese motivo, no puedo arrebatártelos. Tú no eres una criatura mía». Estiró el cuello, estremecida con la mera pronunciación de su nombre. «Tú eres del Gran Grimorio».

Capítulo XXXI



Bastó con chasquear los dedos para que Luvart cayera sobre sus rodillas. No tan aturdido por el dolor como por la confesión, repitió sus palabras para sus adentros.

Del Gran Grimorio.

«Antes de desarrollar la idea de crear su ejército a partir de súcubos, La Criatura buscó otras maneras de hacer frente a la amenaza de las razas protectoras explorando otras alternativas. Tú fuiste el primer experimento», continuó La Magna. «La Criatura te creó a partir de él como yo le creé a él a partir de mí, lo que le supuso tal cesión de energía que decidió que no le compensaba. No podría levantar una armada de engendros a partir de sus entrañas. No es lo bastante poderoso. Pero tú ibas a ser el comandante. Lo que La Criatura no podría haber imaginado es que tú heredarías la conciencia de bien que caracteriza a mis seres y no la suya. No contempló que tú desarrollarías tu propia individualidad y decidirías voluntariamente evitar la guerra, no someterte a él. Y él, sabiendo que no le servirías para nada y, de hecho, podrías convertirte en una amenaza si regresabas a mí, intentó matarte. Pero yo te rescaté antes y te traje conmigo, sabiendo que, si te ponía de mi parte, tendría una ventaja abismal sobre él».

Luvart no pudo tragar saliva.

—¿Cuándo decidí no someterme? No... no lo recuerdo.

«No lo recuerdas porque La Criatura jamás se presentó ante ti como yo estoy ante ti ahora ni trató de convencerte con palabras. Tras tu creación, se quedó tan débil que por un tiempo perdió la habilidad de habitar cuerpos ajenos e intentó llegar a ti mediante pensamientos oscuros a los que tú jamás cediste. Y no lo hiciste porque no había oscuridad en tu alma. La Criatura no deja de ser mía, y mi luz llegó a tu corazón a través de él».

—No es posible —musitó, aturdido—. Si fuera algo suyo, lo sabría.

«No lo sabías, pero siempre lo has sospechado, solo que eres demasiado humilde (o, quizá, estúpido) para preguntarte por qué eres superior al resto y preocuparte por llegar al fondo de la cuestión. Nada

puede matarte, ni siquiera la daga de acero azul. Puedes protegerte de mis ataques, de los conjuros más peligrosos de la Sehara, y sanar a una velocidad sobrehumana. El Ser Supremo, La Magna, hace concesiones contigo que serían impensables en otros penitentes, seráficos o empíreos. Podría seguir enumerándote tus privilegios, pero los conoces bien porque vives de maravilla gracias a ellos. La verdad ha estado ahí siempre, pero no querías verla porque nunca has querido ser nada. Ni mejor, ni peor. Ni mío, ni de Él».

«Pero yo no sentí debilidad por ti porque fueras heredero de mi luz», prosiguió, no tan avergonzada como rendida a una verdad de la que no podía escapar. «Tenías los ojos de La Criatura, la misma energía corría por tus venas. Eras lo más cerca que estaría nunca de volver a amarlo, pero nunca perdí de vista que no eras Él y, cuando la Sehara te encontró, sentí alivio, porque por fin podría desprenderme de algo que me estaba haciendo daño... aunque fuera a costa de que tú le hicieras daño a alguien más».

Luvart desvió la mirada a Reyyan.

Un mal presentimiento lo embargó.

«Eres la carne y la sangre de La Criatura», declaró. «Eres un peligro tóxico, un veneno letal para mis creaciones directas, sobre todo para las que viven en un cuerpo mortal. A mí jamás habrías podido corromperme porque hay un alto porcentaje de mi esencia dentro de ti, pero la Sehara...». Meneó la cabeza. «Incluso en su cuerpo inmortal era incapaz de hacerte frente. Estabas condenado desde el principio a pudrir con tu mero contacto todas y cada una de sus presencias corpóreas».

Luvart retrocedió, como si así pudiera evitar que la verdad lo alcanzara. Pero ya lo había envuelto en su manto oscuro, ya lo ahogaba con su soga constrictora.

Recordó a Xaphan y su claro diagnóstico. Esas heridas solo podía infligirlas La Magna o el Gran Grimorio... y era cierto. Lo había hecho el segundo a través de él, usando sus dos manos.

—También he estado en contacto con mis hermanos penitentes —replicó, aferrándose a un clavo ardiendo—. Ninguno de ellos ha sufrido como Reyyan.

«Sabes muy bien cuál es la respuesta a esa duda. Los penitentes no dejan de ser pecadores, y, al pecar, una criatura de La Magna sufre una modificación esencial inclinada a la perversión. La perversión es una cualidad de La Criatura. Han podido tolerar tu energía acaparadora y negativa porque, de un modo menos agresivo, son lo mismo que tú... y, de todos modos, a ellos jamás los has profanado como sí hiciste con Reyyan».

«Ahora, dime». Lo atravesó con una mirada. «Si hubieras sabido esto antes, ¿habría sido tu amor desinteresado y generoso de veras

como para renunciar a ella? ¿Renunciar al placer de tocarla, de amarla, de compartir tu vida con ella... solo para dejarla ser?».

La pregunta le partió el alma, porque ni siquiera debía pensar para ofrecer una respuesta honesta. Luvart agachó la cabeza ante La Magna, avergonzado. Era la primera vez que se mostraba modesto e imperfecto desde que ambos podían recordar.

«Me lo suponía. Con ella has manifestado en todo momento el egoísmo que te define pese a todo. Sigues siendo oscuro, Luvart, príncipe de los ángeles... y la Sehara es la luz del mundo».

Luvart se cubrió la cara con las manos. Ni así podría protegerse de ver cómo la vida tal y como la conocía, tal y como la había soñado, se hacía añicos sin que pudiera evitarlo.

—¿Por qué lo mantuviste en secreto?

«Nunca fue un secreto. La Sehara sabía cuáles serían las consecuencias de tenerte y no le importaban. Decidió voluntariamente que acabaras con ella. *Eso* es lo que La Criatura provoca en sus víctimas, el deseo genuino de morir en sus brazos. Pero es cierto que la maté yo», confesó sin el menor arrepentimiento. «A manos tuyas habría sufrido una degeneración lenta y dolorosa que habría causado estragos en el mundo. Habría dejado de controlar su poder y después hubiera sido incapaz de mantener la cabeza sobre los hombros, con todo lo que eso conllevaría: el caos absoluto. No podía permitir eso, como tampoco una traición».

«La amo», declaró, mirando a Reyyan a la cara. «Pero elegir a una extensión de La Criatura antes que a mí es una traición, y debía pagar por ello... a la vez que debía disfrutar de una segunda oportunidad muy lejos de ti. Así que no, esto nunca debió llamarse celos o despecho. No te estaba castigando a ti, no te quería a ti. *Ella* es todo por lo que he luchado y lucharé».

—Y, aun así, eres una egoísta. Una manipuladora. —Chispas escapaban de sus ojos brillantes—. Si me hubieras dicho desde el principio quién o qué soy, nada de esto habría pasado.

La Magna lo miró con ironía.

«Jamás mientras yo exista le daré a una criatura potencialmente peligrosa el poder de rebelarse contra mí. No cuando quepa la remota posibilidad de que me venza. No eres mi antítesis, pero eres poderoso, y solo mientras permanecieras humilde e ignorante estaríamos todos a salvo». Ladeó la cabeza hacia Reyan. Acunó su cabeza como la de un bebé. «Menos ella».

El corazón se le quebraba al mirarla, comprendiendo, ahora sí, el alcance de su ignorancia y egoísmo.

—Si renuncio a ella... —Tragó saliva—, ¿vivirá? Si me alejo...

«Ya es tarde. Pronto expirará su último aliento. Pero su alma se elevará e irá a parar a otro cuerpo, siempre humano, siempre

susceptible a tu veneno. Sin duda, alejarte de ella será lo mejor para los dos. De lo contrario, el ciclo se repetirá. Estás condenado a perderla una y otra vez, Luvart».

Aquella última sentencia reverberó en su pecho, implacable.

Estaba condenado a perderla una y otra vez. A verla morir, impotente. Y por su culpa.

Ni su mente ni su cuerpo pudieron soportarlo. Las rodillas cedieron y pidieron clemencia clavadas en el suelo. Allí, en las limpias baldosas donde se reflejaba la luz de la mañana, Luvart perdió la mirada y desconectó de su cuerpo para no hacer frente al dolor.

«Hoy a medianoche, según el calendario solar de La Tierra, se cumplirán los mil y un años que le prometiste», continuó La Magna, mirándolo a través de las pestañas con desprecio. «Y hoy, ella se va, lo que significa tu fracaso. Si aún deseas entregarte a la muerte, yo misma te arrebataré la vida. Aquí y ahora».

Luvart enfocó la mirada en el nítido reflejo que le ofrecían las baldosas. Vio al hombre asolado por el sufrimiento de la pérdida que fue una vez, en aquel mismo templo, el día cero de su penitencia individual. En ese entonces no creyó que pudiera sobrevivir a una herida de esas dimensiones, porque allá donde mirase se encontraría con ella. El dolor viviría en él y en la tierra que pisara, en el cielo que lo protegía; un recuerdo constante de sus manos vacías.

Pero sobrevivió. El intenso sufrimiento dio paso a la apatía hasta que dejó de reconocerse, porque ni su cuerpo le pertenecía ya. Se había quemado con el de la Sehara, que era quien justificaba sus actos, quien dirigía los pasos que daba. Y entonces ella regresó... y el ciclo se estabilizó. Reyyan equilibró el tumultuoso proceso de duelo que había sufrido e hizo que mil y un años hubieran parecido un precio regalado e irrisorio en comparación con el calor de su abrazo.

Y sobrevivió porque era quien era. Un esbirro del Gran Grimorio.

Estaba seguro de que sobreviviría de nuevo. De que podría esperarla otra vez, y otra, otra.

Alzó la mirada hacia La Magna.

—No creo que esa sea mi única opción —replicó en voz baja, arrodillado aún pero no vencido—. Puede que al final sí sea tan egoísta y perverso como el Gran Grimorio me hizo, porque mientras puedas prometerme que regresará, estaré aquí. Esperándola —recalcó, afianzando su mirada sobre La Magna—. Porque ella me buscará, y lo sabes. Su alma recuerda.

»Si permanecer leal a Reyyan significa traicionarte..., qué suerte que me lo pueda permitir porque no soy tu criatura.

La Magna exhibió sus dientes con una sonrisa perturbadora.

«No quieres declararme la guerra, Luvart, príncipe de los ángeles».

—No te atreverías a matarme. Nunca has podido porque soy lo más

cerca que estarás nunca del Gran Grimorio, ¿me equivoco?

Su sonrisa se esfumó.

«No pronuncies ese nombre otra vez».

—Es su nombre. El nombre que se dio. No soportas que te lleven la contraria, ¿verdad que no? Suerte que estoy abierto a hacer un trato contigo. —Se fue incorporando con lentitud—. Encuentra la manera de poner la magia a tu favor. Tiene que existir un modo de que Reyyan viva, y de que viva conmigo a su lado. Apuesto lo que sea a que ni siquiera te has molestado en contemplar opciones porque no te importa que seamos infelices.

«Ya veo que si no las contemplo vas a convertir esto en una amenaza. Tienes más valor del que deberías».

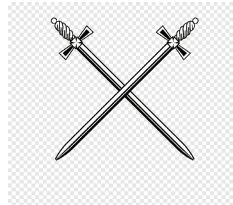
—Tengo el valor que me habéis dado, tú y la criatura de cuyo nombre reniegas. Devuélvemela —le advirtió Luvart—. Si lo haces, me tendrás de tu parte eternamente. Si no, tendrás que acabar conmigo, pero para eso habrás de cazarme primero en las filas del Gran Grimorio.

«Por tentadora que pudiera haber sido tu lealtad en otro momento, ya me he acostumbrado a tu rebeldía y no te tengo ningún miedo porque conozco tu punto débil».

Se acercó y extendió los brazos para entregarle a Reyyan, un gesto de generosidad que no creyó que le otorgaría. La sintió más ligera que antes, más tibia, y el corazón se le encogió.

«Pero me encargaré de que esté consciente cuando os despidáis. Considéralo una pequeña indulgencia de mi parte».

Capítulo XXXII



Lo primero que inundó a Reyyan al abrir los ojos fue el alivio.

Antes de caer en la inconsciencia, había luchado contra su sino para no marcharse demasiado pronto. Había acabado cediendo a lo inevitable con impotencia, furiosa porque ni siquiera se le permitiera despedirse o informar a Luvart de lo que significaba ese dolor paralizante que de pronto la había cambiado. Confesarle quién era él.

No sabía a qué se debía el milagro de volver a respirar, de poder emplear sus cinco sentidos para localizar a Luvart, pero lo agradeció en cuanto se hubo ubicado en el jardín de la casa. El abrazo de Luvart la mantenía sentada con las piernas extendidas y la cabeza apoyada en el pecho del guerrero. Su corazón latía despacio pero seguro, con el convencimiento de defender la vida por los dos. Por el que podría disfrutarla y por la que no.

El dolor puso trabas a su deseo de moverse. Tan solo quería ladear la cabeza para enfrentar al que reconocía como Luvart por su olor, por su tacto familiar, pero no lo consiguió hasta que hubo gritado para sus adentros. Era como si la estuvieran quemando viva. Su cuerpo, desde luego, se comportaba como tal. Temblar era su forma de pedir auxilio, de avisar al mundo de que necesitaba un paliativo con urgencia.

Pero al final consiguió lo que quería y miró a Luvart.

Algo dentro de Reyyan se quebró al contemplar sus ojos. Su belleza era ahora doliente, nostálgica por lo que aún no había perdido pero era consciente de que tendría que despedir. La verdad lo había afligido tanto que, al verla consciente, ni siquiera pudo alegrarse.

Pareció dolerse aún más.

—Lo sabes, ¿verdad? —susurró Reyyan. Él asintió sin apenas moverse, confundido—. Yo también. Lo recordé justo antes de dormirme. Ojalá hubiera tenido fuerzas para despertar y avisarte antes de que tuvieras que exigir explicaciones a La Magna.

Luvart la estrechó entre sus brazos como si quisiera sacarle del cuerpo todo lo insano, la culpabilidad incluida.

—Ni siquiera pienses en pedir disculpas —murmuró contra su sien —. Pero me gustaría saber por qué no me lo dijiste la primera vez,

cuando eras la Sehara. Antes de que te sacrificara.

Reyyan suspiró y cubrió las manos que la protegían con las propias. Se veían tan pequeñas en comparación...

Y pensar que sería la última vez que encajarían.

—Habría defraudado a La Magna. Me pidió como favor personal que guardara el secreto pese a que yo nunca dejé de romper lanzas en tu favor. Sabía que no te unirías al Gran Grimorio ni siquiera si conocieras tu condición. Además... —Se mordió el labio—. Temía que me quisieras demasiado y, al saber las consecuencias que traería nuestro contacto, decidieras abandonarme antes de tiempo para ponerme a salvo.

Cuando transcurrió un minuto y Luvart seguía sin decir nada, Reyyan se relajó para apoyar todo su peso en el pecho cálido que la resguardaría. Perdió la mirada en las estrellas, preguntándose cómo era posible que los humanos hubieran medido el tiempo de forma tan errónea. Parecía que desde la primera vez que estuvieron juntos en el jardín hubieran pasado meses, años, y tan solo podía contar tres días.

—Llevo toda la tarde devanándome los sesos —confesó Luvart de pronto, hablando en voz baja—, buscando una sola manera, da igual si buena o mala, da igual si legítima o traicionera, de evitar lo que está ocurriendo. Debe existir un hechizo, algún poder capaz de concederme este deseo... aunque deba empeñar mi alma a cambio. Siento tener que decepcionarte, porque, al pensar tanto en ello, a donde he llegado irremediablemente ha sido al Gran Grimorio. Quizá Él...

Reyyan se ladeó sobre el costado para mirarlo con espanto.

—No, Luvart. Ni se te ocurra recurrir a Él. Si La Magna no puede curarme, Él tampoco lo conseguirá. Estarías exponiéndote a un peligro superior y granjeándote enemigos poderosos para nada.

—Al menos lo habría intentado. No me sentiría impotente por haberme resignado.

—A veces, lo mejor que podemos hacer es rendirnos.

—¿Cómo podría yo rendirme? —murmuró, apoyando la barbilla en el hombro de Reyyan—. ¿Cómo puedo simplemente aceptar que no volveré a verte hasta que haya vuelto a olvidar tu rostro? Sé que cuando vuelvas te amaré igual. Ese es mi sino. Pero no serás esta criatura tan dulce que se pierde mirando las lavadoras en funcionamiento, se enfada con los libros y se ruboriza si le hacen un cumplido.

—¿Y si fuera mejor que todo eso? Puede que ahora no concibas a nadie a quien pudieras amar más, pero lo acabarás haciendo.

—¿Qué te hace pensar que podría soportar dejar de querer a esta versión de ti para amar a otra? Me enfurece solo imaginarlo. Querría a todos tus rostros, no lo dudes, pero este... —Presionó los labios contra su cuello, el hueco del hombro—. Este es especial para mí.

Haciendo un esfuerzo que requirió toda su voluntad y las fuerzas de reserva, Reyyan rompió el abrazo y se dio la vuelta para quedar cara a cara frente a él. Luvart tuvo que sujetarla por las caderas para que no perdiera el equilibrio.

—¿Qué importaría mi cuerpo si me tuvieras en tu mente? No tendrías que esperarme.

Luvart arrugó el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando no aguante más las heridas y me... marche —empezó ella, con tiento—, mi alma se desprenderá de mí y se quedará entre vosotros. O quizá regrese al Autem. No tendré conciencia para dirigir mi destino. Pero existe un hechizo para vincular cualquier espíritu a un cuerpo concreto, un cuerpo que ya existe.

»Ese cuerpo podría ser el tuyo.

Luvart no se movió de donde estaba. Pese a la prominente oscuridad de la noche, pues la iluminación del jardín era inútil, Reyyan podía advertir la profundidad de los surcos de sus ojeras.

—¿Quieres entrar en mi cuerpo? —inquirió un rato después, dudoso.

—Dices que has estado pensando en maneras de salvar la situación. Claramente esta no la has ponderado.

—Porque no sería tenerte. Sería... ser tú.

—Nuestras almas no se fusionarían, no funciona así. Tu cuerpo es el único que conozco lo bastante fuerte para albergar a dos criaturas dentro de sí; dos criaturas complementarias, porque en el fondo tú y yo somos dos caras de una misma moneda. Estaría en tu mente, podría hablar contigo y pasearme por tus recuerdos, pero no dirigir tus pasos.

—Entonces estarías encerrada. De nuevo. Y por mi culpa.

—Por tu culpa no. *Porque así lo querría yo*. ¿No es mejor eso que desaparecer?

Luvart tuvo que darle la razón, pero lo hizo con pesar.

—Cualquier cosa sería mejor que verte desaparecer. ¿Qué tendría que hacer?

—El de inserción es un hechizo más o menos sencillo, y a ti siempre se te ha dado bien la magia. Ahora ambos sabemos por qué. —Intentó animarlo con una media sonrisa, pero ella misma estaba demasiado exhausta para fingir con credibilidad y él se había alejado espiritualmente de la situación para sobrevivirla—. Solo tendrías que pronunciar las runas que te escribiré una vez yo haya... partido.

Luvart no había soltado su mano en ningún momento. Su contacto solo aceleraba el proceso de putrefacción de las heridas, pero jamás había tenido voluntad para alejarse de ella, y ella misma lo prefería así.

—¿No temes a la muerte?

—No. Recuerdo con detalle cómo lo sentí la primera vez, cuando me entregué por voluntad propia.

—¿Y cómo es? ¿Cómo se siente... no estar?

Reyyan le rodeó el cuello con los brazos y dejó que la acunara.

—No se siente. Aunque haya conciencia, no existe el dolor. En la nada nos espera toda la paz que no hemos disfrutado en vida. Por un lado, es reconfortante. Por el otro, ya sabes que hubiera preferido tus guerras. —Se separó lo suficiente para mirarlo—. No me ha dado tiempo a ver Francia.

—Francia puede esperar. ¿Podrás ver a través de mis ojos una vez estés en mi mente?

—Sí. Quizá sentir con tus manos. Conozco la teoría del hechizo, pero la práctica queda lejos de mi alcance porque nunca lo han conjurado para hacer uso de él. —Escrutó su rostro arrasado por la amargura y lo tomó entre sus manos, esperando que una caricia sirviera para paliar un tanto sus dolores—. Dime qué sientes, Luvart.

Luvart inspiró hondo y fue soltando el aire despacio, estrechándola más contra su cuerpo.

—Siento que pedirte disculpas no cambiará nada, pero tengo que hacerlo por haber convertido tu vida en un ciclo de sacrificios injustos.

—Toda felicidad exige una pequeña cesión a cambio. Cuanto mayor sea la dicha, mayor habrá de ser la penitencia para equilibrar el ciclo vital. Es como están hechas las cosas.

—¿Y no podría hacerlas de otra manera?

—Me parece que eso no puede cambiarlo ni siquiera La Magna. Pero no te tortures. Antes de que puedas echarme de menos, estaré contigo.

—Aunque no pueda verte ni tocarte.

—El libro que me dejaste, el que dijiste que sería mi favorito, decía que lo esencial es invisible a los ojos —le recordó—. Pero ahora puedes verme y tocarme. ¿Por qué no lo aprovechas?

Luvart desvió la mirada a sus labios entreabiertos un segundo antes de inclinarse sobre ella, contenido, y rozarlos con la boca entreabierta. Reyyan cerró los ojos y se dejó llevar por las emociones curativas que la embargaban. El cuerpo de Luvart era tóxico, pero la pureza de sus sentimientos la saneaba, mitigaba un tanto los síntomas. No lo suficiente para salvarla, y, aun así, mientras el beso duró, Reyyan estuvo convencida de que podría obrarse un milagro.

Cuando se separó, dos lágrimas de agradecimiento y duelo corrían por sus mejillas. Luvart las limpió sin decir nada, mirándola de un modo con el que parecía querer absorber su tristeza.

—¿Te quedarás conmigo hasta que me vaya? —musitó ella,

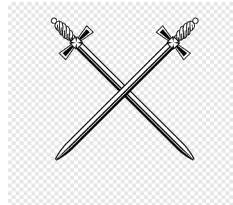
esperanzada. Luvart la besó en la frente.

—Me quedaré contigo hasta que vuelvas.

—Recuerda que no tienes por qué sacrificarte. No tienes por qué supeditar tu vida a la mía.

—No es solo un deseo, es una responsabilidad para con mi esperanza. Me lo debo a mí mismo por un sencillo motivo, y es que tu vida, Reyyan, es la mía.

Capítulo XXXIII



Hacía horas que había dejado de sentir a Reyyan entre sus brazos.

Ya no la escuchaba respirar. Ya no era ligera como una pluma ni ardía por culpa de su injusto destino. Ya no rompería el silencio cada vez que notaba a Luvart tensarse para recordarle con su voz dulce que seguía allí.

Todavía no había abandonado el mundo del todo, pero ya no regresaría.

Le había dejado en la mano un papel con las runas del hechizo que se la devolvería, aunque sin cuerpo y sin autonomía. Luvart lo miraba sin verlo, demasiado abrumado por sus sentimientos.

Así lo descubrieron las primeras luces del amanecer, sentado sobre la hierba con una mujer entre sus brazos y ni un solo latido vital entre los costados. A Reyyan se la había llevado la noche, y consigo había arrastrado también el derecho a la emoción de Luvart, que en el transcurso de las últimas horas se había ido entumeciendo hasta volver a ser esa criatura regia que ni sentía ni padecía.

El sonido de unos pasos le sacaron del trance.

—Marchamos a La Sociedad —anunció una voz ronca. Le costó reconocerlo. Al internarse en su nuevo mundo sin emociones, parecía haber perdido la memoria—. El rehén no ha dejado de cantar la misma canción en toda la noche. Insiste en que Aladiah está detrás del robo. El *rex* pide que, si no estás en condiciones de acompañarnos, por lo menos guardes la casa.

Su mirada vacía entró en contacto con el único guerrero que podría comprenderlo. El escarlata de los ojos de Abraxas centelleó al reconocer en el hombre de enfrente a un compañero de luto.

No se le tenía por el penitente más sensible. De hecho, debido a su actitud incendiaria, alimentada por un carácter que era como combustible, la mayoría de las veces lo habían dado por imposible. Pero Luvart encontró por primera vez, y por desgracia también, un punto común con él.

En silencio, Abraxas se sentó justo al lado de Luvart y apoyó los antebrazos sobre las rodillas, enfundadas en unos pantalones negros que habían visto más batallas de las que podían contarse con los dedos de una mano.

No esperaba que hiciera ningún comentario. Para él no existía aquello denominado «el poder de la palabra». En el mundo de Abraxas todo era físico. La violencia y el sexo eran sus únicas formas de desahogo, el idioma que le servía para comunicar sus dos emociones primarias. Estas convicciones conformaban a un hombre de pocas palabras al que el sentimentalismo le parecía una pérdida de tiempo y que, antes de dar una palmada en la espalda, abandonaría la habitación exasperado.

Aun así, Luvart halló consuelo en su silencio. Después de todo, Abraxas no hablaba porque sabía expresarse sin palabras.

Se pronunció transcurrido un buen rato, cuando las voces de una conversación entre el *rex* y sus hombres les llegaron en un eco que ambos acordaron ignorar.

—No vas a soportar cómo el mundo sigue girando como si nada hubiera ocurrido. —No necesitó usar su tono bíblico para que la verdad cayera sobre Luvart como una maldición—. Tu mente, tu cuerpo y lo que sea que mantiene esas dos condenas unidas se van a quedar anclados a este momento para siempre. Te van a acompañar cuando luches, cuando descanses; cuando cierres los ojos y cuando te detengas a respirar. A veces lo olvidarás todo solo para poder acordarte de ella con el mayor detalle posible, y algunas noches, cuando te cueste evocar este día porque tu mente irá borrándola lenta y sabiamente para que sigas adelante, te invadirá la ira y querrás matarte.

—Pero no lo haré porque tendré que seguir esperando —concluyó Luvart, acariciando el rostro pálido y helado de Reyyan—. Créeme, lo sé, conozco el sentimiento. Esta es mi segunda penitencia.

Desesperado por huir de su propia fantasía suicida, se sumergió de lleno en el dolor de Abraxas.

Tenía un modo muy diferente a él de vivir el luto. Luvart desconectaba de la realidad, se hacía pequeño en su caparazón y se comportaba como un autómata.

Abraxas no se permitía sentir nada más que rabia. Esta lo impulsaba.

—Astaroth volverá, tarde o temprano —le aseguró Luvart—. Y si existe un penitente lo bastante fuerte para vivir mientras eso sucede, ese serías tú.

—Si fuera una cuestión de fortaleza, ganaría. Los aplastaría a todos y no dejaría ni uno vivo. Pero en esta carrera vencen el paciente y el que mantiene la cabeza fría. Tú posees esas dos cualidades, y, además,

Reyyan no estaba destinada a salvarte, por lo que puedes vivir sin culpabilidad y sin rabia. Has sido bendecido por partida doble. Triple, si contamos que podrás velarla y enterrarla.

Luvart vio que la mandíbula de Abraxas se tensaba. Su cuerpo parecía lo bastante recio para frenar un tsunami con los brazos extendidos, pero dentro de él latía una ira más intensa de lo que ni siquiera él mismo podía soportar. Le superaba, se sentía a simple vista.

—Cuando pienso en que puede estar en algún contenedor... que pueden haberla arrojado sin más en cualquier descampado, como si fuera un residuo asqueroso. Como si fuera basura, no más que un perro muerto... —Cerró los ojos, temblando de indignación.

—Al menos podrás vengarla.

Abraxas negó con la cabeza.

—No existe venganza a la altura del calvario que vivió o el sufrimiento que me tiene encadenado. Ni siquiera si matara a la mujer del responsable con mis propias manos podría darme por satisfecho. Ni siquiera si matara a su mujer y a sus hijos. Ni siquiera si matara a los intocables del Autem que no movieron un dedo por ella. Nunca, *jamás,* podré darme por satisfecho.

—En ese caso te entiendo bien. Yo tampoco puedo hacer nada... excepto matarme a mí mismo por responsable. —Se le quebró la voz —. Soy su condena.

—Todos somos la condena de quien nos ama. Mara siempre dice que, cuando un inmortal se enamora, lo hace aceptando que el ser amado será eventualmente su perdición: lo único por lo que podrá morir y lo único por lo que deseará no hacerlo.

Luvart sabía que, pese al violento comienzo de su relación, Abraxas había hecho buenas migas con Mara. Gracias a sus poderes de ocultista, la muchacha había conseguido desentrañar el misterio de dónde estuvo su esposa y qué hicieron con ella en las horas previas a su muerte. Aunque esto había supuesto un shock nervioso para Abraxas, agradecía haber sido librado de la terrible incertidumbre, y ahora, por lo que Luvart sabía, la protegía como habría protegido a Astaroth. Todas las noches sin faltar una le rogaba que le relatara una vez más lo que su mujer había dicho antes de cruzar al otro lado.

Lo vio incorporarse despacio.

—No lo vas a soportar —le repitió, ya de pie y mirándolo impotente, como si odiara que hubiera una sola criatura en el mundo sufriendo como él. Tan celoso era de su dolor que detestaba compartirlo—, pero el mundo va a seguir girando. Así que más te vale levantarte y venir con nosotros a cumplir con tu deber.

»No la conozco —admitió, señalando a Reyyan con un cabeceo respetuoso—, pero si de verdad te quería, no le habría gustado verte acunando su cadáver.

—¿Cómo le habría gustado a Astaroth verte a ti?

—Le habría gustado que me controlara, aprendiera a ser paciente y no pagara mi dolor con nadie. Pero no está aquí para verme, como tampoco para salvar a quien se ponga en mi camino, así que les deseo mucha suerte a los cómplices de sus captores.

Luvart lo vio marcharse con la línea de los hombros tan rígida como el *gladius* que llevaba ceñido al cinto. En lugar de desprenderse de Reyyan, la aferró con más fuerza, la única manera que se le ocurría de salvarse la vida. Luego recordó que seguía sosteniendo en la mano el papel con las runas, y, con cuidado de no soltarla, lo desdobló para leerlas para sus adentros.

El hechizo que le devolvería la vida sin piernas para caminar por el mundo. Sin ojos para verlo. Sin piel que él pudiera recorrer para desahogar un amor que de muy pocas maneras podría demostrar merecidamente.

Pero se la devolvería.

Siguiendo las indicaciones de Reyyan, la tendió muy despacio sobre la hierba de forma que su nariz respingona apuntara al cielo. Luvart la observó un segundo con el aliento reprimido.

Una vez pronunciara las runas, su cuerpo se convertiría en un cascarón vacío y no habría posibilidad de retorno. Odió las manipulaciones de La Magna más que nunca porque le habían privado del placer de besarla tanto como hubiera querido.

En el silencio de la mañana, Luvart conjuró las runas con una mano sobre el corazón de Reyyan y la otra pegada al suyo. Vació la mente de dudas —¿cómo se sentiría tenerla dentro? ¿Funcionaría, o era una mentira piadosa que le había contado para apaciguarlo?— y se concentró en las letras emborronadas. Con los ojos cerrados, completó el círculo de indicaciones repitiendo en voz alta, despacio y con claridad la serie de palabras.

Notó un cosquilleo en las yemas de los dedos. Su pecho se calentó y ese fuego se extendió hasta sus uñas, hasta sus cejas, hasta los lóbulos de las orejas.

Tal y como había aparecido, se extinguió.

Luego esperó. Y esperó. Y esperó. Su mente seguía en blanco, su cuerpo se sentía igual de pesado y vulnerable, una casa en ruinas que habitaría sin tocar nada para que, cuando Reyyan volviera, lo encontrara tal y como lo había dejado.

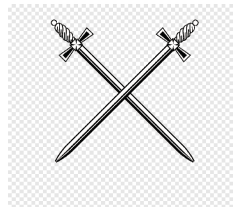
Convencido de que no había funcionado, tomó a Reyyan entre sus brazos y la llevó en silencio sepulcral a su dormitorio.

Era cierto: el mundo no iba a detenerse. No lo hizo la primera vez. ¿Por qué lo haría la segunda?

La arropó con cuidado y le prometió en silencio que volvería a amortajarla con violetas; que la enterraría donde se vieran las

estrellas. Y después, roto y doblado como una colilla, cerró la puerta y se unió a la expedición con destino otro juicio por traición.

Capítulo XXXIV



Luvart supo que algo iba mal en cuanto Aladiah entró en el salón de audiencias.

Sabía que dos seráficos posicionados a un lado y a otro le escoltarían y cerrarían el paso a la vez, determinando su condición de acusado, pero la actitud del regente no era la esperada. No parecía un hombre listo para defender su inocencia.

En apariencia era el mismo Aladiah, pero Luvart detectó unas ligeras y sospechosas variaciones en su modo de caminar, en su gesto indiferente. Había perdido el aire digno que le caracterizaba, y la inexpresividad a la que se había aferrado no tenía el fin de apaciguar u ocultar sus preocupaciones para dejar ser a los demás. Su inexpresividad era, simple y llanamente... apatía. Y si alguien podía entender la profundidad de aquel sentimiento, todos los desprendimientos que conllevaba, ese era Luvart.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el *rex* en voz baja—. ¿Te encuentras bien?

Valthessar era un excelente comandante, pero carecía de la sensibilidad necesaria para detectar esa clase de diferencias casi inapreciables. Se guiaba por la lógica, y la lógica le decía que Luvart debía estar destrozado.

Se equivocaba. No podía estar destrozado porque *no estaba allí*, del mismo modo que Aladiah se había quedado en su dormitorio... o, quizá, en sus recuerdos trastocados.

—Creo que entiendo a lo que Quinto se refirió cuando dijo que el regente no es el mismo —le contestó en el mismo tono, sin despegar la vista del susodicho. Este ocupó el exacto lugar de los días anteriores, el asiento donde se dirigirían todas las miradas censuradoras.

—Yo lo veo igual. Tranquilo e inalcanzable como de costumbre. Sabe que es inocente —determinó Valthessar, convencido— y por eso no tiene nada de lo que preocuparse.

Luvart negó con la cabeza.

Mientras, el Consejo se ponía en pie para dar por comenzada la sesión.

—No es una cuestión de físico, ni tampoco de actitud. Ya ves que sus modales son idénticos. No podemos confundir la templanza de Aladiah con la desgana. Ha perdido la calidez que le distinguía, ¿no lo notas?

—Sí —acotó Xaphan en voz baja—. Y aunque le han revocado el manto protector, sigo sin poder entrar en su cabeza. No está blindada, simplemente la ha cerrado adrede para ser inescrutable. Espero que no signifique que está tramando algo.

—¿Qué va a estar tramando, aparte de un modo de salvarse? —masculló Valthessar—. Si lo acusan de esto, no vive para contarlo.

Justo en ese momento, Raziel dio una palmada para acallar el murmullo del salón.

Aparte de testigos y jurado, toda la comunidad seráfica se había congregado en torno a la elevación de las tribunas para asistir a la que podría ser la caída de Aladiah.

Raziel ofreció un pequeño resumen a aquellos que no estuvieran enterados en tono solemne.

—El regente Aladiah, hace unos días juzgado por sus crímenes carnales, ha sido de nuevo acusado por el Consejo y El Séptimo Círculo por un claro delito de traición. Alguna de las víctimas de su abuso de poder, como el sacerdote Quinto aquí presente, ofrecerán un relato detallado de lo que ya se ha expuesto al *rex* Valthessar. El regente Aladiah es la mano negra detrás del robo de las runas, el causante de la posterior destrucción preventiva del Libro y, por tanto, un traidor de La Magna y la Sehara.

Aunque el entumecimiento generalizado y su escepticismo hacia la religión deberían haberlo evitado, Luvart se estremeció al igual que el resto de los penitentes de su círculo por lo calamitoso de la acusación. La doble deslealtad era la clase de felonía alevosa que nadie a excepción del propio Gran Grimorio había llevado a cabo desde la creación del mundo. Y era doblemente chocante, porque la responsabilidad recaía sobre el que hasta entonces había sido un ejemplo de moral, otro agravante más.

La Magna no perdonaba la hipocresía.

Luvart se fijó en que todos los seráficos compartían la conmoción. En especial la joven Darda'il, que había empalidecido y tenía los nudillos blancos de agarrarse la túnica para contener el llanto.

No era para menos. En el pasado, las prometidas y prometidos acostumbraban a pagar también por las injurias de los seráficos con los que existía la vinculación, y aún quedaban adeptos a esta ley de justicia en el Consejo. Ella también podría morir, un hecho que

Aladiah debería haber ponderado antes de atreverse a traicionar a La Magna.

Si es que lo había hecho.

A juzgar por su semblante, no parecía culpable... pero tampoco del todo inocente.

—¿No lo niegas? —le preguntó Raziel desde su asiento predominante.

—Que hablen quienes dicen saber —decretó Aladiah con voz neutra—, y que juzguen quienes juran comprender.

Apenas hubo acabado de hablar, Raziel hizo un gesto con el que indicaba a Quinto que podía intervenir.

Mostraba señales de tortura en la muñeca amoratada, algunos dedos luxados y una leve cojera, lesiones de las que nadie salvo El Séptimo Círculo era responsable. Su rostro pálido indicaba cuán presente tenía aún los métodos que el *rex* había empleado para sonsacarle la verdad.

Por lo poco que Luvart sabía, no había escatimado en esfuerzos. Y por lo que se podía apreciar en su semblante relajado, el *rex* no estaba en lo absoluto avergonzado de sus técnicas.

—Cuando el regente me propuso para ocupar el lugar que ahora ostento en el Consejo, estaba exultante. Pero la emoción no me duró demasiado, porque pronto empezó a insinuar que mi inclusión entre los prefectos era un favor que tendría que devolverle tarde o temprano, y aunque no me preocupaba que dicho favor conllevara tareas... ilícitas, pues confiaba en las bondades del regente, sí que intuí que obraríamos al margen del Consejo. Esto, además de inquietarme, he de reconocer que me hizo sentir especial. Un privilegiado. Sobre todo porque el regente me contó en confidencia que le interesaba cambiar La ley de Promesas, la que impide que los prefectos acojan a prometidos no humanos, para elegirme a mí como prometido suyo. Era una oferta tentadora, así que cuando me pidió que encontrara unas runas determinadas en el Libro, yo...

—Eso es mentira —interrumpió Mara, llenando con su voz toda la sala—. El regente me ofreció a mí el puesto de prometida.

—Eso fue mucho después de los meses pasados en los que Quinto se sitúa —repuso Raziel, sereno—. Además de que un regente puede barajar diferentes prometidos antes de dar el paso definitivo. Tu protesta no invalida su discurso.

»Continúa, Quinto.

Luvart se extrañó por el tono amable con el que Raziel se dirigió al que al final del día no dejaba de ser un traidor. No acumulaba tantos cargos como Aladiah, pero ¿por qué la simpatía?

—Al principio me negué, por supuesto. Tocar uno de los libros sagrados es un lujo que nadie debería permitirse. Pero el regente me

aseguró que haría uso de las runas con fines honestos y yo sería recompensado.

—¿Qué fines honestos serían esos? —preguntó el propio Aladiah, que no había cambiado de postura en toda la exposición.

Quinto tragó saliva.

—No quería exponer públicamente algo tan privado para él, pero... Como ya sabéis todos los aquí presentes, los áureos poseen un alto porcentaje de sangre humana. Por eso tienen prohibido reproducirse si no ostentan el cargo de regente. Aladiah, como regente áureo, tiene una obligación para con La Sociedad, que no es otra que aumentar en número nuestras filas. Tras la pérdida de más o menos la mitad de la comunidad en la guerrilla contra El Séptimo Círculo, por cierto, ya no solo se trata de «aumentar», sino de repoblar.

»Pero, según me contó él mismo, Aladiah posee un defecto genético heredado de una de las generaciones de su familia humana, y es que no puede engendrar. Quería las runas, cuyo fin original no es otro que crear vida, para cumplir con su deber y no decepcionar a La Sociedad. Me pareció un propósito legítimo y se lo concedí movido por la compasión.

—Un ejemplo de corazón bondadoso —apostilló Aladiah.

Aunque el comentario sonó irónico a todas luces, no le dio la menor entonación, dejando confundidos a los presentes.

—Sin embargo, cuando observé que las runas estaban mal escritas adrede para que nadie salvo la Sehara las pronunciase correctamente, me negué a hacer el hechizo —continuó Quinto, ruborizado—. Yo no conozco la pronunciación adecuada. Dudo que siquiera Primero, mano derecha de Su Santidad, sepa decodificar el orden de lectura. Y no quería ser cómplice del engendro que nacería a partir de la magia, porque estaba seguro de que La Magna nos castigaría por soberbios, por haber creído que seríamos más inteligentes que la propia magia. El regente trató de convencerme, pero viendo que no daría mi brazo a torcer, insinuó que «se encargaría de ello» y me dejó en paz.

»Luego traté de recuperar las runas para que nadie hiciera un mal uso de ellas, pero no las encontré.

—¿Dónde se pueden localizar las runas en este momento? —quiso saber Raziel—. Es una pregunta para el seráfico Aladiah.

Este ni se paró a pensarlo.

—Lo desconozco.

Otro de los miembros del Consejo, el empíreo Tronos, se levantó consternado.

—Al conocer las gravísimas acusaciones dirigidas al regente Aladiah, el Consejo estimó necesario rebuscar en su dormitorio con el fin de hallar pruebas incriminatorias. —Alzó un trozo de papel arrugado, protegido por un soporte de cristal nítido—. Escondido en

su secreter encontramos las runas.

—Qué suerte —dijo Aladiah, pendiente del reflejo del cristal con gesto aburrido—. Ya sabemos dónde están.

—Todo parece indicar que fue el regente Aladiah el que pronunció el conjuro —prosiguió Raziel—. Desvestidlo para que podamos confirmarlo.

Los dos seráficos que lo habían escoltado le obligaron a ponerse en pie y extender los brazos. A continuación, desabrocharon los botones del cierre de la túnica. Se detuvieron al llegar al ombligo, pues una reveladora quemadura negra con ramificaciones salpicaba su torso.

Hubo varias exclamaciones ahogadas.

Luvart y Valthessar no eran los únicos que no daban crédito a lo que estaban viendo. El mismísimo Noveno, opositor de Aladiah, tampoco salía de su asombro. Desde el comienzo del juicio no había dejado de mirar boquiabierto al acusado y al jurado, a los testigos y luego de nuevo al acusado. Estaba claro que no había esperado tener razón al recelar del regente, y sorprendió a Luvart levantándose de su asiento para decir:

—Estoy convencido de que eso se debe al hechizo conjurado por la Sehara. —Sudaba tanto que no dejó de darse aire tirando del cuello de la túnica en toda la intervención—. Esas quemaduras no solo aparecen en quienes realizan hechizos superiores a sus capacidades, sino también en las víctimas. Si el regente no tiene o ha tenido los dedos negros, no fue él quien pronunció las palabras. ¿Es el caso?

—¿Me preguntas si he tenido las yemas de un tono más oscuro de lo normal? No, aunque me están llamando «la mano negra» por aquí. —Ladeó la cabeza hacia uno de los seráficos que le guardaban—. ¿Te importaría cubrirme de nuevo? Hace frío.

—Aparte de Quinto, el único sacerdote de la Orden que reside en La Sociedad y que pudo haber conjurado los hechizos es Noveno, y su inocencia salta a la vista. —Tronos mostró las manos limpias del susodicho a los asistentes—. El resto de la Orden reside en el Autem, y no consta que Aladiah haya ascendido más que para la ceremonia en honor a la *anandha* perdida del penitente Abraxas. Entonces, este problema ya nos estaba superando, por lo que ningún sacerdote pudo haberlas pronunciado por él.

»Por otra parte, hay un rastro de huellas en el papel de las runas que indica que estuvo en manos de una presencia sobrenatural y oscura, caracteres descriptivos que solo coinciden con...

—El Gran Grimorio —completó Raziel.

Darda'il se levantó de golpe y abrió la boca con toda la intención de intervenir, pero la augur Levanah se adelantó diciendo:

—Me gustaría intervenir en favor de la verdad. Si es cierto que el regente Aladiah ha tenido el menor contacto con el Gran Grimorio, su

mente recordará. Practicando una inmersión podríamos resolver rápido esta cuestión.

Raziel vaciló un segundo antes de hacer un gesto invitador.

—Adelante.

Levanah le transmitió fuerza a la pálida Darda'il con un apretón de manos antes de dirigirse al acusado. Las emociones de la prometida eran tan intensas que parecían pelearse unas con otras.

Luvart jamás había sentido nada igual. La humanidad de la joven tenía mucho que ver, pues los futuros seráficos que no habían pasado aún por la transición eran la raza más vulnerable de todas, y aquella muchacha tenía motivos de sobra para temer el destino de Aladiah.

Todos observaron en silencio que Levanah se detenía a intercambiar unas palabras con el regente. Con solo aguzar un poco el oído, Luvart la oyó decir:

—¿Por qué no me dejas entrar en tu mente? Me topo con una pared.

—Quizá eso es lo que haya en mi mente. Nada.

—Déjame pasar, Aladiah. Déjame confirmar que todo esto es un sinsentido. Por favor, es la única manera de salvarte.

Levanah pretendía mantener la conversación en susurros, pero Aladiah le respondió alto y claro.

—Habéis urgado en mi alma ¿y ahora queréis también profanar mi mente? Puedes intentarlo, pero no vas a llegar a la verdad a través de mí mientras yo pueda evitarlo.

—¿Está el seráfico Aladiah poniendo trabas a la resolución de esta audiencia? —preguntó Raziel.

—¡Pues claro que está poniendo trabas! —gritó Darda'il, roja de rabia—. ¡Ni siquiera le habéis dejado hablar para defenderse, aunque no es como si uno pudiera defenderse de un complot injusto!

—Te aconsejo que midas tus palabras si no quieres correr el mismo destino que Aladiah —habló Raziel—. La extensión de sus agravios a La Magna es tal que podrían llegar a mancharte. Para pagar por una doble traición habría de morir dos veces, y si solo se le puede ajusticiar una, tú serías la segunda víctima.

—Nada de lo que se me acusa puede vincularse a mi prometida —intervino Aladiah—. Ella no aparece involucrada en esta cadena de traiciones y testifico en voz alta y clara a favor de su inocencia.

—Tu voz, por alta y clara que la proyectes, tiene ahora mismo tan poca validez como tu lealtad —replicó Raziel fríamente—. Si te niegas a la inmersión de la augur, se te declarará culpable en el acto y con inminentes consecuencias.

—¿Y cuál sería la acusación definitiva?

Tronos sostuvo su mirada como Raziel no podía.

—Las huellas sobre las runas, tu blindaje mental y tu negativa a

someterte a una prueba de inocencia demuestra tus cercanas conexiones al Gran Grimorio. El Consejo considera que el fin de engendrar súcubos para sembrar el terror en La Sociedad no era más que una estrategia para relajar la ley, que, como regente, has pasado años tratando de derogar: la relativa a la virginidad de los seráficos. La sangre áurea que corre por tus venas ha contaminado tu amor por La Magna y te ha transformado en la clase de enfermo de lujuria capaz de yacer con un súcubo en plena experimentación. Ese era tu propósito: que los seráficos tuvieran permitidas las relaciones físicas para tú poder aprovecharte de ellas. Y todo esto se debe a tu origen áureo, pues un albo jamás habría sentido tentaciones similares, ni tampoco habría tenido problema alguno para engendrar.

Por primera vez en todo el juicio, Aladiah mostró una emoción fácilmente distinguible: la ira.

—¿En qué momento se ha convertido esto en una oda a la pureza de la sangre? Este alegato final te ha servido para retratar a la perfección el racismo arraigado en los corazones de los prefectos que vienen de arriba.

Todos ellos se levantaron a la vez al oír aquella palabra. Incluso a Luvart se le puso la piel de gallina.

El racismo del Linaje de los Albos hacia el Linaje de los Áureos, mestizos reclutados siglos después, había sido la única e histórica causa por la que los seráficos habían peleado desde su agrupación en La Sociedad. La resolución de la guerra civil sirvió para extender puentes, pero la mera mención a ese cisma crispaba los ánimos por las implicaciones que tenía. Destapaba la naturaleza arrogante de la que los seráficos renegaban.

—Esa acusación no es asunto menor —habló Raziel con voz grave.

—Tampoco es asunto menor la que enfrento yo hoy —repuso Aladiah. Recuperó la compostura y se levantó con gesto solemne para decir—: Me hago cargo de mis crímenes con el fin de que no manchen al resto de mi linaje, el que se hallará tan desconcertado y avergonzado por mis actos como cualquier otro albo. Dejad a los áureos tranquilos y yo aceptaré mi condena.

—¿Estás admitiendo tu culpa?

—La estoy asumiendo.

Al mirar a los prefectos uno a uno, Luvart confirmó que no se habían percatado —o no habían querido percatarse— de que había una diferencia abismal entre «admitir» y «asumir». La misma que entre un «sí» y un silencio.

No fue el único que captó este detalle, pues Darda'il también miraba a su prometido con horror.

—Aladiah, hijo de Penélope y Adirah, regente de La Sociedad hasta el día de hoy, quedas relegado de tu cargo y de tu nombre; de tu lugar

en esta digna organización y de tu espacio en el linaje; de tu condición de seráfico y de tu misma humanidad. Disfruta de tu último día de libertad, porque todo lo que te hace hombre, inmortal y magnánimo te será arrebatado mañana como solo se puede arrebatar al poner fin a una vida. Morirás sin ser perdonado, sin poder mirar a los ojos a la diosa que te dio la savia vital y siendo una vergüenza para tu estirpe.

Aladiah aceptó la sentencia final con una impasibilidad que Luvart no supo si admirar, temer o si, por el contrario, debía cuestionar. No veía en Aladiah la voluntad de vivir, pero tampoco la aceptación de la muerte.

Darda'il perdió el conocimiento y los seráficos cercanos tuvieron que asistirla de inmediato. Aladiah solo ladeó la cabeza hacia donde ella estaba, y aunque hubo una vacilación en su paso —la intención de acercarse—, los dos seráficos que le guardaban lo empujaron por los hombros para apremiarlo a abandonar el salón.

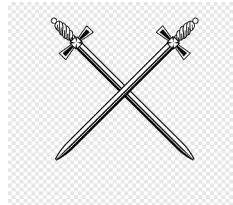
El portón se cerró con estrépito a su salida.

Luvart se estremeció de repente. Creyó que era por el ruido, por la selva desatada en la que se había convertido la audiencia y por la dura condena que esperaba a un personaje al que admiraba, pero el estremecimiento no era a nivel epidérmico, sino que le atenazó los órganos como si le hubiera atravesado un espectro.

Un espectro con ganas de dar su opinión, porque el ruido se disipó a su alrededor y Luvart oyó con claridad una voz muy diferente a la de su conciencia. Una voz femenina y dulce que hizo vibrar todas sus células, como si las estuvieran oxigenando de nuevo.

«¡Maldita sea! Me he perdido el juicio, ¿verdad?».

Capítulo XXXV



La sensación de ser sin estar era... *interesante*. Diríase incluso que muy cómoda, porque sin brazos y piernas que dirigir, sin cansancio que se interpusiera en sus planes, todo de cuanto tenía que hacerse cargo era su conciencia. Quizá otro individuo menos afortunado que ella no soportara estar a solas con sus arrepentimientos, sus dudas y la pena de lo que había dejado atrás, pero el alma de Reyyan siempre había sido ligera como una pluma. Y aunque no estaba en brazos de Luvart, estaba en su cabeza, el que le parecía el segundo mejor lugar del mundo.

Tal y como había imaginado, la mente era un adicto al trabajo. Siempre ajetreado, siempre nervioso, siempre produciendo. Reyyan flotaba por un pasillo de pensamientos que, tan pronto como aparecían, se acababan desvaneciendo, restringidos a su condición de fugaces.

En el camino de luz que no sabía a dónde la llevaría, se encontró con algunos de los recuerdos más cercanos. Se vio a sí misma, inerte en sus brazos. Vio a Luvart enseñándole las estrellas, discutiendo con La Magna, hablando con Abraxas. Entendía que los recuerdos más cercanos eran los primeros en aparecer. Conforme se adentraba en el corredor interminable, iba recordando a través de sus ojos los días de frialdad en los que lo miró, aterrada, y, más adelante, otros igual de gélidos en los que ella aún no había parecido. Escenas de lucha, tardes de lectura, charlas más o menos amistosas con los guerreros de El Séptimo Círculo, visitas anuales a La Magna para celebrar La Triple Inquisición..., entre otros ritos ceremoniales.

La memoria de Luvart se iba fusionando con la de ella. Ese era el pacto de compartir el mismo cuerpo, aunque el porcentaje de ocupación de Reyyan fuera mínimo.

No podría dirigir sus movimientos a no ser que él se lo permitiera, pues no era un hechizo de posesión o suplantación sino de cohabitación. Sus cuerpos no volverían a fundirse en uno solo, pero de algún modo aquella fusión de recuerdos y pensamientos era incluso más íntima, el gesto de confianza final. Luvart no podría ocultarle

nada, y ella tampoco a él. Por lo pronto iba aprendiendo de la criatura a la que el destino le había encomendado.

Reconoció en los fragmentos fugaces, cada vez más borrosos, todas y cada una de las virtudes que ya le había achacado. Y es que Luvart había sido un guerrero humano al que nunca le pudo la vanidad o la codicia. Se había mantenido íntegro y piadoso incluso durante la lucha armada. Perdonó vidas, se negó a aceptar sobornos, no quiso recompensas o títulos ni regalos que considerase inmerecidos. Atesoraba con especial cariño los recuerdos que involucraban descubrimientos científicos, historias excepcionales, personas que le marcaron.

La suya había sido y seguía siendo una vida humilde.

Cuando estaba rondando los recuerdos de su romance con La Magna, unas voces distorsionadas quebraron la calma de las imágenes. Reyyan se asentaba poco a poco en el cuerpo de Luvart, y, con la misma calma, iban llegando los estímulos externos. Fueron tomando forma hasta que reconoció a Raziel y a Aladiah. Inmediatamente después, sintió a Luvart levantarse de golpe.

Si hubiera tenido pies o peso que sostener, se habría tambaleado.

Supo a dónde se dirigía gracias a uno de sus pensamientos, y empezó a verlo de forma gradual en cuanto se concentró en acoplarse también a sus sentidos. Segundos más tarde, Reyyan estaba lo bastante segura de su asentamiento para pensar con la esperanza de que le escuchara.

«¡Maldita sea! Me he perdido el juicio, ¿verdad?».

Sintió que Luvart detenía sus pasos de golpe. Un torrente de pensamientos cayó sobre ella como una muralla de ladrillos. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿De dónde venía? ¿Había regresado...?, y todo con las emociones que aquello conllevaba.

«¡Oye, tranquilízate! Puedes responderme, solo tienes que pensar hacia mí. Como si estuvieras hablando contigo».

—¿Reyyan? —dijo en voz alta.

«Bueno, también puedes hablar. Te voy a escuchar igualmente. Aquí estoy. Ahora veo que no mentías cuando dijiste que pensabas todos los días en mí. Tu cabeza está llena de... mí».

Y eso le gustaba.

No estaba exenta de vanidad femenina, después de todo.

—¿Qué pasa? ¿Cuánto llevas ahí dentro?

«Desde que pronunciaste el hechizo, supongo».

—¿Por qué no te he notado?

«Soy muy discreta. Y, además, hablo poco».

Luvart se echó a reír. Si solo lo hubiera tenido delante, se habría empapado de la calidez que suavizaba sus rasgos al sonreír de veras. No poder la entristeció más de lo que habría esperado, a pesar de estar

disfrutando del privilegio de conocer de primera mano todo lo que sucedía internamente cuando le inundaba la felicidad.

«¿Qué ha pasado?», se obligó a preguntar. «Estaba despistada durante el desarrollo del juicio».

Lo sintió guardándose las manos en los bolsillos e incorporándose al grupo de los penitentes que caminaban por delante. Dagon y Samael hablaban por lo bajo, consternados. Mara se había marchado a pelear para ver a Aladiah, aun cuando se lo habrían prohibido si el resultado del juicio había sido todo lo negativo que cabía esperar, y, en cuanto a Valthessar, se mostraba tan cabizbajo como Xaphan se veía pensativo.

«Lo han condenado, ¿verdad?».

—A muerte. Mañana se llevará a cabo la decapitación pública. Rápido y sin dolor... para él.

Samael se dio la vuelta con el ceño fruncido.

—Oye, ¿con quién estás hablando?

—Con Reyyan.

—¿Con Reyyan? —repitió Samael, vacilante—. ¿En serio?

«Hola, Samael».

—Dice que hola.

Samael hizo una mueca y le tocó el hombro al *rex* con el dedo. Este se giró sin ánimos para estupideces, lo que explicó que torciera la boca cuando Samael dijo:

—Creo que a Luvart se le ha ido la chaveta del todo, ¿eh? A lo mejor habría que llevarlo a un psicólogo, un exorcista o lo que toque en estos casos.

—¿Qué dices?

—Me acaba de soltar que está hablando con Reyyan.

Reyyan sintió el suspiro de Luvart como una brisa agradable, igual que cada vez que inspiraba hondo. Se preguntó, curiosa, cuánto más podrían experimentar con aquella clase de detalles. Tuvo que posponer la investigación para atender a las explicaciones que dio Luvart y que dejaron perplejos a los guerreros, en especial a Dagon.

No tardó en hacer sus preguntas.

—¡Qué fuerte! ¿Significa eso que no os podéis acostar? Es decir, si es verdad que está *dentro* de ti, debe sentir placer cuando te masturbas, pero más allá de eso...

—Al final se está haciendo una gayola, que es lo mismo que hago yo, y sin mujer que me esté calentando la cabeza las veinticuatro horas —concluyó Samael.

—Oye, pues eso de calentar la cabeza me ha dado una idea —dijo Dagon—. O sea, si oye su voz y todo depende de la imaginación, siempre pueden tener sexo como los que tienen un noviete a distancia. Ella le «calienta la cabeza», y él, pues... ¿Te acabas de poner rojo?

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó Luvart. Reyyan notó que se palpaba la

cara—. Pues es verdad. Debe haber sido Reyyan.

—Sí, Reyyan... Cuando te pongas a llorar seguro que también le echas la culpa a ella. —Se burló Samael.

—Cuando llore, te culparé a ti, que eres el único capaz de amargarme el día hasta hacerme llegar a las lágrimas.

El *rex* se pasó una mano por la cara.

—Haced el favor de subiros al coche y dejar esta estúpida conversación. Luvart es lo bastante mayorcito para encargarse de su vida sexual. No hace falta que opinen dos solteros empedernidos que han demostrado, además, ser incapaces de mantener a una pareja por mucho tiempo.

—No tengo pareja porque no me dejáis salir con humanas, y, por si no lo has notado, en El Séptimo Círculo hay un total de cero penitentes femeninas —rezongó Dagon—. En cuanto a Samael, no deberíamos recordarle que solo hay un tipo de mujer con estómago para enamorarse de él.

—¿Las supermodelos? —probó Samael.

—Casi. Las sordomudas... con todo mi respeto para las sordomudas, claro. —Dagon alzó los brazos.

Luvart soltó una carcajada.

«Qué vergüenza estoy pasando», admitió Reyyan.

«Lo he notado. Parece que puedes reaccionar usándome», le respondió Luvart, también mediante pensamientos. «Aprendemos rápido, ¿no te parece?».

«Y seguro que nos cansaremos igual de rápido», lamentó ella. «Siento no poder estar contigo».

—No digas tonterías.

Los penitentes, que habían seguido hablando entre ellos, se giraron hacia él con las cejas enarcadas. Luvart tardó en darse cuenta, pero cuando lo hizo se detuvo y preguntó:

—Perdón, ¿quién estaba hablando?

—Dagon.

—Entonces que se dé por aludido. —Luego agregó mentalmente—: *Por ahora me estoy divirtiendo bastante.*

«Si pudiera sonreír, lo habría hecho ahora mismo».

«¿Así?».

Luvart rescató un recuerdo reciente manteniéndolo durante unos segundos en la cabeza. En este, Reyyan se vio a sí misma observando con una media sonrisita los pendientes que le había regalado. Se preguntó dónde habrían quedado esos pendientes, qué sería de ellos cuando cremaran su cuerpo.

¿Quería que los hicieran cenizas como a ella, o prefería que Luvart los conservara para admirarlos de vez en cuando a través de sus ojos?

«Haré lo que me digas. Son tuyos», le respondió Luvart,

sorprendiéndola. Claro, podía leer sus pensamientos. «Y ahora... ¿quieres que te cuente detalle a detalle lo que ha pasado? El *rex* teme lo que pueda pasar a partir de hoy. Es muy probable que el Consejo elija a Raziel como representante, y Raziel nunca ha ocultado su desprecio hacia los penitentes».

Durante todo el viaje de regreso a casa, que fue silencioso salvo por el *hip-hop* que ponía a vibrar los altavoces del coche, Luvart estuvo recordando lo ocurrido en el salón de audiencias.

La experiencia no tuvo comparación. No solo disfrutaba de su detallado diálogo, sino que además disponía de pruebas gráficas para comparar y hasta sentía lo que Luvart había experimentado en determinados puntos del juicio.

Cuando hubo terminado, Luvart subía las escaleras de camino a su dormitorio. Reyyan estaba tan horrorizada con lo acaecido que no podía ni pensar.

«Le han debido tender una trampa. Si Aladiah fuera un traidor, lo habría sentido. Su aura habría tenido un color diferente. Mis sensaciones al estar cerca de él habrían sido distintas, también; todas ellas negativas».

Luvart cerró la puerta de la habitación tras él. Apenas lo hizo, Reyyan se aprovechó de su visión periférica para detallar cada rincón como no pudo hacer la noche de su agonía.

Había esperado un dormitorio adaptado a su personalidad, un lugar acogedor, lleno de libros, caracterizado como un salón de Versalles, pero nada más lejos de la realidad. Debería haber imaginado que, al igual que Luvart se sentía incómodo en su propio cuerpo, el lugar donde reposarlo le habría importado aún menos. Se conformaba con una cama de matrimonio con las sábanas pulcramente estiradas bajo un puñado de almohadones, un armario empotrado que de seguro estaría casi vacío y un espejo de cuerpo entero en el que confirmar que no salía de casa de cualquier manera. El único detalle que delataba de quién era la habitación era el ejemplar de *Las flores del mal* que descansaba sobre la mesilla de noche.

Luvart distrajo a Reyyan haciendo la gran pregunta en voz alta.

—¿Por qué, si Aladiah es inocente, no ha intentado salvar su pellejo?

«Es lo mismo que nos preguntamos todos».

—No todos —murmuró, mirando a un lado y a otro. Reyyan no comprendió al principio qué estaba buscando al precipitarse sobre el colchón, palparlo con impaciencia y buscar entre los cajones—. Había dejado aquí... Tu cuerpo estaba aquí.

«Esa es una frase que nunca pensé que oiría».

—Yo tampoco pensé que la diría.

Luvart se calló al dar con una nota sobre la mesilla de noche.

Reyyan sintió el relieve del papel, oyó cómo crujía al desdoblarlo y pudo enfocar la vista lo suficiente para leerlo ella misma. Poco a poco se iba adaptando a Luvart con lo que eso conllevaba: los cinco sentidos agudizados.

Habría reconocido el remitente antes de fijarse en la caligrafía, pues el papel se convirtió en polvo blanco y se desvaneció en el aire en cuanto Luvart lo hubo leído. En el soporte, La Magna había advertido de la toma del cuerpo para enterrarlo donde la Sehara había nacido.

El Autem.

Reyyan se alarmó al verse invadida por la rabia de Luvart.

—Comprendo que lo hiciera a mis espaldas, aprovechando que no estaba. Si me hubiera pedido que te entregara de forma voluntaria, podría haberla atacado. Es una estúpida ingenua si ha creído por un solo momento que no voy a exigir que...

«Déjalo ser. Ella se queda mi cuerpo y tú te quedas lo demás. Es lo justo».

—¡No es lo justo! —bramó—. Toda tú me perteneces desde el primer pelo de la cabeza hasta la última fibra del alma. Quiero hasta tus malditas cenizas.

«Luvart, ya has jugado con La Magna suficiente. Déjalo estar o ahora que sabes quién eres empezará a interpretar tu bravuconería como algo de la familia de la traición».

Pero Luvart no se calmó. Empezó a pronunciar las palabras que lo llevarían al Autem.

Por fortuna, Reyyan no solo tenía poder sobre su cuerpo, sino también sobre lo que podía decir. Puso todo su esfuerzo en enmarañar su mente, desordenarla para que no pudiera encontrar las palabras.

—Reyyan... —la advirtió—. Detente.

«No, detente tú».

—No voy a permitir que...

«Ponte la mano en el pecho».

—¿Cómo?

«Haz lo que digo, por favor. Pon tu mano en el pecho».

Luvart lo hizo con un bufido, dejando claro que obedecía la orden, pero no había cambiado de opinión. No tardó en hacerlo, aun así. Reyyan sintió que sus músculos se relajaban al contacto de la mano sobre el corazón. Ella misma lo notó a nivel físico.

—¿Qué significa esto? Es como si...

«Como si fuera yo quien te está tocando. En cierto modo, así es».

—La sensación es... —Tragó saliva. Reyyan dejó de ver en cuanto él cerró los ojos para reprimir las lágrimas—. Maldita sea. No pensé que volvería a... sentirte así.

«Ten cuidado, a ver si te vas a enamorar de ti. Lo que te hace atractivo es justamente tu falta de vanidad».

—¿De qué me sirve ser atractivo, si no puedes verme? Este cuerpo siempre me ha parecido de otro. Llevo toda mi vida asqueado por el furor que causa en los demás.

Reyyan sabía que no mentía. Lo había visto en sus recuerdos, pues además de la memoria visual contaba con un amplio repertorio de emociones experimentadas con tanta frecuencia que habían empezado a formar parte de él. Una de ellas era la incomprensión hacia el revuelo de faldas que provocaba.

«Sí que podría verte», repuso. «Puedes ponerte delante de un espejo».

—Tienes razón.

Luvart se quitó la chaqueta por un brazo, por el otro y luego la dejó caer al suelo. Las llaves y otros objetos misteriosos que llevaba encima cayeron a sus pies. Inmediatamente después, llevó las manos al dobladillo de la camiseta y se la sacó por la cabeza sin ceremonia alguna, como lo habría hecho si hubiera estado solo.

Al contemplar su torso desnudo desde sus ojos violetas, Reyyan se empezó a notar agitada. Su luz intensa, la única que revelaba su presencia dentro de él, parpadeaba como si estuviera rota, y al rostro de Luvart volvió a asomar ese rubor que se notaba a simple vista que era de otro.

«¿Qué haces?», inquirió.

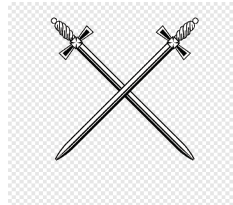
Él se encogió de hombros.

—¿No querías verme? Ahora puedes verme bien.

«¡Puedo verte *demasiado* bien!».

—No lo habías hecho aún. No me habías visto tal y como soy. Me parece que iba siendo hora. Y de paso... —Reyyan lo vio sonreír de lado—, podemos explorar *algunas* posibilidades.

Capítulo XXXVI



«¿Qué posibilidades?».

Luvart se puso de perfil, de espaldas, perfil opuesto y de nuevo de frente con los dedos colgando de la hebilla del cinturón, que enseguida se quitó. Otro accesorio que cayó al suelo con un golpe sordo. Interiormente le sonrió a Reyyan como un canalla. Desde fuera, poseído por las sensaciones de la joven, parecía admirarse en el espejo con lujuria.

—¿Qué te parece? A lo mejor no estoy tan mal.

Reyyan hizo un esfuerzo por no pensar, pero su alma vibraba, atraída hacia Luvart.

—¿Cómo es posible que sigas siendo tan tímida? —inquirió Luvart, mirándose con esa ternura que solía ir dirigida a ella—. No puedo verte, así que no debe ser por una cuestión física como te pasaba al mostrarme tu cuerpo, y no tienes secretos para mí, ya que ahora conozco hasta el último de tus recuerdos, tus pensamientos, tus intimidades... —Hizo una pausa en la que su sonrisa se torció a un lado—. De hecho, me sorprende tu timidez porque tus fantasías íntimas son de lo más...

«¡No digas nada!».

—No voy a decir nada. —Se hizo cosquillas alrededor del pezón con la uña del índice, pensativo—. Pero la verdad es que nunca se me habría ocurrido pensar que tengo unas buenas tetas.

«¡Yo jamás he pensado eso! ¡Ni siquiera he pronunciado esa palabra!».

—Claro que no. —Alzó las manos para quitarse culpa—. Ni tampoco has pensado que tengo la magia en los ojos... o alguna que otra cosa menos romántica, como una polla gigantesca.

«¡Luvart!».

Él se mesaba la barbilla, disfrutando de lo lindo.

—Tranquila, no me parece lo más halagador. Tampoco es que tuvieras con quién comparar.

«¿Es que las hay más grandes?».

Se arrepintió de haberlo pensado en cuanto percibió a nivel

sensorial las cosquillas de la risa en el vientre de Luvart.

—Pues no lo sé. No he tenido experiencias con hombres y no suelo compararme con los penitentes. Sé que algunos lo hacen entre ellos, pero no es una actividad ociosa que me llame la atención para estrechar lazos.

«Por la diosa...».

—Está bien poder adivinar lo que piensas de mí. Me parece que de ninguna otra manera me iba a llevar un halago de tu parte.

Reyyan sintió una punzada de culpabilidad. Luvart tenía que haberla notado también.

«Todo el mundo te halaga. No pensé que querrías que yo también... lo hiciera. Ya sabes que eres muy atractivo».

—No te sientas así. Aunque no lo dijeras, e incluso si nunca lo hubieras pensado, se te ha notado en la cara lo que piensas de mí.

«¿Se me ha notado que me asustaba lo enorme que eres?».

—Se notó que te *gustaba* lo enorme que soy. Ahora que veo dentro de ti, me doy cuenta de que te costaba poner nombre a las sensaciones. Lo que sentías todo el tiempo era pasión, por eso te desbordaba. —Hizo una pausa para reírse. Sonaba feliz, el único motivo por el que Reyyan le dejó seguir pinchándola—. Cuidado con el rubor, pequeñita, que al final me vas a quemar hasta las orejas.

«Pues no seas malo. No hay necesidad de avergonzarme».

—No te estoy avergonzado. Me estoy regodeando un poco, solo eso.

Muy despacio, como si quisiera darle tiempo para detenerlo de un aullido o con una jaqueca, empezó a bajarse la cremallera del pantalón.

Reyyan no habría podido quejarse por su comportamiento escandaloso ni aunque hubiese querido, porque toda su energía se concentró en el sonido que emitió el cierre al ir descendiendo, un «zzzz» tan hipnotizador como la impresionante visión del hombre que tenía ante el espejo.

Reyyan quedó en completo silencio, pendiente de la película que se desarrollaba ante los ojos que compartía con él. Se sumió en el trance de tal manera que Luvart la creyó desconectada.

—¿Estás ahí?

«Estoy cachonda», pensó sin querer. Se dio cuenta del error y empezó a abrumarlo con miles de pensamientos entremezclados. «¡Quiero decir! ¡Que sí que estoy aquí! ¡Estoy bien! ¡Está todo perfectamente! ¡Tú solo... ponte cómodo!».

Luvart se echó a reír y colocó los brazos en jarras. Sus carcajadas solo se hicieron más sonoras cuando Reyyan agregó:

«Pero ¿por qué te detienes?».

Él alzó las manos, avisando de que iba a eso y no hacía falta que lo apremiase, y desabrochó el botón del pantalón. Pero el vaquero oscuro

de los delirios de Reyyan permaneció en su sitio.

—¿Quieres que te baile algo antes? —propuso, juguetón—. Hoy me siento generoso.

«¿Cómo no te vas a sentir hermoso?», volvió a pensar. «Maldita sea, perdón, has dicho otra cosa, has dicho "generoso"... No paro de tener... No paro de pensar cosas obscenas. Odio que no haya un filtro en este sitio».

—¿En mi cabeza, dices? No habrá filtro jamás si eso significara perderme tus reacciones espontáneas. ¿Entonces no quieres que baile?

«¿Bailar? ¿Cómo?».

—Puedo moverme así... —Se puso una mano en la cadera y se miró mientras la meneaba en círculos, primero despacio y luego de forma tan cómica que Reyyan sintió que se habría echado a reír.

«No necesitas hacer nada de eso para ser sexy. Es algo que está en tu composición. Y si tú eres así, no me quiero imaginar al Gran Grimorio».

—No pienses en él. No lo metas entre nosotros.

Luvart retrocedió hasta la cama. Se sentó en el borde, apoyó las manos a cada lado de las caderas y separó las piernas. Se miró en el espejo en esa postura un buen rato, pensativo, y por suerte Reyyan supo qué era lo que se preguntaba.

¿Realmente era *tan* atractivo? ¿Qué era lo que le hacía especial a ojos del resto?

A Reyyan no le dio tiempo a pensar la respuesta, porque Luvart se bajó los pantalones. Estos se escurrieron desde las rodillas hasta los tobillos, o al menos eso dedujo Reyyan, porque en cuanto estuvo desnudo ante ella se olvidó de todo lo que no fuera su miembro.

«Tú tampoco llevas ropa interior».

—Es incómoda.

Reyyan sintió que el cuerpo de Luvart ardía, y ardía por culpa de ella.

La única manera que Reyyan tenía de reflejar o desahogar su excitación era utilizando el cuerpo de Luvart como muñeco vudú. La sensación que la embargó cuando usó su mano para rodear el miembro fue extraña y correspondida. Él también pestañeó, turbado por el asombro. Era como ser tocado y tocar a la vez, como si su sexo fuera el de ella y, al mismo tiempo, ella estuviera estimulando el de él.

El ejemplo definitivo de placer compartido.

—Ahora es cuando me calientas la cabeza, supongo —le indicó Luvart en un susurro, al tiempo que se acariciaba buscando endurecerse.

«No sé... no sé qué decir», reconoció. «¿Tengo que hablarte sucio?».

Luvart se rio otra vez.

—Dime lo que te apetezca. Solo hazme sentir que estás aquí, conmigo.

«Ojalá pudiera. Me encantaría estar ahí, contigo».

—¿«Ahí, conmigo»? ¿Dónde? ¿Encima? ¿Debajo? ¿A mi lado? —Se mordió el labio—. *¿De rodillas?*

Reyyan se imaginó a sus pies con todo género de detalles.

Podría haberlo hecho con el cuerpo escultural de la Sehara, pero en su lugar visualizó la presencia humana de Reyyan, desnuda y pendiente de lo que Luvart pudiera exigir. Rodeaba el grueso tallo con una mano demasiado pequeña en comparación y se inclinaba, tragando saliva, para frotar el prepucio de lado a lado con los labios antes de sacar la lengua y rodearlo.

Se imaginó el sabor de su humedad al empaparse la lengua de ella y le gustó tanto que no lo pensó y chupó la cabeza de la erección.

Sin darse cuenta del alcance de su fantasía, fue llenando de imágenes el espacio de recuerdos que compartía con él.

—Joder —balbuceó Luvart—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué está pasando?

Reyyan se imaginó levantando la cabeza hacia él y respondiéndole con la voz.

«Únete a mi fantasía», le invitó. «Solo tienes que imaginarte aquí, en la misma escena que yo he creado. Fantasear un poco, como cuando sueñas».

Lo que sucedió a continuación fue puramente instintivo. Reyyan dejó de mirar hacia fuera para contemplar al verdadero Luvart y se replegó hacia dentro, hacia la fantasía que, gracias a su imaginación, había podido concebir. Lo único que Luvart tuvo que hacer fue cerrar los ojos para verse rodeado por las manos de Reyyan, y al igual que en el más nítido y realista de los sueños, sintió en carne propia la misma excitación que si ella estuviera arrodillada a sus pies *de verdad*.

Reyyan lo saludó con una sonrisa antes de apretar la base del pene entre los dedos. Agachó enseguida la cabeza y succionó el prepucio a la par que daba toquecitos a la línea divisoria con la lengua. Sintió la mano de Luvart rodeándole la nuca rapada y empujándola despacio para instalarse en su garganta.

Reyyan consiguió acogerlo por entero, y ¿cómo no? En su fantasía todo era perfecto. Ella era sexy y descarada mientras él aparecía tal y como era en realidad, solo que ahora sudoroso, enrojecido por la apretada succión de los músculos de Reyyan. Chupaba con ahínco, separándose solo para lamer con la cabeza ladeada o besar ese punto de los testículos que le hacía estremecerse.

Y cómo se estremecía.

Reyyan jamás había visto una torsión tan sensual. El sudor resbalaba entre sus pectorales. La mantenía pegada a su cuerpo

presionándola por los hombros con sus dos muslos poderosos. Acercaba las caderas a la boca de Reyyan para tocarla hasta la campanilla y solo se retiraba cuando las arcadas le llenaban los ojos de lágrimas. Alcanzó el orgasmo sin avisarla, y al retirarse demasiado tarde no solo le inundó la boca y le manchó la barbilla; Reyyan sintió el líquido espeso salpicarle la cara y las comisuras de los labios, que se lamió con los ojos cerrados.

Al abrirlos, comprobó, sobrecogida, que Luvart la estaba observando con ese brillo lascivo que antaño la había escandalizado. Su miembro seguía duro y erguido. Esperaba, semirecostado en la cama y con una expresión invitadora, a que ella fuera a buscar lo que quisiera.

«Esta es tu fantasía. Hazme lo que quieras».

Reyyan aceptó el reto notando su cuerpo rígido por el deseo contenido. Empujó a Luvart por el pecho para tenderlo lentamente sobre el colchón y se colocó a horcadas sobre él.

Los suaves relieves de su erección le rozaron el vientre, pero antes de dejarse tentar por la apoteosis sexual más evidente, recorrió el torso de Luvart con las manos. Su estómago duro y marcado, las dos líneas oblicuas que conducían a la entrepierna, los fuertes brazos con los que fue a rodearle la cintura para traerla hacia sí.

No hablaban porque eso supondría la clase de esfuerzo mental que podría disolver el sueño. En el sueño debían dejarse llevar, y Reyyan disfrutaba de esa libertad deleitándose con el tacto. Su suave piel, resbaladiza por el sudor; sus lisos mechones rubios, que pudo alcanzar cuando se echó hacia delante, descolgando los pechos a la altura de la boca de él.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Luvart sacó la punta de la lengua y pulsó el centro de su pezón. Reyyan movía las caderas, disfrutando del roce sensual de su miembro contra los pliegues empapados.

Reyyan se notaba caliente y se sentía experta, una amante con suficiente experiencia para deslumbrar a un hombre como ese hombre la deslumbraba a ella. Se deleitó con los besos y lametones que Luvart prodigaba a sus pechos erizados, y cuando sintió que el calor que la hacía sudar iba a volverla loca, elevó las caderas y resbaló por su erección hasta que desapareció en su interior.

Reyyan echó la cabeza hacia atrás en un aullido silencioso y se incorporó para poder agarrarse los pechos. No miró a Luvart al principio, pero quiso sentir sus manos acariciándole las nalgas cuando empezó a moverse arriba y abajo, y así las sintió en su dimensión. Primero tanteó, exploró la deliciosa sensación, cómo su cuerpo se adaptaba al aparatoso tamaño. Montarlo no era doloroso, y en cuanto aceptó esa realidad, lo empezó a cabalgar más rápido. Frenética. De la misma forma despiadada y furiosa con la que Luvart la azotó en el

cachete y luego le clavó las uñas.

Reyyan era, al final, una conciencia capaz de soñar e imaginar, pero ese cuerpo no existía, y saberlo incluso dentro de la fantasía la enfurecía tanto que aquella solo era una forma especial de desahogarse. Luvart también estaba enfadado dentro de la ensoñación. Lo supo al abrir los ojos y ver que se incorporaba para abrazarla, pegarla a su torso tanto como lo permitía el vaivén y casi inmovilizarla con miedo a que desapareciera de un momento a otro.

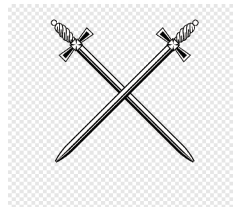
Aquello era tan real que Reyyan casi se creyó que las chispas purpúreas de los ojos de Luvart podían quemarla como la estaba quemando la unión de sus cuerpos. La humedad que generaban sus pieles la hacía resbalar sin esfuerzo, pero Luvart, de todos modos, la sujetaba de las nalgas y la empujaba para manipularla a su antojo. Se las separó para rozar el agujero del ano con el dedo, y cuando ella fue a gemir, Luvart la besó.

Fue como si un beso suyo pudiera conectar la realidad material con la fantasía, porque Reyyan experimentó casi a nivel físico, un físico del que carecía, la potencia con la que el clímax los arrasó a ambos al mismo tiempo. Se aferró al Luvart hecho de bruma de sueños, creado a partir de recuerdos, y se dejó llevar por el placer y al mismo tiempo la pena de que aquello no hubiera sucedido de verdad.

Aunque mágico y excepcional, aunque íntimo y único, Luvart no estaba jadeando, excitado, entre sus brazos... y ella no estaba viva.

Y eso convertía el sueño en una especie de pesadilla.

Capítulo XXXVII



Se había quedado dormido durante el... *¿sexo?* Había tenido que hacerlo para poder soñar plácida y libremente con que tocaba el cuerpo de Reyyan. Y había sido tan realista que, cuando despertó al día siguiente desnudo, envuelto en sudor y cubierto de esperma, se dio cuenta de que en realidad era posible compartir su placer.

En teoría, debería haberlo celebrado. El día anterior, a esas horas, tenía las manos vacías. Ahora no solo podía comunicarse con ella, sino también llevar una pseudo vida sexual. Pero al incorporarse de la cama, aturdido por lo ocurrido en sus sueños y cómo se reflejaba fuera, no pudo evitar ladear la cabeza hacia el lado vacío del colchón.

No había cuerpo que abrazar.

Se encontraba como siempre. En la soledad más absoluta.

Se levantó con dolor de cabeza y se dirigió a la ducha del baño anexo a su dormitorio.

A pesar de la migraña, notaba la mente despejada. Se había acostumbrado a percibir la presencia de Reyyan, pero ahora permanecía inactiva e imaginaba que se debía a que estaba descansando. Ella también dormía.

Lamentaba que tuviera que oír y ver la clase de pensamientos negativos que no podía ocultarle. No debería descubrir que aquello le sabía a poco, aunque ya fuera perspicaz de sobra para saberlo sin que lo pensara.

Mientras el agua de la ducha lo purificaba, Luvart recordaba el episodio sexual en el callejón cercano al restaurante. Había podido soñar con Reyyan como si fuera real porque ya conocía sus olores, sus texturas, cómo gemía y qué le gustaba que le hicieran. Había memorizado incluso cómo se retorcía su cuerpo, qué tipo de espasmos sufría cuando se aproximaba al orgasmo.

Pero seguía sin ser suficiente.

Era su alma la que estaba enamorada, la que la aceptaría como quisiera presentarse, fuera como ente o como cascarón, fuera como humana o criatura sobrenatural, pero a nivel físico seguía construyéndose un tipo de conexión ancestral e instintiva que Luvart

necesitaba para sentirse lleno.

Se odiaba por no conformarse, pero ¿acaso el amor no era egoísta? ¿No quería siempre más y más? ¿No sería así el amor en su caso, siendo quien era: un engendro creado a partir del egoísmo y la malicia del enemigo de la diosa?

Luvart salió del baño con una toalla enroscada a la cintura. Quitó las sábanas, amargado y todavía aturdido por lo ocurrido, y las enrolló para amontonarlas con la ropa sucia.

Justo cuando iba a salir, alguien tocó a la puerta.

Xaphan asomó la cabeza con prudencia.

—¿Se puede?

—Depende. ¿Vienes con malas noticias?

—Vengo con una sugerencia. Y a meterte prisa para que te prepares. La Magna va a hacerse cargo del ajusticiamiento de Aladiah y nombrará en la misma ceremonia al futuro regente de La Sociedad. Ya sabes que no debemos hacerla esperar.

Luvart hizo un gesto con el que dio a entender que lo que pudiera enfurecer a La Magna le era indiferente. No olvidaba que le había arrebatado el derecho de enterrar a Reyyan bajo las estrellas... entre otros muchos, como el de conocer la verdad antes de que fuera demasiado tarde.

«Hija de puta».

Dejó las sábanas junto a la puerta y se dirigió al armario para escuchar a Xaphan con, por lo menos, unos pantalones puestos. El penitente cerró la puerta tras él y echó un vistazo valorativo al dormitorio. Parecía que buscara a alguien; que se creyera capaz de encontrar a Reyyan flotando en el aire.

Luego clavó una mirada cautelosa en Luvart, que aún se vestía de espaldas a él.

—¿Qué tal la conexión mental con Reyyan? Dice Samael que el ruido no le dejó dormir anoche. Tuvisteis que pasarlo bien.

—Reyyan me hace reír —respondió con un nudo en el pecho, recordando el torrente de pensamientos subidos de tono que la joven no había podido reprimir. Se puso unos vaqueros simples, abrochó el último botón y miró a Xaphan por encima del hombro. Captó a tiempo una sonrisa triste en el rostro de su compañero—. ¿Qué pasa?

—Es verdad. Te hace reír. Nadie lo había conseguido antes. Ni siquiera Mara.

—Ni nadie me ha puesto una mano encima. Ni nadie me ha visto desnudo. Ni nadie sabe que soy cariñoso. —Se subió la cremallera con la mirada extraviada—. Hay derechos sobre mí y partes de mi ser que solo puedo cederle a Reyyan.

—Entonces presupongo que estás... satisfecho.

Luvart le echó un rápido vistazo con tintes irónicos.

—La última vez que me fijé, no era un seráfico, sino un maldito bastardo del Gran Grimorio, y mírame, aquí estoy: soñando que tengo sexo como el puñetero regente, razón por la que lo van a matar hoy delante de sus amiguitos. Pero sí, la conexión mental va bien, ya que has preguntado. Podría ser peor.

—¿Y si te digo que también podría ser mejor?

—Si vas a hablarme del 5G, no lo necesito. Ya la escucho a la perfección, sin interferencias.

—No hablo de una mejora de cobertura, sino de una mejora *total*. —Xaphan miró a un lado y a otro antes de sentarse en el borde de la cama, por si acaso fuera a pisar a alguien. Apoyó las manos en los muslos y dijo—: Cuando nos dijiste quién eras y por qué todos los cuerpos de Reyyan estaban condenados a perecer, me quedé un buen rato pensando. Sabes que no puedo dormir, así que me pasé toda la noche trastornado. No podía aceptar algo así. Era injusto.

—¿Me lo dices, o me lo cuentas? —bufó, frotándose los ojos con cansancio—. Mira, estoy satisfecho con lo que tengo. Si no ahora, lo estaré en un futuro cercano. Me considero afortunado. Ayer sobre esta hora aún tenía a Reyyan fría entre mis brazos, ¿comprendes?

—Pero ¿y si pudieras tenerla *caliente* entre tus brazos? —Tuvo que carraspear al darse cuenta del segundo significado—. Bueno, cambiemos «caliente» por «a temperatura ambiente».

—¿A dónde quieres llegar, X?

—Hagamos un pequeño recorrido por todo lo que ha pasado estos últimos días, ¿de acuerdo? —Carraspeó para prepararse y comenzó a relatar con su agradable voz de cuentacuentos—. Las runas que robó Quinto fueron usadas para crear a los súcubos, que son una especie de engendros que pueden romper las paredes dimensionales para aparecer en sueños. Solo en sueños, porque se dan por la noche. Ese es el *uso* que se les dio —recalcó—, pero no es esa la utilidad original. ¿Recuerdas?

»Se nos ha olvidado el detalle crucial de que los súcubos son fruto de un truco mal conjurado. La Sehara es la hechicera de la magia blanca, nunca crearía hechizos que pudieran engendrar seres malignos. Ni que puedan engendrar, a secas, pues el don de crear es exclusivo de La Magna. Cuando Noveno habló ayer en el juicio lo recordé, así que me puse a investigar qué es lo que las runas esconden.

Luvart se cruzó de brazos, sin querer admitir que estaba intrigado. No le gustaba que hubiera empezado una conversación política mencionando a Reyyan.

—Mira, no sé qué te traes entre manos, pero estoy harto de runas, harto de magia, harto de seráficos y harto de la madre que los...

—Escúchame —le cortó—. Estas runas sirven para dar vida a las cosas con la caída de la luna, Luvart. A lo inanimado y a lo inerte.

Solo por tiempo limitado, porque, como digo, el poder creador recae solamente sobre la diosa. Bien pronunciadas, estas runas podrían levantar de la cama durante toda la noche a un muerto, como una especie de vampiro sale de su ataúd. Y ¿sabes por qué la Sehara escribió de forma explícita que *nadie* tenía permiso para pronunciarlas? Porque es de los pocos hechizos elaborados con la inspiración del Gran Grimorio que sobrevivieron a La Quema.

Luvart descruzó los brazos y dio un paso hacia delante, impulsado por un presentimiento. Notó la garganta seca al murmurar:

—¿Cómo sabes eso?

—Está escrito en *La Sagrada Crónica*, que me he tenido que leer de pe a pa para llegar al punto importante: todos los hechizos que la Sehara tachó, quemó o prohibió eran los hechizos esenciales del Gran Grimorio. Cuando fue traicionada, La Magna le ordenó que hiciera desaparecer todo rastro de sus conjuros. Pero la Sehara guardó ese con la modificación castigadora porque es, al final, el hechizo de la vida. Una vida *temporal*, pero vida, al fin y al cabo.

»¿No puedes empezar a imaginarte ya cómo puede esto ayudarte? —Le sonrió sin enseñar los dientes, modesto—. Todos los cuerpos humanos o magnánimos morirán al continuado contacto contigo porque en tu composición esencial prevalece la toxicidad del Gran Grimorio. Pero si Reyyan vuelve a la vida en un cuerpo creado por un hechizo ideado por la Sehara y por el propio Gran Grimorio, y si lo hace por un tiempo limitado al día que le permita desintoxicarse de ti durante las doce horas restantes...

—Sobreviviría. Sería inmortal —murmuró Luvart, sobrecogido—. No puedo hacerle daño a alguien que podría ser como yo. Alguien que tiene la muerte grabada en su esencia como la tengo yo.

—Exacto —asintió, satisfecho.

Luvart se llevó una mano al pelo.

—Joder. —Empezó a caminar hacia la puerta. Frenó y luego volvió junto al armario. Dio varias vueltas por el dormitorio antes de pararse delante del tranquilo Xaphan—. Tiene que haber un truco. Sí, claro que lo tiene: no puedo pronunciar las runas porque no podría acceder a ellas. Al ser robadas y estar prohibidas podrían sacrificarme como a un perro (con lo cual nada habría servido para nada) y porque no soy un hechicero.

—Estamos de acuerdo en que no conoces la magia como tu creador o como Reyyan, pero resulta que el poder de Reyyan reside dentro de ti desde ayer. Ella conjuraría el hechizo a través de tus manos. Y resulta que Reyyan es la Sehara, así que, si le apetece ser corrupta, puede levantar la prohibición sin que nadie reproche nada.

»En cuanto a cómo acceder a ellas, es verdad que estaban en una parte del Libro que ni la propia Sehara revisaba, camuflado entre

tantos, y ella misma admitió no conocerlo. Aparte, el papel que las contenía, el robado, ha sido devuelto al Autem para su custodia. Pero resulta que...

Xaphan sacó del bolsillo un papel garabateado.

Era incluso sacrílego que unas runas escritas en papel de pergamino sagrado hubieran sido mal copiadas con un bolígrafo de purpurina naranja. Apostaba por que el utensilio de escritura pertenecía a Dagon.

—Las vi en la mente de Quinto, ¿recuerdas? No me fue muy difícil memorizarlas así y transcribirlas. Claro que aquí aparecen con el error de pronunciación, o eso creo. —Se metió las manos en los bolsillos del chándal y ladeó la cabeza para señalar el papel con la barbilla—. ¿Lo identificas?

Luvart meneó la cabeza tras haberlo estudiado con detenimiento.

—No. Apenas entiendo algunos de los símbolos. La Sehara nunca me explicó el código completo. Nadie sabe el código completo, en realidad. Ni siquiera el Gran Grimorio, si es cierto que los súcubos son su responsabilidad y no se dedicó a hacer magia algún sacerdote traidor. —Luvart se quedó mirando las runas con la mandíbula desencajada—. ¿Cómo es que no se me pasó por la cabeza todo esto?

—Estabas demasiado abrumado por todo lo que ha ocurrido estos últimos días, no sabes leer mentes como un servidor y te faltaba información. A ti y a Reyyan. Y en cuanto a mí..., lo siento. Podría haberlo deducido antes si hubiera estado más atento, pero tengo la cabeza saturada entre los pensamientos del resto y los míos.

Luvart lo miró estupefacto.

—¿Cómo puedes pedir disculpas? Te debo esta vida y todas las que me correspondan por derecho de inmortalidad. Si esto funciona, X, jamás podré agradecértelo lo suficiente. Lo sabes, ¿verdad?

Xaphan ladeó la cabeza, pensativo.

—Supongo que sí.

—Supone que sí —repitió, impertérrito—. ¿Por qué te has tomado tantas molestias?

—Ya te lo he dicho. No puedo dormir. Eso le da a uno ocho interesantes horas de más al día para rellenar. Suelo hacer sudokus, pero me terminé el cuadernillo y, ya que estaba, pensé que lo mejor que podría hacer sería ayudarte. —Encogió un hombro—. Estoy aquí para eso. Para ayudar.

Luvart exhaló todo el aire que había estado pesándole en los pulmones. Miró a Xaphan, un penitente de lo más curioso. Si no se lanzó a abrazarlo fue porque no existía esa costumbre entre El Séptimo Círculo, pues todos ellos eran poco dados al contacto. Le puso la mano en el hombro y se lo estrechó, notando que empezaban a dolerle las comisuras de los labios de intentar infructuosamente no

sonreír.

—Maldita sea, Xaphan. Si después de esto aún necesitas a la dichosa *anandha* para ser perdonado por la diosa, dejaré de creer en la justicia.

Xaphan se rio. Palmeó la mano que Luvart había posado sobre él y le hizo un gesto hacia la puerta.

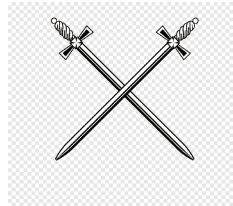
—Ya que lo mencionas, quizá durante la ceremonia puedas hablarle bien de mí a Su Santidad para que acelere el asunto de la *anandha*. Soy un tipo paciente, pero la verdad es que, teniendo novia, esas ocho horas de insomnio se harían más llevaderas.

Le tocó a Luvart el turno de echarse a reír. Le pasó el brazo por los dos hombros y, no sin antes agarrar una sencilla camiseta de manga larga, puso rumbo a la reunión previa a la ceremonia.

Mentalmente intentaba atraer a Reyyan para que pudiera ver cómo se había hecho el milagro.

«Vamos, pequeñita. Despierta y haz tu magia».

Capítulo XXXVIII



Reyyan no se quería ni imaginar cómo se estaría sintiendo la diosa en ese momento. Perdonó la vida al regente Aladiah porque confiaba en su naturaleza bondadosa y este había vuelto a defraudarla de un modo incluso más rotundo, más grotesco.

Era muy probable que, de puertas para fuera, la diosa ofreciera una imagen solemne y segura de sí misma. Lo era. Podía parecer que tenía el control pleno y absoluto sobre lo que ocurría a su alrededor. En cierto modo, así era. Pero Reyyan conocía a La Magna mejor que ninguna otra criatura. El tiempo y las vivencias compartidas como Sehara y como sacerdotisa la habían ayudado a elaborar un perfil de la diosa al que nadie más tenía acceso, y por eso sabía que se sentía profundamente defraudada, confusa y, quizá, dolida.

Las razas daban por hecho que las traiciones herían a La Magna y por ello eran castigadas con el sacramento final, pero solo Reyyan la había visto doliente de veras.

Cuando el Gran Grimorio la traicionó, llegó a creer que nunca se recuperaría, pues no solo era sangre de su sangre. Era su compañero eterno. Recordando esto, Reyyan se consolaba suponiendo que, tras una deslealtad de esas proporciones, La Magna apenas estaría experimentando una ligera decepción hacia el seráfico.

Pero el ajusticiamiento de Aladiah no sería lo único que tendría que afrontar ese día durante la ceremonia. Luvart había decidido, pese a las reticencias y temores de Reyyan, exponer sus planes antes de que diera comienzo la audiencia.

«Lo que pides va contra mi naturaleza altruista, y dudo que La Magna dé su brazo a torcer», le dijo tan pronto como leyó en su mente el descubrimiento de Xaphan. «Le estás pidiendo permiso para que convoque un hechizo que no favorecerá a la raza, sino solo a nosotros dos, y las decisiones egoístas nunca proceden. Para colmo, ese hechizo puede dar vida. Aunque sea por tiempo limitado, es un ruego blasfemo porque solo ella debería...»

—No le estoy pidiendo ni rogando nada, Reyyan —la cortó, subiendo las escaleras hasta el templo—. Solo voy a ponerla al

corriente.

«Abusas de tu poder», le reprendió, esperando que se la imaginara con el ceño fruncido.

—Uso mi poder para alcanzar la felicidad —se defendió él—, ¿y no es la felicidad el objetivo definitivo que han de hallar todas las criaturas de La Magna?

«Así es. Pero a través de Ella», rezongaba Reyyan.

—¿Es que quieres permanecer dentro de mí para siempre? Entiendo que ahora mismo estés cómoda. En los últimos veinte años no has gozado de la privilegiada libertad por culpa de La Magna y la dichosa torre, y ahora yo puedo llevarte a donde quieras. Pero algún día, Reyyan, querrás tu autonomía. Querrás tu propio cuerpo para salir, para hacer, para probar... Para crecer al margen de mí. Para tener tu propia vida, en definitiva.

«Pensaba que lo querías todo de mí. Incluso mis cenizas. Cabía esperar que también desearas mis pensamientos, mis recuerdos...».

Sintió que Luvart se colocaba una mano sobre el pecho para conectar con ella a un nivel más profundo.

—Tus pensamientos valen mucho más cuando los compartes conmigo porque así lo quieres. Cuando llegan a mí por obra de un hechizo o se mezclan con los míos, siento que te estoy robando. Quiero que tengas derecho a guardar secretos, a pensar en mí o en los demás sin avergonzarte de que alguien más conozca tu opinión. Mereces disfrutar de una mínima intimidad, igual que yo. Quiero nuestras vidas compartidas, Reyyan, no fusionadas en una sola. Y creo que tú también lo sientes así.

Por supuesto que lo había sentido así. Había sido terriblemente doloroso para ella tener que desprenderse de un recién adquirido cuerpo funcional que le permitiría experimentar ese nuevo y fascinante mundo a través de los sentidos. Luvart ya habría tocado las estrellas y leído todos los libros imaginables, pero Reyyan no, y además de que le parecía injusto condenarlo a revivir experiencias solo para que ella pudiera disfrutarlas, los misterios de La Tierra eran una asignatura que ansiaba descubrir por su cuenta. A solas. En paz. Tal y como había leído las novelas recomendadas o admirado y sentido el paisaje. Quería disponer de olfato, tacto y gusto propios para embriagarse de los infinitos pasatiempos que ofrecía el planeta. Y quería poder coger de la mano a Luvart mientras lo hacía, o saber que, una vez se hubiera cansado de ir en busca de lo desconocido, regresaría a casa y allí estaría él para escuchar la narración de su aventura. Ni siquiera había podido superar del todo el miedo, vencer la timidez y elaborar una lista de deseos pendientes antes de quedarse atrapada en otro cuerpo. Un cuerpo que amaba, sin duda, pero que ya tenía dueño.

Quería ser dueña del suyo, de uno propio, porque sospechaba que compartiendo espacio con un alma tan vibrante como la de Luvart, acabaría consumida, replegada a una esquina. Condenada a admirar su brillo en lugar de buscar su identidad. Y ya sabía lo que era vivir en una esquina solitaria, oculta bajo la sombra de una diosa a la que obedecer abnegadamente.

«Claro que lo deseo», confirmó con un pensamiento más firme. «Pero tienes que ser cuidadoso cuando te dirijas a La Magna y no hablarle con soberbia. Menciónale el hechizo con humildad. Sé que en el fondo Ella también me querrá consigo..., o por lo menos me querrá viva por un rato».

—No solo debe quererlo. Debe cumplirlo, Reyyan, porque te lo debe.

Luvart se detuvo frente al portón de acceso al templo. Apoyó las dos manos, una en cada hoja, y este se abrió de par en par solo con que lo empujara levemente.

El templo, como lugar sagrado, estaba blindado para que solo La Magna pudiera seleccionar a quienes tenían derecho a cruzar el umbral. Pero ahora que Luvart sabía quién era —hijo de una criatura amada por la diosa, o que la diosa solía amar, y relacionado en energía con ella—, no dudaba en investigar los que podrían ser sus privilegios, y ahí estaba uno de ellos: no tendría que esperar a que la diosa lo hiciera llamar o le permitiera el paso para personarse cuando se le antojara.

A La Magna no le sorprendió que entrara con toda naturalidad. Estaba preparando la ceremonia prendiendo las varillas de incienso, y, como dictaba la tradición, vestía la túnica escarlata con el cordoncillo dorado ceñido a la cintura.

Dejó caer el brazo con una varilla a medio encender en cuanto Luvart se paró a unos cuantos metros a los pies de Ella, posicionada en el altar, admirándola a través de los ojos amatista.

Reyyan supo de inmediato el porqué de su repentina parálisis.

«La llevas contigo», fue lo que dijo.

—Eso mismo podría decirte yo a ti. Te la llevaste contigo y me dejaste una mísera nota. ¿Con qué derecho?

«El que me otorga haber sido la que le hizo entrega de ese cuerpo que habitó».

La Magna ladeó la cabeza de forma elegante hacia el féretro plateado que ocupaba el altar. Reyyan sintió que Luvart se tensaba, y ella misma trató de mantenerse alerta aguzando los sentidos que le habían sido prestados. Esa tensión solo aumentó cuando La Magna clavó sus ojos de arena en Luvart.

«Has descubierto el modo de devolverla a la vida de forma intermitente».

No era una pregunta.

Ella jamás hacía preguntas, porque todo lo conocía.

—Tú lo sabías, ¿no? —Luvart meneó la cabeza, impotente—. Pero no ibas a ponérmelo en bandeja.

«Quería ver hasta dónde serías capaz de llegar, si te estancarías en el egoísmo, si volverías a cruzar los límites de la traición y, en el caso afirmativo, si lo harías por deseo tuyo o por el bien de la Sehara». La Magna recorrió a Luvart con una mirada de arriba abajo. Nada en su expresión delataba lo que pudiera estar pensando. «Yo también considero que, en la medida de lo posible, Reyyan merece su propia autonomía».

—Dijo la mujer que la encerró en una torre.

«Ya veo que todavía no sabes por qué».

—¿Aparte de porque soy tóxico y altamente peligroso? —ironizó.

«Sí, tú eras uno de los numerosos peligros para la Sehara, Luvart, pero La Criatura también la habría buscado por cielo y tierra para sonsacarle las runas que terminaron cayendo en sus manos». Una sonrisa entre despectiva y orgullosa se formó en sus labios. «Me puedo imaginar cuánto se enfureció al crear el primer súcubo, descubriendo en lo defectuoso que era que el hechizo estaba hecho a prueba de él mismo, el inventor suplente. No encontrar el alma reencarnada de la Sehara en ninguna parte para forzarla a trabajar de su lado tampoco debió hacerle gracia. De todos modos, he de concederle una gracia, y es que supo reinventarse y trabajar para sembrar el caos con la poca ventaja de la que disponía».

A Reyyan no le sorprendía que La Magna se mostrara admirativa hacia su rival. Habían tenido la oportunidad de hablar sobre el Gran Grimorio en contadas ocasiones, pues La Magna evitaba el nombre que se había dado en la medida de lo posible, y siempre le había gustado la actitud que tomaba hacia él. No lo subestimaba, lo trataba en todo momento con respeto —pero sin reverencia— y, aunque disfrutaría matándolo con sus propias manos, Reyyan estaba segura de que le permitiría pronunciar unas últimas palabras.

Y estas últimas palabras no la decepcionarían.

«No creo que sabiendo esto ahora te parezca sabio darle un cuerpo a Reyyan. La reconocería solo con verla. Sentiría su energía dentro de ella. Podría hacerle daño».

—Por encima de mi cadáver —resolvió con seguridad—. También la sentiría en mí si se quedara, y eso no quiere decir que fuera a aceptar su mano tendida. ¿Qué es lo que temes? La Sehara es la luz del mundo, tú misma lo dijiste. No se dejaría corromper por más que habitara el cuerpo de un súcubo o un engendro mucho peor.

La Magna parecía meditarlo.

«Podrías morir intentando conjurarlo», fue lo único que aportó.

«Podrías equivocarte en la pronunciación y acabar convirtiendo a Reyyan en un monstruo».

—Reyyan sabe leerlo. Lo deletrearé tal y como ella me lo pida.

«¿Siquiera ella quiere hacerlo? Jamás habría conjurado un hechizo para su único disfrute. Está al servicio de la comunidad».

Con el silencio en el que Luvart se sumió, Reyyan comprendió que esperaba que tomara la palabra y contestara ella misma.

Pensó en su larga experiencia como Sehara, en cómo se la había alabado por su altruismo. Había sido admirada por anular su identidad individual y dedicarse por entero a los códigos mágicos.

Como era natural, se enorgullecía de su pasado, pero también atesoraba cierta inquina hacia su propio comportamiento, al hecho de decidir en su día que se dejaría sacrificar por La Magna por el bien de las razas. Ella quería vivir junto a Luvart, y ahora entendía que no solo dio su vida para que La Magna se quedara tranquila, para que el mundo gozara de unos cuantos siglos de paz. También mató a Luvart en el proceso. Al pensarlo se estremecía de pena y también de rabia. La bondad era un arma de doble filo, y sentía que hasta ese momento había estado blandiéndola por el lado de la hoja. Dejar de sangrar, soltarla para entrelazar los dedos con los de Luvart, dependería solo de ella.

Luvart esperó a que ella formulara un pensamiento firme, y así se lo transmitió a La Magna.

—Reyyan considera que de poco le sirve poseer un poder tan grande como el que le fue concedido si no puede ayudarse a sí misma o a sus seres amados con él —concluyó, sin ocultar cuánto le enorgullecía ser el portador del mensaje—. Ha llegado el momento de que la Sehara corte lazos con la institución que la ha coartado con sus preceptos (modestia, sumisión y sacrificio) y demuestre su fortaleza a través del amor, el que debería ser y será a partir de ahora su impulso. La Sehara permanecerá al pie del cañón, colaborará con la diosa y con las razas mientras dure la alarma, pero solo estará al servicio de sus propios deseos.

La Magna estiró el cuello al inhalar profundamente. Era innegable que le contrariaba su decisión, y no era para menos. Hasta ese día, Reyyan había sido su dócil vasallo; una criatura consciente de la extensión de su poder, pero sin autorización para ejercerlo. A La Magna le gustaba mantenerlo todo bajo control, y ahora, Reyyan se deshacía de las esposas que habían alejado sus manos de los hechizos que no se le mandaba conjurar.

Luvart tuvo la cortesía de esperar a que la diosa diera su beneplácito, solo para contentar a Reyyan.

«Así sea, entonces», acotó al fin. «Se respetará su deseo mientras lo mantenga, pero solo porque le confiaría mi vida sin pensarlo dos

veces, segura de que tomaría la decisión acertada».

Dando por concluida su respuesta, Luvart echó a andar hacia el féretro. La Magna le puso la mano en el pecho y lo advirtió con una mirada penetrante.

«No he terminado. Puede que Reyyan se merezca concesiones porque su lealtad va más allá de la vida, como ha demostrado en incontables ocasiones, pero no puedo decir lo mismo de ti».

—¿Y qué significa eso? ¿Me vas a mandar castigado a la Torre de Coriander para que reflexione?

«No, pero en contraposición con la libertad plena de Reyyan, si acaso solo adscrita al astro que brille en el cielo, tú estarás a partir de hoy enteramente a mi servicio», decretó. «Te arrodillarás ante mí cuando el protocolo ceremonial lo indique y harás la reverencia de rigor para presentar tus respetos a la diosa ante la que respondes. No volverás a pronunciar una sola palabra blasfema o prepotente cuando La Magna aparezca en las conversaciones, ni informales ni de carácter solemne. Serás un peón más. Te encargarás de pasar desapercibido, y, para ello, mantendrás tu condición de heredero de La Criatura en secreto. Si no eres capaz de cumplir todos y cada uno de estos requisitos, te condenaré por traidor en cuanto pronuncies las runas y te liquidaré, y todas tus esperanzas de un futuro feliz se harán añicos».

»Antes de que se te ocurra lanzar una acusación sobre mi supuesta y equívoca vanidad, has de saber que se avecinan tiempos convulsos. Ninguna de las dos razas protectoras de La Tierra ha tenido que afrontar una amenaza de este calibre —prosiguió, retirando despacio la mano del inmóvil Luvart—. El Traidor y sus secuaces se hacen más fuertes con cada día que pasa, y aprovecharán la más mínima grieta entre mis criaturas y yo para quebrar el sistema. —Su mirada adquirió un matiz de gravedad que tensó a Luvart—. Si me das a entender una sola vez que tú podrías ser esa grieta, que tú podrías ser el aval o la mano ejecutora de mi enemigo, te aplastaré, Luvart. Y si he de llevarme a Reyyan por delante, con todo el dolor de mi alma, así será.

»Hasta ahora te había tenido controlado al mantenerte en la inopia sobre tu verdadera condición. También gracias a la expectativa del regreso de la Sehara. Sabía que no te atreverías a alzarte contra mí mientras de mi ánimo dependiera vuestro reencuentro. Por desgracia, estaría pecando de ingenua si negara que la situación sufrirá un cambio una vez hagas uso de esas runas. Ten muy claro que, si te permito que las pronuncies, es porque la luz del mundo no permitiría que te descarriaras, pero insisto en que la confianza que tengo sobre Reyyan no es la confianza que deposito sobre ti. Si vais a convivir en cuerpos distintos, si vais a convertiros en seres autónomos, quiero tu compromiso personal igual que sé que cuento con su lealtad.

En cualquier otra criatura, un instante de vacilación podría haber

resultado fatal. Podría haber desencadenado la ira de La Magna. Pero todos los allí presentes sabían que antes de doblar una voluntad como la de Luvart, se debía hacer una necesaria pausa. Se debía dedicar un silencio honorífico y una disculpa a todas las amarras de rencor y desprecio que habría de soltar para hacer una promesa de corazón.

Luvart había mirado a los ojos a La Magna durante más de un milenio y la había desafiado sin pestañear. Ahora debía rendir pleitesía. Pero el precio a pagar resultaba asequible, incluso irrisorio, si se comparaba con la recompensa. Así que tras unos segundos que no fueron de meditación, sino dedicados a desprenderse de recuerdos amargos y odios acérrimos, Luvart se postró de rodillas ante la diosa.

—A partir de hoy estoy a vuestra entera disposición —juró, con la vista clavada en sus sandalias—. Prometo amaros y honraros, prometo respetaros y protegeros. Prometo luchar en vuestro nombre y en nombre de quienes amáis. Prometo cumplir vuestras órdenes y llevar vuestro estandarte con orgullo, y, si se diera la contingencia, prometo morir por vos.

Luvart arrugó el ceño al ver que La Magna le ofrecía el empeine en un gesto elocuente. Levantó la cabeza para mirarla.

—¿Quieres que te bese los pies? —Enarcó la ceja—. ¿En todos estos años no te has dado por satisfecha con mis besos? Porque creo que te he besado más que todas tus criaturas juntas. En los pies y donde no se debe ni nombrar.

«Aquellos no eran besos devotos», atajó La Magna.

«¿Por qué tenéis que mencionar eso delante de mí?», pensó Reyyan.

—Tienes razón, disculpa —dijo Luvart. No aclaró a quién iba dirigido y, sin placer pero tampoco contrariado por el deber, tomó la sandalia de La Magna entre sus manos y rozó su delicado tobillo con los labios.

A la señal de La Magna, volvió a ponerse en pie y dirigió una mirada tan melancólica como segura al féretro. El modo en que doblaba y volvía a estirar los dedos de las manos indicaba hasta qué punto estaba siendo puesta a prueba su paciencia, pero aguantó hasta que La Magna habló.

«Ese hechizo puede crear un cuerpo que se desintegra durante el día para renacer por la noche o bien dotar de vida lo inerte con las mismas condiciones. Puedes tomar el recipiente que hasta ahora había estado ocupando Reyyan para citarte con ella en cuanto salga la luna o puedes elegir otro distinto, uno más parecido a la Sehara. En cualquiera de los casos, solo podrás admirarlo con la caída de la noche. El resto del tiempo, Reyyan anidará en tu cabeza para que su alma no vague en el vacío los momentos que carezca de cuerpo en el que reposar».

Dicho eso, le invitó a subir la escalinata.

Los pensamientos de Luvart coincidieron con los de Reyyan en cuanto se encaminó al pedestal donde reposaba la tumba. Estaba nervioso, emocionado; turbado por lo que podría ver una vez lo destapara. Sería una conmoción para él toparse con su cuerpo embalsamado del mismo modo que a Reyyan le impresionaría verse a sí misma sin vida.

«¿Estás seguro?», le preguntó ella.

Él detuvo el avance de sus manos a la tapa. Necesitaba la excusa de la interrupción para posponer un momento complicado.

—¿Seguro de qué?

«De que quieres que regrese a *ese* cuerpo. Como bien ha indicado La Magna, el hechizo puede devolver el alma al recipiente que solía ocupar... pero también puede crear un cuerpo diferente para esa misma alma». Sus propios pensamientos tropezaban los unos con los otros por culpa de la inseguridad. «¿No te gustaría que volviera... como la Sehara? Morena, alta, atractiva... ¿O preferirías otro tipo de cuerpo? ¿Rubia, quizá? ¿Con... más pecho?».

Cada vez que Luvart se reía, Reyyan sentía una vibración encantadora, como si una madre amorosa la estuviera meciendo en sus brazos.

—¿Más pecho, por la diosa? ¿Eres consciente del pecho que tienes?

«No hacía falta que fueras tan explícito».

—¿Explícito? Estaba siendo sutil. Reyyan, eres tú la que va a leer las runas. Por tanto, eres tú quien decide el cuándo y el cómo de su regreso. ¿Quieres ser rubia? ¿Quieres ser pelirroja? ¿Quieres medir veinte centímetros más que yo? Te desearé de todos modos.

«No quiero que me halagues ni me convenzas con sentimientos con los que llevo conviviendo un día y medio. Ya no me sorprenden. Quiero que seas honesto. A mí me gusta Reyyan», confesó. «¿Te gusta a ti?».

Luvart suspiró.

—No te voy a querer más si vuelves siendo otra. Probablemente me robarás el aliento sin importar cómo aparezcas y me desharé de tu imagen previa como olvidé a la Sehara.

A continuación, levantó la tapa del féretro.

Reyyan se olvidó de lo que quería comunicarle y él mismo se calló para admirar a la pálida joven que descansaba con los dedos entrelazados sobre el vientre. La habían embalsamado y maquillado como una sacerdotisa, con la túnica blanca, la línea azul en el párpado y las pestañas y los labios rojos.

«La muerte me favorece».

Dudó que siquiera Luvart la hubiera oído. Estaba sumido en uno de esos shocks silenciosos en los que solo se podía mirar y respirar. Lo vio acariciarle la mejilla a su cuerpo, lo que produjo una sensación

extraña dentro de ella... Porque no lo sintió.

—Pero —continuó Luvart con un hilo de voz— este cuerpo eres tú, Reyy. Aúna a simple vista todo lo que te caracteriza esencialmente. Tiene tu dulzura y tu fragilidad, y al mismo tiempo es resiliente y le sobra coraje. Si la hubiera visto en cualquier otro sitio, habría pensado en ti. Pequeñita, pero se extiende hasta el infinito.

Reyyan no solo sintió la calidez de las emociones de Luvart porque estuviera dentro de él. Sus propias palabras estaban impregnadas de sentimiento. No podía mentirle sin que ella se diera cuenta, y teniendo esto presente descubrió que una vez abandonara su cabeza, aunque fuera durante la noche, no dejaría de confiar en él a ciegas.

«Ojalá pudiera abrazarte ahora mismo».

—Reserva el abrazo para luego. Dime, ¿qué tengo que hacer?

«Solo mantener contacto físico con el cuerpo mientras pronuncias las runas. Puede que sea doloroso. Voy a tener que pasar a través de ti. Sentirás como si te estuvieran apuñalando de parte a parte».

—Lo soportaré.

«¿Y lo soportarás siempre? Te atravesaré todas las noches de tu vida, mientras dure tu vida».

—Mi vida durará lo que dure la tuya. ¿Qué es un poco de dolor comparado con la compensación?

Sin soltar la mano del cuerpo de Reyyan, Luvart extrajo del bolsillo el papel con las runas garabateadas. A través de sus ojos, Reyyan pudo leerlas para sus adentros, detectando enseguida el que era el signo ambiguo que daría lugar a confusión. Necesitó unos segundos de silencio y calma mental para concentrarse, para limpiar la mente de Luvart de pensamientos que pudieran entorpecer el hechizo. También dedicó un rato a asumir conscientemente la dificultad de la pronunciación y lo que conllevaba estar poniendo en labios de Luvart un hechizo que había estado prohibido casi desde su codificación.

Pero en el fondo, en el único motivo por el que Reyyan no actuó de inmediato fue porque tenía miedo. El miedo como emoción racional, lógica, surgida como respuesta cerebral a la adversidad.

«¿Y si no sale bien?», pensó. «¿Y si te pierdo o me pierdes del todo?».

—Eso no sucederá.

«¿Y si lo hiciera?».

Reyyan lo sintió pensar, pero no supo el qué porque ella se había aislado en un rincón de la mente, uno calmo y seguro, para llevar a cabo el hechizo.

—Si lo hiciera —expresó él—, dedicaré el resto de mi vida a recordarte. Alguien tendrá que hacerlo, y ese alguien he de ser yo, porque nadie más te conoce en todo tu esplendor.

Luvart agarró la mano del cuerpo de Reyyan. El alma de Reyyan,

consciente, la sintió helada.

Inerte.

Se habría estremecido si hubiera podido.

—Confía, pequeña.

«¿En quién? ¿En ti?».

—En ti.

Confiar.

Reyyan pensó en echarse atrás. En conformarse con lo que tenía: una eternidad con Luvart. Solo que no era una eternidad con Luvart, sino *en* Luvart, lo que cambiaba considerablemente las cosas.

¿Estaba bien ese egoísmo de ansiar algo mejor para sí misma? ¿De querer un cuerpo indestructible e inmortal y una vida explorando y luchando junto a un hombre, siempre a la sombra de la luna?

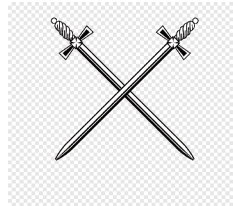
No importaba ya si era o no correcto. Reyyan había sido correcta en sus dos vidas. Pese a su final, la Sehara había sido canonizada por sus aportaciones a la comunidad de magnánimos, y Reyyan había vivido por y para La Magna.

Ahora quería vivir para sí misma.

Así que leyó el hechizo para sus adentros, indicando la lectura correcta de cada runa engañosa, y dejó que Luvart le diera la vida.

Después, cuando la tuviera, ya se encargaría ella de darle sentido.

Capítulo XXXIX



Luvart se unió al espectáculo de ajusticiamiento cuando creyó que podría hacer frente a algo distinto a sus preocupaciones personales. Nadie podría acusarlo de egoísta solo porque tras setecientos años de servicio de pronto le importara más su vida que la de otros.

Iba siendo hora, pensaba.

Esa noche, la luna llena iluminaría el cielo checo y, según La Magna había indicado, podría comprobar con sus propios ojos que la magia de la Sehara era legítima. Todo lo que pudiera ocurrir a lo largo del día le sería indiferente, o eso pensó, porque cuando se presentó en el anfiteatro magnánimo y halló a sus hermanos mirándose entre ellos, alerta, supo que algo no marchaba bien.

La decapitación era el método mediante el que La Magna suministraba el último sacramento a los miembros de La Sociedad. La elección no había sido deliberada, como ninguna de sus decisiones lo era.

En la cabeza residía el conocimiento de los seres magnánimos, al igual que la imaginación y el amor al culto, tres elementos de sumo valor para la religión. Desprendiéndola del resto del cuerpo, La Magna determinaba que los conocimientos del individuo acusado le eran tan inútiles o estaban tan malditos por su comportamiento que hasta el cuerpo, considerado banal e insignificante entre los seráficos, les quedaba tan grande que no merecían descansar en él.

Para llevar a cabo el ajusticiamiento, el verdugo de La Magna se había posicionado sobre la superficie elevada que quedaba a la vista de todos los presentes, repartidos en forma de «u» en las tribunas de aspecto romano. El susodicho portaba la espada mágica del legendario Alastor, con la que el héroe histórico había quitado la vida de opositores y enemigos durante los siglos que estuvo al servicio de la diosa. La espada absorbería el potencial del seráfico tras su deceso a fin de que la energía no desapareciera, sino que se transformara en otro símbolo natural. Otro ser vivo, un manantial; un brote de jazmines que recordaran que una vez existió.

Luvart se preguntaba en qué se convertiría Aladiah mientras

tomaba asiento junto al pensativo Xaphan. Este apartó la mirada del fulgor dorado de la espada con forma de sable para inquirir qué tal había ido con un simple levantamiento de cejas.

—No sabré si ha habido suerte hasta esta noche —le dijo Luvart en voz baja. Cambió de postura en el asiento—. Ahora mismo no la siento activa dentro de mí. Es como una vela a punto de consumirse.

—Confía en ella. Es la Sehara.

Era la Sehara, y había usado su fuerza todopoderosa para salvarse, para tener un futuro con él que empezaría a medias esa misma noche. Pensaba en lo difíciles que fueron para él esos primeros días sin ella, en los que la soledad se acentuaba hasta un límite insoportable. En la oscuridad se había refugiado siempre, pero al mismo tiempo acechaba en ella el pesimismo que alguna que otra vez lo había instado a abandonar toda esperanza.

No la abandonaría entonces, cuando estaba tan cerca del día que determinaría el resto de su vida.

Debería avergonzarse de estar tan ansioso y satisfecho en un momento como ese. Buscó con la mirada en la tribuna del Consejo a la prometida del regente, que debía estar al borde del desmayo, pero no la localizó.

—¿Dónde está Darda'il?

Xaphan meneó la cabeza, escudriñando a los presentes con mirada calculadora.

—Estuvo aquí al principio, pero desapareció de repente.

—¿Qué sentido tiene eso?

—No lo sé, pero todo el mundo tiene una opinión al respecto. Aladiah lleva con un retraso imperdonable, y que Darda'il no esté presente ha levantado sospechas.

—¿De qué tipo? ¿Creen que Aladiah se ha fugado?

Lo preguntó lo bastante alto para que Mara y Valthessar, situados un asiento más allá, dejaran de cuchichear entre ellos y se giraran con el gesto torcido.

—¿Tan raro sería? —masculló Mara. No le avergonzaba expresar su contrariedad respecto al modo en que se habían dado las cosas—. Yo también me daría el piro si estuviera esperándome la espada de Camelot para convertirme en polvo de estrellas.

Valthessar no dejaba de moverse. Se frotaba la barbilla, en la que afloraba una barba de un par de días.

—Tengo un mal presentimiento. No disfrutará de una muerte más o menos digna si no se presenta voluntariamente.

—A mí habría que arrastrarme hasta el patíbulo. Por piernas no me buscaría la ruina, eso seguro —seguía rezongando Mara.

—No es así como funciona. El digno magnánimo acepta su destino con humildad y afronta las consecuencias de sus actos como es debido.

Igual que nace y vive con la barbilla alta, así ha de morir. Imagina el escándalo si hubiera que traerlo entre varios —meditó Xaphan.

—Si lo buscan, no lo van a encontrar —determinó Valthessar de pronto. Todos se giraron hacia él, turbados—. Si no ha aparecido ya, no lo hará. Y Darda'il o bien se ha ido con su regente, o ha huido a solas para prevenir las represalias contra ella, o... O está intentando encontrarlo para hacerle entrar en razón.

—Yo ya estaría en un avión destino las Maldivas —resolvió Mara.

—No puedes huir de una sentencia como esta —murmuró Xaphan —. No es tan sencillo. Y nadie, ni siquiera el más cobarde, renunciaría a este ajusticiamiento. Se arriesga a que su alma quede atrapada en las profundidades del Fatem, sin posibilidad de retorno, padeciendo las vicisitudes de los pobres infelices.

Luvart arrugó el ceño, compartiendo la incredulidad que torcía los gestos de los penitentes presentes. Si agudizaba el oído, cosa que no quería hacer porque prefería escuchar para dentro el débil latido de Reyyan, se daría cuenta de que la comunidad murmuraba por lo bajini. Esos murmullos iban en aumento hasta convertirse en teorías incendiarias, en reproches hacia otros y en miradas venenosas hacia El Séptimo Círculo.

Por fortuna o por desgracia, La Magna acalló con su solemne aparición hasta el último susurro. Su rostro no reflejó emoción alguna al hacer un barrido panorámico y confirmar que Aladiah no había aparecido.

En setecientos años de servicio, Luvart no había presenciado un solo insulto a la memoria y las órdenes de la diosa. Incluso los peores pecadores se sentían honrados porque un intermediario de La Magna fuera quien ponía fin a sus vidas. Nadie se arrebataba ese último privilegio.

«Quiero saber si el seráfico Aladiah ha dejado un mensaje para su comunidad», fue lo primero que dijo La Magna, paseándose con los dedos entrelazados alrededor de las tribunas. No tenía que alzar la mirada para obtener una vista perfecta de los congregados.

Le dio la palabra a Tronos.

—No, Su Santidad. Desconocemos su paradero, así como sus intenciones. Imaginábamos que se presentaría aquí porque su habitación fue vaciada la noche de ayer y todas sus túnicas y símbolos representativos fueron quemados, tal y como dicta la tradición del traidor. No se opuso a este primer paso hacia la deshonra.

—Eso solo significa que ahora puede estar muy lejos —intervino Mara. Ante la perplejidad del resto, concretó, cansinamente—: No haber tenido equipaje que hacer le habrá dado más tiempo para cruzar fronteras, si es lo que quería.

«Observo que la prometida Darda'il tampoco se encuentra entre

nosotros».

—Creemos que se han fugado juntos, Su Santidad.

—También comprensible. Viajar solo tiene su qué, pero en estos momentos necesitará apoyo moral. —Cabeceó Mara.

Su desahogo en un momento trascendental terminó agotando la paciencia de un seráfico que había guardado silencio. Raziel se puso de pie sin la orden directa de La Magna, magnífico con su atavío blanco de miembro de La Sociedad, y enfrentó a Mara con esa mirada perdida y aun así inexpugnable que acallaba a los imprudentes.

—Parece que la *anandha* del *rex* reconoce de forma abierta y sincera estar muy en contra de las medidas que se han tomado respecto a la Regencia. Me pregunto si no será porque ha colaborado en modo alguno con su fuga.

Mara no se amilanó ante su tono, y Valthessar le demostró su apoyo ciego por vez primera apoyando una mano en su muslo.

—Habría sido difícil colaborar en la huida de una persona a la que se me prohibió ver desde la primera acusación. No he tenido contacto con él en todos estos días, y creedme, estoy bastante cabreada. Dicho esto, no me avergüenzo de decir con claridad que le habría comprado un billete a Moscú para salvarle la vida si eso hubiera sido necesario.

—Debería daros vergüenza —le espetó Tronos. Toda la comunidad seráfica le apoyaba con murmullos contrariados, lanzando miradas acusadoras a la ocultista. Toda... excepto Dahlia, prometida de Asaliah, que observaba a su amiga con aprensión.

—Los muertos cruzan al Autem o al Fatem a través de mí —le recordó Mara—. He despedido suficientes vidas para saber en qué circunstancias llegan al portal y con qué resignación se abandonan a la muerte. Ver a un familiar en esta tesitura me habría resultado grotesco, sobre todo tratándose de una sentencia injusta.

—Es obvio que Aladiah ha contado con el apoyo de los penitentes desde el principio —zanjó Raziel, pensativo—. Quizá toda la organización estuviera en el ajo. No es ningún secreto que el propio *rex* se oponía a juzgar de forma inocente a Aladiah, y que no le ha gustado el modo en que todo ha venido dado.

—No podría gustarme tanto como a ti, que tras la decapitación de uno de los tuyos saldrías coronado —le escupió Valthessar, venenoso —. A lo mejor tienes la cabeza tan metida en el culo que no te has dado cuenta de que esto solo beneficia a los cabrones ambiciosos de tu calaña, y por eso a los demás se nos dificulta tragarnos esta pantomima.

Luvart ladeó la cabeza hacia el *rex* con la intención de apaciguarlo o, al menos, advertirlo con la mirada de que guardara las formas. Aunque fuera ante La Magna, que se había convertido en una mera observadora hasta que puso fin a su papel pasivo con un gesto de

mano. Acució a Raziel a cortar la discusión y descender por el pasillo de escaleras.

«En vista del abandono voluntario de Aladiah, y tal y como ha insinuado el *rex* en un tono que le animo a revisar, es necesario nombrar a un nuevo cabeza de clan. Raziel ha sido una pieza indispensable de La Sociedad desde el origen de los tiempos, unos de los primeros albos, y como miembro más antiguo del Consejo de los Prefectos, diríase que está preparado para asumir el poder delegado, así como las responsabilidades que conlleva el cargo».

Raziel estiró el cuello e infló el pecho como cualquier otro en su lugar habría hecho. La bendición de La Magna era mucho más que un título de honor o una gracia concedida en un momento. Era un soplo de vida que permanecía en el susodicho para siempre.

«En cuanto a Aladiah...», prosiguió La Magna, «Dejo en manos del nuevo regente la decisión a tomar con él. Será la prueba de fuego que determine si está o no hecho para la Regencia».

Un par de empíreos armados con sus corazas doradas escoltaron a Raziel hasta el asiento presidencial, que, en esos casos, correspondía a la Regencia de La Sociedad. Luvart debía reconocerle que se le daba de maravilla ocultar sus emociones. Nada en su rostro delató el inmenso regocijo que sin duda debía sentir al ser acomodado donde antaño Aladiah había dictado órdenes. No obstante, la sensibilidad de Reyyan había hecho mella en él al ocupar un fragmento de su mente, y le parecía entrever en su aura indefinida que no era solo satisfacción u orgullo, sino un oscuro regodeo.

—Esto no me gusta un pelo. —Miró por el rabillo del ojo a Xaphan, que hizo lo mismo para asentir, conviniendo con él—. ¿Puedes leerlo?

—No, ya sabes que las mentes de los miembros del Consejo, a no ser que estén en nuestro territorio, son un misterio para mí.

La Magna elevó el rostro de Raziel con un dedo y luego lo rodeó con ambas manos para acunarlo. Mientras, recitaba las palabras que no eran las habituales en un nombramiento de esas características.

«Hasta que Aladiah no sea interceptado y se le pueda despojar de su identidad como seráfico, ni Raziel ni ningún otro podrá ser bautizado de forma oficial como nuevo regente. No obstante, hago una excepción por primera vez desde que el mundo no era nada debido a las circunstancias en las que la raza se halla, y comparto una parte de mi poder para convertir a Raziel en un regente de cargo temporal. Su tratamiento será el que le correspondería a Aladiah, y su forma de expresarse permanecerá idéntica a la de sus antecesores».

Dicho aquello, La Magna besó en los labios a Raziel, obviando la ceremonia de instrumentos, testigos de buen carácter y el discurso que solía darse en los nombramientos. Aquella era una situación fuera de serie, y, como tal, todo pretendía resolverse a la mayor brevedad.

Cuando La Magna se separó, Raziel seguía siendo el mismo. Solo lo envolvía una capa de brillo blanco que indicaba su nuevo estatus, superior al de todas las criaturas. Ser consciente de esto alertó a Luvart, que supo que sus primeras palabras como regente Raziel no serían un agradecimiento general.

—La Regencia lamenta tener que anteponer un mandato al discurso que históricamente se ha dado en ritos ceremoniales. No obstante, este tampoco es un rito ceremonial habitual, porque ahora existen dos regentes de La Sociedad sobre La Tierra. Un regente despreciado y un regente dispuesto a todo por su comunidad. Y su primer anuncio será una medida a tomar para con el seráfico Aladiah.

Raziel se levantó despacio.

El anfiteatro estaba sumido en el silencio más absoluto. Luvart, inalterable a no ser que el asunto salpicara a quien amaba, se sorprendió aguantando también el aliento por la medida cruel que fuera a tomar. Pero los sorprendió a todos aclarándose la garganta y diciendo:

—Se buscará a Aladiah por toda la faz terrestre, por todos los recovecos de la Suprarrealidad. Ha de estar escondido en alguna parte, y es el deber de La Sociedad localizarlo antes de que cause más daño. Una vez se le haya dado caza, Aladiah habrá de pagar por sus crímenes, despojándose de su identidad de seráfico y aceptando una penitencia acorde a su traición.

»Con el beneplácito de Su Santidad la diosa Magna, siempre primera y última palabra en toda decisión, recibirá la Triple Maldición, su nombre le será arrebatado a cambio de otro similar al de su nueva condición y entrará a formar parte de la secta de El Séptimo Círculo. Tendrá derecho a la redención y no será apartado del todo de la guerra entre las razas por el motivo que Su Santidad ha repetido tanto: no se puede prescindir de una sola criatura, y menos de una con las habilidades de Aladiah.

La Magna asintió con la cabeza, conforme con su decisión; incluso satisfecha porque no hubiera optado por lo que todos habían temido, pues los albos eran conocidos por su crueldad extrema y no habría sido extraño que se hubiera inclinado por un empalamiento.

Por desgracia, tras la disolución de los congregados y el abandono del anfiteatro por parte de La Magna, Luvart no había conseguido apaciguar sus malos presentimientos.

No tardaría en descubrir por qué.

Era obligatorio para los penitentes saludar y ponerse a disposición del nuevo regente en cuanto este era nombrado. Las reverencias quedaban reservadas para Su Santidad, pero a Raziel habrían de besarle los nudillos como símbolo de eterna lealtad. De gratitud.

Los cinco primeros que acudieron a acabar con la ceremoniosidad

lo hicieron sin rechistar, procurando mantener la paz. Incluso Abraxas se mostró relativamente dócil. Pero cuando le llegó el turno a Valthessar, este se negó a rendir pleitesía.

—No creas que no sé por qué has tomado esa decisión —le siseó con antipatía—. Con la incorporación de Aladiah a El Séptimo Círculo, tendrás a todos tus enemigos en el bando contrario, donde siempre has querido posicionarlos para barrerlos del mapa sin preocuparte de otros flancos.

Raziel entrelazó los dedos en el regazo. No había sido necesario que se le otorgara el manto magno ni ninguna protección extra para ensalzar sus virtudes. Su rostro pétreo y, de alguna manera, también la ceguera, le hacían ver superior a todos los seres vivos.

—Es lo mejor para todos, *rex*. Incluso diría que esta Regencia ha favorecido tanto al culpable como a sus fanáticos. A fin de cuentas, no es un secreto que Aladiah admiraba a los hombres de El Séptimo Círculo, y viendo la afectada reacción general a sus pecados, parece que es recíproco.

—Aladiah nunca ha sido santo de mi devoción, pero jamás estaré de acuerdo con las encerronas, y ni mucho menos la traición a un hermano —determinó Valthessar. Lo miraba con desprecio, sin rastro de la fría calma y la contención que le hacía digno todas y cada una de las veces de su cargo.

—En eso, la Regencia y el *rex* de El Séptimo Círculo están de acuerdo. —Los ojos de Raziel emitieron un destello apagado—. Nunca se traiciona a la comunidad, y Aladiah lo hizo perdonando los crímenes que El Séptimo Círculo cometió contra su pueblo. Ahora que la Regencia se encuentra en manos de otro seráfico, de un albo que sabe cómo proceder en estos casos, se tomarán las medidas oportunas para evitar que eso vuelva a darse de nuevo... y se cerciorará personalmente de que los asesinos paguen por sus afrentas.

Luvart vio avanzar a Valthessar con actitud camorrista.

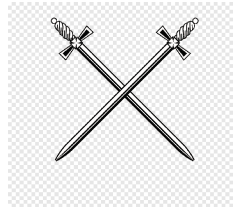
—¿Estás intentando decirme algo con eso? Porque si me quieres declarar la guerra, puedes ahorrarte la palabrería y hablar alto y claro.

Raziel estiró el cuello y sonrió por primera vez desde que Luvart lo hubiera conocido.

Quizá desde que el mundo lo hubiera visto nacer.

—No te inquietes antes de tiempo, *rex*. Todos vosotros tendréis noticias de La Sociedad antes de lo esperado.

Capítulo XL



—¿A qué se refería ese payaso con que «tendremos noticias de La Sociedad»? —preguntó Samael apenas cruzaron el umbral de la casa.

Era el único que se había atrevido a hacer una apreciación al respecto. El resto estaba sumido en sus pensamientos. En especial Luvart, que llevaba un buen rato mirando a través de la ventana para confirmar que el cielo se iba oscureciendo.

El silencio de Xaphan era habitual, al igual que no extrañaba que Abraxas prefiriese no hacer comentarios o Renyi se retirase de forma sutil, sin que nadie lo notara. Pero que incluso Dagon tuviera el ceño fruncido y ni el *rex* ni Mara hubieran abierto la boca era preocupante.

Una vez estuvo junto a la isla de la cocina, Valthessar apoyó los nudillos sobre la encimera para descansar con un suspiro toda la tensión que había acumulado.

—Nos vamos a la mierda, ¿no? —preguntó Dagon, recostado bajo el umbral con cara apenada.

Todos los penitentes, que lo habían seguido con la intención de escuchar sus nuevas órdenes, esperaban arrebujados junto a la puerta salvo por el indiferente Renyi y por Luvart, que no se quería mover del ventanal del salón.

Aun así, la voz del *rex* le llegó con tal claridad que no le costó configurar su expresión.

—En cuanto aparezca Aladiah, nos declarará la guerra. Estoy seguro. Así que más le vale a ese pequeño cabrón haber comprado un billete solo de ida y no asomar el pelo. Seráfico escurridizo... —Sacudió la cabeza—. Quién me iba a decir que tendría que preocuparme por dónde estaría del gran Aladiah, hijo De Su Puta Madre, heredero de mis canas verdes.

—Esto no le gustará un pelo a la diosa. —Dagon se mostró compungido—. Mantengamos la esperanza de que intervenga si se diera el caso. Con los engendros del Enclave y ahora los seráficos en

nuestra contra...

—No adelantemos acontecimientos —sugirió Luvart, apoyando la frente en el cristal. El silencio le hizo saber que todos le escuchaban, y fue en ese silencio pensativo en el que afloró una idea—. O, mejor dicho... adelantémonos a ellos.

—¿Cómo? —quiso saber Dagon.

—Encontrando antes a Aladiah —dedujo el *rex* en el acto.

Luvart despegó la vista del jardín a regañadientes y la posó en Valthessar, hacia el que cabeceó en señal de asentimiento.

—Es evidente que Raziel quería quitarse a Aladiah del medio por algún motivo. Quizá sea por sus ideas progresistas, porque nos respetaba pese a nuestra condición de penitentes o porque el maquillaje le quedaba bastante mejor, eso es lo de menos. La cuestión es que no atacará hasta que sepa sobre seguro que se encuentra entre los nuestros, porque no lo mataría a sangre fría con el riesgo que eso acarrearía.

—Quedar como un sanguinario ante los suyos —completó Samael, comprendiendo—. Como un seráfico incapaz de mostrar piedad y que se deja llevar por sus instintos primarios.

Luvart volvió a asentir.

—Una vez Aladiah se uniera a El Séptimo Círculo, Raziel podría declarar que la deuda de sangre que le quedó por saldar de nuestra emboscada no está pagada y arremeter contra nosotros. No por barrernos del mapa a nosotros como penitentes, pues sospecho que no le importamos tanto, sino para librarse del que ve como un rival.

Valthessar dio un paso hacia delante. Una nueva idea iba gestándose en su cabeza, cosa que delataba su mirada ambiciosa.

—Si encontramos antes a Aladiah y lo mantenemos en secreto, contaremos con una ventaja determinante a la hora del enfrentamiento. Con Aladiah de nuestra parte conseguiremos información sobre La Sociedad, incluido cómo vencer al Consejo.

Luvart hizo un gesto con la mano, corroborando palabra por palabra sus conclusiones. Luego se asomó por última vez a la ventana y comprobó, no sin angustia, que la luna acababa de surgir entre las copas más elevadas de los abedules del bosque cercano. No se dio cuenta de que aguantaba el aliento, creyendo que, de un momento a otro, el hechizo surtiría efecto y Reyyan regresaría en cuerpo.

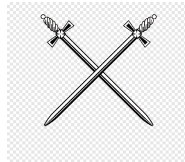
—Estaré meditando sobre ello —decretó Valthessar, con la vista posada en los hombros tensos de Luvart—. Tú, guerrero... quedas libre de la guardia esta noche.

Luvart ni siquiera pudo moverse para asentir, agradecido. Escudriñaba las sombras a la espera del milagro.

—Pero no se librará de todas las guardias, digo yo —rezongó Samael—. Que solo pueda ver a su novia por la noche no significa que

se le permita pasarse por el forro sus deberes.

—Eso ya se verá, Samael —murmuró Luvart—. Por fortuna para todos, no serás tú quien tenga que tomar esa decisión.



La tensión iba en aumento con el correr de los inútiles minutos en los que no hubo resultados. Toda esa impotencia reprimida por la posibilidad de que La Magna lo hubiera engañado acabó decolorándole los nudillos.

Reyyan no había mentido al decirle que le dolería cuando abandonara su cuerpo, pero había cometido un grave error al equipararlo con una puñalada. Creyó que se le revolvería el estómago o notaría arder las entrañas y fue mucho peor, porque el dolor se presentó de forma figurada.

Fue como si le estuvieran arrancando algo de sí mismo, y la metáfora no quedaba muy lejos de la verdad. Le estaban arrancando a Reyyan. El proceso de fusión había sido extraño, ligeramente incómodo, pero la separación era una pura tortura psicológica. Llegó a invadirle el miedo al pensar que el hechizo podría llevarse no solo la conciencia de Reyyan: también la idea que él tenía de ella, los sentimientos que lo llenaban de esperanza y lo mantenían anclado a La Tierra.

El luto del conjuro lo había partido en dos. Sabía —de forma consciente— que Reyyan lo estaba abandonando para ocupar otro cuerpo, el suyo, pero jugaba con su cabeza para convencerle de que la había perdido para siempre.

¿Y si no era una falsa impresión, sino la cruda verdad? ¿Y si se había equivocado al pronunciarlo y por eso la desesperanza se lo estaba comiendo vivo?

Reyyan no despertaba. Se estaban dando las circunstancias que prometían su regreso y seguía sin escuchar el latido de su corazón. Aquello hacía que pareciese que la misma naturaleza guardaba un silencio perturbador.

Estremecido por el pánico y la sensación de estar siendo lenta y cruelmente vaciado, Luvart salió al exterior. Se pasaba las manos por la cara, por el pelo. Dejó atrás la casa de El Séptimo Círculo mirando alrededor, desorientado.

¿Qué había hecho? ¿La había matado, como de forma indirecta hizo la primera vez? ¿Como había hecho la segunda? La Magna se lo

había advertido. Él sería su condena de muerte. Habría hecho bien en no cuestionarla. Si la hubiera escuchado, su egoísmo no habría vencido, empujando a Reyyan una vez más a conjurar los hechizos impronunciables.

Las intimidades de la muchacha, que se habían acoplado a las suyas como dos colecciones de libros en una misma biblioteca, se iban difuminando hasta que no conseguía recordar qué había pensado aquella vez, qué había dicho en ese momento o cuál había sido ese día que la marcó siendo niña.

Estaba olvidando. La perdía *de verdad*. Y como si así pudiera evitarlo, como si pudiera huir de una magia vinculada a su cuerpo, Luvart apretó el paso en dirección a ninguna parte. Huyó de sí mismo.

Pensó que en el bosque de maravillas que bordeaba la casa, ese en el que Abraxas había perdido a Astaroth, encontraría calma, pero los dolores se acentuaron de forma insoportable. Creyendo que poniendo distancia dificultaría el traslado al otro cuerpo, emprendió un trote acelerado y repitió su nombre una y otra vez.

Reyyan. Reyyan.

¿Dónde estás, Reyyan?

¡Reyyan!

Pero Reyyan no estaba ya allí. Ya no sentía la cabeza ocupada por la otra conciencia. La sentía solitaria, usurpada, y la frustrante desolación era la misma que si hubieran entrado a robar a su casa y se hubieran llevado lo que él consideraba más precioso, dejándolo todo revuelto.

Reyyan se había ido. Ya no latía dentro de su cuerpo.

Luvart frenó en cuanto fue consciente de lo que sus emociones pretendían decirle. Y se lo decían sin tacto, con la misma fiereza y regocijo que el enemigo.

Ya no está. Estás solo.

Luvart se dobló sobre sí mismo para vomitar, pero nada salió de su cuerpo porque estaba hueco. Habría jurado que, si hablaba, solo escucharía el eco de su voz reverberando en la caja torácica.

Pero la voz que escuchó no fue la suya.

—¿A dónde ibas con tanta prisa?

Luvart se dio la vuelta. No era consciente de su aspecto ni de nada más que el agujero que habían abierto en su mente y en su corazón, un agujero que sangraba tanto como él sudaba y se estremecía. Pero todos esos síntomas le dieron una tregua al reconocer a la figura nítida que se acercaba a él con aspecto compasivo, siempre apiadándose de su insignificancia.

Reyyan.

Reyyan y sus ojos redondos de cervatillo asustado.

Reyyan y su nariz de recién nacido.

Reyyan y los labios rojos del pecado.

Llevaba su vestido celeste de picnic en el campo y, aunque trataba de hacer memoria, aunque navegaba por una experiencia de más siglos de los que se acordaba, no se le ocurrió un solo amanecer en el que hubiera presenciado algo tan bello.

—A buscarte —balbuceó, inmóvil por la impresión. Pero el shock no le duró mucho. Desbordado por las emociones, echó a andar hacia ella, repitiendo una y otra vez—: A buscarte... ¿A dónde, si no?

El choque entre sus cuerpos podría haberla destrozado, tan menuda y delicada como era; una muñeca pequeñita en la que sin embargo confluían la sabiduría y el poder del mundo superior. Ese poder que Luvart respetó más que nunca, porque fue, justamente, el que le permitió *poder* estrecharla entre sus brazos.

Ella se echó a reír, emocionada y entrecortada también por la fuerza con que la apretaba. Se refugió en el pecho de Luvart apoyando la carita cerca de su corazón y le dijo en un susurro íntimo:

—Pues ya me has encontrado.

Un gruñido gutural hizo vibrar la garganta de Luvart al cernirse sobre sus labios, desesperado por sentir su cuerpo apretado. Con las manos recorrió los delicados volúmenes de su espalda, la curva de los hombros y las caderas.

Jamás había amado tanto algo que pudiera ver, tocar, *sentir*. Y la sentía una y otra vez a través del tacto de los dedos o de los labios, que rodaban por su rostro risueño en forma de besos sobre los que carecía de control alguno. Luvart estaba fuera de sí, y así de trastocado la tendió sobre la alfombra mullida que era la hierba cana del bosque. La cubrió consigo amorosamente. Las tiernas carcajadas de Reyyan, aún débiles por la incredulidad de saberse viva, le acompañaron en su viaje por los botones de la prenda de la que se deshizo de un tirón abrupto. Igual que había sido despojado de toda razón, arrancó el envoltorio que cubría ese bello regalo que de pronto no sentía que mereciera. Solo se separó un segundo de sus labios temblorosos para apreciar la luz de la luna reflejada en su piel de diamantes, transparente como la del ser luminoso y excepcional que era y, al mismo tiempo, humano. Sí, era lo bastante humana para estremecerse con sus caricias, para ruborizarse por la excitación o la vergüenza, para estirar los bracitos hacia él y dibujar sobre su rostro y con dedos nerviosos toda suerte de corazones.

Luvart presionó los labios contra la palma de su mano. No le cabía el corazón en el pecho. Sentía que estaba a punto de explotar.

Tantas verdades que susurrarle. Tantos secretos pendientes de confesión. Había tanto amor esperando ser liberado como vidas en las que Reyyan le había faltado, y se lo quería decir. Quería hacer gala de su dádiva y encanto para impresionarla con un «te quiero» que

barriera las sombras del mundo. Pero no había ni palabra ni magia capaz de obrar un milagro parecido. Tampoco hacía falta, porque ella lo sabía. Al mirarlo con calidez y hundir los dedos en su pelo se lo daba a entender. «Tranquilo, te entiendo», parecía transmitir. «Yo también lo siento». Le hacía saber que lo correspondía con el modo en que lo desnudaba también, despacio y segura, no como la Sehara de antaño pero sí con su misma determinación.

Las caricias parecían no agotarse entre sus cuerpos desnudos. Se habían propuesto memorizar texturas, sabores, todo lo que era perceptible a través de los sentidos principales. Solo cuando sudaba por el esfuerzo de contenerse, Luvart dejó que Reyyan rodeara su miembro y lo acercara a su entrepierna. Jadeó como un animal al verla separar los delicados muslos para acariciarse los pliegues con el sedoso prepucio. Reyyan separó los labios para gemir, sin dejar de mirarlo. Veía su vientre contraerse, sus caderas menearse sin una dirección establecida, y la sangre concentrada en el miembro lo hacía palpitar como un segundo pulso.

Sin poder soportarlo más, Luvart se instaló en su oquedad de una poderosa embestida. Reyyan tembló, le clavó las uñas en los brazos y empezó a gimotear palabras ininteligibles contra su mejilla.

—Hazme arañazos. Déjame cicatrices. Marca mi cuerpo para que todo el mundo sepa que has estado conmigo —le susurró Luvart. Mordisqueó el lóbulo de su oreja e inmediatamente lamió ese punto bajo la mandíbula que la hacía suspirar.

Empezó a moverse en su interior. Primero con lentitud, dándole tiempo y espacio para acostumbrarse a su tamaño. Pero no lo necesitaba, porque había sido creada específicamente para él, una paradoja inverosímil del universo en que orbitaban. El amor de sus allegados, los penitentes, había sido determinado por el destino, avalado por la diosa. El que Luvart sentía por Reyyan, en cambio, arramblaba con lo ya escrito, desafiaba a la vida, plantaba cara a la muerte. Frente a los romances predestinados e inmutables, Luvart se deshacía por su amor imposible con una naturalidad que lo hacía legítimo. Él lo haría *siempre* legítimo.

Se retiró para embestirla, enloquecido con el recibimiento de su cuerpo, flexible y perlado de sudor. Su rostro encendido lo prendía, pero cómo le daba la bienvenida su interior, cálido y tan húmedo que sentía que navegaba dentro de ella, era lo que terminaría por hacerle perder la cabeza.

—Luvart... —gemía—. Sigue... sigue haciéndolo así.

No pudo hacer otra cosa que obedecer, impelido por la responsabilidad visceral, ni siquiera escogida por él, de honrar sus deseos como un humilde sirviente. Y pese a su condición de esclavo, se movía sobre ella y la poseía con crudeza, con la rabia de no poder

ir más allá, de que fuera imposible crear una forma nueva de hacer el amor que superase la nube de placer que habían tejido en torno a ellos. A solas, protegidos, como habrían de permanecer siempre.

—Te quiero —murmuró Reyyan, con los ojos cerrados. Aún apretaba las yemas de los dedos contra su bíceps. Los abrió un instante, una franja avellana, para captar al Luvart conmovido—. ¿Me has oído...? Te quiero.

Luvart apretó la mandíbula, luchando por permanecer dentro de ella un poco más, solo un poco más, pero su declaración y la deliciosa torsión de su cuerpo al ser alcanzada por el orgasmo lo empujaron a él al mismo destino. Luvart se vació dentro de Reyyan hasta nublársele la vista y casi perder el equilibrio, tan soberano que era el poder de la palabra de la hechicera para someter al mal encarnado que era él.

Luvart apoyó la frente en la de ella. Su «te quiero» aún resonaba en sus oídos, poniendo fin a mil años y un día de terrible silencio. Pensó en cómo agradecerle que le ofreciera la cura de la soledad de un modo tan desinteresado, en cómo podría ser fiel a sus sentimientos ignorando el desgastado «te quiero», creando un idioma que ambos comprendieran.

—Si algún día deseas brillar sola, te prometo que apagaré el sol con mis propias manos —musitó contra su cuello—. Te prometo que sofocaré su calor hasta que sea una brizna llameante en la punta de tu dedo meñique.

Reyyan lo estrechó entre sus brazos de luz de luna, que rodearon la enormidad de un hombre que brillaba como los astros. Brazos llenos de medianoche, creciente y menguante, que hicieron el milagro de domar la naturaleza al fundirse con el amanecer de un nuevo día.

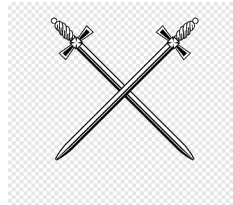
Con el renacer de un hombre nuevo que surgía como el fuego.

—Eso no puedes prometérmelo, porque Aland significa «brillante como el sol» —le recordó Reyyan en un susurro, apoyando los labios en los de él—. Mi sol nunca se apagará.

Luvart sonrió y rozó la punta de su nariz.

—Y todas mis noches tendrán luna.

Epílogo



Durante el ajusticiamiento público
Muy lejos del anfiteatro

La tardanza de Aladiah estaba crispando al Consejo. Trataban de disimularlo conversando en voz baja entre ellos, celebrando al que pronto sería nombrado regente, Raziel. Solo la augur Levanah, el sacerdote Noveno y la joven Darda'il permanecían en silencio, reacios a felicitar o infundir ánimos al que ya consideraban ganador. Pero todos tenían algo en común, y era que miraban de reojo la silla en la que Aladiah ya debería haber comparecido. Unos con recelo; otros, desdeñosos.

Darda'il lo hacía con la esperanza de que el sacrilegio fuera pospuesto.

No dejaba de mover la pierna, ansiosa. Miraba el inmenso portón grabado, avergonzada por su propia debilidad, tan mal vista en La Sociedad. Pero sabía que se desmayaría en cuanto Aladiah cruzara el umbral. Ese sería su sino. Y entonces, inconsciente, no podría impedirlo, socorrerlo o, por lo menos, estar a su lado hasta el final.

Estar a su lado hasta el final. Fue ese pensamiento convencido el que la puso en pie como un resorte. ¿Qué hacía que no estaba a su lado? ¿Qué hacía que no calmaba sus miedos o lo acompañaba en horas tan duras?

Aprovechando la confusión por la tardanza de Aladiah, emprendió su camino hacia la salida. Los prefectos no se dieron cuenta. Apenas habían esperado a dar por concluido el juicio para desdeñarla como si ya la hubieran excluido del Consejo. Lo que harían sin vacilar en cuanto tuvieran la cabeza de Aladiah en bandeja.

Darda'il apretó los puños frente a sus propios pensamientos. No dudaba que aquel había sido el objetivo desde el principio.

Pronunció con precipitación las palabras que la devolverían a La Sociedad. Segundos después, sacudiéndose el polvo que la llevaba en volandas a donde quisiera transportarse, corría por el pasillo con la túnica remangada. Le pareció que el trayecto hasta los aposentos de

Aladiah era más largo que nunca, pero no tuvo que llegar tan lejos. Apenas pasó por delante del salón de audiencias y reconoció su silueta brillante, frenó de golpe y se colgó del marco de la puerta.

—¡Sublimidad! —jadeó, asfixiada. Echó a andar hacia él, señalando a su espalda con el pulgar—. No sabéis el jaleo que se ha armado allí arriba. Se ve como una terrible traición que no hayáis asistido al nombramiento oficial de Raziel, y están tan inquietos con vuestra tardanza que acabarán mandando a alguien a buscaros.

—Déjame adivinar. ¿Otra terrible traición? —Aladiah tenía la vista fija en el asiento de la Regencia, ese que había ocupado desde su nombramiento y había defendido con garras y dientes para nada. Así lo sentía él, o eso daba a entender su actitud resignada—. Con esa ya irían tres, o cuatro... He perdido la cuenta. Les gusta ver traiciones en todas partes.

Darda'il lo rodeó para admirar su perfil, imperturbable como de costumbre. Era algo que siempre le había fascinado de él. Su templanza, la fría calma con la que afrontaba problemas que a ella le habrían hecho perder los nervios.

Creía en su legitimidad como regente más que en sí misma. Y, sin embargo, desde que la Sehara lo hechizara para borrar sus sentimientos hacia Bel, esa moderación suya al expresarse había derivado a algo muy distinto. A algo de la familia de la temible apatía.

No hablaba con calma porque fuera prudente. Hablaba con calma *porque no le importaba nad*a, y en esta indiferencia hacia todo y todos cabía un principio de temeridad muy preocupante.

Le asustaba lo que pudiera llegar a hacer en ese estado.

—¡Traiciones que no existen, que no habéis cometido! —Darda'il, se posicionó ante él con los brazos extendidos. Se estremeció cuando Aladiah posó su mirada distante en ella. La hizo sentir un fantasma, un cuerpo transparente que le permitía ver lo que había detrás—. ¿Por qué no os habéis defendido? ¿Por qué les habéis dado el gusto de veros derrotado? Los dos sabemos que vos jamás le habríais dado la espalda a La Magna. En todo momento se ha tratado de una encerrona...

Aladiah no respondió, y eso la desesperó. No debía ser consciente de la devastación que provocaría en ella su asesinato. Y no porque fuera a quedarse sin mentor, sin guía. No porque fuera a perder sus privilegios en La Sociedad. Su frustración tenía raíces tan profundas que llegaban al corazón.

Lo agarró del cuello de la túnica e intentó hacerle entrar en razón.

—Yo sé que no lo hicisteis. ¡*Decidles* que no lo hicisteis!

—Déjales creer lo que quieran. —Fue cuanto contestó—. Porque no importa nada de lo que te he enseñado, Darda'il. La verdad no nos

hace libres. Es la mentira lo que nos otorga el poder de decidir y el derecho a la autodeterminación.

Darda'il se estremeció.

—Hay cientos de caminos distintos a la muerte para conseguir la libertad. No podéis entregaros, Sublimidad.

—¿Quién ha dicho nada de entregarme?

Darda'il dejó de sacudirlo. Cuando él dio un paso atrás, las manos femeninas quedaron suspendidas en el aire. Solo entonces reparó en que bajo la túnica llevaba ropa humana, un pantalón vaquero desgastado y un sencillo jersey azul.

Y lo supo porque Aladiah se quitó la túnica bajo su mirada asombrada.

—¿Qué...? ¿Qué significa eso? ¿Vais a huir? ¿Desertáis? ¡Pero eso solo recrudecerá vuestra condena! ¡Os tomarán por un vil traidor!

—No es nada por lo que no me hubieran tomado ya.

Aladiah la rodeó como si fuera un obstáculo molesto y caminó decidido hasta el altar. Se detuvo en el último escalón, y allí, mientras dejaba la túnica a los pies del asiento de la Regencia con suma delicadeza, se giró hacia ella y le sonrió.

—No pienso morir —le aseguró, soltando la prenda—. Ahora y no antes es cuando empieza mi vida.

Darda'il no pudo moverse.

—Pero... pero...

Era impotente a su marcha. No había nada que pudiera hacer para detener su paseo hacia la puerta.

Se iba con lo puesto y nada más.

Darda'il se giró a tiempo para verlo cruzar el umbral.

—¿Qué voy a hacer sin ti? —le preguntó de pronto, temblorosa. Se dejó llevar por sus sentimientos—. ¡Te necesito! Sabes que te necesito.

—No es cierto.

—¡Claro que lo es! Y tú lo sabes. Lo sabes, ¿verdad? Sabes que te quiero —balbuceo, ruborizada hasta las puntas de las orejas—. Te quiero y me iré contigo si me lo pides.

Aladiah la miró por encima del hombro de forma desapasionada. La falta de calidez en sus ojos, en su postura, le hacía ver como un desalmado. Y quizá en eso se hubiera convertido por culpa del hechizo: en un hombre sin corazón.

—Vuelve a donde perteneces, Darda'il.

«Yo pertenezco a tu lado. ¿Es que no lo ves?», quiso exclamar. Pero había algo en la mirada de Aladiah que la disuadió por completo e incluso le partió el alma.

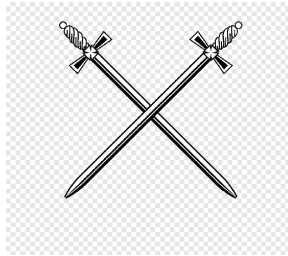
—¿Qué les diré cuando regrese a la ceremonia sin ti?

Hubo un pequeño silencio que consiguió desquiciarle los nervios. El que una vez fuera cabeza de Consejo le sonrió sin sentirlo y, a

continuación, simuló una reverencia burlona.

—Puedes decirles de mi parte que ha sido un placer ser su regente.

Nota de autora



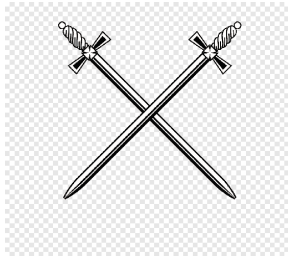
Solo paso a recordarte que *El Séptimo Círculo* es una saga de libros que no se entienden ni sobreviven los unos sin los otros. Cada novela cuenta la historia de un par de personajes concretos y su romance, que siempre se resuelve y culmina en la historia que protagoniza, pero los problemas de fondo entre las razas se van enlazando —el final abierto de Aladiah se soluciona en la tercera parte; en la tercera parte surgirá un problema final que no se resolverá hasta el cuarto, etc.—. Por lo tanto, no sintáis que la historia está inacabada, solo que os he dejado con la miel en los labios hasta la entrega que sigue y que espero que aguardéis como agua de mayo.

Siempre doy las gracias por leer, pero dado que este no es mi género más escrito y todavía sigo aprendiendo, agradezco el doble que me hayas dado esta segunda oportunidad para sorprenderte y me acompañes mientras crezco como autora de novela romántica paranormal. Puedo prometerte que trabajaré con mucho ánimo e ilusión para que cada libro tenga un toque especial.

Por cierto: el libro que Reyyan lee es *Si te traiciona el corazón* de Eleanor Rigby, o sea, mío —qué vergüenza hablar de una en tercera persona—. No lo he seleccionado para darme aires, sino por ahorrarme una descripción erótica nueva y la invención del título, y, por qué no decirlo, para hacer un guiñito a mis obras, que sé que os gusta. Para la que se pregunte por qué llamé Stephen y Tatiana a Arian y Venetia, es para que sigamos creyendo que en el mundo *rigbyriano* hay una sola realidad y ninguna de mis historias es ficticia. Es decir, que Reyyan y Luvart no son más reales de lo que lo son Arian y Venetia y que en una máquina del tiempo podrían haber coincidido.

Dicho esto, me despido hasta dentro de poco.

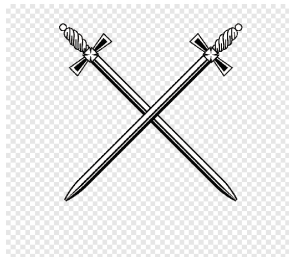
Glosario de términos



➳ **La Magna**. Primera fuerza y poder omnipotente, omnipresente y omnisciente. Fuente de vida.
➳ **La Gran Obra**. Gesta que hace referencia a las creaciones vivientes de la Magna, su generosa ofrenda de vida.
➳ **Primer Final.** Primera traición a la Magna, llevada a cabo por el Gran Grimorio.
➳ **Segundo Final**. Segunda traición, llevada a cabo por Mithrael.
➳ **Gran Grimorio**. Primer traidor de la Magna y mente pensante detrás de la organización enemiga de la diosa y sus creaciones: el Enclave. También conocido como La Criatura, El Traidor y sucedáneos.
➳ **Suprarrealidad**. Se divide en el Autem, hogar de la diosa, los empíreos y aquellos que tras su muerte les fue dada una segunda oportunidad, y el Fatem, donde descansan las almas de las criaturas sobrenaturales a las que la inmortalidad les es arrebatada.
➳ **Subrealidad**. Sinónimo de La Tierra.
➳ **Seráficos**. Criaturas creadas por la Magna para proteger a los seres humanos de las fuerzas del Enclave. Se organizan en torno a La Sociedad y se dividen en dos linajes: el de los Albos, primigenios, inmortales y con poder sobre la magia blanca, y el de los Áureos, mestizos de albos y humanos, mortales.
➳ **Consejo de los Prefectos**. Máximo órgano de poder divino judicial en La Tierra, delegado de la Magna. Consta de doce prefectos. Tres pertenecen a los Albos, tres a los Áureos, dos forman parte del Séquito de la Magna en el Autem y bajan para representar la ley divina en calidad de empíreos; dos son humanos con talentos sobrenaturales (generalmente videntes, augures y manipuladores de auras) y los dos últimos son seguidores de la Sehara o practicantes de la magia *albis*: sacerdotes nigrománticos de la Magna.

➳ **La Promesa**. Institución que une a dos seráficos en La Sociedad. Un seráfico con dones se convierte en el alumno de uno de los prefectos —generalmente, uno que posee su mismo poder— para ayudarlo a desarrollarse y posteriormente ocupar su lugar en la tribuna del Consejo. Es considerado un honor.
➳ **Empíreos**. Humanos que sacrificaron su vida mortal por un individuo que habría de marcar un impasse en la historia del mundo. Fueron reclutados por la Magna para formar parte de su séquito personal y del ejército que habría de bajar a La Tierra para luchar si la situación política requiriese refuerzos; también para misiones terrestres concretas.
➳ **Penitentes**. Empíreos que traicionaron a la diosa y fueron desterrados del Autem para luchar en La Tierra junto a los seráficos. La única manera que tienen de obtener el perdón de la diosa es consiguiendo el amor de la *anandha*.
➳ ***Anandha***. Fragmento del alma de la Magna que se reencarna en cuerpos mortales cuyo único cometido es que el penitente la encuentre y se gane su favor.
➳ **La Sociedad**. Nombre que recibe el clan de los seráficos en La Tierra, no solo el ubicado en Praga sino a lo largo y ancho del mundo. Su deber es frenar los avances del Enclave.
➳ **El Enclave**. Nombre que recibe el clan de los engendros y esbirros del Gran Grimorio, liderados por su general, Metraton.
➳**El Séptimo Círculo**. Nombre que recibe el clan praguense de los siete penitentes. Su deber es el mismo que el de La Sociedad.
➳ **La Triple Maldición**. La reciben los penitentes cuando traicionan a la Magna. Consiste en despojarlos de su nombre, lanzarlos al destierro y añadir un castigo personalizado.
➳ **La Sagrada Crónica**. Recopilatorio de todos los hechos acaecidos en La Tierra y en la Suprarrealidad que se conocen desde que la Magna apareció en el mundo. De ella se encarga Hocus, el escribano inmortal.
➳ **El Libro de la Sehara**. Recopilatorio de todos los trucos y formas de hacer magia blanca que se conocen, todos ellos gracias a la gran hechicera de todos los tiempos: Sehara.

Índice



Prefacio
Prólogo
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX

Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX
Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Capítulo XXXIX
Capítulo XL
Epílogo
Nota de autora
Glosario de términos